

HQN™

# JILL SHALVIS

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

jugando a  
enamorarse



JILL  
SHALVIS  
jugando a  
enamorarse

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2019 Jill Shalvis

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Jugando a enamorarse, n.º 212 - abril 2020

Título original: Playing for Keeps

Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1348-137-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# Capítulo 1

#Trajes

Sadie Lane recorrió el spa de día, cerrando las instalaciones, sola, como de costumbre. Sus compañeros de trabajo se habían marchado, pero aunque no lo hubiesen hecho, estarían dando vueltas con sus caras infusiones mientras se quejaban de lo duro que era ese trabajo.

No tenían ni idea de lo ridículo que le parecía a ella, pero siendo la persona que ocupaba el puesto más bajo del escalafón, había conseguido mantener sus opiniones para sí misma. Estaba segura de que solo sería cuestión de tiempo que su boca saltara por encima de su buen juicio.

Recorriendo las instalaciones y apagando ordenadores y luces, fantaseó con irse a casa y quitarse los pantalones de chándal que llevaba durante el día, reemplazándolos por los pantalones de chándal que llevaba durante la noche. Pero, por desgracia, incluso después de llevar ocho horas en pie, eso no estaba escrito para ella.

El teléfono vibró con una llamada entrante y una mirada a la pantalla le provocó un tic en el ojo.

–Hola, mamá.

–Siempre te olvidas de devolverme la llamada. Llevo semanas intentando hablar contigo de los detalles de la boda de tu hermana, y...

Sadie escuchaba con la mitad de su cerebro, la otra mitad volando libre. ¿Tendría tiempo de comprar una ración de minihamburguesas con patatas fritas en O’Riley’s, el pub que había al otro lado del patio, antes de dirigirse a su otro trabajo? Hacía siglos que se había pasado la hora de comer...

–Mercedes Alyssa Lane, ¿me estás escuchando? –preguntó su madre.

Oír su nombre completo fue lo que la devolvió a la realidad. No tenía nada en contra de su nombre, bueno, un poco sí porque... ¿quién le ponía a su bebé el nombre del coche en el que había sido concebida? En realidad, lo que le había hecho reaccionar era el tono de voz de su madre.

–Claro que te escucho.

Solo que no era verdad. Estaba pensando en el postre para después de las hamburguesas. Quizás unas galletas, quizás un brownie. Quizás ambas cosas.

–Cielo –continuó su madre en un tono vacilante–. No vuelves a sentirte... triste, ¿verdad? –susurró la palabra, «triste», como si fuese una palabrota.

Y, para ser justos, durante la mayor parte de su adolescencia sí había sido una palabrota, junto con las palabras «enfadada», «malinterpretada», «huraña», e «infeliz». Decir que su madre y ella habían mantenido una relación complicada era, básicamente, el eufemismo del año.

–No –contestó Sadie–. Estoy bien.

Se trataba de una respuesta automatizada porque no tenía ganas de enfrentarse una vez más al

discurso de «todo lo que tienes que hacer para superar la depresión es pensar en positivo», por bienintencionado que fuera. Sin embargo, su madre estaba recargando las pilas para la gran final, de modo que Sadie se preparó para que en tres, dos, uno...

–No olvides lo que te dijo el doctor Evans. Para superar la depresión, lo único que tienes que hacer es pensar en positivo.

Resistiéndose a la tentación de estampar el móvil contra su propia frente, Sadie respiró hondo y se dejó caer en el cómodo sillón de su sección, donde las clientas se sentaban mientras ella les aplicaba el maquillaje permanente. Ese era su trabajo principal, ya que el trabajo de sus sueños, el que ejercía como tatuadora en la tienda Canvas Shop de al lado, aún no le proporcionaba suficientes ingresos. Quizás fuera una tontería, una frivolidad, pero se había aficionado a comer todos los días.

El problema era que estar muchas horas al día de pie, mientras trabajaba, la dejaba agotada. Y a lo mejor una pizquita malhumorada. Sin embargo no le ponía, y eso había que señalarlo, triste. Por lo menos no de momento.

–Mamá, sabes que no es tan fácil, ¿verdad?

–¿Pensar en positivo? Pues claro que es fácil. Solo hay que hacerlo. Mira a tu hermana, por ejemplo...

Sadie cerró los ojos y aprovechó para disfrutar de una fugaz siesta mientras su madre hablaba sobre Clara, a quien Sadie adoraba a pesar de que fuera irritablemente perfecta.

–¿Sadie? ¡Sí o no!

–¿Eh? –ella se irguió en el asiento y abrió los ojos. Se había perdido alguna pregunta, pero fingir que sabía de qué iba la cosa siempre era su modus operandi. Si no podía impresionar a su familia con su brillantez, el plan B era siempre desconcertarlos con sus gilipolleces-. Claro –contestó-. Lo que vosotros digáis.

–Bueno, eso es muy... encantador por tu parte –la reacción de su madre fue de sorpresa-. Y nada propio de ti.

Sadie esperaba no haber accedido a llevar un vaporoso vestido de pastorcilla como traje de dama de honor y desvió la mirada hacia la ventana. El edificio Pacific Pier, construido hacía más de cien años alrededor de un precioso patio interior adoquinado al que se abrían todas las tiendas y negocios de la planta baja, facilitaba que la gente inspeccionara tranquilamente los locales.

Uno de los pasatiempos preferidos de Sadie.

Siendo febrero, y estando en San Francisco, concretamente en el distrito Cow Hollow, una gruesa niebla había descendido sobre la oscura tarde, llevando con ella la promesa de lluvia. A Sadie le encantaba una buena tormenta, cuanto más oscura mejor, y supuso que ese amor surgía de su propio oscuro y tormentoso corazón.

Todas las luces estaban encendidas, distribuidas entre los árboles en macetas y a lo largo de los bancos de hierro forjado que rodeaban la fuente. La zona solía bullir de actividad, pero esa noche solo se veía un débil resplandor a través del muro de niebla, y no había nadie. Salvo... un momento. Una forma apareció de entre la niebla. Una forma alta y musculosa, con el abrigo revoloteando tras él como si se tratara de una especie de superhéroe.

Sadie lo llamaba Trajes.

Tenía un nombre verdadero, y ella lo conocía. Caleb Parker. Sin embargo, jamás lo había pronunciado en voz alta, prefiriendo el apodo que ella misma le había dado, ya que, salvo en las escasas ocasiones en que se había tropezado con él en un gimnasio que había al otro lado de Cow Hollow, en la marina, siempre lo veía vestido de traje. Y, aunque ella no podía considerarse una

chica aficionada a los trajes, sí que había algo en un hombre que iba por ahí vestido con ropa tan bonita, y que seguramente costaba más que su sueldo de un año.

–¿Mercedes? –la voz de su madre atronó en su oído–. ¿Sigues ahí?

–Sip –Sadie buscó en su cerebro la conversación que acababa de escapársele–. No te preocupes, llegaré a tiempo a la sesión de prueba del vestido de Clara.

–¿Ya has conseguido una cita para la boda?

Sadie suspiró.

–Es una boda –insistió su madre con firmeza–. Necesitas un acompañante. Y, en cualquier caso, ya se te ha pasado la hora de encontrar a tu propio Príncipe Encantador. Se te pasó hace tiempo.

–Mamá, no necesito a ningún Príncipe Encantador. Un animalillo del bosque que sepa limpiar, puede que sí, pero paso del Príncipe Encantador.

–Todo el mundo necesita amor –contestó su madre–. En mi club de lectura acabamos de leer *Cincuenta sombras de Grey*, y...

–Esos libros no son de amor, son eróticos.

–Pues lo cierto es que son muy románticos. Christian Grey es un multimillonario que se enamora de una chica normal y corriente. Es como la historia de la Cenicienta.

Sadie volvió a suspirar.

–*Cincuenta sombras de Grey* resulta romántica solo porque ese tipo es multimillonario. Si viviese en una caravana, sería un episodio de *Mentes criminales*.

–No entiendo qué tienes en contra del amor –su madre suspiró.

–No tengo nada en contra del amor –Sadie esperó que su nariz no hubiese empezado a crecer–. Pero ahora mismo no me hace falta –ni nunca.

–Pero no has vuelto a salir con nadie después de Wes, y eso fue hace tres años. Era un buen hombre.

Abogado, Wes era un tipo seguro de sí mismo, sexy, con un lado oscuro. Hacía tiempo que Sadie había superado el dolor de lo sucedido entre ellos, pero aún no sentía la necesidad de dejar entrar a nadie en su vida, básicamente porque no se había sentido atraída hacia nadie.

«¿Y qué pasa con Trajes?», le susurró una vocecilla en su cabeza mientras ella avanzaba de una ventana a la siguiente para no perderlo de vista. Lloviznaba, y las gotas de agua brillaban en sus oscuros cabellos cada vez que pasaba bajo una luz. Al igual que Wes, ese hombre también se mostraba seguro de sí mismo. Sexy, con un lado oscuro...

Era todo lo que ella ya no se permitía desear.

De repente, el hombre se detuvo entre el spa y la tienda Canvas. Agachándose en la lluvia que empezaba a caer con fuerza, se quedó mirando algo que ella no alcanzaba a ver.

–Tengo que irme, mamá. Te llamaré luego.

–Siempre dices eso, pero estás mintiendo. No se debe mentir a la familia.

–Ya –contestó Sadie secamente–. Ratoncito Pérez, Papá Noel y el conejito de Pascua...

Aprovechando el aturdido silencio de su madre, Sadie colgó la llamada y reprimió un respingo al pensar en lo que le iba a costar aquello. Su madre poseía muchos talentos, y uno de ellos era ser capaz de guardártela durante cien años.

Sadie también poseía unos cuantos talentos, como no dormir por las noches y disfrutar un poco demasiado del chocolate. Bueno, y también poseía talento para beber tequila, preferentemente en forma de margarita de lima escarchada.

Guardó el móvil en el bolsillo trasero y retomó su observación por la ventana para averiguar qué estaba haciendo Trajes. Seguía agachado en cuclillas, con la espalda azotada por el viento y

la lluvia, aunque al parecer no se daba cuenta de ello.

¿Qué narices estaba pasando?

Sabía algunas cosas de él. Como que tenía atléticos músculos allí donde a una le gustaba que un hombre tuviera atléticos músculos. También sabía que las mujeres solían derretirse cada vez que él sonreía. Sus ojos eran de un hermoso color caramelo con manchas doradas que lanzaban destellos cuando se reía. Era una especie de genio de la tecnología y formaba parte de un comité de expertos gubernamental. Había inventado un montón de cosas, incluyendo una serie de aplicaciones que él y su socio habían vendido a Google. Hacía poco los dos hombres habían desarrollado el modo de llevar medicinas y cuidados médicos a países en vías de desarrollo, mediante drones teledirigidos. Era innovador e inventivo a gran escala, listo, carismático...

Ah, y había una cosa más... Sadie y él se frotaban del revés con solo respirar cerca el uno del otro. Ella no estaba muy segura de cómo había empezado todo, pero entre ambos se generaba una energía que no acababa de entender. En el mejor de los casos le hacía sentir violenta. En el peor, a veces le impedía conciliar el sueño.

La mejor amiga de Sadie, Ivy, que trabajaba en el Taco Truck aparcado en el exterior del edificio, había decidido que Caleb Parker y ella compartían un deseo animal no correspondido, y nada podía convencerla de estar equivocada.

Pero no era lujuria, porque Sadie ya no cedía al deseo, ni animal ni de ninguna otra clase. Cierto que era un hombre divertido, ligón y encantador, pero ella desconfiaba de esas cosas. Su reacción ante divertido, ligón y encantador era ser lo más sarcástica posible. Le había servido durante años para espantar a los hombres. Pero, curiosamente, Trajes parecía capaz de manejar su sarcasmo sin siquiera pestañear.

Y ella no sabía qué pensar.

¿Y qué estaba haciendo allí agachado bajo la lluvia? ¿Estaba herido?

Movida por la curiosidad y la incapacidad de dejar las cosas estar, abrió la puerta del spa y asomó la cabeza.

—Hola.

Él mantenía la mirada fija sobre el muro de ladrillos sin siquiera volver la cabeza. En realidad, no hizo nada salvo:

—Calla.

De eso nada. No se lo iba a consentir. Sadie salió de la tienda para decirle muy clarito lo que pensaba de él y de su intento de hacerle callar, y dónde podía metérselo. De lado.

Pero él levantó una mano en el aire, sin apartar la mirada de lo que fuera que tuviera delante, ordenándola en silencio que se detuviera.

Daba la sensación de estar intentando que ella perdiera los nervios.

Pero de repente alargó una mano hacia la pared y, por encima del ruido de la tormenta, ella se dio cuenta de que hablaba en susurros con... algo.

Algo que gruñía ferozmente.

—No tengas miedo —decía él con dulzura—. No voy a hacerte daño, te lo prometo.

Los gruñidos se hicieron un poco más fuertes, pero Trajes no reuló, manteniendo el contacto visual con algo que sonaba como un enorme perro, que Sadie aún era incapaz de ver en la oscuridad.

—De acuerdo —continuó Trajes—. Ven aquí. Despacio.

De repente, Sadie comprendió que hablaba con ella.

—¿Qué? Ni hablar. ¿Qué es eso?



–Acércate y lo verás.

Maldito fuera ese tipo. Y maldita su insaciable curiosidad, porque se apartó del tejadillo del spa, recibiendo de inmediato, a modo de recompensa por sus esfuerzos, el golpe del viento y la lluvia en la cara. Sacó el móvil del bolsillo y encendió la linterna, apuntándola hacia la pared.

–No lo hagas –dijo él mientras le agarraba la muñeca para bajar el teléfono hacia un costado–. Lo vas a asustar.

–Mejor que ser devorada –Sadie se desembarazó de la cálida mano, pero se quedó paralizada cuando el gruñido se intensificó aún más.

–Creo que está herido –señaló Trajes–. Ven aquí, cariño –animó suavemente al animal–. Déjame echar un vistazo.

Sadie apostaba a que esa voz le funcionaba muy bien en el dormitorio, pero ahí no le serviría de nada. Aun así... la enmarañada y empapada forma se apartó de la pared. No era tan enorme como ella había creído, ni era un cachorrito, pero tampoco un perro adulto. Su cuerpo color canela estaba muy flaco y los ojos ambarinos miraban desde una cara negra.

–¡Ah!, parece un carlino hipertrofiado.

Trajes sacudió la cabeza.

–Demasiado grande para ser un carlino. Seguramente tiene algo de bullmastiff.

Un bullmastiff, todo huesos y pellejo... con solo tres patas.

Al darse cuenta, Sadie se acercó un poco más y su corazón se derritió al instante.

–¡Oh, Dios mío! –acercándose del todo con decisión, se detuvo cuando el perro se revolvió para alejarse de ella, como un gato sobre un suelo de linóleo, y se dirigió directamente hacia Trajes.

Con un gruñido de sorpresa, el animal cayó de culo sobre el empedrado mojado.

–De acuerdo –dijo él mientras levantaba las manos y retrocedía sobre esos fibrosos glúteos como si, de repente, le aterrorizara que el animal saltara a su regazo–. Está bien, ¿lo ves? Estás a salvo, ¿verdad? Quédate ahí. Quédate y siéntate.

Pero el animal no se quedó. Ni se sentó, para el caso. En cambio se apoyó contra las piernas flexionadas de Trajes, dejando unos sucios pelos color beige pegados a sus pantalones.

Él respiró hondo y pareció retener el aire.

–Me encantaría verdaderamente ser tu humano, pero no puedo.

–¡Guau!

Traducción: «Demasiado tarde, amigo, eres totalmente mi persona».

Sin inmutarse por el intento de rechazo, el perro siguió frotándose contra su nuevo humano, aunque ese humano no dejara de recular, intentando evitar ese contacto.

Por fin, Trajes levantó la cabeza y miró a Sadie.

–Socorro.

Fascinada por la inesperada muestra de debilidad en el hombre que siempre aparentaba ser invencible, ella sacudió la cabeza.

–Me parece que cree que eres su mamá.

Él miró a su alrededor como si buscara a alguien que pudiera ser el dueño del perro, pero no había nadie.

–¡Guau! –repitió el animal mientras se sentaba sobre el pie de Trajes.

–Ya te he oído, y vamos a ayudarte. Te lo prometo.

–Estoy segura de que debes referirte a ti y al ratoncillo que llevas escondido en el bolsillo, porque «nosotros» –Sadie hizo un gesto señalándole a él y luego a sí misma con un dedo–, desde

luego no somos nosotros.

Ignorándola, él se levantó y alzó las manos hacia el perro, en el gesto universal que significaba «quieto». Pero en cuanto Trajes levantó las manos, el animal aulló aterrorizado y reculó como si lo hubiesen empujado. Desequilibrado por la falta de una pata, cayó de espaldas y dejó expuesta su barriga y el hecho de que se trataba de una hembra.

Sadie no se apegaba fácilmente. A nada. Pero en ese mismo instante, se enamoró de la perrita. No un poco, sino del todo, hasta el fondo, porque abandonada y maltratada equivalía a alma gemela.

–Voy a matar a su dueño.

–No si lo encuentro yo primero –los ojos de Trajes lanzaron destellos de auténtica furia, aunque su voz permaneció tranquila mientras volvía a agacharse en un intento de que su envergadura, superior al metro ochenta, resultara lo menos amenazadora posible–. Está bien, bebé –añadió con dulzura–. Ahora estamos juntos, para bien o para mal, aunque vayas a matarme.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Sadie–. Esta pobre no podría lastimar ni a una mosca, mucho menos matarte.

Y como para demostrarlo, la perra se acercó de nuevo, lentamente, a Trajes, con la cabeza inclinada, meneando ligeramente el trasero mientras se arrastraba hacia él en un intento de subirse a su regazo.

La dulzura del momento hizo que el corazón de Sadie casi estallara en su pecho.

Trajes suspiró y tomó al perro en sus brazos, abrazándolo. A cambio, la monada apoyó su enorme cabeza contra el ancho pecho.

–Sí, ya veo, menuda asesina –observó ella, retirándose los cabellos mojados de la cara.

–Soy alérgico.

Trajes lo dijo con tanta indiferencia que Sadie parpadeó perpleja.

–¿Se trata de algún eufemismo de «no me gustan los perros»?

–No –le aseguró él–. Mete la mano en mi bolsillo delantero izquierdo.

–Estás de broma, ¿no? –ella soltó un bufido–. ¿Alguna vez ha picado alguien?

–Si me desmayo, necesitarás las llaves de mi coche para ejercer de enfermera.

Sadie lo miró fijamente, y no vio ninguna señal de que estuviera de broma, algo inusual en el encantador y despreocupado tipo que ella conocía.

–Confío en que no me dejarás morir –continuó él, como si estuviera hablando del tiempo.

–No tiene gracia.

Trajes la miró a los ojos, los suyos más serios de lo que ella los hubiera visto jamás.

–Si no lo consigo, prométeme que, por lo menos, te inventarás algo realmente bueno para mi funeral, ¿de acuerdo? Algo así como que morí heroicamente mientras salvaba tu sexy culito, no porque una monada de perrita como esta me abrazó.

–De acuerdo –contestó Sadie lentamente–. Empiezo a pensar que no estás de broma.

–Yo nunca bromeo sobre la muerte.

## Capítulo 2

#DíaDePerros

Caleb Parker se sentó en el suelo, empapándose por momentos, mientras esa mujer lo miraba sin que la expresión revelara sus pensamientos. La lluvia había empapado su jersey gris, con estratégicos agujeros, uno sobre los pechos y otros dos que dejaban sus hombros al descubierto, revelando partes de su piel. Los vaqueros eran de un color negro intenso, ajustados, y se pegaban a sus curvas antes de meterse dentro de dos botas de tacón alto que le daban a un hombre unas cuantas ideas. Ideas condenadamente sexys. Su pelo estaba la mitad hacia arriba y la mitad hacia abajo, los mechones empapados pegados a sus mejillas, mandíbula y hombros. Y llevaba suficientes pendientes y pulseras para activar un detector de metales.

Se llamaba Sadie Lane, y era fogosa y, quizás, un poco salvaje, pero... ¡madre mía! Caleb nunca conseguía apartar la mirada de ella.

Esa noche, sin embargo, estaba tan pendiente de la perra que se había pegado a su cara, que con cada aliento aspiraba una bocanada de pelo mojado.

–Tengo el EpiPen en el coche –le explicó–. En la funda del ordenador que hay en el asiento delantero. Vamos, llevas mucho tiempo esperando la ocasión para apuñalarme legalmente.

–¿Te parece el momento de hacer bromitas? –Sadie se acercó un poco más, tan desconfiada como la perra.

–¿Y qué alternativa tengo?

–Si se trata de algún estúpido avance o algo así... –ella sacudió la cabeza.

–Si fuera un avance, lo sabrías.

Sadie no pareció impresionada por la respuesta y su mirada permaneció tan oscura e indescifrable como siempre. Además, a lo mejor todo quedaba en un ataque de asma. A lo mejor no sufría un completo choque anafiláctico, en cuyo caso le bastaría con el inhalador, que por cierto también estaba en la funda del ordenador. Lo cual le recordó que no debería llevarlo ahí, se suponía que debía llevarlo siempre encima. Pero hacía años que no había sufrido un episodio grave de asma, aunque el último lo había llevado al hospital, llegando cuando estaba casi muerto.

–Lo tengo aparcado ahí delante –insistió.

–Vas a necesitar algo más que un EpiPen si crees que voy a meter mi mano en el bolsillo de tu pantalón.

Caleb puso los ojos en blanco y sacó él mismo las llaves del bolsillo.

–Si lo hago, ¿dónde se supone que debo pincharte?

–En la parte superior del muslo –contestó él.

–¿En el culo no?

–Desde luego en el culo no.

Sadie levantó el rostro hacia él. De sus largas y oscuras pestañas colgaban unas gotas de lluvia, que también lanzaban destellos desde los miles de pendientes que recorrían su oreja.

–¿Vas a tener que bajarte los pantalones? –preguntó.

Caleb no supo decir si la pregunta había sido formulada en tono de horror o de fascinación, y soltó una suave risotada.

–No, a no ser que me invites primero a cenar.

–Sigue soñando, Trajes.

Ahí estaba, el recordatorio de que ella solo lo veía como un traje sabelotodo y abotonado, literalmente, lo cual, supuso Caleb, no debía resultar nada atractivo a la artista tatuadora de ojos oscuros, cabellos oscuros y vida oscura. Y lo entendió a la primera. Estaban situados en polos opuestos. No encajaban.

Y lo cierto era que, en medio de esa tormenta, hubiese preferido tener a su lado a cualquiera que no fuese esa cínica listilla que parecía disfrutar volviéndolo loco.

Tenían algunos amigos en común, de modo que se encontraban ocasionalmente, y cada vez sucedía lo mismo, se producía un extraño instante de recelo que no era capaz de interpretar. También solía surgir una generosa dosis de irritación, por lo menos por parte de ella.

Mientras que por parte de él se trataba, básicamente, de desconcierto.

Sadie permaneció allí, con las manos sobre las caderas, seguramente esperando a que le diera el ataque.

–¿Te das cuenta de que Piruleta se está frotando contra ti y que ni siquiera estás estornudando, jadeando ni nada parecido? –observó ella.

–¿Piruleta?

–Es lo último que comí hoy, hace mucho, y esa cosa parece tan dulce como una piruleta –contestó ella sin dejar de mirarlo atentamente–. Le encaja. ¿Te estás muriendo o no?

–Te mueres de ganas de utilizar el EpiPen, ¿a que sí?

–Un poco –admitió Sadie, aunque su expresión era todavía de inspección y... algo más.

–Estás preocupada por mí –observó Caleb, lo bastante sorprendido como para sonreír–. Qué dulzura.

–No te hagas ilusiones. No estoy preocupada, es que no me apetece que te desplomes delante de mí. Me obligaría a llamar al servicio de urgencias, y no me gustan los hospitales.

Al menos en eso coincidían.

–Estoy bien –contestó él, sorprendido ante su propia revelación.

Aparte de empapado y de no sentir su culo helado, no sufría ninguno de los síntomas de reacción alérgica que su madre y sus cuatro hermanas le había descrito que sufriría si permitía que se le acercara un perro lo suficiente.

Piruleta se estremeció y lo miró con una expresión que indicaba que quizás estuviera contando con él, despertando los sentimientos de Caleb. Curioso, ya que llevaba más tiempo del que recordaba desprovisto de sentimientos.

La cuestión era que había pasado una gran parte de su vida de estudiante siendo tan canijo asustado, débil y vulnerable como Piruleta. Además, entre las cosas que más odiaba, aparte de los conductores que iban a rebufa, la gente que hacía ruido al masticar, y el correo spam, la lista la encabezaba la gente que maltrataba a los animales. Se irguió, abrazado al perro, lo bastante grande como para pesar al menos veintidós kilos, pero que no era más que un saco de piel y huesos, imposible que pasara de los trece.

–Puede que lleve puesta demasiada ropa para sufrir una reacción alérgica.

–La estás tocando con las manos desnudas y tienes pelo de perro pegado a tu barbilla –insistió Sadie–. Déjame, yo la sujeto.

–No, ya la tengo yo. Me siento bien.

Por algún motivo, Sadie era la única mujer del planeta capaz de hacer que le diera vueltas la cabeza sin siquiera intentarlo. En parte era una sensación agradable, pero en parte también le hacía sentir desconcertado y aturdido, dos cosas que se había trabajado mucho para no sentir. Sacó el móvil del bolsillo y le hizo una foto a Piruleta para enviarla a sus contactos, por si alguien la conocía, antes de devolver el teléfono al bolsillo.

–No me puedo creer que te haya dejado tomarla en brazos –observó Sadie–. Mi jefe, Rocco, dijo que había visto por aquí a un perro abandonado, y he estado dejando un cuenco con agua y comida, pero seguramente esperaba a que no estuviésemos para acercarse. No confía en los humanos –ladeó la cabeza–. Este sería el mejor momento para anunciarme que eres Batman o algo así.

–Batman es un humano.

–Lo que quiero decir –ella puso los ojos en blanco–, es que parece tener buena mano –lo miró con expresión insultantemente sorprendida.

–Eh –contestó él–. Tengo buena mano para un montón de cosas.

Ella soltó una carcajada.

–Anda que no tienes prejuicios. No lo vi venir.

–¿Disculpa? –Sadie cruzó los brazos sobre el pecho–. Soy la persona con menos prejuicios de todo el planeta.

Él soltó un bufido y, durante un instante, ella le sostuvo la mirada, visiblemente sorprendida. Unos mechones de sus largos y oscuros cabellos se habían soltado de su coleta y se pegaban a su cara y cuello. Llevaba unas mechas azules que hacían juego con sus impresionantes ojos. El día anterior esas mechas habían sido moradas. Y el mes anterior, rojas. Los brillantes pendientes capturaban la luz y suavizaban ligeramente la dureza de su expresión, algo que, estaba seguro, a ella no le gustaría. Caleb lo sabía porque toda su vida se había empapado de los detalles de todo lo que le rodeaba, catalogando todos los datos en el sistema de archivos de su cerebro. La mayoría de la gente consideraba que ese rasgo suyo lo calificaba, en el mejor de los casos, de empollón, y en el peor de friki. A él nunca le había preocupado demasiado lo que pensarán los demás, aunque, para ser sincero, no le habría importado que sus abusadores y torturadores de la infancia pudieran verlo en esos momentos, situado en el top 100 de la lista Forbes.

Pero a pesar de lo que Sadie pensara de él, Caleb sabía que tenía que sentirse atraída hacia él a cierto nivel, porque siempre parecía tropezarse con él.

Aunque quizás no hiciera más que soñar despierto.

–Escucha, al parecer, Piruleta te ha adoptado. Y me sorprende porque...

–¿Porque...?

–Porque no parece un tipo maternal. Ni la clase de hombre que se apega emocionalmente –las palabras de Sadie quedaron suspendidas en el aire, repentinamente cargado de tensión.

–¿Opinas que no tengo sentimientos, ni capacidad de apego? –preguntó él.

–Quizás hace falta conocerse.

Su teléfono se había vuelto loco en el bolsillo mientras la perra se acurrucaba contra su pecho y lo miraba con una expresión de vacío cargado de angustia que sugería que había vivido un infierno. Y, de repente, tenía ante sí a una mujer con... maldita fuera, el mismo vacío cargado de angustia en la mirada.

Incómodo con ambas cosas, Caleb se acercó un poco más, esperando no sufrir una muerte certera.

–Tengo que irme –al menos se iría en cuanto averiguara el modo de llevar al perro a una cena de negocios con su abogado, y no espicharla en la mesa.

–Déjamela a mí –Sadie alargó los brazos hacia él.

El problema era que Caleb era más alérgico a aceptar ayuda de lo que era a los perros, algo que se remontaba a muchos años atrás, profundamente incrustado desde una época que odiaba recordar. Las mujeres de su vida lo consideraban un enorme fallo en su ser. Él lo consideraba simplemente buen juicio. Al negarse a soltar al animal, Sadie lo miró fijamente.

–Tienes que irte –insistió ella–. No te preocupes, la cuidaré bien, la secaré, comprobaré si tiene heridas, le daré de comer, la mantendré calentita. Y, de todos modos, si eres «alérgico» –añadió mientras dibujaba las comillas en el aire–, no te viene nada bien todo este lío. ¿Alguna vez has tenido una mascota?

–No.

–¿Ni siquiera una mascota en la familia?

Él sacudió la cabeza, y habría jurado que Sadie lo miraba con expresión de pena. Miró al perro, que no le quitaba esos dulces ojos ambarinos de encima, como si confiara plenamente en él, y de nuevo sintió una punzada en el pecho.

–Estará bien conmigo esta noche –añadió Sadie–. Tendrás cosas que hacer, como dominar el mundo o algo así.

Caleb abrió la boca para protestar, lo cual no tenía ningún sentido, pero ella tomó a Piruleta en brazos y, dedicándole una mirada que fue incapaz de descifrar, desapareció en el interior del spa.

Sadie caminó por el spa a oscuras, sujetando a Piruleta tan cerca de su cuerpo como se lo permitía el animal.

–Por los pelos –murmuró con dulzura–. Has estado a punto de marcharte a casa con un chico.

Piruleta le propinó un lametón en la mejilla.

–Vaya, gracias. Apuesto a que estás helada. Esta noche hace frío –Sadie agarró su pañuelo de cuello de la sala de empleados y envolvió con él a la flacucha perrilla, sujetándola contra su pecho para darle más calor–. ¿Qué tal?

Piruleta parpadeó lentamente, como un búho, un poco tensa en brazos de Sadie, provocándole una carcajada.

–Lo cierto es que querías irte con Trajes, ¿verdad? –ella sacudió la cabeza otra vez–. Confía en mí, un tipo buenorro como ese, demasiado listo para su propio bien y que nunca ha probado el fracaso... –sacudió la cabeza–. Tiene pedigrí. Es un pura sangre. Y tú y yo, somos chuchos.

Piruleta suspiró y Sadie percibió claramente la decepción.

–De acuerdo. Te gusta él más que yo. Entendido.

Desde luego había algo en el modo en que había rodeado al animal con sus brazos, con tanto cuidado y delicadeza, que había conseguido que Sadie se abriera a él durante un instante. Pero solo durante un instante.

Un golpe de nudillos en la puerta le sobresaltó. Mirando hacia la tormentosa noche, vio al alto, oscuro y empapado Caleb Parker y, a regañadientes, abrió.

–¿Qué?

Él sonrió y ella se sintió desconcertada... hasta que comprendió que sonreía al perro.

No a ella.

Y mientras, Piruleta movía enfebrecida las tres patas, intentando galopar por el aire hasta él.

–¿Puedo? –preguntó Caleb, al mismo tiempo que tomaba al perro sin esperar respuesta.

Piruleta apoyó inmediatamente la cabeza contra el hombro de Caleb, y Sadie vio algo que no había visto nunca antes.

A Caleb Parker ablandándose.

Sadie sufrió una auténtica conmoción. Nunca había visto signos de ternura en él, nunca. Diversión, sí. Cinismo, sí. Encanto, sí. Y, sobre todo, cierta impenetrable... masculinidad. Ocupaba la parte más alta de la cadena alimenticia, y lo sabía. Dado que ella no tenía ni idea de cómo sería eso, la situaba en una posición de desventaja, lo cual le hacía sentirse nerviosa.

–A lo mejor se siente atraída por tu perfume.

–No llevo perfume.

–¿Estás seguro? –ella olisqueó–. Porque desde luego hueles a...

A un tipo muy sexy, maldito fuera. Por mucho que intentara convencerse a sí misma de lo contrario, ese hombre no le resultaba indiferente, en absoluto. Lo cierto era que se sentía enormemente atraída hacia él, y no sabía qué hacer con la inesperada oleada de calor que siempre le provocaba.

Caleb la miró, desafiándola en silencio a que dijera lo que opinaba. Como si pudiera.

–A algo caro –contestó ella al fin.

Él se rio. ¡Se rio!

–No me juzgues por la ropa –le aconsejó suavemente mientras acurrucaba al perro contra él.

Acurrucaba. Al perro. Contra él.

Un teléfono soltó un zumbido. En esa ocasión era el de ella. Pensando que sería su madre, Sadie lo sacó del bolsillo para rechazar la llamada. Pero no era su madre. Era un mensaje de texto de su primer cliente de tatuaje de la tarde. Le decía a Sadie que estaba a punto de llegar a la tienda Canvas.

–Tener trabajo es estupendo, hasta que te obliga a marcharte –ella se encogió de hombros y volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

–Estarás bien –Caleb besó la cabeza revuelta de Piruleta.

Y ella le dio un lametón en la nariz.

–Estás arruinando tu imagen de raza peligrosa –bromeó él–. Cuida de la bonita dama por mí, ¿de acuerdo?

–La bonita dama cuida de sí misma –contestó Sadie.

Caleb sonrió sin apartar la mirada de los ojos de Piruleta.

–Sí, es muy dura, como tú, y no me cabe duda de que es capaz de cuidar de sí misma, pero de todos modos cuida de ella, ¿de acuerdo? –Caleb le revolvió el pelaje a la perrita–. Confío en ti.

–Pásamela –le ordenó Sadie–. Los dos tenemos que irnos –ante la visible duda de Caleb, ella se acercó un poco más–. ¿Eso que tienes en el cuello es un sarpullido? –fingió estudiarlo más de cerca, cuando lo cierto era que solo intentaba aspirar ese perfume exclusivo que muy bien podría ser un orgasmo embotellado–. Sí –murmuró–, lo es. ¿Se te está empezando a hinchar la lengua? ¿Respiras raro? ¿A que sí? Dame las llaves de tu coche.

Caleb puso los ojos en blanco y le entregó a Piruleta.

–¿Por qué has vuelto? –preguntó ella.

Él sacó algo de dinero de uno de los bolsillos y se lo ofreció.

–¡Eh! –Sadie dio un paso atrás–. ¿A qué demonios viene esto?

–Es para Piruleta. Comida, cama, lo que sea.

–No necesito tu dinero.

Aprovechándose de que ella tenía las manos ocupadas, Caleb metió el dinero en uno de los bolsillos delanteros de sus vaqueros. La sensación de sus dedos deslizándose dentro de la prenda hizo que ella se paralizara, al tiempo que sus miradas se fundían.

Y se mantenían clavadas.

Y, de repente, con una sonrisa medio burlona, como si participara de una broma que a ella se le hubiera escapado, Caleb se dio media vuelta y desapareció en la noche.

Varias horas después, Sadie ya había terminado con sus clientes y estaba acurrucada con Piruleta en la tienda Canvas, con una bolsa de palomitas que había preparado en el microondas de la trastienda. Nada mejor para mimarse a una misma que una absurda cantidad de palomitas con extra de mantequilla. Estaba tan feliz masticando un buen puñado cuando recibió un mensaje de un número que no reconoció.

*¿Una prueba de vida?*

Trajes. Deseosa de terminar de ver el episodio de *Cómo conocí a vuestra madre*, en el portátil, Sadie lo ignoró. El problema era que las series de televisión como esas a menudo le hacían sentir como si todo el mundo pudiera expresar sus verdaderos sentimientos, cuando la realidad era que la gente se tragaba sus emociones y dejaba que les pudrieran por dentro.

De manera que cambió a un documental sobre asesinatos.

–Nada mejor que acurrucarte con tu perro y ver un programa sobre gente a quienes les cortan la cabeza con un cuchillo de carne –le aseguró a Piruleta.

Diez minutos más tarde, recibió otro mensaje.

*Cuando alguien no me devuelve el mensaje en cinco minutos, doy por hecho que ha muerto y envío a las autoridades pertinentes.*

Sadie soltó un bufido, tomó una foto de la perra recién bañado, alimentado y que dormía plácidamente, y se la envió a Caleb. Luego aprovechó para guardar su número en la lista de contactos como: Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo.

No habían pasado ni treinta minutos cuando estaba navegando por Instagram y vio una foto que le había gustado a Ivy. La había subido un tal Caleb Parker. Era la foto que había tomado de Piruleta en el patio unas horas antes. Bajo la foto había escrito: *Esta noche me ha asaltado esta sádica asesina, y me he enamorado. No estoy muy seguro de en qué me he metido....*

Sadie se descubrió sonriendo, y de inmediato se ordenó a sí misma parar. Porque lo cierto era que no estaba segura de en qué se había metido ella tampoco.



## Capítulo 3

#CaminoDeLaTentación

Dado que, al parecer, esa noche no iba a morir, Caleb disfrutó de la cena de negocios en un restaurante del distrito financiero con su abogada, que también era una de sus cuatro hermanas. El restaurante tenía unas buenas vistas de la bahía y una comida estupenda, pero su mente no estaba en ninguna de esas dos cosas.

–¿Por qué estás empapado? –Hannah lo miró espantada.

–Porque está lloviendo.

–Qué listillo –ella le entregó un montón de documentos y se comió los nachos de su hermano mientras él firmaba varios contratos nuevos para diversas colaboraciones y nuevos acuerdos de negocios.

–Podría haber hecho esto mañana en el despacho.

–Pero entonces yo no habría podido comerme tus nachos.

–Te pago una fortuna. Puedes permitirte tus propios nachos cuando te apetezcan.

Hannah sacudió la cabeza.

–Mis nachos tienen un montón de calorías. Si me como los tuyos, las calorías no cuentan porque son tuyas. ¿Entiendes?

–Recuérdame otra vez dónde te sacaste el título de abogado –él la miró fijamente–. ¿Por Internet?

–Lo sabes muy bien. En Standford. Tú lo pagaste –ella tomó el último nacho de su hermano y se lo metió en la boca antes de chuparse el pulgar cubierto de queso–. Por cierto, gracias por hacerlo. ¿Cómo está Naoki?

–Voy a verlo después de cenar.

–Un día largo –murmuró Hannah.

–Todos lo son. No importa –añadió Caleb cuando su hermana abrió la boca de nuevo.

–Pero...

–Hannah –él colocó una mano sobre la suya–. Era nuestro sueño, ¿recuerdas? No tener que vivir al día. Y aquí estamos.

Treinta minutos más tarde, Caleb llegó a su última cita del día. En esa ocasión era personal, y la repetía siempre que podía. Las empinadas calles no eran ninguna broma en el barrio Russian Hill, y jamás habría conseguido encontrar un hueco para aparcar en la calle. Entró en el callejón donde tenía su plaza reservada junto a un edificio victoriano, respiró hondo y entró.

–Señor Parker –la recepcionista sonrió al verlo–, lo está esperando arriba.

–Caleb –la corrigió él, como en cada ocasión–. ¿Cómo se encuentra?

–Depende del día –la sonrisa de la mujer desapareció ligeramente–. ¿Ha recibido el informe

del médico hoy?

–Sí –y no era bueno–. ¿Se encuentra cómodo?

–Absolutamente –contestó la mujer con convicción.

Caleb asintió aliviado y echó a andar por el pasillo.

La vieja mansión había sido renovada en varias ocasiones en los últimos cien años, la más reciente hacía unos cinco, cuando había sido convertida en una acogedora y elitista residencia.

Una de las enfermeras del turno de noche se cruzó con él en el pasillo.

–Acabo de llevarle su té –informó–. Gracias por hacer que se lo envíen desde el Reino Unido porque aquí no lo encontrábamos –le dio una palmada en el brazo–. No se preocupe, fue un envío anónimo. Su secreto está a salvo, señor Parker.

–Caleb –insistió él–. ¿Cómo supo que lo había enviado yo?

–Porque le he visto con él. Haría cualquier cosa por él –la mujer titubeó–, incluyendo comprar esta residencia y equiparla para necesidades especiales, solo para asegurarse de que aquí estuviera bien cuidado –sonrió–. Tiene suerte de tenerlo a usted.

En realidad, era al revés. Caleb era el afortunado por haber tenido a Naoki en su vida. Cuando la enfermera continuó su camino, Caleb entró en la habitación.

El anciano estaba sentado en el sillón situado frente a la ventana, con las piernas cubiertas por una manta. Se volvió y miró a Caleb con expresión recelosa.

–¿Quién eres?

Caleb sintió una punzada, la misma que sentía cada vez que oía esa pregunta. No sabía por qué le sucedía, pues hacía al menos dos años que Naoki no lo recordaba a primera vista.

Entró en la habitación. La chaqueta y la corbata, aún empapadas, las había dejado en el coche. Se desabrochó la camisa y se la quitó.

El anciano posó la mirada en el torso de Caleb, inspeccionando lentamente los tatuajes. Naoki tenía también unos cuantos, más que Caleb, pero los árboles del hombro izquierdo eran casi idénticos, así como el carácter japonés escrito debajo. Naoki, cuyo nombre significaba literalmente, «árbol», sonrió al verlo, despejando la niebla mental de la demencia y la memoria perjudicada por los años.

Caleb le devolvió la sonrisa y se puso de nuevo la camisa, tapando con ella el emblema de su familia, tatuado en la cara interna del bíceps izquierdo, y la frase, *Carpe Diem*, escrita en el costado derecho. Tomó una silla junto a la pequeña mesa que había al lado de la cama y la llevó hasta la ventana antes de darle la vuelta para sentarse a horcajadas mientras observaba a su viejo *sensei*.

–¿Te conozco? –preguntó Naoki, con la voz temblorosa por la edad.

Caleb asintió. Tiempo atrás, Naoki le había salvado la vida. Pensándolo bien, lo cierto era que le había salvado la vida unas cuantas veces. Y Caleb no lo olvidaba.

–Algunos de tus tatuajes son iguales que los míos –observó el anciano.

–Sí.

–Eres... –los ojos se arrugaron al sonreír–. Tú eres el chico que entró corriendo en mi *dojo* porque otros chicos, más grandes y malos, te perseguían.

Caleb odiaba ese recuerdo, pero asintió.

–Estabas hecho una mierda –recordó Naoki–. No tenías ni idea de cómo defenderte.

Caleb volvió a asentir. «Hecho una mierda», era un eufemismo, dado que tenía un brazo roto, la cara machacada y una contusión... solo de aquella vez.

–Yo te enseñé a pelear –recordó el anciano.

–Lo hiciste. Llevó un tiempo –era un niño bajito, asmático y débil.

–Ahora eres grande y fuerte –observó Naoki tras inspeccionarlo atentamente–. Apuesto a que nadie se atreve ya a meterse contigo –añadió, aparentemente encantado–. ¿Qué pasó contigo? No volví a verte.

Eso no era cierto. Aquel año, Caleb había ido al *dojo* cada día. Y al año siguiente también. Y al siguiente. Había aprendido disciplina y autocontrol, había aprendido tantas cosas de ese hombre pequeño y frágil que le dolía estar allí.

Pero de todos modos iba a verlo. Porque tiempo atrás, ese hombre lo había sido todo en la insignificante vida de Caleb, y estaba decidido a que no le faltara de nada durante los años que le quedaran a él de la suya.

–¿Necesitas otra manta? –preguntó Caleb–. ¿Estás bastante calentito?

–Háblame del *dojo* –Naoki agitó una mano en el aire–. Aquí nadie es capaz de contarme nada de mi vida y... –sacudió la cabeza–, yo no lo recuerdo. El *dojo* sigue ahí, ¿verdad?

–Sí, y tiene mucho éxito.

Aquello solo era una mentira a medias. Naoki se había visto obligado a vender el *dojo*, cuando Caleb rondaba los diecisiete años, por problemas económicos en un mercado a la baja y una mala racha económica. El lugar había sido convertido en un gimnasio, pasando por varios dueños hasta que él lo había podido comprar hacía casi una década.

Naoki bostezó. Sus ojos se cerraron y la cabeza cayó hacia delante.

Caleb lo observó dormir durante unos minutos antes de levantarse para ayudarlo a meterse en la cama. En cuanto movió al anciano, este abrió los ojos de golpe y los entornó.

–¿Quién eres y qué quieres? –preguntó.

Antes de que Caleb pudiera contestar, una enfermera entró en la habitación.

–¡Ya te he dicho que no quiero enfermeros! –gritó el anciano mientras señalaba a Caleb.

–Lo siento, señor –la enfermera sonrió–, él no es...

–No pasa nada –Caleb echó a andar hacia la puerta–. Te dejo en buenas manos. Que duermas bien.

Ya en el pasillo, se detuvo y se recordó a sí mismo que en esa ocasión había pasado cinco minutos buenos con él. Era más de lo que había podido disfrutar en meses.

Todavía no estaba preparado para irse a su casa y acabó en su oficina, que ocupaba un edificio de diez plantas en el distrito financiero. Todo estaba tranquilo y prácticamente a oscuras. Animaba a sus empleados a que se fueran a sus casas después de una jornada de ocho horas. No tenía nada que ver con no querer pagar horas extras, pero mucho con asegurarse de que su plantilla disfrutara de una vida que esperaba les resultara más cómoda gracias a los generosos paquetes de beneficios, incluyendo vacaciones pagadas para realizar alguna labor filantrópica.

Su despacho estaba en la décima planta. Se dirigió a los altos ventanales que daban a la ciudad y se preguntó dónde estarían Sadie y Piruleta. ¿Estaban secas y habían comido bien?

¿Y por qué le importaba?

Se frotaba la dolorida frente cuando oyó a alguien entrar en su despacho.

–Pareces agotado.

Se volvió y vio a su hermana mayor, Sienne, su mano derecha en el negocio.

Y la izquierda.

–Estoy bien –le aseguró mientras se preguntaba cuántas veces al cabo del día le decía eso mismo a alguna de sus hermanas–. Y ocupado –añadió.

–Dirías que estás bien aunque tuvieras una pierna colgando –su hermana soltó un bufido y entró

en el despacho—. De pequeño, con siete años, cuando te pegaban camino a casa desde el colegio, entrabas tambaleándote en casa, sangrando, y decías que estabas «bien». Cuando estabas tan enfermo que apenas conseguías meter aire en los pulmones, y siempre tenías unas negrísimas ojeras y apenas podías respirar, estabas «bien». Y ahora, con el valor de tu empresa, y haciendo malabarismos con billones de pelotas en el aire al mismo tiempo, sigues estando «bien».

—Ni estoy sangrando ni respiro con dificultad —señaló él.

—Si hace falta, llamaré a mamá.

Caleb dejó caer la cabeza y se rio mientras se frotaba la nuca.

—Tengo treinta y dos años y tú cuarenta, ¿y vas a llamar a mamá para chivarte de mí?

—Eh —intervino Sienne—. Tengo treinta y nueve, y los tendré durante dos meses más, y lo sabes. Vuelve a decir «cuarenta», y eres hombre muerto. Y sí, soy capaz de llamar a mamá. Ella es la única que puede meterte algo de sensatez en la cabeza.

—Mamá está de crucero en Grecia, las primeras vacaciones que hemos conseguido que se tome. Déjala fuera de esto.

—Tú la convenciste comprándole el pasaje y haciendo que se sintiera culpable al decir que no quería desperdiciar ese dinero —Sienne sonrió a regañadientes—. La engañaste, y yo me siento muy orgullosa de ti. También fue un bonito detalle, ya que te gastas una fortuna en mantenernos a todos.

—Tú te ganas cada centavo —le aseguró Caleb—, pero, aunque no fuera así, me toca a mí, ¿recuerdas? Fui una tremenda carga para vosotras —durante años. Y podría decir que todos habían pasado página sin llevar ninguna cicatriz, pero mentiría. De ahí emanaba su incapacidad para aceptar ayuda, o permitir que alguien cuidara de él. Él cuidaba de sí mismo, no necesitaba a nadie—. Nunca olvidaré lo que hicisteis por mí.

Sienne apoyó la cabeza sobre el hombro de su hermano y, juntos, contemplaron la noche de San Francisco a través de la ventana.

—Tú nunca fuiste una carga, Caleb.

—Las facturas del médico y el hospital no dicen lo mismo —Caleb sacudió la cabeza—, ni la ruina económica de mamá.

—Fuiste un bebé prematuro con problemas médicos, y luego un niño asmático con respiración sibilante, por culpa de la cual sufrías abusos y palizas. Y, cuando pienso en esos días —su hermana apretó los puños—, aún tengo ganas de asesinar a alguien.

—Sienne...

—Bueno, pues es verdad —respondió ella con rabia, tomándole la mano—. Sé que trabajas tanto porque quieres recompensarnos. Crees que hemos sacrificado mucho por ti.

—Y así es.

—Lo que los Parker hacemos los unos por los otros, lo hacemos por amor —insistió Sienne, con voz dura—. Y no te atrevas a mancillarlo sugiriendo que nos lo debes.

—Sienne...

—No. Y una cosa más antes de que cierre la boca. Nada de lo sucedido cuando eras pequeño, ni que estuvieras enfermo, o que apenas pudiésemos permitirnos tus cuidados médicos, nada de eso fue culpa tuya.

Caleb apretó la mano de su hermana y la miró a los ojos.

—Tampoco era culpa vuestra, pero todas os volcasteis en mí —habían hecho lo necesario, incluyendo tener varios empleos para poder mantenerse todos juntos.

Sienne abrió la boca, pero él la señaló con un dedo.

—Has prometido cerrar el pico.

–Te he mentido.

–Sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

–Cambiaré de tema, hablemos de trabajo –ella sonrió–. ¿Qué te parece? Dos cosas. Tienes la última actualización sobre el balance de hoy y las reuniones de mañana –Sienna señaló el iPad que descansaba sobre el escritorio–. Repasa los archivos para ver los informes.

Su hermana era su directora de operaciones. No era un trabajo fácil, como tampoco lo era trabajar para él. Pero comparado con algunas cosas que habían sufrido juntos, el trabajo y su negocio eran como dar un paseo por el parque.

–Gracias.

–Solo intento ganarme el ridículamente elevado sueldo que me pagas –contestó su hermana–. No quiero ser una carga, ni obligarte a sacrificar recursos por tu hermana.

–¿Eso ha sido sarcasmo? –él la miró.

–No. Ironía. No quiero volver a oírte decir que te sientes culpable porque piensas que nos sacrificamos por ti. ¿Vas a contarme qué sucede?

–No sucede nada.

–Seguramente hasta te lo crees –Sienna lo observó atentamente antes de sacudir la cabeza–, pero últimamente te veo inquieto. No eres feliz.

Caleb se volvió hacia la ventana, incómodo por que su hermana lo descifrara tan bien.

–Tampoco soy infeliz.

–Trabajas demasiado –la voz de su hermana se suavizó–. La semana pasada hiciste unas ochenta horas. Necesitas delegar en alguno de nosotros parte de ese trabajo. Tómame tiempo para ti mismo.

–Lo pensaré.

–Siempre dices lo mismo –protestó ella–. Tienes que dejar de pensar y empezar a hacer.

–Tú también necesitas una vida.

–Ya la tengo –contestó con esa pequeña sonrisa que le decía a Caleb que las cosas con su marido, Niles, iban bien–. Te toca a ti.

Caleb pensó en Sadie en el patio esa noche, el pelo y la ropa empapados y pegados al cuerpo, los ojos cargados de secretos. Era totalmente independiente, ferozmente, y no necesitaba a nadie. Y para un hombre como él, ese detalle resultaba condenadamente atractivo. De repente, como si la hubiese invocado, su teléfono emitió un zumbido señalando la llegada de una llamada de FaceTime, de Sadie.

–Tengo que contestar –el corazón le dio un vuelco.

Sienna asintió y se dirigió hacia la puerta. Dándole la espalda, Caleb contestó la llamada y se encontró con Piruleta mirándolo desde la pantalla. Estaba seca y sus ojos brillaban, la lengua colgando a un lado. Parecía mucho más contenta de lo que había estado antes.

–Quería darte las buenas noches –anunció la voz divertida de Sadie–. Le dije que seguramente andabas por la ciudad con alguna cita, viviendo la vida de lujo que hace juego con tu traje, pero insistió en que quería un besito de buenas noches de papá.

–¿Estás utilizando a nuestra hija para preguntarme si estoy saliendo con alguien? –Caleb sonrió.

El rostro de Sadie apareció por detrás de la perra. Ella también estaba seca, aunque no parecía ni de lejos tan contenta de verlo como Piruleta.

–Desde luego que no –aseguró.

Él sonrió.

–¡Te digo que no! –exclamó ella–. Me da igual si estás saliendo con alguien.

La sonrisa de Caleb se hizo más amplia.

–Déjalo ya –Sadie lo señaló–. No es asunto mío con quién estés.

–Porque no te gusto, ¿verdad?

–O sea que lo sabes, menos mal. Así resulta menos incómodo.

Él se rio, pero un ruido a sus espaldas le hizo sacudir la cabeza. Debería haberse figurado que la cotilla empedernida de Sienne no se había marchado.

–Esto... no mires –dijo Sadie con la mirada fija en algo detrás del hombro de Caleb–, pero hay una mujer detrás de ti con una expresión que dice que puede que sí tengas una cita.

–Ignórala.

–No seas grosero –Sienne se acercó para ver mejor a Sadie–. Soy Sienne Parker, la hermana de Caleb. ¿Y tú eres...?

–¿Y quién está siendo grosera ahora? –murmuró Caleb–. Sadie, mi hermana Sienne. Sienne, esta es Sadie, trabaja en el edificio Pacific Pier.

–¿De modo que esto es un asunto de... trabajo? –preguntó Sienne.

–No –contestó Caleb esperando zanjar así el tema y cortar la curiosidad de su hermana–. Y tú ya te ibas, ¿recuerdas?

–Sí, pero me olvidé de darte esto –Sienne le entregó un recipiente de comida y un tenedor–. Mis famosos macarrones caseros con queso.

–Supongo que te has dado cuenta de que ya no tengo diez años, ¿verdad? –él la miró fijamente.

–Físicamente no. ¿Mentalmente? –Sienne sonrió–. Hay días...

Él soltó un bufido mientras aceptaba la comida, y el gesto, por lo que era. Los macarrones con queso eran su comida consuelo, siempre lo habían sido. Años atrás se habían alimentado de macarrones con queso envasados porque eran baratos. Cuando la situación había mejorado, Sienne había aprendido a prepararlos ella misma, aunque últimamente había que sobornarla para que lo hiciera.

Sienne lo miró prolongadamente, sin revelar sus pensamientos, y se marchó.

–¡Guau!

Piruleta estaba de nuevo en pantalla, exigiendo atención. Desde luego, Caleb tenía ya suficientes mujeres en su vida, todas exigiendo su atención, pero sintió una punzada en el corazón y sonrió a la perrita.

–Hola, nena, ¿cómo estás?

–Pues estaríamos bastante mejor si alguien nos hubiese preparado a nosotras unos macarrones con queso –de nuevo, Sadie asomó la cabeza.

–Recibido –dijo él sin pensar y... la llamada se cortó pasando la pantalla a negro.

Sadie hizo una mueca y se guardó el móvil en el bolsillo.

–Estaba circulando en un túnel –le explicó a Piruleta–. Mala conexión.

Su teléfono emitió un zumbido.

«Mierda».

Lo volvió a sacar del bolsillo y contempló la pantalla. Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo estaba haciendo una llamada de FaceTime.

–Maldita sea –ella se mordisqueó el labio inferior y contestó–. Tengo mala cobertura.

–Eso es evidente –contestó Caleb secamente.

Seguía en su despacho, una enorme y lujosa estancia, con ventanales que iban del suelo al techo

a su espalda, y unas impresionantes vistas de la ciudad de noche. Caleb estaba sentado en su sillón, sin chaqueta ni corbata, con las mangas remangadas, comiendo los macarrones con queso y haciendo que a Sadie se le hiciera la boca agua.

–Vaya –dijo ella, optando por el sarcasmo en lugar de revelar la sensación que le había producido ver la relación que mantenía con su hermana, más real, abierta y sincera de lo que había disfrutado ella con ningún miembro de su familia–. ¿Así de mimado estás? Quiero decir que podrías conseguir un envase de macarrones con queso por, ¿cuánto? ¿Un dólar?

Pero su intento de bromear tuvo el efecto contrario del que pretendía. La expresión del rostro de Caleb se cerró ante ella, incluyendo esos cálidos ojos y la contagiosa sonrisa. Todo desapareció en un instante.

–No me conoces lo suficiente como para aventurarte en ese terreno –contestó delicadamente.

–¿Aventurarme adónde, exactamente? –preguntó ella–. Solo estaba bromeando.

–Estabas juzgando. Otra vez.

Dado que era muy probable que fuera cierto, Sadie cerró el pico y colocó de nuevo a Piruleta delante de ella.

–Limítate a darle las buenas noches.

–Déjame adivinar, tienes que irte.

Al parecer, la estaba tomando con ella. Aun así, le sostuvo la mirada y se mantuvo firme, porque mantenerse firme era lo que siempre solía hacer.

–Pues sí que tengo que irme. Mañana madrugo, y... –emitió un suspiro–. Lo siento. Por colgarte el teléfono.

–¿Pero no por juzgarme?

«¡Mierda!».

–Puede que un poco también por juzgarte. Pero no voy a mentirte –añadió–. Seguramente no he acabado de juzgarte. Intentaré trabajar en ello, pero será todo un proceso.

–Me parece justo –las comisuras de los labios de Caleb se elevaron.

–Y tú también lo sientes, ¿verdad?

–¿Por...?

–Por pensar lo peor de mí cuando yo solo estaba bromeando.

–Es verdad que tengo tendencia a asumir lo peor y luego retirarme a un rincón oscuro para seguir dándole vueltas –Caleb hizo una pausa y a sus ojos regresó un destello de diversión–. Intentaré trabajar en ello.

–De acuerdo –ella le ofreció una tímida sonrisa–. Yo también he estado en algunos rincones bastante oscuros.

Lo cual no dejaba de ser un eufemismo. Un enorme eufemismo. No tenía ni idea de por qué le había revelado ese detalle de su persona, ¿qué demonios estaba haciendo? ¿Flirtear con él? Desde luego lo parecía, y eso le ponía aún más irritable.

Flirtear llevaba a la intimidación, incluso al amor. Pero a ella nunca la habían amado por lo que era realmente y estaba bastante segura de que jamás la amarían por ella misma. Por tanto no iba a salir a buscarlo, y tampoco estaba segura de reconocerlo aunque la golpeará en la cara. Por eso hacía tres años que había renunciado a los hombres. Y en esos tres años no se había sentido interesada, ni una sola vez, por alguien. Se había prometido a sí misma que se tomaría un prolongado descanso de hacer daño y sufrir daño. Necesitaba aclarar su propia mierda.

Y aun así se sentía interesada, tentada por una ardiente sonrisa.

–De verdad que tengo que irme –y cuando colgó, también apagó el móvil para evitar futuras

tentaciones.

Tentaciones que no había visto llegar.



## Capítulo 4

#SharkTank

Cuando Caleb por fin se metió en la cama a medianoche, estaba tenso por varios motivos, siendo uno de ellos el recuerdo de unos ojos de mirada profunda e inquietante.

Y no eran los ojos de la perrita, unos ojos maravillosos.

Sino los de Sadie... Sadie y esa mirada azul desconfiada, recelosa y acerada, una advertencia de: «No te acerques demasiado».

Y que precisamente le hacía sentir ganas de acercarse más.

Resultaba muy confuso. Habían mantenido contactos en el pasado, ninguno de los cuales se había parecido al de esa noche. Ella era, a la vez, tal y como esperaba que fuese y también... nada de lo que esperaba que fuese. Había descubierto un aspecto de ella que no había visto jamás, esa feroz actitud protectora con Piruleta, además de su propia vulnerabilidad, que había intentado disimular al máximo con una dureza y un sarcasmo que él ya conocía y esperaba.

La noche había supuesto una sorpresa tras otra. Había olvidado preguntarles a Sienna y a Hannah el motivo por el que no mostraba alergia hacia la perra. Supuso que quizás simplemente se le había pasado con la edad. Pero la gran pregunta era... ¿qué iba a hacer con esa extraña, sorprendente e innegable atracción que sentía por Sadie Lane?

Eran las cuatro de la mañana cuando dejó de intentar dormirse. Comprobó el móvil porque, sí, su mundo empezaba temprano, pero en realidad esperaba haber recibido otra foto de Sadie.

Nada.

No era muy aficionado a las redes sociales. No utilizaba Facebook ni Twitter, pero sí tenía una cuenta en Instagram para poder mantenerse al día con su familia y amigos, y de vez en cuando subía algo, como esa noche. Buscó a Sadie y encontró su cuenta.

Estaba llena de sus propios diseños y fotos y los tatuajes que creaba.

Su trabajo le impresionó. Era una artista increíble.

Pero no había nada sobre ella, y nada sobre Piruleta. Pronto desvió su atención hacia un texto de su primo, Kel. Tenían la misma edad y habían ido juntos al colegio en quinto grado. Tras la trágica muerte de la madre de Kel, el niño y sus hermanas habían sido enviados a vivir con parientes en Sunshine, Idaho. Kel era en la actualidad el sheriff de una pequeña ciudad, y también granjero, y trabajaba aún más horas que Caleb, suponiendo que eso fuera posible. Solían mantener el contacto a través de mensajes breves y, normalmente, terriblemente groseros.

*Kel: Supongo que, apenas despuntado el día, ya habrás ganado una cifra de siete dígitos.*

*Caleb: Y yo supongo que ya habrás ahuyentado a unas cuantas vacas del único cruce que hay en Sunshine.*

*Kel: Y lo siguiente será ir a comprar donuts. Mi trabajo nunca termina...*

*Caleb: Te vas a poner fofo. Espero que a tus mujeres no les importe.*

*Kel: La próxima vez que nos veamos en el ring, ya te enseñaré lo fofo que estoy.*

Caleb sonreía cuando se puso a trabajar, repasando una larga lista de correos electrónicos que le habían llegado durante la noche. Empleaba a traductores, inversores bancarios, consejeros financieros, analistas de investigación, inversores, promotores de procesos comerciales y muchos más, por todo el mundo. Tras hacer un barrido y repasar algunos proyectos, pasó a leer los titulares de la prensa en busca de artículos, interesándose especialmente por las empresas que componían su cartera de inversión, las de sus competidores y la industria en general.

Dado que estaba completamente despierto ya, consultó el estado de Naoki, y luego se dirigió al gimnasio para un breve entrenamiento. Había renovado el local, pero sin devolverlo al estado del *dojo* que había sido una vez, porque sin Naoki no sería lo mismo. Tenía diferentes compañeros sparring. El de ese día era Spence. Se habían conocido hacía diez años en el comité gubernamental para el que ambos habían sido reclutados nada más salir de la universidad, y de vez en cuando se convertían en socios en algún negocio.

Pero ese día eran otra clase de socios. Ambos disponían de treinta minutos, y los aprovechaban al máximo en el ring, sacudiendo al otro a muerte. Los dos eran expertos en artes marciales y de un nivel bastante parecido, pero ese día Spence se estaba llevando una paliza. Cuando cayó al suelo por tercera vez consecutiva, Caleb se detuvo junto a él con los brazos en jarras.

–¿Qué te pasa?

–No lo sé –Spence hizo una mueca y permaneció tumbado de espaldas.

–Apuesto a que yo sí lo sé –Caleb se apartó–. Colbie y tú os escapasteis y os casasteis en las Bahamas y habéis pasado allí dos semanas. Tienes luna-de-miel-itis. Traducción: tus sesos, y tus fuerzas, se han volatilizado.

–Buena deducción, Sherlock –Spence lo miró con expresión desvergonzada.

–Aquí no haces nada –Caleb sacudió la cabeza y se dio la vuelta–. Un crío de doce años podría vencerte hoy...

No pudo añadir nada más, pues Spence le enganchó el tobillo con el pie y tiró con fuerza. Un segundo después, Caleb mordía la lona.

–¿Qué decías? –preguntó Spence con dulzura, todavía tumbado sobre el suelo.

–Mierda –Caleb levantó la vista al techo y soltó una carcajada–. Los dos hemos perdido la cabeza.

–Bueno, por lo menos sabemos dónde está la mía. ¿Cuál es tu excusa? Y, ¿tiene algo que ver con esa tatuadora tan mona?

Caleb ignoró la pregunta y se puso en pie.

–Entonces es que sí –añadió Spence con aire de suficiencia mientras él también se levantaba–. Colbie dijo que Molly dijo que Elle dijo que te vio en el patio con Sadie anoche, bajo la lluvia, y que parecíais muy juntitos.

Intentó un movimiento para volver a tumbar a Caleb, pero este golpeó primero y tumbó de nuevo a Spence.

–Qué susceptible –Spence respiró con dificultad intentando llenar sus pulmones de aire–. Pero tengo razón. Me encanta tener razón –se sentó con las manos estiradas al frente, en señal de tiempo muerto–. Escucha, hace ya un tiempo que no hay una mujer en tu vida, ¿verdad? y no me refiero a esa CEO de start-ups tan buena de Nueva York que te ligaste el mes pasado, o a la sexy piloto a la

que te tiraste durante una semana el mes anterior. Estoy hablando de alguien con quien tengas intención de permanecer, fuera y dentro de la cama. Y, confía en mí, lo sé. No es fácil.

Caleb sabía que Spence se estaba refiriendo a los problemas que había tenido antes de conocer a Colbie. Las mujeres lo habían perseguido bien por su dinero o bien por sus contactos. Caleb también había sufrido algo de eso en el pasado, pero tenía un arma secreta, El Clan, sus hermanas. Desde que una mujer lo había acosado años atrás después de una cita a ciegas, se dedicaban a investigar a fondo a cualquier persona que apareciera en su vida, y a menos de tres centímetros de la de ellas. Se habían convertido en acechadoras profesionales, arrancando la mala simiente con un despiadado entusiasmo que habría asustado a Caleb, de no tenerlas de su parte.

–Pero ese no es motivo para renunciar a una relación –insistió Spence.

–El matrimonio no es para todos.

–De acuerdo –Spence asintió–. Eres contrario al sexo diario y a tener a alguien mimándote día y noche.

Caleb lo fulminó con la mirada.

–¿Colbie te mimaba día y noche? –preguntó mientras sacaba el móvil del bolsillo–. Vamos a consultárselo...

Spence hizo una mueca y tiró del móvil de Caleb.

–Por Dios, no la llames. De acuerdo, puede que no me mime. Puede que a veces quiera matarme. Da igual. Pero, tío, sigue habiendo un montón de sexo.

Y el sexo era bueno. Estupendo, en realidad. Después de haber alcanzado su primer éxito, y durante un tiempo, las mujeres de repente habían querido disfrutar de un pedazo de él. Y después de haber sido toda su vida un friki asmático y perdedor, lo había aprovechado a lo grande. Pero al final había comprendido que no era por él, sino por lo que podía hacer por la otra persona, y había terminado por aburrirse.

Tampoco se moría de ganas de tener a alguien que lo cuidara. Era lo último que quería. De modo que había dado marcha atrás y ya ni siquiera era consciente de las oportunidades. Se limitaba a ir flirteando por la vida, usando sus encantos, y le iba bien así.

Uno de los monitores del gimnasio se había acercado a ellos, arrojándole una toalla a cada uno.

–A mí no me importaría disfrutar de un montón de sexo –aseguró con cierta nostalgia–. Hay una mujer que viene a hacer pesas, y se comporta como si estuviera por mí, pero no sé cómo empezar una conversación con ella sin parecer ese irritante imbécil que intenta ligársela mientras hace ejercicio.

–Podrías dejar caer una pesa en tu pie y pedirle que te llevara al hospital –sugirió Spence.

–O –intervino Caleb–, podrías dejarme golpearla la cabeza con una pesa, dado que parece haber olvidado que en este gimnasio, donde, por cierto, trabajas, no consiento que intentes ligarte a una cliente.

El monitor hizo una mueca y asintió como un muñeco.

–De acuerdo. Lo pillo. Bueno, pues ya me voy... –señaló otra zona del gimnasio y se escabulló.

–Pues no es mala idea, ¿sabes? –Spence miró a Caleb–. Sadie ha venido aquí alguna vez, ¿verdad? Podrías dejar caer una pesa sobre tu pie y...

–Cállate.

–O sobre tu cabeza –insistió su amigo.

–Muy bien, ya hemos terminado aquí –Caleb abandonó el ring.

–Oye, que yo solo intento ayudar...

–Estás haciendo todo lo contrario, Spence.

–Podrías pedir un deseo en la fuente de mi edificio.

Spence era el dueño del edificio Pacific Pier, y desde luego Caleb no tenía ninguna intención de pedir un deseo allí. Aparte del hecho de que la fuente estaba a tan solo treinta metros de donde trabajaba Sadie, también había una leyenda que decía que, si pedías un amor verdadero con el corazón sincero, el deseo te era concedido. Ya les había sucedido a bastantes personas como para que resultara preocupante, por ejemplo, les había pasado a Colbie y a Spence.

Y por eso iba a mantenerse alejado de esa fuente.

Tras darse una ducha rápida en los vestuarios y vestirse para ir a trabajar, se dirigió al edificio Pacific Pier, deteniéndose brevemente para hacer una llamada. Mientras caminaba por el patio empedrado, miró la fuente. No tenía nada específico en contra del amor. No del todo. Pero el amor solía ir acompañado de cosas como responsabilidad y una apertura para la que no tenía tiempo en esos momentos.

Sabía cuál era su valor monetario. Para eso disponía de contables e informes. Lo que no sabía, ni podía medir o imprimir en una hoja de cálculo, era su valor emocional. Por sus cálculos, no era muy elevado.

Tampoco le importaba, dado que no iba por ese camino. Hacia dónde lo llevaba la inexplicable atracción que sentía hacia Sadie, no tenía ni idea. Menudo genio estaba hecho.

El spa de día aún no estaba abierto, ni la tienda Canvas. Pero se veía luz entre las lamas de las contraventanas cerradas.

Había alguien dentro, y no podía ser el dueño del establecimiento. No eran más que las seis y media de la mañana, y Rocco no era madrugador. Caleb se acercó a la ventana y, haciendo visera con las manos ahuecadas, echó un vistazo al interior.

El interior de la tienda de tatuajes era muy original, lo que explicaba su éxito. El lugar estaba decorado en tonos cálidos y suaves, las paredes cubiertas con las obras de arte de los artistas que trabajaban allí. Media pared separaba la zona de recepción y sala de espera, equipada con cómodos asientos y una mesa de café con libros y revistas de tatuajes. Apoyado contra una pared había un frigorífico con la puerta de cristal, lleno de agua, zumos, refrescos y aperitivos, disponibles para todos. Al otro lado de una media pared estaban las cabinas de trabajo. Había seis camillas de lujo, tres a un lado de la habitación y tres al otro. La luz del techo era una mezcla de bombillas colgantes y cuerdas de luces blancas que generaban un cálido brillo y, al mismo tiempo, la luz suficiente como para permitir un trabajo eficaz.

Caleb apenas veía la mitad inferior de la mesa de trabajo en el rincón de Sadie. De la mesa asomaba una pierna y un pie desnudo con las uñas pintadas de azul medianoche y un delicado anillo de plata alrededor de uno de los dedos del pie.

Sadie.

Caleb titubeó antes de llamar con los nudillos, no queriendo asustarla. Pero como no disponía de mucho tiempo, al final optó por hacerlo, aunque lo más flojo que pudo.

El pie se movió bruscamente.

Sonó un ladrido.

El pie tocó el suelo, pegado al resto del cuerpo que lo acompañaba.

Ahí estaba Sadie, vestida con un pantalón de pijama suelto con estampado de calaveras y una espectacular camisola gris clarito, y una expresión alterada en el rostro, indicativa de que había estado durmiendo, profundamente, y que se sentía ligeramente confusa.

Sin embargo, la perra pegado a sus pies no sentía lo mismo. En cuanto vio a Caleb, Piruleta se acercó corriendo a la ventana a una velocidad sorprendente dado que solo tenía tres patas. Arañó

la puerta para intentar alcanzarlo, totalmente despierta y ladrando en un intento de controlar la situación.

Sadie se lo quedó mirando fijamente, con cierto estupor, sin hacer ademán de acercarse a la puerta.

Era evidente que, por algún motivo, había dormido en la tienda. Y a Caleb le gustaría saber por qué. Si se lo preguntaba sabía que ella se cerraría en banda, de modo que hizo todo lo posible por no parecer una amenaza. Levantó en el aire las dos tazas de café que había comprado en un establecimiento del patio. Tomó un sorbo de una de las dos tazas, se lamió los labios y sonrió seductoramente.

Al parecer, la cafeína era el modo de llegar a su corazón, pues no hizo falta más para que abriese la puerta. Cuando se dio la vuelta fugazmente, como si intentara calibrar si él la había visto dormir, Caleb vio un pequeño y delicado signo de infinito tatuado en uno de sus hombros. Pero rápidamente se volvió, le sostuvo la mirada, y abrió la puerta.

—¿Qué narices...? —preguntó con la voz ronca y gruesa.

Y sexy. Nunca antes había podido ver tanto de su cuerpo, incluyendo la bonita leyenda tatuada alrededor de su tobillo, y que pudo leer gracias a las gafas de sol graduadas, *Las cosas que me hacen diferente...*, no pudo ver más, pues las palabras se perdían alrededor del tobillo, pero conocía bien la cita. Era de Winnie the Pooh:

*Las cosas que me hacen diferente son las cosas que me hacen...*

Caleb dejó los cafés sobre la mesita de las revistas y se agachó para saludar a Piruleta. A tenor de cómo se movía y retorció, intentando acercarse a él, era trece kilos de pura felicidad.

—¿Qué haces aquí en medio de la noche?

Caleb abrió la boca para contestar y recibió un beso con lengua de Piruleta.

—Gracias —dijo antes de dirigirse a Sadie—. Son las seis y media.

—Pues lo que yo he dicho, en medio de la noche. ¿Qué haces aquí?

—No podía dormir.

—¿Y decidiste asegurarte de que yo tampoco lo hiciera?

Él le pasó uno de los dos cafés calientes y contempló divertido cómo ella lo agarraba como si fuera el elixir de la vida. Tras darle unos cuantos sorbos a la poción mágica, Sadie respiró hondo y soltó el aire.

—Vaya —continuó Caleb—. Parece que no eres una persona madrugadora.

—Lo sería si las mañanas empezaran al mediodía —Sadie volvió a beber y la niebla de sus ojos desapareció, sustituida por una expresión de sorpresa—. Has añadido la cantidad perfecta de crema de vainilla.

Él asintió.

—Esto huele a soborno —ella lo miró fijamente.

—¿Y por qué iba yo a querer sobornarte? —Caleb enarcó las cejas.

—No lo sé. Dímelo tú.

Todavía en cuclillas, con la perra apretado contra él, Caleb se encogió de hombros.

—Quería verte.

—Querrás decir que querías ver a Piruleta.

—A ella también —él le sostuvo la mirada—. Y no me convence ese nombre.

—Es un perro callejero. ¿Por qué le iba a importar su nombre a un tipo como tú?

Caleb hizo una pausa y acarició a Piruleta, averiguando cómo le gustaba ser acariciada... básicamente de cualquier manera.

–El nombre es importante. ¿Ha comido?

–Sí –contestó Sadie–. Una cantidad equivalente a cuatro veces su peso. Y luego cagó el equivalente a dos.

Caleb frotó la mandíbula contra la suave cabeza de Piruleta, que la enterró en su cuello.

–La has bañado –observó.

–Anoche, para ayudarla a entrar en calor. Nos duchamos juntas. Fue toda una aventura.

Ya estaba. De repente, Caleb se la imaginaba en la ducha. Piruleta se revolvió para soltarse y él la soltó.

Inmediatamente empezó a perseguirse el rabo. Chocó contra una pared y luego contra una silla, lo cual no la detuvo.

–¿Por qué se está persiguiendo el rabo? –preguntó él.

–Porque puede.

Piruleta se detuvo y cayó de lado. Tras jadear unos segundos, volvió a la carga, parándose cada cierto número de vueltas para sonreírle a Caleb. Estaba emocionada de verlo, comprendió él, y mientras la perrita continuaba totalmente enloquecida, Caleb sintió la misma extraña opresión en el pecho que había sentido la noche anterior. La siguiente vez que cayó de lado, la tomó en brazos.

Piruleta comenzó a agitar las tres patas en el aire, intentando alcanzar del rostro de Caleb, que la acercó un poco más. La perra se acomodó y apoyó la cabeza contra su hombro, y el corazón de Caleb dio un vuelco. Lo cierto era que no sabía cómo gestionar tantas emociones. ¿Cómo demonios lo hacía la gente?

–Había pensado llevarla a que le hicieran una revisión –anunció–. Para estar seguros de que está bien, y luego...

–No pienso devolvérsela al gilipollas que la abandonó en la calle –sentenció Sadie.

–Estoy de acuerdo. Pero quiero que la vea un veterinario, para empezar.

–¿Y cómo vas a llevarla a un veterinario a estas horas?

–Tengo una cita a las siete.

–No puedo mantener esta conversación vestida con el pijama –dijo ella mientras lo miraba fijamente.

–Y vas en pijama porque...

–Dame cinco minutos –dijo Sadie en lugar de contestar.

Caleb no tenía ni idea de qué clase de conversación requería un cambio de vestuario, pero se había criado con cuatro hermanas. Y no era tonto. Se limitó a asentir mientras ella desaparecía al fondo. Pero cinco minutos... y una mierda. Jamás había conocido a una mujer capaz de arreglarse para salir en menos de una hora.

Sin embargo, a los cinco minutos, Sadie reapareció vestida con un jersey de aspecto muy suave y unos vaqueros ajustados que marcaban sus curvas y que tenían unos agujeros estratégicamente colocados en un muslo y la rodilla de la otra pierna, dándole acceso a pequeños retazos de su piel. Los pantalones se hundían en unas estupendas botas capaces de hacer que un hombre se preguntara cómo estaría si solo llevara esas botas. Había añadido algo de maquillaje y se había recogido los oscuros cabellos sobre la cabeza, resaltando de nuevo sus ojos azules.

–Impresionante –observó él mientras se preguntaba por qué estaría durmiendo en la tienda.

–Tú tienes tu armadura de superhéroe –contestó ella señalando el traje con la cabeza–, y yo tengo la mía.

Caleb se preguntó para qué necesitaría Sadie una armadura. Se hacía muchas preguntas sobre ella.

–Me refería al hecho de que te has preparado realmente en cinco minutos.

–Soy diferente –Sadie se encogió de hombros.

Y tanto que lo era. Y Caleb empezaba a darse cuenta de lo mucho que le gustaba eso.

–¿Vives aquí?

–No.

–Pero es evidente que has dormido aquí esta noche –señaló él.

–Lo hago a veces –ella se encogió de nuevo de hombros–, cuando trabajo hasta muy tarde. Eso es todo.

De acuerdo. Pero él sabía que tenía un apartamento de alquiler en el Tenderloin, no muy lejos de allí. Si el dinero suponía un problema para ella, sin duda estaría preocupada por el coste del veterinario, y seguramente también por tener otra boca que alimentar.

De nuevo sintió una punzada en el pecho, solo que en esa ocasión fue por la hembra de dos piernas que había en la habitación. Quería ofrecerle ayuda de algún modo, de cualquier modo, pero esa mujer era tan condenadamente irritable que no se atrevía a herirla en el orgullo.

–¿Qué te parece si la llevo yo? El veterinario es amigo mío y me debe un favor.

–¿Qué hiciste? ¿Conseguiste que saliera en la teletienda o algo así?

Caleb soltó una carcajada.

–¿Exactamente qué crees que hago para ganarme la vida?

–Eres uno de esos genios inversores de *Shark Tank*, que financian inventos estupendos.

–Pues lo cierto es que has estado impresionantemente acertada –él volvió a reírse.

–Ivy me contó algo de lo que Spence y tú habéis hecho juntos, y que ahora estás haciendo algo para la NASA. Estás trabajando en un sistema de recogida de basura espacial –Sadie hizo una pausa, aparentemente avergonzada por saber tantas cosas de él, y se cruzó de brazos–. O algo así.

Caleb enarcó las cejas. En primer lugar, siempre le había parecido que Sadie estaba muy contenta de sí misma. Y, en segundo lugar, Ivy también era amiga suya. Trabajaba en el Taco Truck en el exterior del edificio, y su comida era impresionante. Había tenido ciertos problemas con el anterior dueño del camión y Caleb le había ofrecido un lucrativo trato comercial. Y así Ivy se había convertido en la única propietaria y él en un socio silencioso en un negocio que les estaba beneficiando a ambos. Ella había conseguido ser su propio jefe y él la mejor comida del planeta cada vez que estaba en el edificio Pacific Pier.

Sabía que Ivy y Sadie eran íntimas, y no le sorprendió, pero lo que sí le extrañó fue haber sido tema de conversación entre ellas.

–Hasta ayer, tú y yo apenas habíamos cruzado dos palabras. ¿Por qué andáis chismorreando sobre mí?

–No fue chismorreando –sin embargo, Sadie apartó la mirada, incapaz de sostener la de Caleb.

Aún más fascinante.

–Lo que quería decir –continuó ella–, es que seguramente estarás demasiado ocupado haciéndote con el control del mundo como para ir al veterinario.

–He conseguido ese tiempo.

–No sé –insistió Sadie–. ¿Y si te desmayas por culpa de esa alergia a los perros aún por manifestarse?

–Me las apañaré –Piruleta le regaló un alegre lametón en la mejilla.

–Os acompaño.

–¿Por qué?

–Si dejas de respirar –ella se encogió de hombros–, ¿quién va a hacerte el boca a boca?

–¿Estás diciendo que lo harías? –él se detuvo y la miró.

–Estoy diciendo que no quiero que te mueras, eso es todo.

Tendría que aceptarlo.



## Capítulo 5

#HelloKitty

Sadie no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Al parecer, con Piruleta, había sido amor a primera vista y, aunque no tenía ningún sentido que adoptara un perro, eso era lo que iba a hacer.

Pero si ese tipo quería llevar a Piruleta al veterinario, debería dejarle. Y no hacía falta que los acompañara.

Aunque quería hacerlo.

Los motivos eran demasiado complicados para considerarlos siquiera, de modo que se limitó a agarrar el bolso y las llaves. Le estaba enormemente agradecida a Rocco, el dueño de la tienda Canvas, por disponer de un cuarto de baño completo en el local, incluyendo una pequeña ducha. Rocco vivía a una hora al sur de San Francisco, con algunos de sus hermanos del club de motociclismo, y no siempre regresaba a su casa después de haberse pasado toda la noche fuera, antes de acudir al trabajo.

Se suponía que nadie debía dormir allí, pero él había roto esa norma por ella unas cuantas veces y Sadie sabía que no le importaba. Entendía el problema que tenía siendo una joven artista del tatuaje. No se hacía por el dinero, se hacía por amor al arte. Y, en su caso, la necesidad de ayudar a otras mujeres, como ella misma, que tenían cicatrices que querían ocultar, ya fueran consecuencia de abusos, cirugía, accidentes, autoinfligidas... lo que fuera. Los motivos no eran tan importantes como el trabajo en sí mismo.

Pero no estaba bien pagado, al menos aún no.

De ahí su segundo empleo en el spa de día. Se había prometido a sí misma que sería temporal, y solo hasta que consiguiera hacerse con una buena clientela en la tienda Canvas, pero tener dos empleos a tiempo completo era más duro de lo que había pensado.

Y, aun así, era necesario. El alquiler de su apartamento acababa de subir varios cientos de dólares al mes y el coche había decidido que había llegado la hora de renovarse por completo. De modo que el dinero para gastos se lo quedaba el mecánico mientras ella se movía en autobús hasta que la reparación estuviera completada. Para pagar la factura había renunciado a la televisión por cable y desconectado la calefacción, una auténtica pérdida. Sin televisión podía apañárselas, pero no tener calor en el mes de febrero más frío de San Francisco desde que había registros, era un nuevo revés, incluso para ella. Por no mencionar que todos sus conocidos se estaban emparejando y comprando casas, y empezando una familia, mientras que el día anterior ella se había ido a dormir a las ocho para no tener que comprarse algo para cenar.

En ocasiones la vida le mordía bien fuerte a una chica en el trasero. Por suerte, tenía suficiente relleno allí para soportar el golpe. Aun así, había dormido dos noches seguidas en la tienda Canvas para no morir de frío, esperando que nadie se diera cuenta.

Rocco había intentado darle un anticipo de su paga, un detalle increíblemente bonito por su parte, lo cual no dejaba de ser gracioso, porque su jefe no tenía detalles bonitos. De hecho, se había cabreado seriamente cuando se lo había dicho, gruñendo algo sobre que, «dedico un jodido tiempo a formarla y no quiero que sea una jodida pérdida cuando se quede jodidamente congelada de frío en su jodido y estúpido apartamento».

Sadie miró dentro del bolso para asegurarse de que llevaba la cartera, y así era, pero, por desgracia, el desayuno no se había materializado misteriosamente. Levantó la cabeza para anunciar que estaba lista y se encontró a Caleb sentado en el suelo peleándose con Piruleta sin que parecieran importarle las consecuencias sobre ese, sin duda, desproporcionadamente caro traje.

Primero: jamás entendería a los ricos. Segundo: ¿cuándo había empezado a pensar en él como Caleb y no Trajes?

Y tercero: se había equivocado, pues no estaba peleándose con la perra. En realidad, estaba siendo muy delicado y cuidadoso con ella, que rodaba sobre su espalda, visiblemente extasiada ante la atención que recibía y luciendo una amplia sonrisa en su adorable cara.

¿Qué chica no sonreiría teniendo las manos de Caleb Parker por todo su cuerpo?

«Tú», se recordó a sí misma. «Tú».

–Acabemos con esto –su estómago rugió ruidosamente y Sadie intentó hablar más alto para que él no se diera cuenta–. Tengo que estar en el spa a las ocho y media.

Caleb consultó el reloj, tomó al perro en brazos y, sin apoyarse en las manos, se levantó con soltura. Sadie había fabricado una correa con una cuerda que había encontrado en la trastienda y Caleb llevó al perro de la correa y abrió la puerta, deteniéndose para dejar pasar primero a Sadie. «¡Deja de ser tan amable conmigo, no sé cómo gestionar la amabilidad!», quiso gritarle, pero decidió contenerse pues le pareció demasiado revelador.

Camino de la calle, hicieron una breve parada en la tienda de mascotas del otro lado del patio. Willa, la dueña del establecimiento, los saludó con una dulce sonrisa y un cálido abrazo para Caleb. Un cuidadoso cálido abrazo, ya que su barriga de embarazada empezaba a notarse.

–No sé cómo agradeceréte –le dijo mientras le daba un beso en la mejilla–. Eres milagroso.

–¿La página web está funcionando, entonces? –preguntó él.

–Funcionando y haciéndome ganar una fortuna. Tu idea de abrir la tienda online fue brillante. Te lo debo.

–No me debes nada –contestó Caleb con firmeza–. Me pagaste por el trabajo.

–De ninguna manera pagué el precio real. Me hiciste descuento, y muy grande.

–Entonces puedes pagármelo con un consejo perruno –propuso él–. Hemos venido a comprar algunas cosas para esta monada.

Antes de que Willa pudiera responder, un enorme doberman salió corriendo de la trastienda y saltó sobre Caleb.

–¡Maldita sea! –gritó Willa–. ¡Carl, abajo! Caleb es alérgico, ¡no lo toques!

–No pasa nada –Caleb dio un traspie debido al peso de Carl–. Al parecer, se me ha curado la alergia.

–De todos modos, siento que saltara sobre ti –insistió Willa–. Hoy estoy de niñera de perros.

–No te preocupes. Si me tumba una masa de cuarenta y cinco kilos de felicidad, tendrá que ser así.

–Y también babeado –Willa sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiar disimuladamente la pernera del pantalón de Caleb. Después dedicó varios minutos a piropear a Piruleta, y por fin se dispuso a mostrarles todo lo que necesitaban–. Y piensa en llevarte algo para cargar con ella –

sugirió señalando hacia unas mochilas para llevar perros—. Con solo tres patas es probable que se canse pronto, y así podrás llevarla a casa cuando haga falta —volvió a abrazar a Caleb, y le dedicó a Sadie una sonrisa amistosa, y también cargada de curiosidad—. ¿Aquí hay...? —señaló con un dedo a Caleb y luego a Sadie—. ¿Algo?

—No —contestó Sadie.

—Sí —contestó Caleb.

Ambos se miraron, Sadie con los ojos entornados, Caleb con expresión divertida.

—Al parecer, hemos rescatado a un perro juntos —le explicó a Willa, que seguía con la mirada clavada en Sadie.

—Pero no juntos, juntos —aclaró Sadie mientras fulminaba a Caleb con la mirada.

—Una precisión muy importante —Willa asintió y sonrió de nuevo.

«¡Mierda!».

—No tanto, en realidad —insistió Sadie—. La rescatamos anoche, ni siquiera hemos discutido el siguiente paso. Solo necesitamos unas cuantas cosas —estaba empleando en exceso el plural.

Willa se frotó la barriga y sostuvo la mirada de Caleb.

—Las reticentes son siempre las mejores, confía en mí —y sin más desapareció para atender a otro cliente.

Sadie miró fijamente a Caleb.

—Eh, a mí no me mires —él levantó las manos en el aire.

—Estaba haciendo de casamentera.

—Willa suele hacer eso.

—Conmigo no. Yo no soy... emparejable.

—Tomo nota —contestó Caleb—. Pero, solo para que lo sepas, no estoy de acuerdo. Eres cien por cien emparejable.

Y porque le hizo sentir halagada a la vez que desconfiada, y porque nunca sabía cómo gestionar esas emociones, Sadie se volvió hacia las mochilas de perros y eligió una de un brillante rosa neón.

—Ni hablar —protestó él.

Ella se encogió de hombros y eligió otra con estampado de leopardo.

—¿En serio?

Con una fugaz sonrisa, Sadie eligió la que había llamado su atención desde el principio. Una mochila de cuero negro con una cara de gato sacándole la lengua al mundo. Debajo de la cara podía leerse: *Hello Kitty*.

Caleb se limitó a mirarla.

—¿Qué?

—Pone «Hello Kitty».

—Es un tema de ego, ¿verdad? —preguntó Sadie—. Temes poner en riesgo tu masculinidad, aunque eso suponga que esta pobre y abandonada dulzura tenga que seguir caminando una vez superada su capacidad para...

Caleb le arrebató la mochila de las manos y la añadió al montón que empezaba a ser preocupantemente grande. Ella se rio y sacó la cartera, rezando para que la tarjeta de crédito no fuera rechazada, pero Caleb la sacó antes, como una especie de Caballero de la Brillante Armadura de la Tarjeta de Crédito.

Su perro rescatado tenía, oficialmente, más posesiones que ella.

Cuando por fin llegaron al coche de Caleb, Sadie se paró en seco. Parecía elegante y rápido, y

absolutamente impoluto.

–Quizás deberíamos ir en Uber –observó.

–No será necesario.

–Escucha, una de nosotras dos no domina muy bien lo de la caca.

–Estará bien. Entra.

–De acuerdo, es tu coche –Sadie se hundió en el asiento delantero y casi se le escapó un gemido. El suave y mullido cuero la envolvió. Ese asiento era más cómodo que su propia cama.

Caleb dejó a Piruleta en la parte trasera, en el transportín que también habían comprado. Bueno, que Caleb había comprado. Y había comprado un montón de cosas más. Cuencos, comida, correa, collar, todo conjuntado con el diseño en cuero negro de Hello Kitty, cepillo de dientes para perros, juguetes, una cama...

Esperó a que él se hubiese sentado al volante para verbalizar la pregunta que tenía en la punta de la lengua desde que había soltado la tarjeta negra AmEx en la tienda de mascotas de Willa.

–¿Por qué te estás gastando tanto en un perro que no es tuyo?

Él no contestó, limitándose a sacar el móvil, que estaba vibrando.

–Discúlpame un minuto –se excusó antes de contestar la llamada.

Se apartó del coche durante unos minutos, completamente fuera de la vista, pero antes de que ella pudiese descubrir adónde había ido, ya estaba de vuelta, entregándole una bolsa que olía sospechosamente a muffins. Y no cualquier muffin, sino los muffins de Tina, de la tienda de café, lo cual significaba que los había hecho Tina, la dueña de la tienda. Tina hacía los mejores muffins del planeta y a Sadie se le hizo la boca agua.

–¿Qué es esto?

–El desayuno. Para calmar a la bestia –contestó Caleb mientras arrancaba el motor–. Ese rugido me está volviendo loco.

Ella apretó las manos contra el estómago, horrorizada y avergonzada, porque era verdad que su tripa había estado rugiendo desde que él la había despertado, aunque había esperado que no se diera cuenta.

–No sé de qué me estás hablando.

–De mi estómago –Caleb salió a la calle y le dedicó una sonrisa cargada de ironía–. Estuve en el gimnasio antes de venir y estoy funcionando con la reserva. ¿Me pasas uno?

Los muffins eran del tamaño de un bocado, por tanto perfectos. Sadie sacó de la bolsa uno que parecía de arándanos y se lo pasó.

Sin apartar la mirada de la carretera, Caleb sacudió la cabeza.

–No me gustan los arándanos. Cómetelo tú.

«Encantada», pensó ella mientras se lo metía en la boca y soltaba un gemido de placer antes de poder evitarlo. Hundió la mano de nuevo en la bolsa y sacó uno cubierto de semillas de amapola, ofreciéndoselo mientras ignoraba eso nuevo que había aparecido en su mirada.

«Ardor».

–Tampoco me gustan las semillas de amapola –dijo él con delicadeza mientras la observaba encogerse de hombros y metérselo también en la boca.

Cuando intentó ofrecerle uno de limón y él sacudió la cabeza de nuevo, por fin lo comprendió.

La estaba alimentando.

A propósito.

Maldito fuera.

Antes de que Sadie pudiera estallar contra él por la arrogante manipulación, Piruleta empezó a

lloriquear. Sadie se volvió hacia la perra, que los miraba con expresión compungida, las orejas gachas y el rabo hacia abajo.

–¿Crees que estará celosa por los muffins?

–No. Está asustada –Caleb se detuvo a un lado y se volvió hacia atrás para abrir la jaula. Piruleta saltó de inmediato a su regazo. Una vez acomodada, apoyó las patas delanteras contra su pecho y le dio un lametazo de la barbilla a la frente, en señal de agradecimiento.

Caleb acarició a la perra, y un montón de pelo salió volando, aterrizando en el impecable tapizado de cuero. Con una carcajada, él la sentó sobre el regazo de Sadie.

–Para el trayecto de vuelta ya averiguaremos cómo utilizar el cinturón de coche con arnés que le hemos comprado, pero, de momento, lo mejor será que la sujetes tú.

–No lo «hemos» comprado. Tú has comprado todo –no obstante, Sadie rodeó a Piruleta con sus brazos e intentó acunarla, pero la perrita no apartaba sus ojos de Caleb, como si el sol saliera y se pusiera sobre sus anchos hombros.

Él alargó una mano y le dio una palmadita en la cabeza, al perro, no a Sadie, y aceleró de nuevo.

Piruleta empezó a lloriquear de inmediato, intentando regresar al regazo de Caleb.

Sin apartar los ojos de la carretera, él volvió a acariciarla, lo cual funcionó hasta que dejó de tocarla. En cuanto lo hizo, Piruleta levantó una pata en su dirección como si quisiera decirle: «¡Por favor, no dejes de acariciarme!».

Caleb tomó la patita en su enorme mano y siguió conduciendo.

Sin soltar la pata de la perra.

Piruleta pareció calmarse, incluso sonrió mientras se giraba en el regazo de Sadie para quedar frente al parabrisas, al parecer, disfrutando del paseo.

–¿En serio? –preguntó Sadie.

–Sí, creo que Piruleta va en serio.

–Me refería a ti.

–Eh, ha dejado de llorar, ¿no? Hazme un favor y mete la tercera marcha mientras yo piso el embrague para no tener que soltarle la mano.

Ya. A lo largo del año anterior, desde que Caleb Parker había entrado en su órbita, Sadie se había divertido inventándose toda clase de historias sobre él, como que seguramente solo salía con supermodelos, quizás incluso con dos a la vez, y como que apostaba a que no dejaba propina en los restaurantes, cosas así.

Pero todas esas historias empezaban a desmoronarse bajo el peso de la verdad.

Lo cierto era que parecía un buen tipo, uno que daba de comer a la gente que él creía que lo necesitaba, uno que se arriesgaba a sufrir una reacción alérgica con tal de rescatar a un perro asustado, solo y abandonado. Lo contempló detenidamente. Seguía sujetando la pata de Piruleta.

–¿Qué? –preguntó él al sentir su mirada–. ¿Quieres que te tome la mano a ti también?

–Muy gracioso, pero yo no estoy lloriqueando, de manera que... –respondió ella en un tono burlón que contrastaba por completo con el vuelco que le había dado el corazón al pensar en un contacto físico con él.

¿Qué demonios le estaba sucediendo?

–¿Estás nerviosa por algo? –preguntó Caleb.

–No. ¿Por qué iba a estar nerviosa? –¿y cómo se había dado cuenta? Poseía una cara de póquer de primera clase, que había estado perfeccionando toda su vida.

–No lo sé, pero me huelo que hay algo quemándose –Caleb entró en el aparcamiento

subterráneo de la clínica veterinaria.

–Puede que sea una persona callada, nada más.

Él se rio bajito, provocando la sonrisa de Sadie.

–De acuerdo –admitió ella–. No soy callada. Soy testaruda y dogmática, y me gusta pensar que sé lo que hago todo el tiempo.

–Todas ellas excelentes cualidades.

No de donde ella venía. Sus padres habían dedicado toda su vida a anular esas tendencias, todo en vano. Jamás había conocido a nadie que pudiera manejarla en su mejor momento, mucho menos en el peor, de manera que el comentario de Caleb le sorprendió.

–Escucha, apenas podemos considerarnos conocidos, mucho menos amigos. No hace falta que digas cosas que no son ciertas, solo para ser amable.

–Yo jamás digo nada que no sea cierto –la sonrisa de Caleb se esfumó ante lo que vio en la expresión de Sadie.

Temiendo que fuera a producirse un momento de tensión, Piruleta introdujo su rostro entre el de los dos humanos y ladró.

–Tú también quieres atención –Caleb sonrió–, lo he entendido. Pero mamá primero –no había apartado en ningún momento la mirada de Sadie–. ¿Estamos bien?

¿Bromeaba o qué? A Sadie le daba vueltas la cabeza, pero asintió. Era su respuesta automática, la que daba sin siquiera pensar, porque jamás admitiría no estar bien.

–¿Y ahora quién está diciendo cosas que no son verdad? –la reprendió él.

–¿Y cómo sabes tú eso? –exigió saber Sadie, estupefacta–. ¿Tan transparente soy? –nadie había sido capaz de descifrarla, ya se ocupaba ella de que así fuera.

Piruleta volvió a ladrar y saltó del regazo de Sadie al de Caleb, quien abrió la puerta y se bajó del coche.

Ella los siguió. La clínica veterinaria tenía aspecto de ser muy cara y Sadie volvió de nuevo a preocuparse por ello. Aunque no tanto como Piruleta, que, hasta ese momento, había correteado alegre al lado de Caleb, con su recién estrenada correa de cuero negro de Hello Kitty. Lo lógico habría sido que Caleb tuviera un aspecto ridículo, sin embargo parecía tremendamente seguro de sí mismo y, maldito fuera, qué sexy resultaba.

Al llegar a la puerta, Piruleta se detuvo en seco y se quedó paralizada, antes de aplastarse contra el suelo, negándose a dar un paso más.

–Alguien acaba de darse cuenta de que la han timado y la han llevado al veterinario –observó Caleb mientras la tomaba en brazos.

Piruleta le dio un lametón en la mejilla y, juntos, entraron.

El veterinario que le debía un favor a Caleb resultó ser una veterinaria, alta, curvilínea, morena y con una sonrisa cálida y acogedora... para Caleb, que hizo que Sadie pusiera los ojos en blanco. Pero la doctora Vicki Consuela le ofreció la misma sonrisa cálida y acogedora a ella, y se mostró tan cariñosa con Piruleta que Sadie superó la idea de que era evidente que esos dos habían sido amantes, que quizás aún lo fueran.

De acuerdo, quizás no lo superara del todo, ni siquiera un poquito. Pero lo disimulaba muy bien. De hecho, era capaz de guardar rencor hasta el fin de los días, si quería hacerlo, y había heredado esa habilidad de su madre, pero ni siquiera ella era tan bruja como para usar esa habilidad contra una mujer que era, claramente, una bellísima persona.

Resultó que Piruleta había nacido ya con tres patas, de modo que no conocía otra cosa y no tenía ni idea de que era discapacitada. Estaba un poco desnutrida, pero por lo demás sana. No

tenía microchip, de modo que la doctora Consuela la puso al día con las vacunaciones y le administró un tratamiento antiparasitario junto con unas cuantas cosas más, provocando en Sadie un aumento progresivo del pánico por... El Gasto.

Pero observar a Caleb con Piruleta, claramente disfrutando de su primer contacto real con un perro, resultaba extrañamente... intenso, y no de una manera negativa, por mucho que le gustaría que fuera así.

–Deberías ponerle un microchip –observó la doctora Consuela, mirando de Caleb a Sadie–. ¿Quién la va a adoptar?

–Yo –contestó Sadie...

En el mismo instante en que Caleb anunciaba:

–Yo.

## Capítulo 6

#FeCiega

Espantada hasta la médula, Sadie miró fijamente a Caleb.

–¿Qué? No. Tú no puedes adoptar a un perro. Eres alérgico. Escucha, te agradezco que me hayas traído hasta aquí, mucho. Y te pagaré todo lo que te has gastado, te lo prometo, pero...

–Podríaís compartir la custodia –sugirió la doctora Consuela.

–Pero es que no estamos juntos –aclaró Sadie por segunda vez aquella mañana.

–Eso da igual –la veterinaria se encogió de hombros–. Compartir la custodia de una mascota es la nueva locura, y facilita la labor a la gente que trabaja y tiene vidas demasiado ocupadas para tener una mascota. Compartir aligera la carga de la responsabilidad cotidiana.

Sadie se volvió hacia Caleb para comprobar cómo reaccionaba ante esa ridiculez, segura de que vería una sonrisa formarse en sus labios ante la idea de que ambos compartieran al perro.

No había sonrisa. Únicamente una expresión pensativa e introspectiva. Lo estaba considerando en serio.

–¿Se te ha ido la olla? –preguntó ella.

–No más que a ti, supongo. ¿Quieres quedártela?

–Sí.

–Pues yo también –contestó él con acerada calma–. Es evidente que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero me siento unido a ella, mucho. De modo que... ¿lo hacemos?

–En tu vida no hay tiempo para un perro –ella soltó el aire temblorosa.

–Eso lo decido yo. ¿Sí o no, Sadie?

Ella ya adoraba a Piruleta con todo su negro corazón, y no se imaginaba vivir sin ella. Pero, si aceptaba, estaría atándose a Caleb además de al perro.

«Di que no».

–Sí.

«Mierda».

–Entonces, trato hecho –la doctora Consuela sonrió–. Bienvenidos a la paternidad. Podéis pasar por caja en la recepción.

Sadie miró a Caleb, cuya mirada era cálida, provocándole algo muy raro en el estómago. «Madre mía...».

Dos minutos después estaban en el mostrador de entrada. Al ofrecerles una placa identificativa para poner en el collar de Piruleta, se habían tenido que enfrentar a su primera decisión conjunta: qué dirección poner en la placa.

–Me gustaría que fuera la mía –dijo ella, superada por su necesidad de tener el control.

Caleb sacudió la cabeza y el cálido cosquilleo desapareció del estómago de Sadie.



–¿Por qué no? –preguntó ella–. Yo la tuve primero.

Él no se lo discutió, a pesar de que podría haber asegurado que había sido él quien la había tenido primero. Pero se limitó a mirarla con esos insondables ojos color caramelo.

–¿Qué? –insistió ella con un poco de genio. No podía evitarlo. Cuando él la miraba así, como si la viera en su totalidad, lo bueno, lo malo, y lo feo, sentía la urgencia de enterrar la cabeza en la arena porque, de nuevo, nadie había logrado verla en su totalidad–. Dame un buen motivo por el cual mi dirección no debería estar en la placa.

–De acuerdo –contestó él con calma, al parecer negándose a dejarse contagiar del mal genio–. No parece estar viviendo en tu casa.

Ella levantó una mano en el aire mientras una oleada de algo muy feo la atravesaba. Orgullo, lo sabía, y ego. Las dos cosas eran una mierda.

–Donde yo viva no es asunto tuyo.

–Vamos a tener que ponernos de acuerdo en no estar de acuerdo –observó él–. Pero por ahora, lo que quiero decir es que si, Piruleta se pierde, tiene que figurar una dirección en la que esté viviendo realmente uno de nosotros –alargó una mano y le cubrió la suya–. También necesitamos poner un número de teléfono, y ese podría ser el tuyo. Debería ser el tuyo, porque, como bien has dicho, ella fue tuya primero y sé lo mucho que te importa y cuánto querrías tener noticias de ella si alguien la encontrara.

El enfado de Sadie se transformó inmediatamente en algo completamente distinto y que la dejó descentrada, expuesta e incómoda. No lo entendía, pero cuando estaba con ese hombre se sentía como si estuviera en medio de una tormenta eléctrica sobre el mar. Traducción: en un posible peligro de muerte.

–¡Vaya! –exclamó sonriente el técnico veterinario desde el otro lado del mostrador–. Este es un perro con suerte. Vosotros dos hacéis una estupenda pareja.

Sadie abrió la boca para aclarar, por tercera vez aquella mañana, que no estaban juntos, pero Caleb se le adelantó.

–No estamos juntos –explicó con naturalidad mientras entregaba su bonita tarjeta de crédito.

Ella lo miró fijamente y él ignoró su mirada.

Cinco minutos más tarde estaban de vuelta en el coche de Caleb, quien se había ocupado rápidamente de la factura. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna mientras ataban a Piruleta con el cinturón de coche con arnés de Hello Kitty.

«Vosotros dos hacéis una estupenda pareja...».

Sadie sabía muy bien por qué le había aterrorizado más que un poco, pero no tenía ni idea de por qué Caleb había reulado de repente. Lo único que sabía era que cuanto más pensaba en ello, más le fastidiaba. ¡Ella era un condenado buen partido!

Bueno, podría ser un condenado buen partido en cuanto consiguiera ordenar su vida. Aunque no quería ser un buen partido.

Por Dios santo, qué lío tenía en la cabeza.

Caleb, que aún no había arrancado el motor, la observaba mientras ella reflexionaba a fondo, una mano en la parte trasera del reposacabezas, la otra sobre el volante.

–De acuerdo, suéltalo –le dijo–. Primero te molestaste cuando sugerí que formábamos un equipo con Piruleta, y ahora estás molesta porque no lo he dicho. Ayúdame a salir de esta. ¿Qué está pasando?

Lo que estaba pasando era que en el reducido e íntimo habitáculo del coche, el olor de Caleb llegaba claramente hasta ella. Un jabón de olor muy sexy, algo cítrico y campestre, y el hombre

mismo, lo que... maldito fuera, era aún mejor que los muffins que le había comprado para desayunar.

–Háblame, Sadie.

–¡Guau! –contestó Piruleta.

–Tú no –Caleb sonrió y su mirada se posó en el espejo retrovisor antes de volverse hacia Sadie–. Tú. Háblame.

–¿No llegas tarde a tu asunto mañanero de dominar el mundo o algo así?

La mano que estaba apoyada en el reposacabezas tomó un mechón de cabellos de Sadie y lo enrolló en torno a sus dedos.

–De momento, dominar el mundo está en pausa. Ahora mismo estoy haciendo esto.

–¿Esto?

–Sí, esto. Contigo. Sea lo que sea. No entiendo por qué sopesas tan cuidadosamente todo lo que me dices. No te contengas, Sadie. No es propio de ti. Límitate a decir lo que piensas.

–De acuerdo –ella asintió–. No entiendo por qué quieres compartir un perro conmigo.

–Porque estoy dispuesto a tomar lo que puedo.

–¿De Piruleta? –preguntó Sadie.

Caleb no contestó, limitándose a sostenerle la mirada, y el corazón de Sadie dio un salto mortal. ¿Estaba dispuesto a tomar lo que pudiera de ella? No tenía ni idea de qué podría significar eso, ni de cómo le hacía sentir.

–Entonces, ¿por qué te apresuraste a aclararle al técnico veterinario que no estábamos juntos? –preguntó.

–¿Debería haber dicho otra cosa? –él enarcó una ceja.

–Claro que no –dijo Sadie, aunque no hubiera pasado nada porque se hubiese demorado un poco en contestar–. Pero, para que lo sepas, soy un buen partido.

Los labios de Caleb se curvaron ligeramente hacia arriba, aunque su mirada permaneció seria.

–No me cabe la menor duda, chica dura.

¿Eso era sarcasmo?

–Aunque tú jamás lo descubrirás. Yo no salgo con tipos como tú.

–¿Te refieres a tipos agradables?

–Me refiero a muchimillonarios –aunque «agradable», tampoco era una prioridad para ella. Otro motivo más para renunciar a los hombres. No tenía un medidor de «agradable».

–Pero ahora sí estás pensando en ello –él sonrió–. En nosotros.

–No es verdad –menuda sarta de mentiras llevaba soltada ya ese día.

Caleb estaba muy cerca, muy grande y muy sexy. No se había afeitado desde hacía varias mañanas, y la barba de su barbilla resultaba temiblemente atractiva. Además, ese olor delicioso que desprendía debería ser ilegalizado. Por qué su mente vagaba por esos senderos con él no tenía ni idea.

–Todo esto es culpa tuya –le acusó.

Caleb soltó una carcajada, esa que siempre le raspaba a Sadie en todas sus partes sensibles.

–Lo que sea con tal de que puedas dormir por las noches –contestó él mientras, dándole otro jugueteón tirón de los cabellos, ponía el coche en marcha y salía a la calle.

Piruleta perdió los nervios de inmediato, lloriqueando con creciente volumen hasta que terminó aullando de miedo.

–No puedo –Sadie sintió que su corazón se resquebrajaba. Se inclinó hacia la parte trasera y desató el cinturón de la perra y, en una décima de segundo, Piruleta ya estaba en su regazo,

alargando una patita hacia Caleb.

Él la tomó en su mano y sacudió la cabeza.

–Al parecer, soy muy adiestrable.

Lo cual no era para nada cierto. Ella apartó la mirada de la adorable visión y miró por la ventanilla. Cuando se detuvieron ante el edificio Pacific Pier, alargó una mano para tomar la correa de Piruleta, pero Caleb la detuvo agarrándola del brazo.

–¿Qué idea tienes para repartirnos los días con la custodia de Piruleta?

Sadie se mordió el labio. Por mucho que le costara admitirlo, sobre todo a él, se alegraba de tener a alguien con quien compartir la responsabilidad.

–Podríamos repartírnosla por días –sugirió en un intento de ser justa–. Yo podría quedármela veinticuatro horas y luego tú las siguientes veinticuatro. ¿Te va bien así?

–Claro –él asintió–. Yo puedo encargarme del primer turno. Hoy tienes la agenda completa, ¿verdad?

–Sí, pero estoy segura de que tú también.

–Estaremos bien –le aseguró él con naturalidad.

–Nunca has tenido perro –le recordó Sadie–. Confía en mí, es más complicado de lo que parece.

Caleb se encogió de hombros, evidenciando claramente que no le importaba.

De acuerdo pues. Ella soltó la correa.

–Envíame pruebas de vida.

–Claro.

–No, no le sigas la corriente a la vieja de los perros –insistió ella–. Prométemelo.

Él la miró a los ojos, los suyos muy serios.

–Hay algo de mí que deberías saber. Cuando doy mi palabra, doy mi palabra. No me echo atrás. Algo nuevo surgió en el aire. Tensión. Una tensión sexual, pero también... algo más.

–¿Nunca? –preguntó Sadie respirando con dificultad.

–Nunca.

Para ella siempre había sido importante mantener su posición e ir mano a mano con... bueno, con todo el mundo. Pero sobre todo con Caleb, un tipo acostumbrado a dirigir su mundo y salirse con la suya. Aun así, apartó la mirada. En primer lugar porque no le creía. No podía. Nadie mantenía su palabra todo el tiempo.

Con suma delicadeza, Caleb le sujetó la barbilla con una mano y le giró la cara hacia él.

–No me crees –sentenció–. Pero lo harás. Puedes confiar en mí, Sadie. Te devolveré a Piruleta mañana por la mañana.

Y sin más desapareció.

Sadie se llevó una mano a la barbilla, allí donde él la había tocado y se quedó allí de pie, como una idiota, durante una eternidad. ¿Qué acababa de pasar? Nada, decidió. Nada en absoluto, y dado que le sobraban quince minutos, se dirigió hacia la esquina sureste del edificio, donde estaba aparcado el Taco Truck.

Ivy estaba en su camión. Una máquina de cocinera que no llegaba al metro sesenta, y con una personalidad mucho más grande que su cuerpo, descarada, divertida, lista y que no aguantaba las tonterías de nadie. Sadie sabía que podía contar con la opinión sincera de su amiga.

–¿Qué necesitas para salir a flote esta mañana? –preguntó Ivy.

Sadie estudió el menú escrito sobre una pizarra a un lado del camión. Cada una de las propuestas del menú era impresionante, y lo sabía por experiencia.

–Un taco suave con huevo, queso y beicon... que sean dos, y de guarnición: ¿qué opinas de Caleb Parker?

–Bueno –Ivy se detuvo, sorprendida–. Creo que iría mejor como acompañamiento del especial de hoy: mi desayuno de taco con chorizo picante y huevo frito.

Sadie puso los ojos en blanco.

–No bromeo –insistió Ivy–. Caleb Parker está ridículamente bueno. ¿Sabes esa sensación de cuando conoces a alguien y tu corazón falla un latido?

–Sí –contestó ella–. Se llama arritmia y puedes morir de una mierda como esa.

–¿Por qué me preguntas por Caleb? –Ivy soltó una carcajada.

No tenía ningún sentido mantenerlo en secreto. En ese edificio no había secretos.

–Porque hemos rescatado a una perra y creo que vamos a compartirla.

–¿Vas a adoptar a un perro junto con un hombre al que has estado llamando «Trajes», durante todo un año para así no tener que pronunciar su nombre?

–Menuda ridiculez, ¿verdad? –Sadie sacudió la cabeza–. Preferiría golpearme el tobillo con un patinete veinticinco veces seguidas que volver a sentir nunca más algo por alguien, pero... –extendió los brazos–. Aquí me tienes, sintiendo todas esas malditas cosas –admitió.

–Hablas en serio –Ivy soltó el cuchillo–. De acuerdo. ¡Vaya! Eso no sucede a menudo. Eres tan exigente que pensé que jamás ibas a querer tener a otro tipo.

–Sí, sí, soy exigente –accedió Sadie–. Demasiado exigente. Pero anoche estuve viendo cómo mi nuevo perro buscaba el lugar perfecto para cagar durante unos treinta minutos, de modo que he decidido repensarme algunas cosas.

–Me alegra saberlo –opinó Ivy–. Y, por cierto, ese perro es adorable. Vi la foto que subió Caleb. Te prepararé mi especial, invita la casa, y charlamos un rato, ¿de acuerdo?

–Pero es que no sé si me gustará el desayuno de taco con chorizo picante y huevo frito.

–Ten fe, mujer. Te lo preparo yo, y eso significa que te va a encantar. Ahora suéltalo todo. Y no te saltes nada.

–No sé por dónde empezar –Sadie suspiró.

–¡Pues por los sentimientos! –exclamó Ivy, blandiendo el cuchillo para darle más énfasis.

–Pero no sé qué decir sobre los sentimientos. Es como si por fuera estuviera fresca como una lechuga. Pero por dentro, soy más como... una ardilla atrapada en medio del tráfico –Sadie sacudió la cabeza mientras Ivy se reía–. Es una estupidez. Me siento estúpida.

–Un momento –la sonrisa de Ivy se esfumó–. No es una tontería. Lo que pasa es que, en el tiempo que te conozco, apenas has mostrado interés por ningún tipo, y por eso me hace gracia que hayas elegido a uno de la parte superior del espectro, eso es todo. Quiero decir que la semana pasada me dijiste que no fuera nunca la perseguidora. Que fuera siempre la perseguida. Que soy el tequila, no la lima. Y me encantó porque implicaba que eras lo bastante cabrona como para no permitir que tus sentimientos se interpusieran en tu camino. Pero, Sadie, los sentimientos no son siempre malos.

–En este caso sí lo son –contestó ella–. Caleb está tan fuera de mi alcance que ni siquiera lo veo.

–No, no –insistió Ivy con delicadeza–. No es eso, ni siquiera te acercas –respiró hondo y miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiese nadie cerca–, quiero decir que, sí, es impresionantemente fácil de contemplar, pero también es...

–¡Mierda! –la interrumpió Sadie–. También es un gilipollas, ¿es eso? ¿Maltrata a los gatitos? ¿No deja propinas? ¿Lleva alzas en los zapatos? No me digas que lleva puesto el equivalente

masculino del Spanx. ¿Existe un equivalente masculino del Spanx?

–Por Dios, espero que no –Ivy se estremeció mientras seguía preparando la comida de Sadie–. ¿Quieres saber mi opinión? Es simplemente un buen tipo.

Sadie sacudió la cabeza, a pesar de que hacía un rato ella misma había pensado lo mismo.

–No es posible. Los tipos agradables no son más que una leyenda urbana. Se han extinguido, suponiendo que alguna vez existieran.

–Me siento inclinada a estar de acuerdo contigo –Ivy se encogió de hombros–, pero al parecer sobrevivió uno.

–Tiene defectos. No puede ser perfecto.

–Yo no he dicho que sea perfecto –insistió Ivy–. Ningún ser humano portador de pene lo es, pero, a pesar de sus defectos, o quizás debido a ellos, es realmente solo un buen tipo. Y sería un buen tipo para ti.

–¿Cómo lo sabes?

–Tengo hecho un estudio –Ivy le entregó a Sadie un cestillo con sus dos tacos–. Por rico o inteligente que seas, la manera en que tratas a los animales me dice todo lo que necesito saber sobre ti. Y mira cómo trata a tu perro.

Maldita sea, era una prueba muy buena. Sadie mordisqueó el taco y soltó un gemido.

–¡Oh, Dios mío!

–¿Bien? –preguntó Ivy con una sonrisa.

Sadie no podía dejar de comer.

–Quiero casarme con estos tacos y tener hijos suyos. Y, en serio, ¿estás convencida de que Caleb es un buen tipo, así sin más?

–Sí. Considéralo fe ciega.

–Yo no poseo capacidad para la fe ciega –Sadie sacudió la cabeza.

Ivy la contempló engullir el segundo taco, el que había asegurado no querer, y sonrió.

–Creo que podrías estar equivocada en eso.

## Capítulo 7

#MeTomasElPelo

Caleb se dirigió al trabajo, que siempre había sido su rincón feliz. Allí podía perderse, resolver problemas, crear soluciones, lo que fuera necesario, y no pensar en su vida personal, o en su falta de vida personal, ni un segundo.

Pero ese día no era el caso. Ese día no podía hacer multitarea para salvar su vida. Lo único que era capaz de hacer era pensar en Sadie. Las personas de su vida solían encajar en compartimentos mentales. Empleados. Amigos. Citas. Familia. Y, a pesar de la superabundancia de riqueza que había resultado ser su vida, y de todas las personas que había en ella, estaba solo. Jamás había verbalizado la inquietud que sentía en su interior, pero en esos momentos lo hizo.

Estaba harto de estar solo.

Y Sadie sabía lo que era eso. Había visto cómo interaccionaba con sus compañeros de trabajo y amigos. La querían, pero no la entendían y, por culpa de eso, ella les ocultaba una parte de sí misma.

Caleb lo reconocía. Caleb lo entendía.

Por norma general, no solía negar las cosas. Se sentía atraído hacia ella, enormemente. Lo que no sabía era qué hacer con eso. En su vida las cosas sumaban y hacían balances. Pero Sadie no. Ella no era un apunte contable, o un número, o una empresa. Era una persona complicada que representaba un puzle que él no parecía capaz de resolver.

Una parte era simple y pura química física. Pero había algo más. A él... le gustaba, muchísimo. Quería saber más de ella, quería pasar tiempo con ella y comprobar adónde les llevaría aquello.

¿Sentiría ella lo mismo? No tenía ni idea. A Sadie se le daba muy bien ocultar sus emociones cuando quería, incluso mejor que a él mismo, y eso ya decía mucho.

Ella, a diferencia de nadie que hubiera conocido jamás, lo dejaba fuera de juego. Era ferozmente independiente e increíblemente reservada, y tenía muchos muros levantados a su alrededor, ocultando a saber qué. Muros que no tenía intención de dejar caer por él.

Y de repente compartían un perro.

Se había llevado a Piruleta al trabajo con él porque no había querido dejarla sola todo el día en su casa, pero también para presentársela a sus hermanas y averiguar por qué demonios no era alérgico a los perros. Desgraciadamente, Sienna y Hannah no estaban en la oficina ese día. Kayla estaba de baja por maternidad, ocupada criando a su segundo bebé. Y Emory en Nueva York, cumpliendo por fin su sueño de asistir a una escuela de posgrado.

Sus dos administrativos le ayudaron a cuidar de la perra durante sus reuniones, y Piruleta pronto se metió a todos los empleados en el bolsillo. Siempre que podía, le enviaba fotos a Sadie. Ella no contestaba a ninguno de sus mensajes, pero por las notificaciones veía que abría sus

mensajes al instante de recibirlos.

Concluido el trabajo, llevó a Piruleta en coche a casa... tomándola de la mano, por supuesto. En cuanto se bajaron del coche, la perra hizo sus cosas en el césped delantero. En tres lugares diferentes. Al parecer, a ese perro le gustaba caminar y cagar a la vez.

–A lo mejor deberíamos cambiarte el nombre por Caga Un Montón.

El animal se sentó a sus pies y jadeó, visiblemente encantada consigo misma.

Por suerte para él, justo en ese momento salieron de la casa la asistenta y su hijo adolescente, que acababan de terminar la limpieza semanal. Caleb hundió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de veinte que ofreció al muchacho para que limpiara lo que había dejado Piruleta. Al volverse para entrar en casa, la descubrió comiendo algo del macizo floral.

–La caca de algún otro perro –le ilustró el chico.

Caleb sacó otro billete de veinte y el chico se aseguró de que todo el jardín fuera zona libre de cacas.

Iba a necesitar más billetes de veinte.

Ya en casa, colocó la cama de Piruleta en el salón y encendió el televisor para que se sintiera más cómoda. Consultó el móvil y encontró un mensaje de Sadie:

*No la dejes dormir contigo, es una mala costumbre que no podrás deshacer.*

Ningún problema, dado que no tenía intención alguna de compartir su cama. Al menos no con Piruleta. Pero no había pasado ni dos minutos del episodio de uno de sus programas favoritos de coches y Piruleta ya había descubierto el modo de saltar al sofá trepando, utilizando las piernas de Caleb a modo de liana. Con un gruñido de satisfacción, apoyó la cabeza sobre el muslo de su amo.

–De acuerdo, pero no le digas nada a mamá.

A las once de la noche, llevó a Piruleta a su cama, le ordenó que se quedara allí e intentó escapar a su dormitorio.

Piruleta lo siguió.

Él la volvió a llevar a la cama y la miró fijamente a esos enormes ojos dorados.

–Tú quédate aquí y cuida de la casa, ¿de acuerdo?

La perra gimoteó suavemente y escondió el rabo entre las patas.

–De acuerdo –qué demonios–. Yo cuidaré de la casa, y me quedaré viendo la televisión un poco más...

Y así volvieron al sofá. Varias horas más tarde, se encontraba disfrutando de un sueño realmente maravilloso. Tenía a una mujer sentada en su regazo.

«Sadie».

Le lamía la barbilla hasta la oreja, susurrando todas esas cosas que quería hacerle. ¡Oh, sí! Él la secundaba. Abrió los ojos y...

Se encontró cara a cara con Piruleta, que meneó el trasero cuando sus miradas se fundieron.

–Muy bien –Caleb se puso serio–. Tenemos que hablar. Puede que no me haya criado con perros, pero sé que no debo consentirte. Yo soy el adulto –se levantó del sofá y, una vez más, la llevó a su cama–. Buenas noches –dijo con firmeza, antes de fastidiarla besándole la cabeza.

Pero resultó que Piruleta no tenía ninguna intención de quedarse en el salón. Y también resultó que la casa era demasiado grande. Tras recorrer la distancia entre el dormitorio y el salón no menos de cien veces, por fin Caleb comprendió que esa perra lo superaba en testarudez hasta límites insospechados.

–Eso lo has heredado de tu madre –aseguró mientras colocaba la cama de la perra junto a la suya y se agachaba para mirarla a los ojos–. Ahora te vas a quedar quieta, ¿verdad?

Piruleta le echó el aliento perruno en la cara, sonriendo de oreja a oreja. Imposible no devolverle la sonrisa.

–Estás chiflada –dijo él con cariño.

Tras levantarse, se desnudó, se dio una ducha rápida y volvió al dormitorio, y la encontró observándolo con una expresión de preocupación que indicaba claramente que no le gustaba ni se fiaba del agua. Caleb se lavó los dientes, soltó la toalla, volvió a meter a la perra en la cama y se metió en la suya. Cerró los ojos y...

Piruleta gimoteó.

–No pasa nada –le aseguró en la oscuridad–. Estoy aquí.

Pero no igual que había sucedido en el asiento trasero del coche, y en su cama en el salón, no coló. La oyó moverse hacia el lado de su cama e intentar saltar.

Y fallar.

–Mierda.

Caleb saltó de la cama y tomó al perro. Estaba bien, pero él acababa de sufrir un infarto. Rindiéndose, volvió a meterse en la cama. Con la perra. El animal se acurrucó contra su costado y ya estaba roncando antes de que él hubiese posado la cabeza sobre la almohada.

Menudo pringado.

Durmió unas cuantas horas, y se despertó justo antes del amanecer con Piruleta dormida sobre su pecho. Consiguió consultar el móvil sin molestarla y encontró un mensaje de Sadie, enviado alrededor de la medianoche:

*¿DÓNDE ESTÁ MI PRUEBA DE VIDA?*

Rápidamente tomó una foto de Piruleta y la envió.

Dos segundos después sonaba su teléfono.

–¿A quién pertenecen esos abdominales sobre los que duerme mi perro? –quiso saber Sadie.

–A mí –contestó Caleb.

El teléfono vibró. Sadie se había pasado a FaceTime. Caleb pulsó la tecla de aceptar y allí la tenía, con el pelo revuelto enmarcando un rostro sin maquillar. Sus ojos eran... bueno, impresionantes.

–¡Eh! –saludó él mientras sentía que se formaba una estúpida sonrisa en su cara–. Estás en mi cama.

–Qué gracioso –contestó ella en un tono que dejaba bien claro que no le resultaba nada gracioso–. ¿Qué demonios haces?



## Capítulo 8

#Contrólate

Sadie no sabía hacia dónde mirar, si al torso desnudo, los anchos hombros, esos abdominales que tanto le apetecería lamer... era todo un festín para sus ojos. Pero de ninguna manera iba a admitir tal cosa.

–Buenos días –saludó Caleb con una voz mañanera ronca y perezosa que le provocó a Sadie un íntimo escalofrío.

«¡Contrólate!», se ordenó a sí misma. De modo que tenía un aspecto condenadamente sexy recién levantado. Y qué. Y cierto que estaba pensando cosas, cosas muy eróticas, pero él no tenía por qué saberlo.

–Dormir en tu cama con mi perro es justo lo contrario de no dejar que mi perro duerma contigo en tu cama –le explicó.

–Nuestro perro –los labios de Caleb se curvaron–. Y ha sido la única manera de que durmiera.

–Pero estás desnudo.

–Así duermo yo –él se encogió de hombros.

«¡Madre mía!». Sadie se sentía aliviada a la par que decepcionada por el hecho de que la sábana, situada muy abajo, sobre las caderas de Caleb, ocultara sus regalitos.

–Estás muy guapa –observó él.

Llevaba puestos una camiseta varias tallas más grande que la suya y unos pantalones de chándal, y ni gota de maquillaje. Y sabía muy bien que tenía grandes círculos negros bajo los ojos y que su piel estaba pálida. Estrés. Pero la cosa era que ese guapísimo hombre, desnudo o no, impecablemente peinado, o no, la estaba contemplando y hablando totalmente en serio. Caleb pensaba que estaba guapa y ella iba a aceptarlo. Aunque iba a llevarle un momento hacerlo.

Los ojos de Caleb se oscurecieron y una descarga eléctrica pasó de su teléfono al de Sadie, directamente a sus mejores partes del cuerpo.

Bueno, quizás no iba a necesitar tanto tiempo.

–Vaya –murmuró él con esa profunda voz mañanera–. Marca la fecha en el calendario. Acabo de dejar a Sadie Lane sin habla –hizo una pausa y la miró detenidamente, con la misma expresión que utilizaba ella cuando contemplaba una bandeja de *cupcakes red velvet*. La sonrisa se hizo más amplia–. Me deseas a muerte.

–Te equivocas. En primer lugar, estamos en medio de la noche y mi cerebro no funciona a toda potencia.

La mezcla de humor y ardor en la mirada le indicó a Sadie que le seguía el juego, demasiado educado para llamarla mentirosa.

–¿Y en segundo lugar? –quiso saber.

Maldito fuera, se había olvidado del resto de su argumento.

–¿Sabes qué? Tus genes son superiores, pero eso es solo buena suerte. Que no se te suba a la cabeza. A ninguna de ellas –y sin decir nada más, Sadie colgó.

Necesitaba darse una ducha fría.

Su teléfono sonó unos minutos más tarde, mientras se levantaba de la cama. Esperaba que fuera de nuevo Caleb, pero no. Era su jefe del spa de día, recordándole que, aunque pensaba que Piruleta era monísima, no estaba permitida su entrada al spa.

Algo que Sadie ya sabía, aunque había mantenido las esperanzas. Consultó la hora. Mierda. A continuación respiró hondo y desplegó las llamadas recientes para pulsar sobre el número de Caleb.

Pasó a una llamada de FaceTime y no a una normal. Caleb contestó, con la piel húmeda, brillante y musculosa, y una toalla enrollada peligrosamente baja sobre sus caderas. Sacudió la cabeza y unas gotas salieron despedidas hacia el vapor que lo envolvía.

–¿Qué hay?

–Esto... –fue su brillante respuesta, concebida gracias a, quizás, dos neuronas.

–Dime la verdad –Caleb sonrió–. Solo querías volver a verme desnudo.

Sadie se mordió la lengua para intentar hacer que se comportara. No tenía ningún sentido darle información al enemigo.

–No estás desnudo, llevas una toalla.

–Podría perder la toalla.

–No me interesa –contestó su boca.

Su cerebro, sin embargo, le decía algo totalmente diferente.

Caleb sonrió. Lo sabía. Maldito fuera. Ella se obligó a apartar la mirada de su cuerpo y a posarla en sus ojos.

Pero casi fue peor porque su cuerpo, por estupendo que fuera, no la mantenía tan cautiva como esos ojos. Había secretos en esa mirada, y un lado oscuro que le provocó un sorprendente escalofrío de placer. Caleb Parker era un hombre de riqueza y poder, y siempre, siempre, tenía el control. Pero una parte de ella se preguntó cómo sería si perdiera ese control...

No. De eso nada. Ni con él ni con nadie.

–Necesito ayuda –le anunció, aunque no le resultó fácil hacerlo–. No puedo meter a Piruleta en el spa de día. Necesito recuperarla temprano para disponer del tiempo suficiente para dejarla en la guardería con Willa.

–¿Y por qué no te ahorras el dinero y la dejas conmigo? –propuso él–. Puede quedarse aquí durante mis reuniones de la mañana. Luego, la recogeré y te la llevaré antes de que entres a trabajar en la tienda Canvas.

–No hace falta que...

–Quiero hacerlo –Caleb se detuvo y miró a su alrededor–. Mierda. No cuelgues –al parecer arrojó el teléfono sobre la encimera del baño porque lo único que veía ella era un torbellino de vapor ascendiendo hacia el techo. Entonces le oyó llamar a Piruleta, y su corazón se detuvo.

–¿La has encontrado? –preguntó ella.

Nada.

Diez segundos después, Caleb recogió el móvil y lo volvió para que ella pudiese ver su habitación. Una de sus almohadas había caído al suelo y allí estaba Piruleta, cómodamente acurrucada encima, como si fuese la dueña del almohadón.

Y de Caleb.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Sadie–. ¿Lo ves? Jamás vas a poder echarla de tu cama.

Él tomó al perro y pegó su nariz al hocico del animal.

–Eres una monada –le dijo–, lo reconozco. Pero escúchame con cuidado. Anoche fue la única vez.

Sadie soltó un bufido.

Piruleta le dio a Caleb un lametón en la nariz.

–En serio, lo he dicho en serio –le aseguró él.

Granjeándose otro lametón. Caleb se volvió hacia Sadie.

–No me escucha.

¿Qué mujer lo haría teniendo enfrente a ese hombre ahí de pie, llevando únicamente una toalla? De repente, se dio cuenta de que él la miraba.

–¿Qué? –preguntó.

–Nada –él sacudió lentamente la cabeza–. Durante un instante pensé que te estabas ablandando ante mí –sonrió–. Pero ha sido mi imaginación, ¿verdad?

–Desde luego –Sadie se aclaró la garganta.

Ella sabía que él sabía que ella no tenía ni puñetera idea de lo que decía, pero lo dejó estar de todos modos.

–¿Te gustaría hacerle compañía mientras yo me preparo para ir a trabajar? –preguntó Caleb.

Bueno, pues si no se había ablandado antes, cuando lo había visto recorrer toda la casa en busca de Piruleta, sí lo hizo entonces por regalarle esos minutos más.

–Sí, gracias.

–No hay de qué –contestó él y, aunque era algo que la gente decía continuamente, solo por decir, ella supo de algún modo que lo había dicho en serio.

Caleb dejó a Piruleta de nuevo sobre la cama y recogió la almohada caída en el suelo para apoyar el móvil y que así Sadie pudiera ver bien. A continuación agarró su ropa y entró en el cuarto de baño para cambiarse.

Una pena. Y qué miedo le daba pensar así.

Tres minutos después reapareció vestido con un traje, y aspecto de estar preparado para hacerse con el mundo. Ella no tenía ni idea de cómo lo lograba, pero incluso su expresión había cambiado.

Caleb Parker había pasado al modo negocios.

–Un momento –le dijo él antes de desaparecer.

Un minuto después regresó con un tablón de madera que colocó a modo de rampa improvisada contra la cama para que Piruleta pudiese bajar con seguridad.

Sadie se sintió anonadada.

Caleb pasó a enseñarle a Piruleta cómo utilizar la rampa.

–Muy bien, vas a tener que quedarte aquí unas cuantas horas. Volveré a recogerte a la hora de comer. Lo único que tendrás que hacer es dormir y... lo que sea que hagan los perros durante el día.

Le dio un beso en la trufa y vio de reojo la expresión de Sadie, que lo miraba con la ceja enarcada.

–¿Tú también quieres un besito? –preguntó.

«¡Sí!».

–Ni en tus sueños.

–Ya estás en ellos –contestó él, dejándola de nuevo sin palabras.

¿Soñaba con ella?

Caleb recogió el móvil y se movió por la casa.

–La rampa –dijo ella con cautela–, ha sido... algo.

–Algo bueno –él sonrió–. ¿A que sí?

«Prueba con impresionante».

–Eres el mayor tontorrón que he conocido jamás –le aseguró ella.

Caleb se rio, evidentemente interpretándola correctamente.

Y tenía razón. Sadie se sintió conmovida más allá de lo razonable por lo que había hecho por Piruleta y... maldito fuera. Empezaba a sentir cosas, muchas cosas.

–Eres diferente –le aseguró.

–De modo que soy a la vez el mayor tontorrón que has conocido jamás y también soy diferente. Muchos cumplidos para un mismo día.

–Como si necesitaras cumplidos de mí –ella puso los ojos en blanco–. Eres... analítico, lo cual te hace parecer más rutinario que otras personas. Eres un estratega, capaz de construir sobre la marcha una rampa para tu perro discapacitado y, al mismo tiempo, eres un listillo sarcástico.

–Listillo sarcástico –Caleb soltó una carcajada–. Bueno, mira quién fue a hablar –la miró a los ojos con expresión cálida–. Tú también eres diferente. Diferente en el buen sentido, por cierto. Eres un enigma que no me siento capaz de resolver. Y eso no me sucede a menudo.

–De modo que no eres capaz de resolver mujeres –observó Sadie.

Él volvió a reírse, y ella supo que podría acostumbrarse fácilmente a ese sonido. Incluso volverse adicta a él. Y eso no era bueno.

Sin desconectar la llamada de FaceTime, Caleb salió a lo que ella supuso sería la puerta de entrada. No veía gran cosa, pero no tuvo tantos problemas para oír los repentinos aullidos. No se trataba de pequeños aullidos, sino desgarradores aullidos que destrozaban los tímpanos.

–Cielo santo –dijo–. ¿Qué ha pasado, qué le ha pasado?

Caleb se apresuró a abrir de nuevo la puerta y entrar en la casa. Los aullidos se detuvieron de inmediato y Sadie oyó los pasitos inestables que surcaban el suelo de madera. Y Caleb fue asaltado.

–¿Está bien? –preguntó Sadie mientras él se agachaba y tomaba al perro en sus brazos.

–Sí. Creo que se puso triste al verme marchar. Escucha –se dirigió a Piruleta–. No puedes aullar así. La gente pensará que estoy matando a alguien –dejó al perro en el suelo y se irguió. Y, de repente, Sadie lo vio todo patas arriba.

Caleb había dejado caer el teléfono.

Que golpeó el suelo, rebotando junto a Piruleta, que pegó un salto en el aire y, con expresión aterrorizada, desapareció del campo de visión.

–Mierda –murmuró Caleb, dirigiéndose al perro en un tono más suave–. No pasa nada, cielo, solo ha sido el teléfono...

–Alguien debe de haberle lanzado cosas –opinó Sadie con el corazón en un puño.

–Lo sé –Caleb se movía de nuevo, yendo tras la perra–. ¿Piruleta?

Un sonido los alertó a ambos, en realidad un gemido, que tironeó de las muy nuevas y muy tiernas emociones de Sadie.

–Está debajo de mi cama –le informó Caleb mientras se dejaba caer de rodillas.

Piruleta estaba lo más alejada posible, acurrucada contra la pared, acobardada.

–No, cielo –murmuró él–. No tengas miedo. Nadie va a hacerte daño, te lo prometo.

Piruleta lo miraba con esos enormes y conmovedores ojos, y Sadie apenas podía respirar.

–Ya lo entiendo –continuó Caleb con dulzura–. No te gusta estar sola. Y algún imbécil no se portó bien contigo y, seguramente, te lanzaba cosas. Pero eso se ha acabado, ¿de acuerdo? Puedes venir conmigo al trabajo. Te gustó mucho, ¿recuerdas? Mi secretaria tiene esa cecina de vaca que tanto te gusta.

Piruleta permanecía inmóvil, salvo la puntita del rabo que se movió una vez. Quería creerle, pero no podía.

A Sadie le ardía la garganta. Sabía exactamente cómo se sentía la perra.

Caleb bajó el móvil para que Piruleta pudiese ver a Sadie.

–Habla con ella –le pidió–. Enseguida vuelvo.

Reapareció en menos de un minuto con algo de carne y queso. Tras salir de debajo de la cama para engullirlo todo, Piruleta pareció olvidar el trauma.

Caleb miró a Sadie a los ojos a través de la pantalla.

–Al parecer, es sobornable.

–Acabas de darle de comer unos pedazos de carne y queso que valen una fortuna –se quejó ella–. Cualquiera podría ser sobornado con eso. Qué demonios, yo habría saltado al interior de la furgoneta de un sádico peligroso por eso.

–Pues me alegra saber eso también –él sonrió–. Te llevaré un poco cuando te acerque a Piruleta.

Sadie puso los ojos en blanco y colgó.

Y siguió pensando en él durante el resto del día.

Unos minutos más tarde, Caleb y Piruleta estaban acomodados en el coche, por fin camino del trabajo, tomados de la mano, uno de ellos oliendo a pavo y queso, y babeando la ventanilla del asiento delantero.

Veinte minutos después estaban en el edificio, camino del despacho de Sienne, y no del suyo. Hannah también estaba allí y Caleb señaló al perro pegado a él, sujeto con su arnés y correa de cuero negro de Hello Kitty.

–Echadle un buen vistazo –les ordenó a sus hermanas–. ¿Qué es?

–Tú eres el que tiene un máster de Standford –contestó Hannah–. Creo que sabes qué pinta tiene un perro. ¿Te has golpeado la cabeza en el gimnasio esta mañana? ¿Y por qué tienes un perro?

–La pregunta no es por qué –les aclaró él–. Sino por qué no tengo problemas por estar junto a un perro. En la misma habitación. Sin morirme –se agachó junto a Piruleta, que se retorció feliz contra él–. Quiero decir que, miradla. Ha sido maltratada, abandonada, y no tiene ni idea de que tiene pupa. Además, acabo de emplear la expresión «pupa». ¿Qué narices me pasa?

Las dos lo miraron fijamente, pasmadas, mientras sacudían la cabeza.

Él respiró hondo y observó atentamente a sus más cercanas colaboradoras.

–Que alguien me diga por qué no tengo alergia a los perros –señaló a Hannah–. Adelante.

–Esto... ¿se te ha pasado? –preguntó ella.

–Y una mierda –se volvió hacia Sienne.

Sienne sacudió la cabeza, mirando a Hannah, y se acercó a Caleb. Se agachó para acariciar a Piruleta, que sorprendió a todos situándose en posición de defensa ante Caleb, emitiendo un gruñido que surgió de la profundidad de su garganta.

Sienne no se lo tomó como algo personal. Sonrió y se levantó.

–No quiere que otra mujer toque a su hombre.

–Solo la conozco desde hace dos días –les explicó Caleb–. No es eso...

Antes de poder terminar la frase, Piruleta se sentó sobre sus pies.

–Qué monada –opinó Hannah–. Te ha reclamado.

Agotada la paciencia, él sacudió la cabeza.

–Una de vosotras tiene un máster en Empresariales, y la otra fue tercera en su promoción de Derecho. Quiero respuestas.

–De acuerdo –cedió Sienne–. De niño eras alérgico a todo. Con el tiempo desaparecieron casi todas las alergias. Se trataba más bien de que un perro no encajaba en nuestro estilo de vida.

Él la miró perplejo a medida que la verdad lo alcanzaba con la fuerza de un todoterreno. De niño no habrían podido mantener siquiera una boca más. Su madre y sus hermanas ya tenían bastante con asegurarles a todos un techo, y mantenerlo a él sano y vivo. Y, como cada vez que recordaba lo que había sido vivir así, sintió una inmensa gratitud porque esos días ya habían quedado lejos. Dejó escapar el aire y asintió.

–Bueno, pues desde luego ella encaja en mi estilo de vida actual.

–¿En serio te la vas a quedar? –preguntó Sienne.

–Sí. Bueno, solo la mitad –aclaró–. Estoy compartiendo la custodia.

–¿Con quién? –Sienne agudizó la mirada.

–¿Con quién? –repitió Hannah.

–«Quién», no es relevante –contestó Caleb.

–De modo que se trata de una mujer –añadió Sienne–. Cuéntanos.

–¿Bromeas? –él se rio–. La última vez que mostré interés por alguien, la investigasteis con todos vuestros programas de seguridad, y la sometisteis a ciberacoso –de ninguna manera iba a hacer pasar a Sadie por eso.

–Y menos mal que lo hicimos, ya que ella también te estaba acosando por el mismo medio –le recordó Hannah–. Buscaba un título de «señora», para convertirse en la señora Parker y poder gastar tu dinero.

–Puede que sí –consintió él–. Pero yo me lo estaba pasando muy bien hasta que os pusisteis en modo detective y elaborasteis un informe en el que revelabais hasta la última de sus indiscreciones, incluyendo la ocasión en que había bromeado sobre haber hecho trampas en un examen de ortografía en tercer grado.

–Bueno, pensé que deberías saberlo –se defendió Sienne con una voz que le decía que se fuera a la mierda y se muriese.

–Sienne –él apretó la mano de su hermana–. El otro día me dijiste que ya era hora de que tuviera una vida. ¿Lo dijiste en serio?

–Por supuesto.

–Entonces, puede que sea simplemente eso lo que estoy haciendo.

–¿Puede?

–Sin duda alguna. De modo que no os metáis.

–Caleb... –empezó Sienne, aunque ante la mirada de su hermano, que indicaba claramente que la conversación había terminado, se interrumpió.

Caleb no tenía ningún problema para defender sus sentimientos por Sadie, pero, de momento, eran demasiado recientes y no aptos para el consumo público. Su teléfono vibró en el bolsillo, pero esperó a que Sienne reconociera que hablaba en serio. Su hermana lo miró y suspiró.

–De acuerdo –dijo–. Es tu vida.

–Intenta recordarlo –se llevó a Piruleta a su despacho y la perra se instaló cómodamente.

Sienne asintió y se marchó, seguida de Hannah. Piruleta se había puesto cómoda, despatarrada sobre el suelo junto al escritorio, con la correa de Hello Kitty brillando bajo la luz mientras Caleb contestaba la llamada de Spence.

–Lo siento –dijo–, estaba en una reunión.

–¿Con El Clan? –preguntó Spence.

–Con la mitad. Les acabo de presentar a Sienne y a Hannah a la nueva mujer de mi vida.

–¿Sadie?

–Piruleta. ¡Por Dios!

Spence soltó una carcajada y dijo algo que Caleb no oyó porque Piruleta empezó a ladrar a algo que había debajo de la mesa. Él se agachó y miró.

–¿Algún problema? –preguntó Spence.

–Hay una gominola bajo mi mesa. Al parecer está, convencida de que se trata del enemigo, pero no está segura, de manera que ya puedes figurarte el estrés al que se encuentra sometida.

De repente, Piruleta echó a correr hacia la puerta.

–¡Oh, mierda! –exclamó Caleb mientras se levantaba–. Tengo que irme...

Demasiado tarde. Piruleta se estaba agachando en posición encima de la alfombra.

–¿Oh, mierda? –preguntó su amigo.

–Literalmente –Caleb suspiró.

Poco antes de la hora de comer, Sadie consultó su teléfono, preguntándose qué tal le iría a Piruleta. En realidad, era mentira. Lo que se estaba preguntando era cómo le iba a Caleb. Le había enviado un mensaje:

*Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo: No para de soltar caramelitos. Hace honor a su nombre.*

*Sadie: Intento imaginarte con ese elegante traje, recogiendo la mierda.*

*Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo: Atractivo, ¿verdad? Además, acaba de tirarse un pedo tan ruidoso que se ha asustado ella misma. Se alteró mucho cuando me reí. Mi abogada y mi directora de operaciones me están reclamando un plus de peligrosidad por el hedor.*

*Sadie: ¿Obligas a tu abogada y a tu directora de operaciones a que cuiden de la perra mientras tú gobiernas el mundo?*

*Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo: Solo gobierno el mundo los días impares del mes. Y mi abogada y mi directora de operaciones son dos de mis cuatro hermanas. Son mayores que yo, y tengo la sensación de que no entienden muy bien la jerarquía de aquí. Una acaba de decirme que va a contarle a nuestra madre que he sido grosero con ella.*

Sadie soltó una carcajada y un par de compañeros de trabajo la miraron sorprendidos. Ella apenas se reía en el trabajo en el spa de día. En realidad, casi nunca, se reía, en ningún sitio. Pero Caleb lo había conseguido. Era muy bueno con los perros. Tenía empleadas a sus hermanas, y no como personal administrativo sin más, sino en puestos de responsabilidad. Había comprado comida para Sadie. Había pagado las facturas del veterinario de la perra.

Las facturas del veterinario de la perra que pertenecía a ambos, se recordó a sí misma.

Tenía que esforzarse por recordar que seguía siendo prácticamente un extraño. Todo el mundo llevaba su armadura. La suya era evidente: su mala actitud, y se había mostrado impenitente al

respecto.

«Tu mala actitud no es tu única armadura», susurró una parte de su cerebro. Y era cierto. Se escondía detrás de las coloridas mechas que solía llevar en el pelo, detrás de la brillante joyería que tanto le gustaba lucir, detrás de la ropa que vestía. Incluso sus tatuajes escondían algo, las cicatrices de los cortes que solía hacerse en el pasado, por ejemplo. Y las de los cortes no tan antiguos.

*Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo: Acabo de llevar a Piruleta a dar un pequeño paseo a un parque de perros de camino a tu trabajo. Ha perseguido al gato de alguien. No creo que fuera su intención, pero durante un segundo se volvió loca. Olisqueó al gato en el culo y recibió un zarpazo. No está herida, aunque cualquiera lo diría por el modo en que lloraba. Está teniendo un día duro, y ahora mismo está sentada en mi regazo, tomándome de la mano. Llegaremos enseguida.*

Había llevado a Piruleta a un parque de mascotas. La tomaba de la mano cada vez que se asustaba. Maldito fuera. Ese hombre era peligroso para su corazón y su alma.

Lo que lo convertía en todo lo contrario de perfecto...



## Capítulo 9

#UnBesoDePerroLoCuraTodo

Pasaron unos cuantos días durante los cuales Sadie dedicó demasiadas horas a trabajar y demasiado pocas a dormir. «Cansada», ni siquiera se acercaba a describir cómo se sentía. Acababa de pasar unas diez horas de pie, inclinada sobre sus clientes, más que un poco tensa por hacerlo todo bien. Ser artista era algo especial, y también vender tu arte. Era subjetivo, y no pasaba nada.

Pero ser una artista y vender el arte que, literalmente, grababas con tinta sobre la piel de una persona, no podía ser algo subjetivo.

Tenía que ser perfecto.

Le había enviado un mensaje a Caleb para preguntarle si podía quedarse ella con Piruleta esa noche, a pesar de que no le tocaba, se sentía sola y necesitaba compañía. No era propio de ella admitir que necesitaba algo, pero, de alguna forma, enviarle el mensaje a Caleb no le hizo sentir tan vulnerable como le habría sucedido con cualquier otra persona.

Lo cual no tenía ningún sentido.

Él le había contestado que podría reunirse con ella a las ocho de la tarde cerca del pub.

Diez minutos antes, Sadie cruzó el patio, parándose para saludar al viejo Eddie, que vivía en el callejón. Spence, su nieto, había intentado sin suerte instalarlo en un apartamento del edificio, pero Eddie prefería el callejón. La saludó con la mano.

—¿Cómo vas, pastelito?

Era el apodo que solía utilizar con la mayoría de las mujeres que pasaban por allí. Seguramente, porque no se acordaba de sus nombres.

—Bien —contestó ella—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu nueva novia?

El hombre se rascó la cabeza, con su cabello salvaje, tipo Einstein, de punta.

—Me ha dejado. Dos veces. Las mujeres deberían venir con un manual de instrucciones.

—¿Y de qué serviría? —le preguntó Sadie—. Jamás he visto a un hombre que se lea las instrucciones.

Eddie seguía riéndose mientras ella se alejaba.

Un minuto después encontró a Caleb, con expresión compungida mientras observaba a Piruleta, atada con la correa, persiguiéndose el rabo hasta caer de lado.

Y aunque Sadie había pensado que era a Piruleta a quien necesitaba esa noche, supo que se equivocaba, al menos en parte. Porque no fue el perro quien llamó su atención, y la mantuvo, sino el hombre.

Se había desprendido de la chaqueta del traje y remangado las mangas de la camisa hasta los antebrazos. No llevaba corbata y los primeros botones estaban desabrochados. La tela se estiraba

sobre sus anchos hombros. Con su cuerpo y el modo en que le hacía sentir, como la única persona en la habitación, no tenía ninguna duda de que, de haber sido él el que se sentía solitario esa noche, le habría dedicado su perezosa sonrisa y atraído a todas las hembras de la ciudad.

Esa noche, sin embargo, allí de pie solo y, por algún motivo, sin parecer activado, estaba... diferente. Parecía tan agotado como ella, y quizás también bastante irascible, nada habitual en él. Y también ridículamente, encantadoramente, sexy.

Sobre todo cuando Piruleta dejó de girar en redondo y se apoyó contra él. Caleb se agachó y le abrió los brazos para que la perra saltara a ellos.

Y las palabras de Ivy regresaron a la mente de Sadie: «Por rico o inteligente que seas, la manera en que tratas a los animales me dice todo lo que necesito saber sobre ti...».

Sadie respiró hondo y admitió para sus adentros que ver a Caleb con Piruleta le decía un montón de cosas sobre él.

Caleb levantó la mirada y le sostuvo la suya prisionera durante un instante.

–Hola –saludó, la voz baja y algo ronca–. ¿Estás bien?

–¿Por qué? ¿No lo parezco? –la actitud de Sadie fue automática.

–Pareces... –Caleb no se amilanó, sacudió la cabeza y sonrió tímidamente–. Bueno, si supieras lo que estoy pensando sobre tu aspecto, no seguirías ahí de pie, habrías salido corriendo.

Algo en el estómago, o un poco más abajo, de Sadie se estremeció. Se sentía peligrosamente atraída, y clavada al sitio.

–Te lo pregunto –continuó él–, porque pareces cansada. Has tenido un largo día.

Así era. Y, ¿cuánto tiempo hacía que nadie se fijaba, mucho menos se preocupaba por ella?

–Pues yo podría decir lo mismo de ti.

–Parece que los dos estamos agotados de trabajar.

–Sí –contestó ella–. Pero solo uno de los dos está mal pagado.

–Y doy por hecho que los dos nos morimos de hambre –Caleb se acercó a ella–. ¿No es así?

Ella asintió. Estaba famélica... solo que no estaba segura de que su hambre fuera de comida.

–Estaba pensando en unos tacos. Ivy está abierta, es la feria callejera –Caleb había enganchado la correa de Piruleta alrededor de un banco de hierro forjado y se volvió hacia Sadie–. Pero antes quería decirte que he abierto una cuenta bancaria para nosotros.

–¿Qué? –ella parpadeó, perpleja–. ¿Por qué?

–Para Caga Todo El Rato. Es una monada, pero sale endemoniadamente cara –él sacó una tarjeta de crédito del bolsillo y se la entregó.

Sadie se quedó mirando la tarjeta, pero sin tomarla. Llevaba su nombre grabado. Y no era cualquier tarjeta de crédito. Era una AmEx negra.

–¿Qué narices es esto? –preguntó ella con calma.

Bueno, de acuerdo, quizás no con tanta calma. Ni siquiera con una ligera calma.

–Un perro sale caro –repitió él. Pero él sí lo dijo con calma, como siempre–. Así podrás comprarle cosas si hace falta.

–Yo me ocupo de mis propios gastos –le espetó Sadie tras considerar la posibilidad de estrangularlo, y descartarla.

–Lo sé.

Maldito fuera ese tipo por mostrarse tan razonable cuando lo cierto era que ella no parecía capaz de poder siquiera cubrir gastos en el mejor de los días, y ese día no lo era.

–No intento molestarte –dijo Caleb–. Pero no hay motivo alguno para que tengas que ocuparte de sus gastos cuando yo puedo hacerlo.

Entonces se había dado cuenta de que la estaba molestando. Un punto para él. Pero también había perdido unos cuantos puntos por ser un estúpido macho.

–Acordamos que iríamos a medias.

–En cuanto a la custodia física –le aclaró él–. Pero no económicamente. Ya tienes bastante con lo que tienes ahora mismo, dos trabajos mientras intentas hacerte con una clientela.

Seguramente no tenía ni idea de que acababa de tocar su punto más sensible, y secreto temor, que por mucho que trabajara, jamás lo conseguiría. Acercándose a él, Sadie le golpeó el pecho con un dedo, pecho que resultó mucho más duro de lo que se había imaginado.

–Estuve de acuerdo en compartir la custodia –respondió–, pero, para dejarlo claro, Piruleta es la rescatada, no yo. No soy objetivo de la beneficencia.

Caleb hizo una mueca y se revolvió los cabellos hasta lograr que pareciera que acababa de levantarse de la cama. Debería haber tenido un aspecto ridículo, pero lo cierto era que el efecto era justo el contrario.

–No eres un caso para la beneficencia, no eres rescatada –él asintió–. De hecho, eres una de las mujeres más fuertes y capaces que conozco, pero...

–No –lo interrumpió ella–. No sigas. Lo que sigue a un, «pero», nunca es bueno.

Incapaz de atender a razones, su frágil ego ya lastimado, Sadie volvió a golpearle el pecho, con más fuerza, hasta que se hizo daño en el dedo, hasta que los ojos de Caleb despidieron un destello de irritación. Hasta que le agarró la mano y se la sujetó con firmeza.

Maldito fuera, pues tenía un lado oscuro, que resultaba peligrosamente atractivo.

«Ya no salgo con los tipos equivocados», se recordó ella.

–Esto es una mala idea –le dijo–. Una colosalmente mala idea.

–¿La custodia compartida o comer? –preguntó él.

–Las dos cosas. Pero sobre todo ir a comer.

–¿Por qué?

–Porque un tipo como tú no... –Sadie se interrumpió, no queriendo terminar una frase que jamás debería haber comenzado.

–Un tipo como yo –repitió Caleb–, ¿no qué?

¿Qué parte no estaba entendiendo?

–Podrías tener a cualquiera –explicó–. Lo cual significa que no alguien como yo.

–¡Vaya! –exclamó él en voz baja, aunque sus ojos la fulminaban con la mirada, demostrando una vez más que era mucho más eficaz en manejar su temperamento que ella–. Impresionante. Acabas de conseguir insultarnos a los dos en una sola frase.

–Sí –Sadie cerró los ojos–. Se me da muy bien, sobre todo cuando no sé qué estoy haciendo. Arremeto. Intenté advertirte –abrió los ojos y, al fin, le ofreció la verdad–. Creo que lo hago para asegurarme de no tener un público para las ocasionales burradas que sí hago, y que no suelo identificar como tales hasta que las he hecho.

Caleb la sorprendió soltando una carcajada cargada de autocrítica, como si él hiciese lo mismo, lo cual dudaba ella seriamente. Y entonces tironeó suavemente de su mano, que aún tenía agarrada, obligándola a dar un paso hacia él.

–No serás tan vanidosa como para pensar que eres la única de los dos que ha cometido errores, ¿verdad? –preguntó él–. Porque todos hemos cometido errores, Sadie.

No solía pronunciar su nombre a menudo, pero, cuando lo hacía, el sonido que surgía de sus labios conseguía que ella se quedara paralizada. También le generaba otras reacciones, pero nada que debiera suceder en público.

–Tú opinas que somos demasiado diferentes –insistió él.

–¿Para compartir la propiedad de un perro? –Sadie sacudió la cabeza–. No.

–Sabes que no me refiero a eso. Tú crees que somos demasiado diferentes para esto... –Caleb señaló de Sadie a él mismo. Y el estómago de Sadie se encogió un poco más.

–No existe «esto» –protestó ella.

–¿Sabías que cuando mientes interrumpes el contacto visual? –Caleb volvió a reírse–. Es lo que te delata –esperó a que ella volviera a mirarlo, con rabia, antes de continuar–. Tú no me conoces lo bastante como para tomar esa decisión. Y lo entiendo. No quieres conocerme lo bastante, porque entonces podrías sentirte interesada por mí.

–En serio –murmuró Sadie–. ¿Eres una especie de lector de mentes?

Caleb no tenía ganas de bromas.

–He tenido un día muy largo, y tengo la sensación de que tú también. Y, si bien me encanta pelearme contigo, tengo demasiada hambre para continuar haciéndolo, de modo que, ¿podemos acordar dejar de pelear hasta después de haber comido?

–Yo no he accedido a la comida –contestó ella.

–¿No te gustan los tacos? No pasa nada. Elige tú.

Sadie miró hacia el callejón, pensando que era su atajo para salir de allí, pero él le agarró la mano con más fuerza.

–No huyas –le advirtió.

–No me gusta que la gente me diga lo que tengo que hacer.

–Lo entiendo. A mí me pasa lo mismo –Caleb asintió–. Y también intento, con todas mis fuerzas, no decirle nunca a nadie lo que tiene que hacer. Pero creo que debemos terminar esto. Por favor.

Otro escalofrío recorrió el cuerpo de Sadie.

–No paro de decirte que no existe tal «esto».

–¿Estás segura?

Muy lentamente, con mucho cuidado, ofreciéndole claramente la posibilidad de escapar si así lo deseaba realmente, Caleb se acercó a ella, que fue muy consciente de encontrarse constreñida entre la pared del callejón y su cuerpo, sin tocar ninguna de las dos partes.

Sin embargo, Sadie quería que él la tocara. Se moría de ganas de reducir la escasa distancia que aún los separaba. Pero no lo hizo.

–Si quisiera, ahora mismo podría convertirte en un eunuco –afirmó ella, elevando la barbilla. La amenaza quedó minimizada ante el hecho de que la había susurrado, de repente no le resultaba fácil seguir furiosa. Ni hablar–. No te creas que no puedo hacerlo.

–No me cabe la menor duda –contestó él, sin soltarle la mano y tomando la otra, que apretó delicadamente–. Creo que seguramente podrías hacer cualquier cosa que te propusieras.

Nadie le había dicho nada parecido, jamás, y, cuando sintió las lágrimas arder, tan inesperadamente, en el fondo de los ojos, los cerró en un gesto defensivo.

–Sadie.

Ella sacudió la cabeza.

–Mírame. ¿Por favor?

Fue el maldito «por favor», lo que la obligó a abrir los ojos. Él había reducido la distancia que los separaba y solo con que respirara, ya se estarían rozando.

Y eso fue lo que hizo. Respiró hondo, y sus cuerpos entraron en contacto, el de él cálido y duro. Por todas partes.

–¿Qué está pasando? –susurró ella.

–Tengo la sensación de que estás decidiendo entre patearme los huevos o besarme –un lado de su boca se curvó ligeramente mientras levantaba las manos entrelazadas de ambos por encima de la cabeza de Sadie y las apoyaba contra la pared–. Pero puede que la última parte solo esté en mis sueños.

–Sí –susurró ella.

–¿Sí que solo está en mis sueños?

Ella quiso volver a decir que sí, muy seriamente. Incluso abrió la boca para decirlo, porque aquello era una locura, ese increíble... anhelo que sentía por él. No tenía ningún sentido. Menos que ningún sentido, y aun así...

Sadie se puso de puntillas y posó sus labios sobre los de él.

Caleb permaneció inmóvil durante un segundo, antes de devolverle el beso. Y en ese preciso instante, de repente todo tuvo sentido. Le soltó las manos y la rodeó con los brazos y ella se sintió... conmovida, más conmovida de lo que recordaba haberse sentido jamás. Era como si todo su cuerpo acabara de despertar y, más terrorífico aún, su corazón se había sumado a la fiesta. De nuevo sintió un nudo en la garganta y los ojos le escocieron, pero no se apartó. Hizo todo lo contrario. Intentó intensificar el beso, pero Caleb se apartó lo justo para poder mirarla a los ojos, empleando su pulgar para secar una lágrima que ella ni siquiera se había dado cuenta de haber vertido.

–¿Qué es esto? –preguntó él con mucha calma, tomándole el rostro entre las manos ahuecadas.

–Se me ha metido algo en el ojo.

–Prueba otra vez.

–¡Guau!

Ambos miraron a Piruleta, que había tensado la correa al máximo para poder sentarse sobre los pies de Caleb, y los contemplaba con impaciencia.

–Creo que está celosa –murmuró Sadie.

Pero a Caleb no le interesaba el cambio de tema.

–Sadie.

–¿Qué?

–Ya sabes qué.

–Escucha, no sé lo que me ha pasado, ¿de acuerdo? –alzó un hombro–. ¿Locura transitoria? ¿Estupidez? Elige lo que más te guste.

Caleb no se rio. En cambio, sacudió la cabeza lentamente, como si él tampoco supiera lo que estaba pasando, pero, con el rostro de Sadie todavía entre sus manos y Piruleta a sus pies, volvió a besarla.

Y otra vez más.

Sadie se derritió. Era la única manera de describir lo que le sucedió. Como si el calor del cuerpo de Caleb la hubiese empapado, y olía tan bien, demasiado bien, que se embriagó con el olor. Se dio cuenta de que se estaba acurrucando contra él, cada vez más pegada a él. Quería que su boca le recorriera todo el cuerpo, quería sentir sus músculos tensarse bajo sus manos a medida que ella los tocara. Quería un montón de cosas, y cada una de ellas la asustaba.

En esa ocasión, cuando él se apartó, a Sadie le llevó un buen rato volver a centrarse, pero, cuando lo hizo, lo encontró mirándola con una expresión de inseguridad que nunca había visto en él.

–Tienes razón –murmuró Caleb–. Desde luego se trata de locura, temporal o de la que sea –la tomó de una mano, y a Piruleta de la correa, y caminaron por el callejón hasta la calle y el camión

de tacos de Ivy.

Al verlos llegar, Ivy sonrió y les saludó agitando una mano, pero, fiel al código de chicas, no dijo nada embarazoso. Sin embargo, sí sorprendió a Sadie saliendo del camión y abrazando cálidamente a Caleb.

–Gracias por la actualización del software –dijo.

–No hay de qué.

Ivy se volvió y abrazó también a Sadie.

–Ese brillo de felicidad te sienta muy bien.

¡Vaya! ¿Tanto se le notaba?

Ivy regresó al camión, totalmente en modo negocios.

–Y bien, ¿qué queréis tomar?

Caleb se volvió hacia Sadie, haciéndole gestos para que pidiera ella primero.

–Eh... –ella ojeó el menú que se sabía de memoria. Los nervios le pedían comida consuelo–. Dos tacos «tráiler pack» –pidió al fin, con la boca haciéndosele agua ante esos tacos de huevos, croquetas de patata y cebolla, queso y beicon caramelizado.

–Lo doblo –anunció Caleb–. Y añade una pechuga de pollo a la plancha para Piruleta, sin picante.

Comieron sentados en uno de los dos bancos de picnic que había cerca del camión de Ivy, con vistas al puerto al fondo de la colina y de la bahía más allá. Sadie estaba harta de muchas cosas, pero jamás se cansaría de esas vistas.

Cuando terminaron, Caleb se ofreció a llevarlas a ella y a Piruleta a casa. A Sadie le entró el pánico. Las previsiones daban lluvia helada y bajada récord de las temperaturas, y su idea había sido volver a dormir en la tienda Canvas, buscando su calor.

–¿Por qué? –preguntó.

–Porque yo tengo coche y tú no, ¿por ejemplo? –Caleb se mostró sorprendido ante la pregunta.

–Tengo coche, pero está en el taller –le explicó–. Y... aún no me voy a casa. Tengo algunas cosas que hacer, y quiero hacerlas en la tienda de tatuajes.

Mentira cochina. Lo que de verdad quería era otro de esos impresionantes besos. Y luego estaba el noventa por ciento de su ser que quería invitarlo a su casa para tirárselo. Bueno, de acuerdo, quizás fuera un setenta y cinco por ciento, porque no recordaba si se había depilado las piernas esa mañana. Ni tampoco qué ropa interior llevaba.

Caleb las acompañó a Piruleta y a ella hasta el patio, y parecía dispuesto a acompañarlas hasta la tienda Canvas.

–No hace falta que me acompañes hasta la puerta –le aseguró ella.

–Quiero hacerlo –él la miró y sonrió–. ¿Tienes miedo de no ser capaz de resistirte a mí?

–No –«sí».

Optó por una actitud despreocupada, pero por dentro intentaba no derrumbarse ante la expresión de deseo que asomó a los ojos de Caleb mientras se acercaban a la puerta. Lentamente, Caleb deslizó un brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí mientras le sujetaba la cabeza contra su hombro con la otra mano. Agachó la cabeza y buscó sus labios, besándola con una ternura que ella no había experimentado jamás.

Cuando el beso terminó, ella se limitó a mirarlo fijamente.

–Sigo sin saber qué es esto.

Caleb no pareció preocupado, besándola de nuevo, aunque en esa ocasión, sin tanta delicadeza. Sadie jadeaba cuando él se apartó y se volvió para marcharse.

–¿Vas en serio? –ella lanzó la pregunta a su espalda–. ¿Lo vas a dejar así?

–¿Así, cómo? –él se volvió.

Estando ella insoportablemente excitada. Y, era más que evidente que él también lo estaba. Para un hombre no resultaba sencillo ocultarlo.

–Podrías entrar –sugirió Sadie, las palabras escaparon de sus labios antes de poder evitarlo–. Ya no queda nadie en la tienda.

Caleb se acercó de nuevo a ella, y su corazón falló un latido al pensar en lo que iba a suceder a continuación. Y cuando la volvió a besar, más apasionadamente, disfrutó oyéndose a sí misma gemir.

Pero él se volvió a apartar.

–Todavía no –anunció.

Ella lo miró boquiabierta.

Caleb le acarició el labio inferior con el pulgar.

–Aún no has decidido si te gusto o no –le aseguró antes de apartar las manos de ella, agacharse para besar a Piruleta en la trufa, y marcharse.

–¿Y qué tiene que ver si me gustas o no? –preguntó ella, oyendo su risa a modo de respuesta mientras desaparecía de su vista.

«Mierda». Su corazón aún latía enloquecido, su cuerpo anhelaba cosas a las que, desde luego, no iba a ceder. Jamás. El muy bastardo sin escrúpulos.

–Desde luego ha sido locura –le susurró a Piruleta–. Locura transitoria.

## Capítulo 10

#QuéPasaConSadie

Una semana más tarde, Sadie estaba sentada en la tienda de vestidos de novia, en la planta baja del edificio Pacific Pier, oyendo la incesante charla de su madre, su tía Thea, y su hermana mayor, Clara, que seguía y seguía... sobre la inminente boda de Clara.

La tienda era nueva y estaba elegantemente decorada. La dueña de la tienda, Addie, era cliente de Sadie. Le había hecho varios tatuajes encima de algunas cicatrices que Addie no deseaba seguir mostrando.

Había sido Sadie la que le había recomendado la tienda a su hermana, pero en esos momentos sentía pena por Addie, que intentaba gestionar el caos que generaban las mujeres de la familia Lane.

–Sadie, ¿estás escuchando? –preguntó su madre.

–Claro –en absoluto.

Estaba comiéndose una bolsa de patatas fritas con sal y vinagre, y soñando despierta con el modo en que Caleb la había besado contra la puerta de la tienda Canvas la semana anterior. No, un momento, había sido ella la que lo había besado a él. Lo había besado, y había sido... sacudió la cabeza, todavía embriagada por la sensación de sus labios sobre los suyos.

Había sido impresionante.

Cada vez que pensaba en ello, le subía una oleada de calor. O bien empezaba a tener trastornos, a los veintiocho años, o se estaba metiendo en un lío.

Ninguna de las dos opciones le resultaba atractiva.

De modo que se metió otra patata frita en la boca y volvió a soñar despierta con la sensación de estar pegada contra el duro cuerpo de Caleb, que la había sujetado con fuerza, como si no quisiera soltarla, y su boca, Dios, esa boca...

–¿Y bien?

Sadie dio un ligero respingo y miró a Clara, que la miraba con el vestido de novia puesto y un aspecto... bueno, pues blanco. Y perfecta, como siempre.

Una costurera, y Addie, además de la madre de Sadie y su tía, revoloteaban alrededor de la novia, la imagen reflejándose hacia Sadie, la única espectadora, gracias a los seis espejos que iban del suelo al techo describiendo medio círculo alrededor de la novia.

–¿Sí o no? –preguntó su madre a Sadie.

–Eh... –había desconectado mientras pensaba en Caleb, preguntándose por qué había sido tan estúpida como para evitar estar sola con él durante toda una semana. Para desviar la atención, fingió mirar a su alrededor.

–¿Alguien tiene salsa ranchera para dypear? ¿No? ¿Y un margarita?



–¿Podrías tomártelo en serio por una vez? –su madre suspiró.

–Me lo estoy tomando en serio. Me muero de hambre.

–Si sigues comiendo esas patatas vamos a tener que pedir una talla más de tu vestido de dama de honor.

Addie dio un respingo, aunque consiguió mantener la calma.

–Aquí no avergonzamos a nadie por su peso.

–No pasa nada –le aseguró Sadie–. Soy relativamente inmune a la vergüenza.

Lo cual era cierto. En su mayor parte, las cosas que su bienintencionada familia le decía no le afectaban. Salvo por alguna, de vez en cuando, en medio de la oscura noche, cuando estaba acostada en la cama, repasando cada estupidez que había hecho en su vida, en lugar de dormir, incluyendo zamparse, movida por el estrés, una enorme bolsa de patatas fritas hasta que sus pantalones de yoga, que jamás habían asistido a una clase de yoga, empezaron a apretarle.

Suspiró y dejó a un lado las patatas, recogiendo cuidadosamente unas pocas migas para no ensuciar. El gesto le hizo echar de menos a Piruleta, que había resultado ser una gran compañera, y la mejor aspiradora del mundo.

Durante los últimos siete días, Caleb y ella habían estado compartiendo la custodia del adorable perro de tres patas, quedándose un día cada uno, la hora dependía de si ella trabajaba o no en el spa de día. Había resultado peligrosamente sencillo. Esa mañana, Caleb había recogido a Piruleta temprano, dejando a Sadie sin nada que colocar entre ella y su familia.

No era la situación ideal.

Pero sonrió ante el recuerdo de Caleb cayendo de rodillas para abrazar a Piruleta por la mañana, riendo por lo bajo ante las manchas de brillo labial que Sadie había dejado sin querer en la carita del animal.

–Un perro con suerte –había murmurado él, y algo dentro de Sadie se había estremecido mientras sus miradas se habían fundido.

Tenía que admitir ante sí misma que no le habría importado pegar la boca a esa rasposa barbilla.

O a esos labios...

–¡Holaaaa! –exclamó Clara con los brazos en jarras, empujando sin querer a la costurera–. ¡Aquí la novia! ¿Se notan o no se notan los pezones a través de la tela?

Sadie posó la mirada sobre los perfectos pechos operados.

–Sí, pero, si sirve de algo, son unos pezones muy bonitos.

La tía Thea soltó un respingo, como si se sintiera ofendida en lo más íntimo.

–¡Oh, Dios mío! –Clara se cubrió el pecho con las manos.

–No pasa nada –intervino rápidamente Addie–. Disponemos de sujetadores sin tirantes para estas ocasiones. Lo podemos coser directamente sobre el vestido –rápidamente les mostró uno y Clara se quedó sin aliento al ver la etiqueta: costaba cien dólares.

–Está bien –intervino su madre–. Ocultar los pezones no tiene precio.

Mientras la novia trabajaba en ponerse el sujetador, su madre miró a su alrededor.

–Y ahora... ¿qué pasa con Sadie?

Sadie se quedó helada con una patata frita a medio camino de la boca, consciente de que la pregunta era el estribillo de su vida resumida en cuatro palabras.

«¿Qué pasa con Sadie?».

Tiempo atrás eso le habría enfurecido. Pero había aprendido a aceptarse a sí misma.

En su mayor parte.

Clara desvió la atención de su reflejo en el espejo y la posó en Sadie.

–¿Ya has elegido el tipo de vestido de dama de honor que te gustaría llevar?

–Me pondré lo que tú quieras –contestó Sadie.

–Quiero que lo elijas.

Sadie echó un vistazo a los vestidos de novia que ya habían repasado. Adoraba a Addie, absolutamente, pero ninguno de los vestidos era de su estilo.

–Hoy es tu día. Ya volveré otro día para elegirlo.

–Llevamos meses de compras –Clara sacudió la cabeza–. ¿Por qué no puedes simplemente elegir uno?

–No sé –contestó Sadie–. ¿Por qué tiene que costar cien dólares un sujetador y los vestidos un potosí, y, sin embargo, las camisas de hombre vienen en un paquete de cuatro por diez dólares? Uno más de los pequeños misterios de la vida.

–¿Tienes algún nuevo tatuaje que quieras esconder bajo el vestido? –preguntó la tía Thea.

El tema de los tatuajes de Sadie hacía tiempo que era motivo de discordia en su familia, y todo el mundo se quedó callado.

–Bueno, yo solo lo sugería –se defendió Thea–. Son bastante permanentes, ¿sabes?

–Y tú tienes cuatro hijos –intervino Clara en defensa de su hermana–. Y esos también son condenadamente permanentes.

–Está bien –dijo Sadie, no queriendo que aquello desembocara en una pelea–. Me pondré lo que queráis que me ponga.

Su madre suspiró.

Sadie conocía bien ese suspiro. Era el suspiro del mártir. Ese suspiro que indicaba que Sadie volvía a ser difícil. Y dado que no estaba intentando mostrarse difícil, le hizo llegar una ofrenda de paz.

–Lo digo en serio. Lo que queráis, me gustan todos.

Su hermana soltó un bufido.

–No, no es verdad. A ti no te gustan las bodas elegantes, y toda la locura que las acompaña.

–Y a pesar de eso me has elegido como dama de honor.

–Oye, que deberías darme las gracias porque solo te he nombrado mi dama de honor. ¿Podrías al menos elegir el vestido que menos odies?

Dado que Sadie no era aficionada al tafetán o al satén, por no mencionar a las bodas en general, no estaba segura de que eso fuera posible, pero por Clara, lo iba a intentar.

–¿Estás segura de que no hay ninguno que te guste más?

Addie decidió intervenir, intentando ser de utilidad:

–Normalmente, a la dama de honor le gusta dar su opinión sobre lo que va a llevar puesto...

–Ya, pero Sadie es así –la interrumpió su madre–. No te molestes en insistirle, a ella le da igual. Podrías decirle que el fin del mundo llegará mañana y tampoco le importaría lo más mínimo.

Sadie se metió otra patata frita en la boca. No era la primera vez que oía a su madre referirse a ella en esos términos, en realidad lo había oído muchas veces. No se ajustaba del todo a la realidad, ni siquiera se acercaba, pero entendía que su madre pensara así, puesto que en la familia Lane, Sadie era diferente de todos los demás.

Y lo entendía, lo entendía, en serio. Se había criado en una familia normal de clase media estadounidense. Una casa en las afueras, con su valla de madera blanca, dos padres y una hermana que había jugado al fútbol, había dado clases de gimnasia y había sido scout girl.

Y luego estaba Sadie, la que no encajaba en el hueco, aunque le fuera la vida en ello. Ya de niña había preferido estar sola con un cuaderno de dibujo y un lápiz a practicar ningún deporte, pertenecer a ningún club o asistir a una fiesta de cumpleaños. Había sido una niña callada que, cuando le hablaba alguien a quien no conocía, se comportaba de manera huraña y apática.

La parte apática seguramente respondía a la realidad. Siempre se había sentido fuera de lugar, incómoda en su propia piel, y nunca había sabido expresarlo. Siempre que había podido, había recurrido al arte, dibujando en secreto, negándose a que nadie viese su trabajo.

Y, para complicar aún más su existencia, no se parecía a nadie de su familia. Sus padres y su hermana eran altos, estilizados y delgados. Comían como pajaritos y hacían ejercicio regularmente en sus bien organizadas vidas.

Lo cual era estupendo. Para ellos.

Pero Sadie nunca había sido estilizada ni delgada, ni siquiera de bebé, y daba igual lo que comiera o el ejercicio que hiciera. Nada cambiaba el hecho de que era... bueno, curvilínea. Y luchar contra eso restringiendo lo que comía y ejercitándose hasta casi caer muerta durante muchos, demasiados, años, solo había conseguido que odiara la vida.

Sus padres no habían sabido qué hacer con ella. Cuando ella contaba catorce años, le habían echado una ojeada a su cuaderno de dibujo, y habían encontrado unos dibujos que había hecho de una adolescente blandiendo un cuchillo. Habían entrado en pánico. Su madre había consultado a un psicólogo, al colegio de Sadie, y casi a la Guardia Nacional.

Aquello había hecho que casi la confinaran, y que le quitaran toda su intimidad. Para el caso, podrían haberle cortado las manos, siendo el dibujo su único escape. En cuanto habían empezado a controlar sus dibujos, ella había recurrido a algo nuevo y secreto, algo que ella podía controlar. Lo único que podía controlar.

Hacerse cortes.

Y cuando la descubrieron, dos años después, sus padres la habían internado. La pesadilla no había durado más de dos semanas, pero seguía siendo la peor experiencia que hubiera vivido jamás, la época más oscura de su vida.

Desde entonces había pasado mucho tiempo, pero todo le había parecido una curva de aprendizaje. En la actualidad no le importaba mucho lo que los demás pensaran de ella. Y ese era el único motivo de que estuviera todavía allí. No vivía para hacer felices a los demás, ni aunque se tratara de su propia familia.

Necesitaba urgentemente algo que la animara y sacó el móvil para repasar las fotos, sobre todo una que había hecho aquella misma mañana, cuando Caleb había ido a recoger a Piruleta. La perrita había corrido sobre sus tres patas directa hacia él y pegado un salto. La imagen mostraba a Piruleta golpeando el pecho de Caleb y siendo inmediatamente rodeada por sus brazos, pero lo que más le gustaba era la sonrisa que se reflejaba tanto en el rostro del hombre como en el del perro.

—¿Por qué sonríes? —preguntó su madre, sentada a su lado—. ¿Quién es ese?

Sadie se había mostrado distante tanto tiempo que casi había empezado a creérselo ella misma, pero lo cierto era que no había nada distante en lo que sentía por ese perro. Y empezaba a aceptar la idea de que sentía un montón de cosas por el hombre también. O por lo menos algunas partes de su cuerpo las sentían.

—Nadie —contestó mientras guardaba el móvil.

Su madre abrió la boca para insistirle, pero Addie las interrumpió, ganándose un pedacito del corazón de Sadie.

–¿Qué te parece este vestido para ti? –preguntó Addie–. Te quedaría bien –sujetaba en alto un vestido largo de dama de honor, hecho de encaje, muy bonito salvo por el hecho de que era rosa. Al menos era un rosa pálido, casi color champán, y a quién no le gustaba el champán...

–El color está bien, ¿verdad? –le preguntó a Clara.

–Y va muy bien con el tono de piel de Sadie –su hermana asintió.

–Se van a ver sus tatuajes –intervino su madre–. ¿Y qué vamos a hacer con su pelo?

Sadie volvió a alargar la mano hacia la bolsa de patatas fritas, justo en el momento en que el teléfono se iluminó con un mensaje de la tienda Canvas, avisándole de que su siguiente cliente había llegado.

Perfecto.

–Lo siento –se puso en pie–, pero tengo trabajo.

Abrazó a Addie y, pensándoselo mejor, abrazó también a su hermana, su madre y a la tía Thea, a pesar de que los Lane no eran de los que se abrazaban. Dio un paso atrás y soltó el aire, oficialmente abrazada para todo el año. Estaba a medio camino de la puerta de la tienda de novias cuando oyó a su madre:

–Lo digo en serio, ¿qué pasa con Sadie...?

Sadie no oyó el resto de la pregunta, aunque había muchas posibilidades de que fuera una muy buena. Nadie sabía muy bien qué hacer con ella.

Tres minutos después, Sadie entró en la tienda Canvas. Rocco señaló con la cabeza hacia la habitación del fondo. Era su manera de preguntarle si podían hablar un minuto.

Ella lo siguió.

Su jefe se apoyó contra el mostrador y la miró fijamente. Llevaba el pelo negro tan salvaje como siempre y hacía meses que necesitaba un peluquero. Los vaqueros estaban rotos y las botas estropeadas, la camiseta llevaba estampado un anuncio de su propio negocio, y su expresión era gruñona. A diferencia de Sadie, que solo llevaba unos cuantos tatuajes estratégicamente colocados, Rocco lo estaba de pies a cabeza. Los tatuajes reflejaban una historia, un mapa de ruta, por así decirlo. Había tatuajes de prisión, tatuajes rusos, tatuajes de borrachos... cada uno de ellos contaba una historia, y Rocco había empezado muy joven.

Sadie no. Tras acabar el instituto no había conseguido un contrato de aprendizaje con ningún artista de tatuajes, de modo que se había sacado un título de esteticista y había empezado por el maquillaje permanente, trabajando en un spa que hacía muchos trabajos gratuitos para pacientes con cáncer.

Aquello le había abierto los ojos. Lo que había oído con más frecuencia era lo duro que resultaba afrontar las secuelas y la recuperación, incluyendo las cicatrices de la cirugía.

Cuando por fin había conseguido la oportunidad de convertirse en aprendiz en la tienda de Rocco, la había aceptado sin dudar. Llevaba tres años trabajando para él, al principio haciendo lo que él le pidiera antes de conseguir tener sus propios clientes, y se había construido su propio nicho. A diferencia de cualquier otro en la tienda, ella se había especializado en cubrir cicatrices.

Rocco solo tenía cinco años más que ella, pero además de ser su jefe, también se consideraba a sí mismo su protector y el muy entrometido hermano mayor.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

Rocco le entregó una bolsa marrón de la tienda de café, llena de los famosos y deliciosos muffins de Tina.

–¡Vaya! –exclamó ella–. Gracias. ¿Ya es Navidad?

–No son de mi parte.

El corazón de Sadie se dio un golpe contra las costillas al comprender que debían de ser de Caleb. La noche anterior él había trabajado hasta muy tarde y le había pedido que se ocupara de Piruleta, lo cual había hecho ella encantada y sin esperar ningún muffin de recompensa, pero desde luego no iba a rechazarlos.

–Yo creía que habías aprendido la lección con el último tipo trajeado –Rocco la miró a los ojos.

Se refería a su exnovio, Wes. Un par de años atrás había salido con él durante seis meses, y ese hombre casi la había destrozado. No, eso no era así, ella casi le había permitido que la destrozara. En cualquier caso, Sadie tenía una norma, no hablaba sobre él. Jamás.

–¿Disculpa? –preguntó, usando su mejor voz de síndrome premenstrual.

–No me pongas ese tonito, sabes de qué te estoy hablando.

Desde luego, desafortunadamente lo sabía. Siempre elegía al tipo equivocado. Era evidente que había algo en sus genes que le hacía enamorarse de hombres que la trataban de un modo muy parecido a cómo la trataba su familia, como si fuera alguien con quien no sabían muy bien qué hacer.

Wes era abogado, para empezar. Frío, tranquilo e imperturbable. Y lo había utilizado para llamar su atención y, en cuanto la hubo conseguido, en cuanto había empezado a prestarle siquiera un poquito de atención, ella se había enamorado.

«Estúpida, estúpida, estúpida».

–Pues la verdad –contestó ella al fin–, es que no tengo ni idea de qué me estás hablando.

–¿En serio? –Rocco la señaló–. ¿Y por qué estás hablando con tu voz de mentirosa, esa que está dos octavas por encima de tu voz normal? Estás saliendo con Trajes, reconócelo.

–No estoy saliendo con nadie. En primer lugar, los hombres son estúpidos. En segundo lugar, soy madre primeriza de un perro y tengo dos empleos. Haz tú mismo los cálculos, no tendría tiempo para un hombre. Y en tercer lugar... –al no encontrar más razones, decidió empezar de nuevo–. Los hombres son estúpidos –señaló a su jefe con un dedo–. De modo que te equivocas.

–El viejo Eddie os vio muy ardientes contra mi puerta.

–Eso fue hace una semana. Tus noticias ya son viejas –mierda–, y el viejo Eddie se fumó en su tiempo la mitad de sus neuronas. No tiene ni idea de lo que vio.

–Abjuraste de los hombres porque habías tomado malas decisiones en ese aspecto, y me hiciste prometer que te sujetaría –le quitó la bolsa de los muffins y hundió la mano en su interior–. Así que este soy yo manteniendo mi promesa.

Ella le arrebató de nuevo la bolsa, y el muffin de su mano.

–Te libero de tu promesa.

–¡Vaya! –exclamó él–. De acuerdo, pues recuérdame de nuevo, cuando te pongas así otra vez, ¿debo darte espacio o atención?

–Sí –contestó ella.

Su jefe levantó las manos en el aire.

–No hay nada entre Trajes y yo.

–¿De verdad? –preguntó él con la voz cargada de incredulidad–. Porque esta semana ha venido todos los días.

–¡Por la custodia de Piruleta! Y déjame que te diga que, es verdad, he tomado algunas decisiones cuestionables, pero son mis decisiones, ¿de acuerdo? Yo respondo de mis actos, y

estaría muy bien que la gente que forma parte de mi vida fuera capaz de hacer lo mismo y concederme su maldita confianza –Sadie señaló a su jefe–. ¿Y sabes una cosa? Ya que estás tan charlatán, ¿por qué no hablamos de Tyler y de ti? Desde aquí veo la pantalla de tu móvil y te ha enviado dos mensajes ya. Pensaba que lo habías bloqueado.

Tyler era el exnovio de Rocco. Llevaban toda la vida juntos, y, de repente, un día Rocco no había acudido al trabajo. Se había pasado dos semanas enteras sin trabajar, sufriendo una monumental resaca tras una brutal pelea y la consiguiente ruptura. Cuando Rocco por fin había vuelto al trabajo, se había mostrado más gruñón, malhumorado e irritable contra el mundo de lo que solía estar. Y, además, se había negado a hablar de ello.

Eso había pasado hacía un mes.

Rocco frunció el ceño aún más, suponiendo que eso fuera posible.

–Mi vida personal no es tema de discusión –sentenció fulminándola con la mirada.

–Lo mismo digo.

–No soy capaz de superarte en testarudez –él sacudió la cabeza–, ni siquiera sé por qué lo intento. De acuerdo, que te vuelvan a machacar el corazón.

Sadie sacudió la cabeza porque eso no iba a suceder. Era neuróticamente cuidadosa en ese aspecto. Permitir la entrada a la gente, permitirles conocerla, significaba revelarse ante ellos. Por completo. Y su historial en ese aspecto, con alguien que la amara por ser ella misma, estaba cerrado.

En cuanto a por qué Caleb había conseguido atravesar su guardia, no tenía ninguna explicación para eso. Lo único que sabía era que iba a tener que tener aún más cuidado porque, a pesar de lo que le había dicho a Rocco, Caleb estaba consiguiendo llegar hasta ella, atravesar sus muros, con su confianza y esa sonrisa exclusiva para ella. Sin duda, estaba metida en un lío.

O, al menos, lo estaba su corazón.

## Capítulo 11

#CorreALaPrimeraBase

La noche siguiente, Sadie se sentía endemoniadamente inquieta mientras cerraba la tienda Canvas. Piruleta y ella cruzaron el patio en la fría y neblinosa noche, la perra saltando sobre una hoja caída, ladrándole a una farola, y haciéndole reír.

Qué bien sentaba tener la compañía de un amor de tres patas ante la oscuridad de sus propios pensamientos. A pesar de todo lo que había sufrido el animal, no había perdido su alegría. Cada paseo era una fuente de nuevas emociones, una oportunidad de vivir una aventura.

El teléfono de Sadie sonó en medio del gélido silencio. Una llamada perdida y un mensaje en el buzón de voz. Hizo una mueca. Caleb había intentado verla en varias ocasiones durante la semana anterior, por motivos que no tenían nada que ver con la custodia compartida de Piruleta.

Y ella lo había evitado.

No por desinterés, sino por todo lo contrario. Precisamente porque estaba demasiado interesada y le daba mucho miedo. Estaba trabajando para hacer frente a esos miedos, pero aún no lo había conseguido. De modo que abrió el mensaje con los ojos entornados.

Pero el mensaje era de su hermana:

*Solo quería avisarte. Mamá va a pedirte que tu pelo no esté teñido de ningún color primario el día de la boda. Además, quiere que ocultes tus tatuajes. Tu amiga, Addie, cree que puede añadir un entrepaño de encaje para cubrir el signo de infinito de tu hombro, pero a mamá le preocupa que la tinta haga que el encaje parezca sucio, de modo que se le ha ocurrido que podrías llevar, además, un echarpe.*

Sadie cerró los ojos y respiró hondo. Tras abrirlos, escribió una respuesta:

*Sadie: Es tu boda, lo que tú quieras.*

*Clara: Lo que yo quiero es no oír a mamá preguntar de nuevo: «¿Qué pasa con Sadie?». Estoy harta de que todo gire en torno a ti, ¿de acuerdo? Es mi boda.*

*Sadie: Ya me ocupo yo.*

Sadie sintió una punzada de culpabilidad antes de apagar el móvil. Lo cierto era que no tenía ni idea de cómo iba a ocuparse de ello. Lo del pelo era sencillo. El tinte que usaba se iba con los lavados y solo le hacía falta un par de lavados más. Lo de los tatuajes era un poco más complicado, pero los adoraba y no estaba dispuesta a disculparse por llevarlos. Si hacía falta le añadiría el encaje al vestido, en dos capas.

Lo que no podía cambiar era que no sabía cómo ser lo que su familia quería que fuera y, además, ya no sentía la necesidad de intentarlo. Lo único que sabía era cómo ser... ella misma.

Y le gustaba como era, tal y como era.

En su mayor parte. De acuerdo, también estaba trabajando en eso. Desde luego podría empezar por ser un poco más... abierta. Si lo fuera, si no hubiera evitado estar a solas con Caleb durante toda una semana, como una cobarde, quizás habría conseguido otro de esos apasionados besos.

Y más...

¡Vaya! Pensar en el sexo después de no haberlo hecho durante tres años le daba un poco de vértigo. A lo mejor tenía hambre. A lo mejor necesitaba unas patatas fritas. Decidió que debía de ser eso y se dirigió hacia el pub, parándose antes en la tienda de mascotas. Por suerte, Willa estaba en la trastienda trabajando hasta tarde, bañando a un cocker spaniel.

—¿Qué hay? —preguntó mientras le soplabla besos a Piruleta.

—Necesito una ración de patatas fritas.

—Y quieres dejar a Piruleta aquí mientras vas al pub —supuso Willa.

—Si no te importa.

—En absoluto —contestó la mujer—. Todavía estoy en deuda contigo.

—No es verdad.

—Sí que lo es —Willa se puso en pie y se frotó la barriga de embarazada—. ¿Recuerdas cuando te dije que no me sentía sexy y que Keane y yo no habíamos practicado sexo en dos semanas? Y tú me dijiste que nunca era demasiado tarde para tener un momento de lujuria, que eso forma el carácter.

—¿Y? —Sadie sonrió.

—Y el fin de semana pasado, contraté a una ayudante para que se ocupara del turno de noche de la guardería perruna. Compré algunas cosas sexys y seduje a mi marido. Se puso tan contento que me animó a hacerle un contrato fijo a la ayudante —Willa sonrió—. Lo necesitábamos. La noche anterior nos habíamos peleado porque no quería decirme dónde había escondido el dulce que yo le había pedido que escondiera. Me pasé doce horas sin dirigirle la palabra.

—Estás embarazada —puntualizó Sadie—. Te estabas volviendo loca.

—Eso, por decirlo suavemente —Willa tomó a Piruleta—. Ya me ocupo yo de ella. Vete a por tus patatas fritas. Y tráeme algo de beber, ¿de acuerdo?

Dos minutos más tarde, Sadie entraba en el pub. Los dueños eran amigos suyos, los hermanos O'Riley. Finn y Sean estaban atendiendo en la barra y ella se sentó en la esquina derecha del bar, reservada para el grupo de buenos amigos que vivían o trabajaban en el edificio Pacific Pier.

—¿Qué vas a tomar esta noche? —Finn la saludó con un gesto de la barbilla.

Sadie no solía beber. Prefería que la ingesta de calorías fuera a través de comida, pero tras pensar en Caleb y en lo mucho que le hacía añorar cosas a las que ya había renunciado, comprendió que necesitaba algo más que patatas fritas.

—Un whisky. Solo con hielo.

—¿Un día duro?

—Un plátano contiene cien calorías —ella se encogió de hombros—. Un whisky solo ochenta. Estoy haciendo una sabia elección.

Alguien se sentó en el taburete que había junto a ella. Sadie no necesitó darse la vuelta para saber que era Caleb. Lo sabía porque sus pezones se pusieron duros.

—¿Y tú qué? —preguntó Finn a su vecino de taburete—. ¿También has tenido un día duro?

Al no oír ninguna respuesta, Sadie se volvió hacia él.



–Más bien frustrante –murmuró Caleb sin apartar la vista de ella–. Una persona con la que quería hablar se ha estado haciendo la tímida y no me ha devuelto ni una llamada.

–A lo mejor no se trata de timidez –contestó ella–. A lo mejor se trata de... –¿de qué? ¿Miedo? Eso era una debilidad y ella no era débil–. Cautela –concluyó.

–¿Y qué tiene eso de divertido? –preguntó él lanzando su mirada un destello de... algo, quizás frustración por su actitud tan altiva. Actitud que obedecía a un instinto, una reacción producida por su necesidad de controlar sus emociones, sobre todo con él.

Y por él...

Pero después de que Caleb hubiera conseguido poner sus manos sobre ella, le estaba costando un montón controlarse. Y le estaba haciendo cambiar de opinión sobre muchas cosas que había pensado de él. Por fuera ofrecía al mundo esa sonrisa relajada y despreocupada. Pero la mayor parte la guardaba dentro.

Sin embargo, durante esos sesenta segundos que había tenido su boca y sus manos sobre ella, Caleb no se había guardado nada, ofreciéndole la imagen de un hombre muy profundo, algo que ni se había imaginado que fuera.

–¿Qué vas a tomar? –preguntó Finn a Caleb.

–Un Fuzzy Navel.

Finn asintió y se alejó para preparar las bebidas.

Sadie enarcó las cejas.

–¿Has pedido un Fuzzy Navel para que te pregunte por qué has pedido un Fuzzy Navel?

–¿Te refieres a que es una bebida para chicas? –preguntó él.

–Para serte justa, cuestionaría la elección de un Fuzzy Navel independientemente del género.

Finn regresó con las bebidas y una ración de patatas fritas.

–Son para compartir. Comportaos –dijo mirando a Sadie.

–¡Eh! –protestó ella, aunque Finn ya se había marchado.

De acuerdo, entendía que le hubiera dedicado el comentario a ella. Caleb y Sadie atacaron las patatas fritas y ella se dio cuenta de otra cosa: comer unas deliciosas y crujientes patatas fritas con alguien, compartir un buen chorro de ketchup, que los dedos chocaran de vez en cuando... tenía su punto de intimidad.

–Bueno –dijo Sadie mientras lo veía tomar un sorbo de su copa, sonriendo ante la imagen de un tipo tan corpulento y sexy tomando algo que no fuera una cerveza o algún licor fuerte–. Voy a picar. ¿Un Fuzzy Navel?

–A lo mejor estoy intentando ponerme en contacto con mi lado femenino para entender qué piensa cierta mujer cada vez que me mira –él se encogió de hombros.

–¿Y te está funcionando? –Sadie parpadeó.

–No. Eres como un libro cerrado.

–Eso te lo estás inventando –ella soltó un bufido–. A ti te da igual lo que yo esté pensando.

–Me importa más que lo sepas tú –contestó él con calma–. No te abres porque tienes miedo –hizo una pausa mientras ella asimilaba la verdad de la afirmación–. Pero tienes razón –continuó–. No he pedido el Fuzzy Navel para intentar descifrarte. Tengo la sensación de que solo el tiempo me va a ayudar a entenderte –tomó otro sorbo, estudiándola atentamente con la mirada–. Lo he pedido porque era la bebida preferida de mi abuela. Lo bebía siempre que se sentía estresada, lo cual sucedía muy a menudo. Y ahora yo hago lo mismo. Es mi manera de brindar por ella, en la nube en la que esté sentada mirándome.

«Mierda». Eso era muy tierno. Y, cuando un tipo como Caleb hacía algo tierno, también

resultaba increíblemente sexy. Tomó otro sorbo.

–¿Y crees que te estaba mirando cuando me empujaste contra el muro de ladrillo del callejón y me volviste loca con ese beso?

Caleb se atragantó y soltó la copa. Acababa de salir de una reunión con Hunt Investigations cuando había visto a Sadie entrar en el bar. Incapaz de resistirse, la había seguido al interior, sentándose a continuación a su lado. Estaba derribando el muro de Sadie, ladrillo a ladrillo, o eso esperaba, pero sabía que aún le quedaba mucho por recorrer.

Lo que no sabía era por qué insistía en ello, en ella, cuando era evidente que Sadie prefería fingir que no había nada entre los dos. A lo mejor era por eso, pensó describiendo una mueca cargada de ironía. La seducción de estar con una mujer que no quería saber nada de él era demasiado fuerte para poderlo resistir...

En cualquier caso, no parecía capaz de evitarlo.

–En primer lugar –contestó–, fuiste tú la que me besó a mí. Y en segundo lugar, maldita seas, mujer, gracias por meterme en la cabeza la imagen de mi abuela y arruinar el momento.

Ella soltó una carcajada.

Dios, cómo le gustaba esa risa. Era profunda y gutural, y Sadie siempre parecía un poco sorprendida por sentir que algo le divertía.

–¿Por qué estaba siempre estresada? –preguntó.

A Caleb no le gustaba pensar en su pasado, mucho menos hablar de él, pero era Sadie, y se tomó su interés como una buena señal.

–Fue una joven madre soltera –le explicó–, y su hija también se convirtió en una joven madre soltera con un montón de hijos. Había muchas bocas que alimentar.

–¿Y tú eras una de esas bocas? –preguntó ella tras estudiarlo detenidamente durante largo rato.

Caleb asintió.

–¿Qué le pasó?

–Murió siendo yo pequeño –Caleb volvió a tomar la copa. Habían pasado muchos años, pero esa mujer le había dedicado casi todo su tiempo mientras su madre trabajaba día y noche. Todavía la echaba de menos.

Sintió la mano de Sadie posarse sobre la suya, y volvió la palma hacia arriba para poder entrelazar sus dedos.

–Lo siento –la voz y la mirada de Sadie desprendían calidez–. Supongo que las cosas se pusieron feas cuando se marchó.

Sadie no había apartado la mano y él deslizó un pulgar sobre la suya. Hacía mucho tiempo que un sencillo gesto no significaba tanto para él.

–Mi madre hizo todo lo que pudo. Mis hermanas ayudaban, todas unidas para hacer lo que fuera necesario para criarme y enviarme a la universidad.

Sadie parecía absorta con la historia, con el hecho de que no hubiera nacido rico y con éxito.

–Y ahora trabajan para ti –observó.

–Sí.

–O sea, que os... gustáis.

–Sí –Caleb soltó una carcajada.

Aquello parecía suponer toda una sorpresa para ella.

–Y seguís unidos.

Caleb quiso llevar las manos entrelazadas hasta su pecho dolorido, porque era evidente que Sadie no era capaz de imaginarse una familia unida y formada por miembros que se querían.

–Sí, estamos unidos, aunque ellas siguen siendo unas mandonas. Es lo que tiene ser el pequeño de la familia.

La respuesta le hizo merecedor de una sonrisa.

–Qué lindo –observó ella.

–O también irritante e innecesario –protestó él–. Lo cual les recuerdo cada vez que consigo que una de ellas me escuche.

–A ver si lo entiendo –recapituló Sadie–. En el trabajo diriges ese enorme conglomerado y eres un conocido empresario capitalista con más responsabilidad de la que soy capaz de imaginarme, pero en casa, ¿eres el pequeñín?

–¿Lo entiendes ahora? Irritante, ¿a que sí?

–Sigue siendo muy lindo –ella sacudió la cabeza.

Caleb hizo una mueca de desagrado y Sadie sonrió de nuevo.

–¿Y cómo pasaste de apenas sobrevivir a...? –agitó su mano libre de arriba abajo, señalando el traje.

–Tuve suerte –contestó él.

–Eso es mentira –ella sacudió la cabeza–. Nadie tiene tanta suerte.

Cediendo a la tentación, Caleb llevó las manos unidas hasta su boca para poder besar los nudillos de Sadie.

–¿Y ahora quién está siendo lindo? –murmuró él–. Y sí, se me da bastante bien, pero el secreto está en que no lo hice solo. Tuve ayuda todo el tiempo. Mucha ayuda. Nadie lo consigue solo –de nuevo se llevó los nudillos de Sadie a los labios.

Ella lo miró fijamente, estremeciéndose un poco. Era una mirada parecida a la de Piruleta cuando tenía miedo de salir de debajo de su cama, pero, al mismo tiempo, se moría porque él la tomara en sus brazos.

Caleb Parker, el hombre que susurraba a los perros. Con suerte, también el hombre que susurraba a las mujeres.

–¿Tu madre todavía trabaja? –preguntó ella.

–Ya está retirada. Tres de mis hermanas trabajan para mí, aunque una está de baja por maternidad. La cuarta trabaja para mí como alumna en prácticas y estudia en la universidad, en el Este. Mi corporación se vanagloria de ofrecer horarios de trabajo decentes y grandes beneficios, y yo me aseguro de que tengan una buena vida después de haberme dedicado tanto de la suya –Caleb asintió hacia una mesa situada en el rincón más lejano del pub–. Mi familia está aquí precisamente esta noche, al menos una parte. Hoy es noche de reunión.

Sadie se volvió y él supo exactamente qué estaba viendo.

Una impresionante morena de cuarenta años sentada junto a un atractivo hombre negro que le daba algo de comer con su tenedor mientras se reía... Sienna y Niles. La barriga de Kayla era enorme. El hombre sentado a su lado la tomaba de la mano y llevaba un bebé en una mochila pegada al pecho. Hannah movía el móvil alrededor de la mesa y todos saludaron con la mano a quien estuviera al otro lado de la llamada de FaceTime. Solo faltaba Emory, seguramente la que había recibido la llamada. Aunque también podría ser su primo, Kel. Sus hermanas lo adoraban.

–Una imagen muy entrañable –murmuró Sadie.

–Que no te engañen las apariencias –Caleb soltó una carcajada–. Nos queremos a rabiar, pero también nos peleamos a rabiar, y con la misma frecuencia. Dales cinco minutos y alguien montará

una bronca por algo.

–¿Por qué no estás con ellos?

–Estoy ocupado –respondió él mientras le sostenía la mirada.

Sadie se quedó sin aliento y rápidamente soltó la mano.

–No, no permitas que yo te retenga. Nosotros no somos...

Caleb enarcó las cejas, deseando realmente que ella terminara la frase.

Sadie sacudió la cabeza, claramente sin palabras mientras agitaba una mano en el aire.

–Esto es una tontería.

Él volvió a tomarle la mano y se la apretó.

–Lo que sucedió en el callejón no fue ninguna tontería.

–No me digas –ella se llevó los dedos a los labios, como si aún pudiera sentir ese beso.

–Te toca –él, desde luego, aún lo sentía–, chica dura.

–¿Qué? –la mirada de Sadie viajó desde los labios de Caleb hasta sus ojos.

–Te toca contarme algo de ti.

–Ya sabes un montón de cosas de mí.

–Pues lo cierto es que no –él se acercó un poco más. Sus muslos se tocaron y ella volvió a quedarse sin aire–. Dame algo –murmuró–. Ahora me lo debes.

Sadie entornó los ojos. Se apartó, sacó algo de dinero del bolsillo y lo dejó sobre la barra antes de bajarse de la banqueta.

–¿Huyes? –preguntó Caleb.

–Puede que sí –contestó ella tras quedarse quieta y mirarlo fijamente.

Por lo menos había sido sincera, al fin.

–No quiero conocer tus secretos de estado –todavía no–. Solo cuéntame... algo.

–¿Como qué? –preguntó Sadie, con la voz cargada de sospecha.

–Como... –él se encogió de hombros–, qué cantas en la ducha. Cuál es tu piercing favorito... –alargó una mano y deslizó un dedo por la oreja de Sadie y los diminutos aros de plata alineados y que siempre lo ponían cachondo–. Como qué hace que te levantes por las mañanas, o cómo son tus padres, y si tienes hermanos tan entrometidos como las mías. O, quizás, algún deseo secreto que tengas y que nunca hayas hecho realidad.

Cuando ella se mordió el labio, Caleb decidió que, desde luego, quería conocer su deseo secreto.

–Por lo menos cuéntame qué sueles ver en televisión –insistió–. Me da igual. Solo quiero que me hables de ti.

–Puede que yo no comparta esa clase de cosas.

–¿Nunca? –preguntó él.

–Ya no.

Caleb no solía sentirse frustrado a menudo. No estaba en su naturaleza y, además, las cosas no solían importarle lo suficiente como para que le afectaran. Pero por su nivel de frustración en esos momentos, parecía que le importaba más de lo que le gustaría admitir.

–Ahora me toca a mí llamarte mentirosa –él soltó una ronca carcajada–. Compartimos un perro. Compartimos un momento en el callejón que incluyó un beso, que además fue estupendo. Y yo he compartido cosas sobre mi excéntrica familia, mucho más de lo que, por cierto, he hecho jamás con ninguna mujer, simplemente porque me preguntaste. Fuiste tú la que preguntó, Sadie –le recordó–. Y ahora el que pregunta soy yo.

–Entonces necesito reformular la frase –ella hizo una pausa–. No puedo hacer esto. No vamos a

ir por el camino por el que tú parece creer que vamos.

–¿Y qué camino es ese?

Sadie miró a la familia de Caleb.

–Yo no soy la típica mujer de la valla blanca de madera, con hijos dos punto cinco, madre de familia –le explicó con calma–. Y creo que ya lo sabes.

–Lo que yo sé –contestó él, bajándose de la banqueta para situarse frente a ella–, es que hace una semana jamás habría pensado tener tiempo en mi vida para un perro. O una mujer –deslizó un dedo por la barbilla de Sadie–. Y ahora resulta que tengo tiempo para ambas cosas.

–¿Y dónde quieres llegar? –preguntó Sadie.

–Lo que quiero decir es que quizás te sorprendería comprobar que a ti también te gustaría disponer de ese tiempo.

–Eso no va a pasar –susurró ella mientras sacudía la cabeza.

Parecía un rechazo automático. Y también dio la sensación de que, en cuanto las palabras salieron de su boca, lamentó haberlas dicho, pero a pesar de que Caleb esperó pacientemente, ella no las retiró.

Caleb había fallado el tiro. No quería aceptarlo, pero sabía lo suficiente sobre mujeres testarudas como para saber cuándo empujar y cuándo replegarse. De modo que le devolvió el dinero que había dejado en la barra, pagó él las bebidas y las patatas y se marchó en lugar de seguir presionando. Sabía lo que quería, y lo que quería era a Sadie. Era un riesgo calculado y, aunque toda su vida había corrido grandes riesgos, invertir en el hecho de que Sadie estuviera dispuesta a enfrentarse a sus emociones era una apuesta perdida.

## Capítulo 12

#SiLaCagasLaCagasDelTodo

Sadie y Piruleta tomaron el autobús para regresar a su casa y se quedaron levantadas hasta tarde, acurrucadas la una junto a la otra para conseguir un muy deseado calor corporal y un igualmente deseado afecto.

La noche era de nuevo gélida, pero Sadie no había querido quedarse a dormir en la tienda Canvas. Esa noche necesitaba su espacio, de modo que había encendido la calefacción, prometiéndose a sí misma que eliminaría algún gasto de su presupuesto para compensarlo. Todavía no sabía cómo lo iba a hacer, pero ya lo averiguaría. Siempre lo hacía.

Piruleta y ella compartían el sofá. Sadie fingía pensar en su situación económica, jugando con los números. Por ejemplo, si dejara de comer, podría mantener la calefacción encendida.

Sin embargo, sabía que se estaba engañando a sí misma. No estaba pensando en el dinero. Estaba pensando en Caleb. Se había alejado de él. No, eso no era cierto, le había permitido alejarse de ella.

Una parte de ella había sentido una oleada de superioridad moral al verlo marcharse. «Ya está», se había dicho a sí misma, «lo has hecho, la has fastidiado como sabías que harías. Mejor ahora que más tarde...».

Pero la sensación de superioridad moral se había desvanecido, siendo sustituida por una gélida garra que le apretaba la tráquea.

Y por eso lo apartó de su mente.

La sensación de pánico había comenzado en el instante en que la conversación les había empezado a llevar a un lugar al que no quería ir. Para él resultaba tan sencillo ser simplemente... él. No tenía ningún problema en compartir detalles de su vida, no tenía nada de lo que avergonzarse, nada que ocultar.

Sin embargo, ella sí tenía mucho de lo que avergonzarse, mucho que esconder.

Quería pensar que sería capaz de guardarse la mayor parte y aun así seguir teniendo a Caleb, pero mientras le oía hablar de su familia, había comprendido que no era así. Él solo aceptaría todo de ella.

Y por eso había tenido que cerrarse en banda.

Sin embargo, en esos momentos empezaba a arrepentirse. Mucho. Su mirada se cruzó con la cálida mirada de Piruleta.

—¿Cómo voy a tomar decisiones importantes cuando todavía tengo que repasar el abecedario en mi cabeza para no equivocarme de letra?

Piruleta jadeó feliz, como siempre, dispuesta a ayudar.

—Escúchame una cosa, no me mires, ¿de acuerdo? Estoy a punto de tomar otra mala decisión.

Piruleta bostezó y cerró los ojos mientras Sadie alargaba la mano hacia el teléfono.  
Ningún mensaje.

Tampoco lo había esperado. De modo que lo llamó. Quería enviarle un mensaje, pero le pareció la salida típica de un cobarde, y ya había recorrido ese camino, decidiendo que era una decisión equivocada.

Caleb no contestó y ella esperó a que terminara el mensaje del buzón de voz.

*–Si tienes este número, ya sabes lo que tienes que hacer.*

Le siguió un sonoro «bip» y ella contuvo la respiración.

*–Hola, soy yo. Sadie* –puso los ojos en blanco ante su maravilloso saludo–. *Pues bien... en la ducha canto cualquier cosa de One Direction* –sintiéndose muy estúpida, sacudió la cabeza–. *Ya está, adiós* –y colgó.

Piruleta la miró.

*–Tienes razón* –Sadie suspiró–. *Podría hacerlo mejor* –volvió a marcar el número de Caleb y esperó de nuevo a oír el «bip»–. *Mi piercing preferido es, era, el que llevaba en la lengua, pero solo por la reacción horrorizada de mi familia al verlo, motivo por el cual lo llevé durante un montón de tiempo hasta que me lo quité el año pasado* –cerró los ojos y recibió un lametón en la cara, de Piruleta, animándola a ser valiente–. *Lo que consigue que salga de la cama por las mañanas es la imagen de un muffin de mantequilla con plátano y chocolate, de los que hace Tina. No, mejor dos, qué narices. De acuerdo, lo admito, tres. Si te soy sincera, necesito tres muffins* –eso intentaba, ser sincera, aunque se aproximaba la parte más difícil–. *Mis padres son gente normal, supongo. Urbanitas del extrarradio. Normales* –cubrió el teléfono con una mano y miró a Piruleta–. *Eso ha sido una mentirijilla de nada* –susurró llevándose un dedo a los labios–. *Y mi hermana va por el mismo camino. Y eso, por si aún no te has dado cuenta, me convierte en un clavo cuadrado intentando encajar en un agujero redondo. Mi madre era profesora de ciencias antes de jubilarse hace unos años. Mi padre es el decano de St. Mary's, y el típico y anticuado tipo duro de roer que exige su cargo. Estricto. Poco hablador. Difícil de complacer. De modo que ya supondrás lo bien que encajo yo. En cuanto al deseo secreto...*

«Bip».

–El buzón de voz me ha colgado –se quejó ella mirando fijamente el teléfono.

Piruleta ladeó la cabeza.

–Sí –Sadie suspiró–, seguramente será lo mejor, ¿verdad?

–¡Guau!

Y entonces sonó el teléfono.

Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo llamaba por FaceTime.

–¡Mierda! –susurró ella mientras contemplaba la pantalla y el teléfono seguía sonando.

Al fin aceptó la llamada y el rostro de Caleb apareció ante ella, en una oficina. Se había quitado la chaqueta del traje y la corbata, y estaba de pie delante de un ventanal que iba del suelo al techo ofreciendo una maravillosa vista de San Francisco.

–Vaya momento para cortar la llamada –dijo él con una tímida sonrisa–. Estabas a punto de contarme tu fantasía secreta.

–Deseo –le corrigió ella mientras respiraba aliviada–. Estaba a punto de contarte mi deseo secreto, no mi fantasía.

–Mierda –él suspiró–. De acuerdo, te escucho.

–No es lo que tú te crees.

–Ponme a prueba.

–Siempre he tenido ganas de bailar bajo la lluvia –Sadie hizo una mueca.

–Qué bonito –Caleb sonrió. Parecía sincero–. ¿One Direction?

Dios, ese hombre había estado escuchando los mensajes.

Piruleta pegó el hocico a la pantalla, deseosa de hablar con su papá.

Caleb sonrió al perro, aunque solo tenía ojos para Sadie.

–¿Llevas puesto el pijama?

–Sí.

La mirada de Caleb se caldeó, empujándola a mirarse a sí misma. Llevaba una camiseta de los Giants, varias tallas más grande que la suya, y se tapaba casi entera con una manta.

–¿Bromeas? –dijo ella ante la mirada ardiente–. Esto no tiene nada de sexy.

–Tenemos ideas muy diferentes de lo que es sexy –observó él.

A Sadie se le quedó la boca seca y el corazón comenzó a latir desbocado. Lo deseaba. No podía esperar.

–¿Caleb?

–¿Sí?

–Ven a mi casa.

Caleb soltó el aire y le sostuvo la mirada.

–Todavía no estás preparada.

–Creo que sé muy bien si estoy preparada o no.

–No quiero forzar la situación –él sacudió lentamente la cabeza–. Contigo no.

Sadie no tenía ni idea de qué significaba aquello, pero de ninguna manera iba a suplicarle. Levantó la barbilla.

–Y pensar que estaba a punto de contarte mi secreto placer televisivo.

–Cuéntame.

–No.

–Si me lo cuentas te llevaré muffins mañana por la mañana.

«Mierda».

–Veo *Casados a primera vista* –admitió.

–¿Qué es eso?

–Es justo lo que parece –contestó ella–. Un reality show. ¿Nunca lo has visto?

–Desde luego que no –Caleb soltó una carcajada.

–Como se lo cuentas a alguien tendrás que dormir con los ojos abiertos –ella entornó los ojos.

–De manera que eres una romántica que no ha salido del armario.

Sadie le dedicó una pedorreta y él echó la cabeza hacia atrás, riéndose más fuerte. La imagen resultaba tan sexy que a ella se le olvidó durante un instante que estaba enfadada. Aunque solo durante un instante.

–En serio, Caleb, con los ojos abiertos.

Él se frotó la rugosa barbilla con una mano y sonrió.

–Adelante, nena, atácame. Hazlo lo mejor que puedas. Pero creo que es justo advertirte: puede que te guste lo que encuentres.

Temiendo que fuera cierto, Sadie cerró los ojos.

–Siento lo de esta noche.

–¿El qué? ¿Haberme hecho frente y decirme que no estabas preparada para que te presionara? No lo sientas, Sadie. Nunca sientas haberme dicho la verdad.

Algo cálido recorrió el cuerpo de Sadie y le llevó un momento reconocer lo que era. Afecto, y



también anhelo.

–Eres diferente –dijo.

–Buenas noches, Sadie –Caleb sonrió.

–Buenas noches, Caleb.

En cuanto su rostro desapareció de la pantalla, ella miró a Piruleta.

–De acuerdo, puede que me haya dado un pelín de cuenta de por qué lo adoras. Pero, solo un pelín, que te quede claro.

Metió a la perra en su camita y luego se dirigió a la suya. Al parecer, contar tu vida resultaba agotador, porque se quedó dormida en cuanto la cabeza tocó la almohada.

## Capítulo 13

#LosTacosLoArreglanTodo

A la mañana siguiente, Sadie se despertó en su gélido apartamento, sorprendida de haber dormido toda la noche. Rápidamente se dio una ducha caliente, bajo la atenta y preocupada mirada de Piruleta. La perra no entendía el gusto de Sadie por el agua caliente. Por el agua en general.

Mientras se secaba echó un vistazo a su reflejo en el espejo. La mujer que la miraba se irguió y le devolvió la mirada. En algún momento a lo largo de los años, había llegado a aceptar, incluso a amar, sus curvas, y quizás hasta le gustaba cómo le quedaba la ropa.

Nada que ver con su parecer de hacía unos años.

No le había hablado a Caleb sobre esos años, ni siquiera le había dado una pista. No sabía si lograría hacerlo algún día. Pero años atrás no habría podido mirarse al espejo porque odiaba lo que veía, tan diferente al resto de su familia. Durante mucho tiempo había sufrido mucho dolor.

Pero había aprendido a soltar ese dolor de una manera que, desde luego, estaba muy alejada de lo que la sociedad consideraba «normal». Únicamente unos ocasionales cortes en la parte superior del muslo, allí donde nadie salvo ella podría verlo. Hasta que la había pillado su madre, que nunca dejaba de husmear en su vida, movida por la necesidad de conocer todos sus secretos.

Con el tiempo, Sadie había comprendido que esa necesidad de su madre había surgido del miedo por la salud y la seguridad de su hija. Pero en su momento, en pleno sufrimiento, siendo una adolescente solitaria y enfadada, no había entendido por qué su madre se ponía tan histérica y prácticamente recurría a la caballería para salvar a Sadie, que no se veía a sí misma necesitada de ser salvada de nada.

Y entonces la habían ingresado, en contra de su voluntad, en una unidad psiquiátrica, y después había comenzado un rosario de asistencia psicológica, cambio de colegio y constante supervisión. Ella había intentado explicar que no era ninguna suicida, que nunca lo había sido. Ni siquiera había sentido el deseo de morir, pero nadie la había creído.

Al final había conseguido asimilarlo y había logrado soltar toda la rabia interior y el dolor. La necesidad de cortarse había desaparecido, salvo por esa pequeña recaída de hacía unos pocos años, cuando había permitido que un tipo se le metiera en la cabeza y la jodiera.

Brevemente.

Deslizó los dedos por el muslo derecho, donde tenía tres cicatrices de cinco centímetros de largo cada una. Dos de ellas eran antiguas, y ya se habían curado, y también habían desaparecido gracias a los tatuajes con los que las había cubierto. Tatuajes de dos ecuaciones:

*Corazón/Mente*

*Y:*

*Valor/Miedo*

La tercera cicatriz no era tan vieja como las otras y no estaba oculta. Con el dudoso honor de la adultez y habiendo alcanzado el año anterior la madura edad de veintiocho años, había conseguido apreciarse y comprenderse a sí misma. Además, la nueva y mejorada versión de ella misma incluía que no le importara una mierda lo que los demás pensarán de ella.

El hecho era que ya no era la misma persona. La cicatriz que aún era visible servía de recordatorio permanente, como el exfumador que seguía guardando un paquete de cigarrillos como muestra de que era más fuerte que el vicio. Era una medalla al honor y una señal que marcaba el lugar en el que se encontraba en esos momentos. Al fin y al cabo, los recuerdos, buenos, malos y feos, eran lo que hacían a la persona.

Treinta minutos después, Sadie y Piruleta entraban en el edificio Pacific Pier. Caleb le había enviado un mensaje para comunicarle que le había surgido una inesperada reunión temprana y quería saber si podía quedarse con Piruleta hasta un poco más tarde. Dado que aún no había convencido a su jefe del spa de que Piruleta sería un gran perro de apoyo emocional, la dejó en la tienda de Willa y se fue a trabajar.

Terminado el turno de la tarde, Sadie recogió a Piruleta y se dirigió a la tienda Canvas, donde encontró a Rocco y los otros dos artistas tatuadores, Mini Moe, un tipo de Samoa, seguramente la persona más adorable que ella hubiera conocido jamás, y Blue, todo lo contrario a Moe. Blue era tan bajito y delgado como Moe era alto y corpulento, y no tenía nada de adorable, pasándose la vida con el ceño fruncido y enfadado con el mundo.

Los dos estaban en la trastienda, inclinados sobre una bandeja de tacos del camión de Ivy. El olor hizo que a Sadie se le hiciera la boca agua.

—Te he guardado dos —le dijo Rocco—. Más vale que te des prisa antes de que cambie de idea y me los coma todos.

Consciente de que la amenaza no era en vano, Sadie tomó un taco con cada mano.

—Gracias —dijo a su jefe antes de darle un gran mordisco a uno de los tacos, mientras Rocco se agachaba e intentaba sobornar a Piruleta con un pedazo de pollo.

La primera reacción de la perra fue la habitual: su gruñido de «no me fío de ti».

—No, bonita, yo te gusto, ¿recuerdas? —Rocco le ofreció la carne con una paciencia que jamás mostraba con los humanos.

Piruleta por fin aceptó el pollo, tampoco era estúpida, y permitió que Rocco la acariciara.

Sadie miró a su alrededor en busca del postre, con la esperanza de encontrar una muy necesaria subida de azúcar en el horizonte más inmediato.

—Antes solías intentar mantenerte alejada de los hombres y los postres. Pero ahora... —Rocco la miró fijamente—. Has vuelto a caer en la tentación, chica.

—Pensaba que habías aprendido la lección —intervino Blue, sin dejar de comer su taco.

—Parece que no —Mini Moe también dio su opinión—, aunque sigue sufriendo un autoimpuesto embargo contra los hombres.

Trabajando en un negocio con hombres alfa, Sadie había aprendido pronto a mantenerse firme y los miró de arriba abajo para hacerles saber que no era un tema de discusión. Quizás fuera la más joven de los empleados, pero desde luego también era la más fuerte.

—No necesito la opinión del gallinero.

Mini Moe le sostuvo la mirada, dio un respingo y volvió a sus tacos. Blue estaba a su lado y puso los ojos en blanco, murmuró algo sobre los estúpidos millenials, y volvió a su comida.

—Si crees que los millenials son estúpidos —protestó ella—, no vuelvas a pedirme que arregle la impresora o el portátil.

–Te diré una cosa –Rocco sacudió la cabeza–. Wes te destrozó. Te dije lo que le haríamos al siguiente tipo que te destrozara. Y deberías saber que nada ha cambiado en ese aspecto, sea quien sea, o lo rico que sea.

Mini Moe asintió.

Blue asintió.

Y Sadie soltó un suspiro.

–Wes no me destrozó, me destrozó la situación. Y eso pasó hace tres años. Ahora soy más fuerte, y no tan estúpida. Nadie podría volver a manejarme de ese modo otra vez.

–Te costó muy caro –insistió Rocco con tozudez–. Retrasó tu recuperación.

–Temporalmente –concedió ella–. Pero lo tengo controlado, lo tengo controlado y llevo ya mucho tiempo bien.

Al ver temblar los labios de su jefe, Sadie sonrió.

–De acuerdo, «bien», quizás sea un poco relativo. Todos sabemos que jamás estaré según la definición universal de «bien», pero estoy mucho mejor. En mi propia versión de «bien».

–Contra eso no puedo discutir –Rocco al fin sonrió.

Rodeándole el cuello con un musculoso brazo, la atrajo hacia sí y le dio un abrazo.

Que ella le devolvió, consciente de que su jefe estaba preocupado por ella. Y también sabía que no había necesidad de tal preocupación, pues estaba bien. Por fortuna la conversación terminó con la llegada del primer cliente del día.

Cal era un investigador privado, y cliente habitual. Había sido el primer cliente de Sadie, y aunque ella solía trabajar casi siempre con mujeres, le tenía mucho cariño a Cal porque había sido el primero. Con el paso de los años se habían convertido en amigos, mientras ella trabajaba en su brazo. En esos momentos le estaba tatuando una bandera estadounidense en la parte baja de la cadera y, como siempre, en cuanto se ponía a trabajar, él empezaba a hablar para distraerse del dolor.

El tema de ese día era su novia, de quien pensaba que le estaba engañando con otro.

–Pues, si crees que está pasando algo –opinó Sadie–, es que está pasando algo.

–No estoy seguro.

–Venga ya –ella levantó la cabeza y lo miró–. Lo sabes.

Cal soltó el aire.

–Sí. Puede. Pero me dijo que podía echar un vistazo a su móvil y comprobarlo por mí mismo.

–Si lo haces, no te molestes en buscar mensajes de algún tío –le aconsejó ella–. Busca los mensajes que haya intercambiado con sus mejores amigas. Ahí encontrarás el material de primera, confía en mí.

–Es difícil conocer a la gente buena –él suspiró.

–Porque no suelen frecuentar los lugares por los que te mueves tú. Busca en Target. La ratio mujer hombre es de diez a una, y empiezan a buscar cosas que no necesitan.

Cal soltó una carcajada y se frotó los ojos con una mano.

–Estás cansado –observó Sadie.

–Estoy trabajando en un caso que odio. Una pareja que se está divorciando, peleándose por la custodia de los tres hijos. El marido quiere pruebas físicas de que ella lo está engañando.

–Parece el tema del día.

–Sí –él sacudió la cabeza–. Por desgracia, conseguí las pruebas... una grabación de ella practicando el sexo con otra persona –buscó algo en el móvil.

Era una grabación de una mujer gimiendo suavemente.

–A lo mejor solo está comiendo algo muy rico –sugirió Sadie–, como una tarta de queso.

Él la miró con expresión de incredulidad.

–¡Eh! –se defendió ella–, yo hago ese ruido cuando como tarta de queso. Una buena tarta de queso es mejor que el sexo.

–Muñeca, entonces es que no estás disfrutando de buen sexo.

Desde luego, porque estaba disfrutando de cero sexo.

Los gemidos de la grabación subieron un poco de tono y luego sonó un jadeo:

–¡Oh, sí, ahí, justo ahí... eso es, no pares, por favor, oh, Dios, no pares!

Sadie se quedó de piedra. Odiaba la palabra «desencadenante», pero eso fue justo lo que le sucedió. De repente se encontró en el pasado, en un período que no quería volver a vivir, pero a su mente le daba igual.

–Apágalo –susurró mientras señalaba el teléfono–. Páralo –el corazón le latía desbocado y le costaba respirar. Se sentía... asqueada. Y avergonzada. Una mala combinación para ella. Horrorizada, le propinó un empujón a Cal–. Apágalo –insistió, o al menos eso creyó, aunque no estaba segura de que las palabras hubiesen salido realmente de su boca.

La reacción había sido sorprendente, incluso para ella, pero el hecho de estar sacando la vida de esa mujer fuera de contexto, convirtiéndola en algo más sucio de lo que era, le parecía tremendamente equivocado e injusto.

Y Sadie sabía mucho de injusticias.

Muy pocas personas conocían su pasado. Era muy consciente de que si la gente lo conociese la juzgarían como ella había juzgado a la mujer de la grabación. Ante la idea, una nueva oleada de sangre rugió en sus oídos y las piernas le pesaron como el plomo. Sabía muy bien qué quería decir. El terapeuta al que había acudido durante cinco años se lo había explicado.

Un inminente ataque de ansiedad.

Y Cal seguía sin parar la grabación. Sadie le arrebató el teléfono, le dio un toque a la pantalla para silenciarlo y, respirando con dificultad, contempló a Cal. Sacudió la cabeza y se apartó de la camilla, necesitaba un momento. Descorrió la cortina de golpe y...

Se encontró cara a cara con Caleb.

Piruleta estaba a su lado, con expresión feliz. Pero Caleb no. Su habitual expresión relajada no aparecía por ninguna parte. Su mirada era severa, su boca dibujaba una expresión adusta al mirarla. Desvió la mirada hasta Cal, todavía tumbado, sin camisa, con los pantalones desabrochados y peligrosamente bajos sobre sus caderas, algo necesario dado que le estaban haciendo un tatuaje en esa zona.

Sadie se volvió de nuevo hacia Caleb, que se había dado media vuelta sin decir una palabra y se dirigía hacia la salida.

¿Qué demonios?

–Sadie –Cal se sentó–. Lo siento. Es evidente que te he alterado y... lo siento. Estaba desconectado –se excusó mientras guardaba el móvil–. ¿Estás bien?

Sadie se pasó una mano por los ojos y se dio cuenta de que le temblaba.

–Sí.

–¿Ese es tu novio? Creo que ha pensado que éramos nosotros dos los que estábamos practicando sexo.

Sadie miró fijamente a Cal y salió corriendo de la cabina.

–Oye –llamó a Caleb.

Sujetaba a Piruleta por la correa y, con una mano apoyada en la puerta, volvió la cabeza y la

miró, con unos ojos indescifrables y fríos, la boca cerrada con fuerza.

Pues sí. Cal tenía razón. Eso era precisamente lo que pensaba Caleb, que había estado practicando sexo. Con un cliente. En el trabajo. Con más personas a su alrededor.

Increíble.

Había tantas, tantas cosas equivocadas que Sadie lo vio todo rojo. Furiosa, se acercó a él hasta casi pegar la cara contra la suya. Aquello era mucho mejor que estremecerse como una cobarde que se negaba a enfrentarse a su retorcido pasado, oscuro y secreto.

Pero, cuando se encontró frente a él, bullendo por dentro, a punto de implosionar, no se le ocurrió nada que decir.

Caleb se la quedó mirando. No había sonrisa, ni un «hola», susurrado, como de costumbre. Nada. Sadie sacudió la cabeza, se dio media vuelta y cruzó la tienda.

–Necesito un momento –le anunció secamente a Rocco.

Rocco, curtido en el lenguaje del mal humor, dado que él era el rey del mal humor, asintió levemente.

Se ocuparía de mantener el fuerte.

Sadie salió corriendo por la puerta de atrás y fue hasta el patio, directa hacia las escaleras. Podría haber tomado el ascensor, pero tenía demasiada energía tóxica y eléctrica fluyendo en su interior.

Cinco tramos de escaleras más tarde, salió a la terraza por una puerta que solo conocían unos cuantos elegidos del edificio, y a la que solo ellos tenían acceso. Jadeaba sin apenas aire.

Allí arriba estaba en la cima del mundo.

Veía el puerto y el precioso color rojo del puente Golden Gate contra el azul de la bahía. Veía el infame Alcatraz, el palacio de las Artes, la torre Coit en Telegraph Hill, y la nueva y enorme torre Salesforce. Se dio la vuelta, describiendo lentamente un círculo, asimilando la impresionante vista panorámica mientras procuraba estabilizar la respiración e intentaba conscientemente controlar sus alocados pensamientos.

Todavía se sentía temblorosa y se acercó al pequeño sofá para dos que el dueño del edificio, Spence Baldwin, había colocado en la esquina más alejada. Le gustaba mucho contemplar las estrellas.

Y a Sadie le gustaba estar sola.

Se dejó caer en el sofá y se tapó los ojos, consciente de la verdad. Había perdido el control de la situación, y cómo odiaba que le sucediera. Suponía una debilidad, y no había cosa que más odiara en el mundo que la debilidad.

Y, sin embargo, era débil. Tres años atrás se había sentido muy orgullosa de sí misma, convencida de haber conquistado el pasado, de haberse reconciliado consigo misma. Y había pasado página con el casillero en blanco.

Pero había conocido a Wes, y por mucha vergüenza que le diera reconocerlo, ese hombre le había hecho retroceder. Al principio no. Durante los primeros cuatro meses había sido estupendo. Él tenía su vida controlada, y eso le había atraído a Sadie. Pero el trabajo le había superado y había empezado a mostrarse malhumorado, pagándolo con ella una noche mientras se arrancaba la corbata y la chaqueta del traje que ella creía adorar.

Aquella noche había dicho unas cuantas cosas muy crueles, como que no podía hablar con ella sobre las cosas que a él le parecían importantes, porque Sadie no era una persona normal, pues ella no se preocupaba por la seguridad del empleo ni ahorra para el futuro porque el futuro no parecía importarle.

Nada de lo cual era cierto. Al menos, ya no, porque había cambiado, crecido, madurado, y esas cosas se habían vuelto importantes para ella. Pero oírle echarle en cara sus antiguos defectos había resultado devastador. Sadie había corrido al cuarto de baño, contemplándose a continuación en el espejo, sin reconocer el rostro que la miraba.

Su monótono pelo color castaño, porque Wes pensaba que el uso de colores impropios de un cabello, como las mechas moradas, eran una señal de inestabilidad.

Tampoco había visto ningún piercing, a excepción de los dos pequeños aros de las orejas.

Sí había, en cambio, bronceador artificial, porque él opinaba que su piel era demasiado lechosa.

El rostro ligeramente demacrado, porque él no aprobaba los postres y los consideraba una debilidad excesiva para ella.

Avergonzada de lo que había hecho a continuación, de los recuerdos que la asaltaban, Sadie echó la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del sofá, y cerró los ojos.

Pero no pudo borrar la película que se desarrollaba en su cabeza. Se había levantado el vestido, dejando al descubierto la parte superior del muslo. Para entonces ya había cubierto las dos cicatrices con tatuajes, y adoraba esos tatuajes. No estaba dispuesta a estropearlos, de modo que había presionado una cuchilla de afeitar justo por debajo del segundo tatuaje.

No se había vuelto a hacer cortes desde los diecisiete años, y el hecho de permitir que Wes la hubiera alterado tanto le resultaba humillante y le horrorizaba. Pero eso no había sido lo peor de aquella noche. Para nada. Lo peor había sido cuando, al oír un gutural gemido masculino, había levantado la vista.

Wes estaba de pie en la puerta del cuarto de baño, grabando la escena con su móvil, con la mirada oscura de excitación.

Había convertido sus cortes en un fetiche.

Sadie nunca se había sentido tan expuesta en su vida, lo cual ya era decir mucho dado el tiempo que había pasado aislada, la terapia obligada, las preguntas y pruebas de los médicos, destinadas a calmar a su enloquecida madre.

Incapaz de quedarse quieta, Sadie levantó la mirada hacia el cielo. Faltaba una media hora para que fuera de noche y se veía un caleidoscopio de colores. Había unas cuantas nubes, una que parecía un elefante flotando perezosamente por el cielo. Otra le recordó a una pizza pepperoni, lo que a su vez le recordó que tenía hambre de nuevo.

Y que sentía demasiada ansiedad para quedarse sentada.

Se levantó y dio unos pasos hasta la esquina del edificio, agradeciendo el viento que sopló sobre su cara. Casi sin pensar, se frotó el dolor fantasma de la parte superior del muslo.

–Sadie.

Sobresaltada, reaccionó al susurro que le llegó desde atrás. Retorciéndose, levantó los brazos en una posición defensiva mientras lanzaba una patada circular, destinada a aterrizar en la entrepierna de un hombre.

Siendo ese hombre el último hombre al que le apetecía ver en esos momentos. Caleb.

## Capítulo 14

#AlgunasCosasLlevanSuTiempo

Caleb esquivó el pie que se dirigía hacia sus joyas de la corona y paró la engañosamente fuerte patada de Sadie con el muslo derecho.

–Maldita mujer –exclamó fascinado mientras se frotaba el lugar en el que, sin duda, iba a tener un moratón–. Qué movimientos tienes.

Ella no pareció impresionada por su opinión. Ni por él. Y Caleb sabía que lo que fuera que él hubiera hecho en la planta baja les había hecho retroceder varios pasos. Estaba muy pálida y tenía los ojos hundidos.

–No pretendía asustarte –se excusó él, permitiéndole mantener la distancia que ella había decidido poner entre los dos.

Sin responder, Sadie se cruzó de brazos y se volvió para seguir contemplando la puesta de sol. Llevaba una falda larga negra de punto con un corte por la parte de atrás, que se pegaba a sus caderas y piernas. El top era negro, transparente y vaporoso, y caía suelto sobre una camisola de color gris claro que la abrazaba como una segunda piel. Llevaba unas botas para matar, a juego con la expresión de su cara. Si su intención era intimidar al mundo entero, esa actitud de «que te jodan y muérete», era un buen toque.

Una gélida brisa les alcanzó y Caleb la vio estremecerse. Se acercó a su espalda, asegurándose de que sus pisadas fueran lo bastante ruidosas como para que ella supiera que se acercaba. Parándose a unos centímetros, se quitó la chaqueta.

–Estás helada –le dijo–. Voy a echarte mi chaqueta sobre los hombros –esperó un segundo, pero como ella no respondió, le cubrió los hombros.

Sadie metió inmediatamente los brazos por las mangas y se arropó con la chaqueta.

–Gracias –dijo con calma, de mala gana.

–Sabe hablar –observó él con ligereza, cuando lo cierto era que sentía cualquier cosa menos ligereza–. Sadie, mírame.

Ella dudó, pero al final se volvió. Su rostro era inescrutable. Siempre se mostraba dura e impenetrable, pero en esos momentos también se la veía desgarradoramente vulnerable. Y maldito fuera si eso no le alcanzaba de pleno en las entrañas, porque, si había alguien que supiera lo que era tener que mostrarse duro por fuera para protegerse, ese era él.

–Te he disgustado. Lo siento.

–¿Por qué?

–¿Por qué? –repitió él–. Porque somos amigos y...

–¿En serio? –ella se rio sin alegría alguna–. ¿Amigos? Pues hace cinco minutos pensaste que estaba practicando sexo con un cliente. Pensaste que yo haría eso, en el trabajo... –se interrumpió



y sacudió la cabeza, cerrando la boca.

–Escucha –contestó él con calma–. Yo no he empezado esta conversación diciendo que sea muy espabilado en lo que concierne a las mujeres.

Sadie soltó un bufido.

–Y lo que yo pensé cuando entré en tu lugar de trabajo –continuó él–, fue producto de una reacción instintiva, y muy mala. En mi descargo diré que los sonidos que se oían al otro lado de la cortina... sonaban realmente como...

–¿Una mujer comiendo tarta de queso? –preguntó ella.

–Nadie hace esos ruidos cuando come tarta de queso –Caleb sonrió.

–Yo sí –Sadie lo miró con expresión indescifrable–. Una buena tarta de queso es mejor que el sexo.

Caleb comprendió que lo estaba poniendo a prueba, pero no le importó. Por un lado no iba a ninguna parte, y por otro siempre iba a ser él mismo, sincero, incluso brutalmente.

–Si eso es verdad, entonces los tíos con los que has estado eran idiotas.

–Se trataba de una grabación –le explicó ella–. Mi cliente es detective y estaba intentando olvidar el dolor del tatuaje haciéndome escuchar una grabación de una prueba potencial que jamás debía haberme hecho oír.

–De acuerdo –él asintió–. Eso lo explica.

–No explica tu reacción –Sadie sacudió la cabeza–, ni por qué me creerías capaz de hacer eso.

En eso tenía razón. Caleb la miró a los ojos y le ofreció esa sinceridad que no estaba seguro que ella fuera capaz de asumir todavía. Supuso que también podría hacer alguna prueba.

–En una ocasión te dije que tengo la mala costumbre de asumir lo peor –comenzó–. No lo dije por decir. Siempre doy por hecho lo peor y luego me retiro a un rincón oscuro.

–Para darle vueltas en la cabeza –añadió ella.

De manera que se acordaba.

–Y a menudo fastidio algo realmente bueno cuando lo consigo.

–¿Por qué? –Sadie lo miró fijamente durante un segundo.

–Supongo que porque no me gusta sentirme vulnerable –él se encogió de hombros.

–A mí tampoco. Y te aseguro que mi rincón oscuro es aún más oscuro que el tuyo, de manera que te entiendo –ella hizo una pausa–. ¿Éramos algo realmente bueno?

Caleb sintió una fuerte punzada en el corazón ante el empleo del pasado.

–Sí. Sadie...

–Siento haberte dado una patada.

Él se sintió sorprendido y aliviado, aunque sacudió la cabeza.

–No, no lo sientas. Me gusta saber que eres capaz de defenderte.

–¿Te he hecho daño?

–Tienes una buena patada, pero sobreviviré –contestó él–. La próxima vez que utilices un *mawashi geri*, lanza la cadera y golpea con el empeine estirado. Y luego recoge rápidamente el pie para que tu oponente no pueda agarrarte la pierna.

–¿*Mawashi geri*? –preguntó ella tras considerar el consejo de Caleb.

–Una patada circular. Es un movimiento de arte marcial japonés.

–¿Sabes mucho de artes marciales? –ella ladeó la cabeza.

–Algo. Es un buen ejercicio –contestó él.

Sadie asintió dubitativa, como si tuviera algo que decir y no estuviera muy segura de cómo decirlo. Empleando una táctica que había aprendido arrodillado ante tantas mujeres de su vida

desde muy pequeño, se sujetó la lengua y esperó.

–Yo también fastidio lo bueno –admitió ella–. Siempre lo he hecho. No me fío de ellos, no les creo. De modo que les fastidio hasta que se marchan.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron. Lentamente, dándole tiempo de sobra para volver a darle una patada si quería, él le tomó una mano. Con esa mujer nada iba a ser fácil, lo sabía y no le importaba.

–Soy yo el que debería sentirlo. No soporto haberte hecho pensar que creía que estabas practicando sexo en el trabajo con un cliente. Eso fue muy sucio, asqueroso. No te culpo por haberte enfadado. Deberías haberme pateado el culo.

Sadie bajó la mirada, a su mano entrelazada con la de Caleb.

–Creo que me enfadé porque lo que tú creías que estaba sucediendo está tan alejado de mi realidad que ni siquiera resulta gracioso. No he practicado sexo con nadie desde hace tres años.

Caleb esperó a que ella lo mirara a los ojos.

–Eso es mucho tiempo –murmuró, deseoso de saber más. ¿Qué había pasado hacía tres años como para hacerle rechazar la intimidad con otra persona?

–A mí no me parecía tanto tiempo –Sadie hizo una pausa y lo miró con expresión de ironía–. Hasta que...

Él enarcó las cejas.

–Nos besamos –ella contempló sus labios como si quizás quisiera que los posara otra vez sobre los suyos.

–Fue un beso estupendo –concedió él.

–¿Lo fue? –Sadie se encogió de hombros–. No me acuerdo.

Soltando una carcajada gutural, él la atrajo hacia sí. Sadie siempre le hacía frente, desafiándolo como nadie más hacía. Resultaba condenadamente sexy.

–Mentirosa –suspiró mientras le sujetaba la nuca y llevaba sus labios hasta los suyos–. Pero permíteme recordártelo...

Caleb la besó. Fue un beso sensual y delicioso con mucha lengua que hizo que el calor estallara en su pecho y se irradiara por todo su cuerpo. Subió hasta su corazón, golpeándolo con fuerza. Y bajó muy abajo, despertando el resto de él, fundiéndolo todo a su paso. La boca de Sadie se mostraba tan ansiosa como la suya, deslizándose por su barbilla, mordisqueándole la oreja y luego bajando por su cuello. A punto estuvo Caleb de perder el conocimiento. Para cuando volvieron en sí, él estaba más que perdido.

Y a juzgar por la respiración entrecortada de Sadie, ella también.

Sadie se estremeció y él le frotó los brazos, sintiéndose como un imbécil por mantenerla ahí fuera con el frío que hacía.

–Estás helada. Quiero que vuelvas a entrar. ¿Cuánto te queda de trabajo?

Ella se llevó una mano a los labios, todavía con aspecto aturdido.

–¿Sadie?

–Sí, eso es –ella consultó el móvil y sacudió la cabeza–. Rocco acaba de enviarme un mensaje diciendo que Cal ha cambiado la cita–. He terminado.

Él asintió aliviado.

–Entonces te vas a casa. ¿Tienes el coche aparcado cerca?

–Hoy he venido en autobús.

–¿Qué le ha pasado a tu coche?

–Sigue en el taller. Lo recogeré a finales de esta semana.

–De acuerdo, entonces vamos a recoger a Piruleta a la tienda de Rocco y luego te llevo a casa en mi coche.

Sadie le sorprendió asintiendo y no soltándole la mano mientras bajaban las escaleras. En la tienda Canvas, Rocco le entregó una tartera.

–Restos de lasaña. Llévatelo –le dijo–. Esta noche voy a salir y no quiero que se estropee.

–¿Vas a salir? –preguntó Sadie, claramente sorprendida.

Rocco sonrió. Era la primera vez que Caleb le veía hacerlo. Le sentaba bien.

–Me llamó un viejo amigo. Un amigo disculpándose –añadió Rocco enigmáticamente–. Vamos a cenar juntos.

–Dile a Tyler que si te vuelve a hacer daño voy a por él, y no será bonito –Sadie entornó los ojos.

Rocco se rio. Rio. Y luego asintió.

–Le haré llegar el mensaje, pero dice que ya se ha pateado el culo él mismo.

Sadie abrazó a Rocco y lo besó en la mejilla.

–Mantén la guardia alta –susurró.

–¿Y qué tiene eso de divertido? –preguntó su jefe.

Sadie se mantuvo silenciosa mientras Caleb la acompañaba hasta el coche, que había arrancado por control remoto para poner la calefacción. Cuando abrió la puerta del acompañante, tanto la mujer como la perra suspiraron de placer ante la oleada de calor que las golpeó.

Mientras Caleb se sentaba al volante, el móvil de Sadie comenzó a sonar y ella hizo una mueca de fastidio.

–Es mi madre.

–De acuerdo –él asintió–. Contesta si quieres.

Sadie volvió a suspirar y contestó.

–Hola, mamá. Sí. De acuerdo –una pausa–. De acuerdo. Sí, claro, de acuerdo –otra pausa–. De acuerdo –una pausa más–. De acuerdo. De acuerdo. Adiós. De acuerdo. De acuerdo... –Sadie se apartó el teléfono de la oreja y colgó–. Una mala cobertura –murmuró–. Debe de ser por el túnel que acabamos de atravesar.

No había habido ningún túnel y él sonrió.

–¿Una llamada difícil?

–Era mi madre –repitió Sadie, como si eso lo explicara todo.

–¿Adónde te llevo?

Ella le indicó su dirección. Caleb no necesitó meterla en el GPS, se conocía la ciudad de memoria. Sadie vivía en un barrio llamado Tenderloin, una de las zonas más conocidas de San Francisco. Las vibrantes y coloridas calles eran una mezcla de peligro y tendencia, con un montón de puestos de comida. La vida nocturna abarcaba desde lugares oscuros donde se servían cervezas y tragos de licor, hasta bares estilosos que ofrecían cócteles de diseño. Los edificios residenciales convivían con teatros independientes y muchos sintecho que vivían en tiendas de campaña o directamente sobre la acera. Caleb encontró aparcamiento a una manzana del edificio de Sadie, enfrente de la comisaría de policía en la que entraba en ese instante un tipo esposado.

–Sé que es un lugar de locos –observó Sadie mientras miraba por la ventanilla–, pero la barbacoa coreana de la esquina es deliciosa, y mis vecinos son muy agradables –se quitó el cinturón y lo miró de frente–. Gracias por traerme –a continuación se inclinó hacia atrás para darle un beso de despedida a Piruleta–. Mañana te veo, bebé –cuando estaba a punto de bajarse del coche, dio un respingo de sorpresa al ver a Caleb ya fuera, sujetándole la puerta.

Lentamente, puso los pies en la acera, sus cuerpos quedaron muy juntos entre el coche y la puerta abierta.

–Apuesto a que este truquito de abrir la puerta te funciona con las mujeres –murmuró.

–Este «truquito», se supone que son buenos modales, nada más –contestó él–. No es una herramienta de captación –sonrió–. No lo necesito.

–Tienes razón –ella se rio–. No te hace falta. No es necesario que me acompañes.

–Ya sé que no es necesario –dijo Caleb–. Pero quiero hacerlo –abrió la puerta trasera para que bajara Piruleta, sujetándola por la correa–. Tú nos guías.

–Escucha, Trajes...

–¿Ya estamos otra vez con eso? –preguntó él–. ¿En serio? Acabas de meter tu lengua hasta la mitad de mi garganta. Ya es hora de que utilices mi nombre. Dilo.

–Tienes razón –ella asintió–. Lo he hecho para molestarte, para que vuelvas a meterte en tu coche y te marches de aquí.

A Caleb no se le escapó que todavía no había pronunciado su nombre.

–Si quieres que me marche, no tienes más que pedírmelo. Tú decides, Sadie. La elección es tuya.

Ella lo miró durante un instante, y luego otro. Después hizo un gesto con la barbilla y se dirigieron hacia su edificio. Sadie vivía en la tercera planta, sin ascensor. Al llegar a su puerta, sacó la llave, pero no la utilizó, volviéndose hacia él.

–Gracias por traerme.

–Abre –le ordenó Caleb–. No deberías remolonear en este descansillo.

Ella abrió la puerta, pero le bloqueó el paso, agachándose para despedirse nuevamente de Piruleta, lo cual le llevó cinco minutos. Por fin se irguió y miró a Caleb a los ojos.

–Y buenas noches a ti también.

Esa despedida le llevó un segundo, pero Caleb le había asegurado que era ella la que decidía, y lo había dicho en serio.

–Buenas noches.

Piruleta intentó entrar en la casa y Sadie titubeó, miró hacia atrás, al interior de su apartamento mientras se mordía el labio inferior.

–De acuerdo, podéis pasar. Un minuto.

La perra ya estaba dentro.

Y Caleb también. Cerró la puerta y echó el cerrojo, repasando el apartamento con la mirada. Era pequeño, con muebles de aspecto cómodo, y muy usados, y coloridas alfombras dispersas por todas partes.

Bonito. Acogedor. Pero no cálido. De hecho, ahí dentro hacía muchísimo frío.

–¿Le pasa algo a la calefacción?

–No –Sadie se dirigió a la cocina y llenó el cuenco de Piruleta con agua fresca. Después metió en la nevera la tartera que le había dado Rocco. Una nevera prácticamente vacía.

–No he tenido tiempo de hacer la compra –se excusó, respondiendo a la pregunta sin formular que se reflejaba en el rostro de Caleb. Se volvió para llenar el cuenco de la perra con comida y el animal saltó feliz sobre la cena.

Caleb no apartaba los ojos de Sadie. Ella intentaba hacerle creer que era una isla, indescifrable, incomprensible, pero se equivocaba.

No era ningún secreto para él que Sadie tenía dificultades económicas, y no se sentía capaz de ignorarlo. No habría podido hacerlo tratándose de un extraño, mucho menos con la mujer de la que

sospechaba se estaba enamorando.

–Hace poco que trabajas en el spa de día –observó.

–Sí.

–Y sigues haciéndote con una clientela en la tienda Canvas.

–Así es –Sadie entornó los ojos–. ¿Adónde quieres llegar?

–Yo podría ayudarte...

–¡Eh, eh! ¿Has visto qué hora es? –Sadie se dirigió hacia la puerta y la abrió–. Muy bien, ya has echado un vistazo a mi mundo. Hora de irse –añadió un pequeño gesto con la barbilla señalando la puerta.

Confundiendo el cambio de energía en el ambiente con un juego, Piruleta corrió en círculo alrededor de los dos, ladrando entusiasmada.

Caleb se dirigió hacia la puerta, deteniéndose muy cerca de Sadie. Tan cerca que sus cuerpos se rozaron. Ella podría haberse apartado, pero no lo hizo, y él decidió tomárselo como una buena señal.

–Todo el mundo pasa apuros alguna vez, lo sabes, ¿verdad?

–¿Y tú ofreces ayuda a todo el mundo entonces? –preguntó ella con voz engañosamente serena. Engañosamente porque su mirada ardía furiosa.

–Ayudo a quien puedo ayudar –él hizo una pausa–, Sadie...

Ella cerró los ojos. Caleb estiró un brazo y delicadamente cerró la puerta y echó el cerrojo de nuevo. Y, cuando se acercó aún más a ella, Sadie apoyó las manos sobre su pecho, con los dedos cerrándose sobre su camisa, aunque no estaba claro si para atraerlo hacia sí o para mantenerlo alejado.

–Me vuelves loca –murmuró–. Lo sabías, ¿verdad?

–Sí, y lo mismo digo –disfrutando de la sensación de las manos de Sadie sobre su cuerpo, Caleb se decantó por el optimismo y la rodeó con sus brazos.

Y ella hundió el rostro en su cuello, respirando profundamente, como si anhelara su olor. Caleb sintió reaccionar su cuerpo.

–Sadie. En cuanto a la calefacción...

–No te pondrás cotilla y entrometido con eso, ¿verdad?

–Cotilla y entrometida es para las mujeres Parker, no para mí.

–De acuerdo –Sadie soltó un bufido.

Él enroscó los cabellos de Sadie alrededor de su puño para levantarle el rostro y poder mirarla a los ojos.

–Entonces estás diciendo que sí soy cotilla y entrometido.

Ella se rio, pero también se pegó un poco más a él, de modo que Caleb decidió perdonarla.

–Hola –dijo ella, sin dejar de sonreír–. ¿Te conoces a ti mismo?

–De acuerdo, me gusta saber qué sucede a mi alrededor, y...

–En–tro–me–ti–do –Sadie pronunció la palabra sílaba a sílaba–. Y las cosas siempre tienen que ser como tú decidas.

–De acuerdo, puede que tengas razón. Pero tú estás cambiando de tema.

–No soy un caso para la beneficencia, ¿recuerdas? De modo que gracias por el ofrecimiento, pero estoy bien –Sadie pronunció las palabras sin apartar las manos de su pecho. Una buena señal, ¿no?

Y aún mejor cuando lo empujó contra la puerta y lo sujetó.

Las manos de Caleb se deslizaron hasta su cintura y subieron por sus brazos hasta tomarle el

rostro.

–Sadie.

–¿Sí? –ella contempló fijamente su boca.

–Ahora voy a besarte, de modo que, si eso te supone algún problema, dímelo, ¿de acuerdo? No vaya a ser que pongas en marcha esa rodilla letal tuya y arruines mis posibilidades de tener hijos.

Sadie deslizó la mirada desde los labios de Caleb hasta sus ojos, una mirada cargada de sorpresa.

–¿Quieres tener hijos?

–Sí, a lo mejor. Algún día –él sonrió tímidamente al ver que ella seguía mirándolo fijamente–. ¿Qué?

–Supongo que me siento un poco... fascinada por la idea de ti como padre de un par de mini Trajes corriendo por ahí, ocupándote del mundo con todo ese encanto y carisma natural tuyo.

–¿Opinas que soy encantador y carismático? –Caleb sonrió.

–Opino que eres un montón de cosas.

Él deslizó un dedo por la sien de Sadie, apartando un mechón suelto de su rostro, al tiempo que se pegaba más a ella.

Sadie se mordió el labio inferior y dejó escapar un casi inaudible gemido, acompasando el movimiento de su cuerpo al de él. Sí. Por una vez estaban en la misma página en el mismo momento.

–¿A qué esperas? –susurró ella.

Caleb se agachó y hundió la nariz en su cuello, justo debajo de la oreja.

–Tu cuerpo dice que sí –murmuró–, pero eso no es más que un consentimiento parcial.

–En serio –Sadie cerró los puños en torno a la camisa de Caleb–, estás chiflado.

–Ya –él besó ese punto justo debajo de la oreja y chupó delicadamente, sonriendo ante el estremecimiento y el nuevo gemido de Sadie–. Pero un chiflado al que quieres besar, ¿verdad?

–Sí, mucho, aunque sigo sin entenderte.

Él dibujó un sendero con la lengua por su cuello mientras deslizaba las manos desde sus brazos hasta las caderas, que ella seguía balanceando al ritmo de las de él, volviéndolo loco.

–Algunas cosas requieren más tiempo para ser comprendidas –murmuró–. No hay prisa.

–Eso lo dices tú –susurró Sadie mientras empujaba la cabeza de Caleb hacia ella.

## Capítulo 15

#NoLoDigasHazlo

Sadie se perdió por completo en el beso de Caleb, tanto que al apartarse para tomar aire, se espantó al comprobar que le había sacado la camisa del pantalón y también se la había desabrochado. Sus manos estaban apoyadas sobre los deliciosos abdominales, intentando decidir entre ir al norte o al sur.

Él tampoco había perdido el tiempo y tenía una mano sobre su trasero, la otra bajo la blusa, sobre un pecho. Cuando le mordisqueó la oreja, Sadie sintió un deseo que la recorrió como el buen vino. Respiraba entrecortadamente, aunque la respiración de Caleb no era mucho más suave que la suya. Lentamente, él la soltó y tomó aire.

Ella había querido verle perder el control, y le encantó.

–Sadie, dime que deseas esto tanto como yo.

En el apartamento hacía tanto frío que el aliento cristalizaba en el aire. Pegando su cuerpo al suyo en busca de calor, ella deslizó las manos entre sus cabellos y volvió a tirar de su rostro hacia abajo.

–Deseo esto –susurró pegada a sus labios y antes de besarlo–. Te deseo esta noche, Caleb.

–Solo esta noche –la mirada de Caleb se llenó de fuego al oír su nombre.

No era solo una afirmación, también era una pregunta.

–Sí –contestó ella–, ¿te bastará con eso?

Él emitió un sonido ronco y profundo que resonó en su pecho, vibrando contra el de ella, haciendo que sus pezones se endurecieran. Caleb parecía un hombre al que acababan de ofrecer el regalo soñado, pero que no había esperado conseguir.

–Me basta por ahora –contestó–. Quiero que estés segura, Sadie.

–Estoy muy segura.

Caleb soltó un gemido y entró en acción, levantándola y rodeándose las caderas con sus piernas, dirigiéndose con ella en brazos hasta el dormitorio. La habitación estaba iluminada únicamente por un haz de luz proveniente de la lámpara del salón. Hacía frío, mucho frío, pero no permanecería así por mucho tiempo, pensó ella mientras él la deslizaba lentamente por su cuerpo. Los ojos color avellana se oscurecieron hasta adquirir un tono marrón oscuro, y se fundieron con los suyos, desprendiendo una embriagadora cantidad de calor.

Y entonces la besó y los dos estallaron en llamas.

Era lo más sexy que Caleb hubiera visto jamás. Posó las manos sobre sus caderas, sujetándola mientras agachaba la cabeza y su boca dibujaba un rastro de ardientes besos por su clavícula. Se

detuvo brevemente en el hueco de la garganta, donde su lengua se hundió para saborearla mientras le levantaba la falda por encima de la cabeza y la arrojaba a un lado.

–En mi casa estaríamos más calentitos –observó.

–Está demasiado lejos. Tú déjate puesta algo de ropa. Además, tenemos un montón de mantas – intentó arrancarle la camisa, pero él estaba demasiado ocupado bajándole la blusa. Cuando deslizó una mano sobre el sujetador de satén y hundió los dedos por dentro para acariciarle los pezones, el gemido de Sadie lo estimuló y el sujetador desapareció–. Tienes un talento oculto.

–Tengo unos cuantos.

Caleb había tenido unas cuantas fantasías sobre ese momento, pero Sadie en carne y hueso era mucho mejor que cualquiera de ellas. La empujó contra la cama y se tumbó sobre ella, trepando por su cuerpo, dejando claras sus intenciones.

Y Sadie no se acobardó, alargando una mano hacia el botón de los pantalones de Caleb.

–Fuera –ordenó.

Arrodillándose para obedecer, Caleb se quedó inmóvil cuando vio a Piruleta en la puerta, mirándolos fijamente. Sobre todo a él, con la cabeza ladeada, como si se sintiera perpleja.

–Hora de irse a la cama, nena –dijo él–. A tu cama.

–Ya estoy en mi cama –contestó Sadie con descaro, riéndose cuando él puso los ojos en blanco. Piruleta gimió.

–Ignórala –dijo ella–. No suele dormir en mi cama, de manera que no es eso lo que pretende.

Caleb hizo una mueca.

–¿Bromeas? –preguntó Sadie–. ¿Todavía la dejas dormir contigo? Te dije que no lo hicieras.

–Que sepas que lo he investigado –protestó él–. Existen muchas buenas razones para permitir que tu perro duerma contigo.

–Dímelas.

–Te mantienen calentito –Caleb fue contando con los dedos–, alivian el estrés, reducen la depresión, te ayudan a dormirte antes, te hacen vivir más tiempo, y siempre tendrás disponible un abrazo gratis.

–¡Vaya! –exclamó ella apoyándose sobre los codos–. A lo mejor podríamos ignorar temporalmente lo ridículo que eres y volver a donde estábamos, cuando me estabas haciendo tan feliz.

–Desde luego –Caleb le sujetó la cabeza con ambas manos, se agachó sobre ella y...

Piruleta gimió.

–Ignórala –susurró Sadie con los labios pegados a su boca.

Aquello era el cielo, estaba en el cielo, pero Caleb sentía el peso de la mirada de Piruleta y suspiró.

–Nos está mirando.

–No tiene ni idea de lo que estamos haciendo. Mírate, sigues vestido.

Caleb se volvió y se encontró con la mirada fija de la perra.

–Sabe exactamente lo que estamos haciendo.

Sadie lo apartó a un lado y se sentó para mirar a Piruleta.

–Lo que le pasa es que tiene miedo de estarse perdiendo algo divertido.

–Y así es.

–Estás tremendamente seguro de ti mismo –ella se rio–. Me reservaré la opinión para después.

Aquello era un desafío, uno que desde luego iba a aceptar.

Le agarró las piernas y tiró para que ella cayera de espaldas. Después volvió a agacharse sobre



ella para dedicarle algo de atención a los pechos, hasta que por el rabillo del ojo percibió movimiento.

Piruleta se había acercado a la cama y daba saltitos como un muelle saltarín.

–No la mires –susurró Sadie casi sin aliento, los dedos de las manos se hundían entre su pelo.

Él dejó caer la cabeza sobre esos maravillosos pechos.

–No me puedo creer que esté diciendo esto, pero no creo que sea capaz de realizar mi actuación con público.

Sadie soltó un bufido y señaló al perro.

–Piruleta, a la cama.

Piruleta jadeó feliz y, dejando claro que no se consideraba en absoluto discapacitada, pegó un brinco sobre dos almohadones caídos en el suelo, utilizándolos a modo de escalón para subirse a la cama. Muy orgullosa de sí misma, saltó sobre sus dos personas favoritas.

–¡Oh, Dios mío, qué jodidamente mona eres! –exclamó Sadie.

–Sí, es la cortarrollos más mona del mundo.

Caleb tomó a la perra, le permitió que se frotara contra él, la abrazó y luego... la sacó al pasillo.

–Qué listo –Sadie se rio cuando él, con mucho cuidado, cerró la puerta en las narices de la perra.

–Estoy motivado –contestó él mientras se bajaba los pantalones.

Con la puerta cerrada, el dormitorio estaba más oscuro, la única luz provenía de la calle, pero él no tuvo dificultad para encontrar el camino. Sadie se había dejado puesta algo de ropa para no quedarse fría y él le arrancó las botas y le subió la falda hasta la cintura.

–Sujeta esto.

Sadie agarró la falda mientras él admiraba las bonitas braguitas de encaje... antes de lanzarlas por encima del hombro. Apoyó una rodilla sobre la cama y trepó por el cuerpo de Sadie, tomándose su tiempo para besar cada milímetro de piel. La pantorrilla. La parte interna del muslo derecho. Y, cuando giró la cabeza para hacer lo mismo con el muslo izquierdo, vio algo. Unos tatuajes en la parte alta del muslo, palabras escritas con una hermosa caligrafía que leyó con dificultad en la oscuridad.

*Corazón/Mente*

*Y*

*Valor/Miedo*

Se tomó su tiempo allí, besando cada palabra, sintiendo su corazón y su mente abriéndose a ella como no había esperado que ocurriera. De repente se dio cuenta de que ella se había quedado paralizada al sentir los labios sobre la tinta. Paralizada, antes de retorcerse de tal modo que él levantó la cabeza para mirarla a los ojos, que encontró llenos de nervios y ansiedad.

–Son hermosos –dijo él mientras deslizaba un dedo sobre las palabras. Los dos tatuajes estaban alineados verticalmente, uno debajo del otro. Y debajo de los dos había una cicatriz de unos cinco centímetros, que tendría algunos años ya-. Tan hermosos como tú.

Ella cerró los ojos, consciente de su significado. Cuando se sentía incómoda, se replegaba sobre sí misma, lo último que él quería que hiciera.

–Oye –murmuró Caleb, irguiéndose para frotar su barbilla con la de ella y agachando la cabeza para besarle ese punto debajo de la oreja, que sabía que le volvía loca. Y así fue. La sintió respirar entrecortadamente, arquear el cuerpo contra él, sintió sus dedos hundirse entre su pelo. Su boca buscó la suya y, cuando al fin se apartaron, los dos respiraban con dificultad-. ¿Todavía

estás conmigo? –murmuró, tomándole los pechos con las manos ahuecadas, obligándola a arquear la espalda, pidiendo más.

–Sí –ella jadeó, rodeándolo con sus piernas.

–¿Estás...?

–¡Estoy segura! ¡Estoy segura al cien por cien de que voy a matarte si te paras ahora!

Él se rio contra su cuerpo y volvió a deslizarse hacia abajo, separándole los muslos para poder saborearla.

–No voy a parar.

Y no lo hizo, ni siquiera cuando ella estalló como unos fuegos artificiales, tirándole del pelo, arqueando el cuerpo contra el suyo, casi arrastrándolo con ella, y eso que aún no se había metido dentro de ella.

Y entonces Caleb se acordó. Preservativos. No llevaba ninguno. Mierda. No podía ser. ¿Cómo podía ser tan estúpido como para no llevar el de «por si acaso»? Aunque, para ser justo consigo mismo, hacía tiempo que no había necesitado ninguno.

–Dentro –dijo Sadie con voz ronca–. Dentro de mí. Por favor, Caleb, métete dentro de mí.

Nada le gustaría más, pero levantó la cabeza.

–No llevo preservativos.

Ella lo miró a los ojos y se mordió el labio inferior.

–¿Qué pasa?

–Yo tengo uno –contestó Sadie–. Tengo varios, pero no te rías.

–Nena, estoy tan lejos de reírme como pueda estarlo un hombre. De hecho, si esto es una broma, puede que me eche a llorar.

–En el cajón de arriba de la mesita de noche –le informó ella.

Sin dejar de sostenerle la mirada, una muy sexy combinación de deseo y ansia, junto con una pizca de vergüenza que él no entendía, Caleb se sujetó sobre las manos y alargó una hacia el cajón.

El respingo de Sadie lo detuvo en seco.

–¿Qué pasa?

Ella se tapó la boca. Su mirada ya no reflejaba lujuria, daba la sensación de que estaba a punto de sonreír.

–Se te ha levantado la camisa al estirarte. Llevas un tatuaje ahí abajo.

–No sé de qué me estás hablando.

Ella dejó caer la mano y soltó una carcajada mientras señalaba justo por encima del glúteo derecho.

–Entonces explícame eso.

–Si te estás refiriendo al majestuoso y...

–A la tortuga –le interrumpió ella con una sonrisa de oreja a oreja–. Llevas un tatuaje en la parte baja de la espalda, en tu culo, de Raphael, la adolescente y mutante tortuga Ninja.

–¿Y qué? –contestó él–. Raphael y Nintendo me ayudaron a superar momentos difíciles cuando tenía dieciséis años, ¿de acuerdo?

–¿Alguien te hizo un tatuaje cuando tenías dieciséis años? –la sonrisa de Sadie se desvaneció–. Eso es ilegal.

–Mentí sobre mi edad, y llevaba una identificación falsa –le explicó él.

–¿Y lo lamentaste después? –fue una suposición más que una pregunta.

–El incidente puede que sea la causa de que ya no me lleve bien con el vodka –Caleb se

encogió de hombros—. ¿Hemos terminado ya de hablar de mis aberraciones y estúpidos errores?

—Ni de lejos —le aseguró ella mientras hundía las manos dentro de los pantalones y tomaba esa parte suya que estaba más dura que cualquier otra parte—. Pero podemos aplazar la discusión un momento por ahora —sugirió mientras lo acariciaba.

—Esto va a llevar más que un momento —le aseguró Caleb poniendo los ojos casi en blanco.

—Sinceramente, eso espero...

Caleb abrió el cajón de la mesilla de noche y encontró un cable para el cargador del móvil, un bálsamo labial, una caja de galletas, bueno, en realidad media caja de galletas y algunas migas, una revista *People*, y...

Una ristra de preservativos de colores neón.

—De la despedida de soltera de una amiga —explicó Sadie—. Me tocó una cesta de regalo. Me pareció un desperdicio tirarlos.

—No hay que desperdiciar nada —observó él con una sonrisa.

—Exactamente —los labios de Sadie se curvaron.

Él arrancó uno de los preservativos, de un color rosa chillón. No era exactamente lo que se había imaginado para la primera vez con Sadie, pero era un maestro de la inventiva y de aprovechar al máximo cualquier situación, de modo que se lo colocó, muy consciente de que ella observaba atentamente cada uno de sus movimientos, casi sin aliento. Al ver la erección envuelta en un rosa que brillaba en la oscuridad, se echó a reír por lo bajo, pero con cierta impaciencia, y él sintió que algo hacía «clic» en su interior.

Del mismo modo que había sabido que Piruleta estaba destinada a él, también lo estaba esa mujer.

Ella alzó la mirada, que brillaba divertida, y tiró de él hacia abajo.

—Y ahora, por favor —las dulces palabras contrastaban con el tono, una evidente orden.

Él también se rio, y se hundió profundamente en su interior, provocándole un gratificante gemido. Él hizo lo mismo y la miró, a las profundidades azules, con la misma mezcla de sorpresa y placer.

Era como estar en casa, pensó, y estuvo a punto de perder la cabeza en ese mismo instante. Tuvo que obligarse a ir despacio. Las largas, lentas y profundas embestidas hicieron que Sadie hundiera los dedos en su trasero mientras basculaba las caderas hacia arriba, acompañándose a los movimientos. Caleb le tomó las manos y las colocó por encima de su cabeza, con los dedos entrelazados, de manera que todo su cuerpo acariciara el de ella con cada movimiento. La sintió empezar a temblar, oyó sus jadeos, y su nombre justo antes de que ella estallara.

Verlo suceder, absorber los dulces estremecimientos que agitaban su cuerpo, ver su cabeza caer hacia atrás, los ojos cerrarse, oír su nombre de sus labios... Caleb se dejó ir.

Más tarde, y no queriendo perder el contacto, él rodó sobre su espalda y la llevó con él. Flácida y saciada, Sadie consintió de un modo que jamás haría cuando estaba plenamente consciente y en posesión de sus facultades. Pero de momento él se aprovecharía de ello, disfrutando de cómo se acurrucaba contra él, su corazón latiendo acompañado con el suyo, mientras las respiraciones volvían lentamente a la normalidad.

Sadie no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban allí tumbados, Caleb deslizando los dedos por su cuerpo que se iba enfriando progresivamente, cuando él habló.

—Siento curiosidad —dijo suavemente, sus caricias hacían que Sadie se estirara y ronroneara

como un gato—. Tienes esos pequeños tatuajes en la parte superior del muslo derecho, otro en el hombro y otro más alrededor del tobillo, pero nada más.

Sadie entendió la pregunta. La mayoría de los artistas tatuadores llevaban encima mucha más tinta que ella. Pero no iba a desnudarse más de lo que había hecho esa noche. No iba a haber más revelaciones. Saber que él seguramente esperaría más de lo que ella podría ofrecerle, y que se marcharía cuando ella no se lo quisiera dar, redujo un poco las cálidas postrimerías, reemplazándolas por una oleada de tristeza. Sadie rodó y se tapó el hombro con las mantas.

Caleb permaneció un momento en silencio, pero no estuvo quieto. Él también rodó, de manera que su ardiente y ondulado cuerpo quedó pegado al suyo, con un brazo rodeándole la cintura.

—¿Adónde te has ido? —preguntó.

—Estoy aquí mismo.

—Y a la vez a millones de kilómetros. Si no quieres hablar de tus tatuajes, dilo y ya está.

A pesar de que él no podía verle el rostro, Sadie cerró los ojos.

—Yo pensaba que a los tíos no les gustaba acurrucarse, o hablar, después. Creía que les gustaba acabar con ello y luego, vámonos.

Caleb apoyó una mano abierta sobre el estómago de Sadie y luego la deslizó hacia arriba, entre sus pechos, por la garganta, para suavemente tomarle la barbilla y girarle la cabeza hasta que lo miró.

—¿Quieres que me marche?

Ella abrió la boca para decir que sí, pero sabía que él lo haría, respetaría sus deseos y se marcharía. Y aunque no tenía ganas de hablar, tampoco quería que se fuera.

—Sadie.

—No —contestó ella mientras se giraba para mirarlo, permitiendo que fueran sus dedos los que hablaban al deslizarse del torso hacia abajo—. No quiero que te marches.

Él contuvo la respiración cuando ella volvió a tomarlo con ambas manos.

—Porque lo que quieres...

—Es a ti —contestó Sadie antes de empujarlo de espaldas sobre el colchón, y antes de sentarse a horcajadas sobre él preparada para una nueva sesión de «no lo digas, hazlo».

## Capítulo 16

#MentirosaMentirosa

Sorprendentemente, Sadie durmió profundamente el resto de la noche y se despertó a las... consultó el reloj.

–¿Las nueve? –exclamó–. ¿Qué demonios...?

Cierto que era lunes, su día libre, y que no le hacía falta madrugar, pero no había dormido hasta tan tarde desde... bueno, en su vida.

No le hizo falta darse la vuelta para saber que estaba sola en la cama. Bueno, no del todo. Piruleta levantó su adormilada cara y meneó el rabo a modo de saludo.

Sadie no tenía ni idea de cuándo se había marchado Caleb. Tras la segunda ronda, bueno, quizás la tercera, había quedado fuera de combate. Normalmente, sus helados dedos de manos y pies, y la gélida nariz, solían despertarla, pero esa mañana no, y, de repente, comprendió el por qué.

La calefacción estaba encendida.

Salió de la cama y se dirigió hacia el termostato, seguida de cerca por una somnolienta Piruleta.

La calefacción que ella había apagado, estaba puesta a veinte grados.

«Veinte grados».

El pánico la asaltó. No podía permitirse ponerla tan alta. Encendió el portátil y se dirigió a su cuenta para comprobar el gasto, y vio que alguien había pagado el recibo.

Durante el resto del año.

Viendo que estaban en febrero, la cantidad era enorme y ella entornó los ojos.

–De eso nada –le dijo a Piruleta, que sonrió mientras se sentaba.

Encima del pie de Sadie.

La perra empezaba a engordar y se estaba poniendo demasiado grande para que Sadie la tomara cómodamente en brazos, por lo que optó por arrodillarse y así poder abrazar al animal.

–Pero tú me quieres más a mí, ¿verdad? Aunque él sea atractivo y huela bien y acabe de pagar para mantenernos calentitas todo el año.

Piruleta le regaló un lametón en la mejilla.

–Gracias –Sadie se acercó a la nevera para sacar las sobras que le había dado Rocco, pero al abrir la puerta se quedó paralizada.

La nevera estaba llena. Del todo. Con fruta y verdura y un montón de comida que ella contempló incrédula. Se volvió hacia el teléfono, que sabía había dejado sobre la encimera la noche anterior, olvidándose, como de costumbre, de dejarlo cargando.

Y allí estaba, sobre la encimera, pero enchufado al cargador. Sadie lo contempló durante unos segundos... y llamó a Ivy.

–Una pregunta –dijo cuando su amiga contestó–. Si un tipo con el que no estás saliendo paga

una factura y llena a hurtadillas tu nevera de comida y te pone el móvil a cargar, ¿te debería entrar el pánico?

–Creo... –contestó Ivy tras meditar la respuesta unos segundos– que deberías respirar hondo, y luego otra vez, y luego dejar a un lado el orgullo y el ego para tomar la decisión.

–¿Qué decisión? ¿Si pedir o no una orden de alejamiento?

–No –respondió su amiga con paciencia, aunque se notaba que se estaba divirtiendo–, sobre sí el hecho de que intente cuidar de ti, seguramente de la única manera que sabe hacerlo, te hace sentir atendida y especial, o te despierta deseos de instalar una alarma para poder cargarte ese bonito culo suyo con una pistola eléctrica si vuelve a intentarlo.

Sadie suspiró. Desde luego tenía un culo bien bonito...

–Quizás una mezcla de ambas cosas. ¿Qué opinas?

–Opino que te sientes cuidada y especial, y que eso te hace entrar en pánico.

–No he entrado en pánico.

–Prácticamente estás hiperventilando –observó Ivy.

Era cierto. Porque se sentía cuidada. Y quizás, maldita fuera, especial.

–No puede ir por ahí haciendo estas cosas –protestó–. Ya soy mayorcita y sé cuidar de mí misma.

–Tomo nota –afirmó su amiga–. Pero se lo estás diciendo a la persona equivocada. Y, ¿Sadie?

–¿Sí?

–Ten un poco de fe. ¿Te acuerdas de mis tacos de desayuno con huevo frito y chorizo picante?

Eso también era cierto. Había tenido fe y luego se había comido hasta la última miga, no era tan diferente de lo que Caleb y ella se habían hecho el uno al otro en las oscuras horas de la noche...

Había muchas cosas que Caleb adoraba de su trabajo. Más que nada que pocas veces parecía un trabajo. También era verdad que abarcaba muchos ámbitos: Espacio. Energía. Cambio climático... pero había tenido suerte con las inversiones, mucha suerte, y eso significaba que era capaz de destinar beneficios a cosas que no eran necesariamente rentables, pero que requerían ser exploradas, como las infraestructuras para países en vías de desarrollo, la reconstrucción después de algún desastre natural...

Si había algún, «pero», en su trabajo era que cuanto más diversificaba, más tiempo debía dedicarle a la gestión. Y por eso acababa de regresar de Idaho, Londres, y luego Nueva York y Washington D.C. Y todo ello una semana después de la increíble noche que había pasado en la cama con Sadie.

En Idaho solo había hecho una parada para ver a Kel. Su primo se había mantenido callado mucho tiempo, demasiado, y Caleb había percibido cierta inquietud en él.

Una sensación que le era muy familiar.

Habían montado a caballo, disparado contra dianas de arcilla, y luego se habían dado una paliza en el gimnasio hasta que ninguno de los dos había podido moverse. Kel tenía hermanas, dos, y Caleb sentía tanto cariño por ellas como el que sentía por sus propias hermanas, pero ninguna estaba en la ciudad, de modo que Kel y él habían pasado la noche bebiendo hasta caer redondos al suelo mientras intercambiaban historias.

El resto del viaje: Londres Nueva York, y Washington, había sido una locura de trabajo. Siene se había reunido con él en Washington, donde habían celebrado varias reuniones, largas aunque productivas, y luego habían volado de vuelta a casa. Nada más aterrizar se habían reunido con su

equipo en la oficina para celebrar una sesión informativa, y luego todos excepto Sienne se habían marchado. Agotado, Caleb apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

El recuerdo de los labios de Sadie sobre su piel surgió en su cabeza, el aliento ardiente sobre su cuello, seguido del recuerdo de la sensación de sus piernas abrazándolo, los duros pezones apretados contra su pecho mientras se arqueaba contra él. La respiración entrecortada que había surgido cuando, por fin, se había deslizado dentro de ella de una suave embestida...

Estupendo, pero se suponía que estaba trabajando. Abrió los ojos de golpe y se sacudió el recuerdo de la mente. Tenía que tomar algunas decisiones sobre qué hacer con ella, y aunque su corazón ya había tomado esas decisiones, su cerebro no dejaba de advertirle que tuviera cuidado.

El móvil vibró en su bolsillo con un mensaje. Era Sadie, y él sintió que se le formaba una sonrisa en la cara. Se habían estado enviando mensajes durante el día, y llamándose durante la noche.

*Sadie: Estoy cenando con Ivy. Pizza de jamón con piña. Le he quitado la grasa con la servilleta, de modo que, si la próxima vez que me veas me notas delgada, no te asustes.*

*Caleb: Solo un monstruo le pondría fruta a una pizza.*

*Sadie: Eso resulta muy exquisito viniendo de un hombre que lleva la tortuga de un dibujo animado tatuada en el culo.*

Sienne eligió ese preciso instante para mirar por encima de su hombro. Sus cejas casi desaparecieron en su pelo.

—¿Cómo sabe ella lo del tatuaje?

Caleb se puso de pie y guardó el móvil sin hacer ningún comentario mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—Ya he terminado por hoy —contestó él.

Su hermana lo miró como si acabara de anunciarle que él era el Ratoncito Pérez. Y por una buena razón. Caleb nunca se marchaba sin celebrar una última reunión de cierre de la jornada con ella.

—No tienes ninguna cena de negocios... —comprobó sobre el iPad—. No veo nada...

—Es personal.

Cuando le había dicho que intentaba conseguir una vida, lo había dicho en serio. O, por lo menos, intentaba alcanzar un mayor equilibrio. Sabía que era eso lo que le reconcomía y le tenía tan inquieto últimamente. Aunque pasar la noche con Sadie la semana anterior también había aumentado en algunas cifras esa inquietud.

Quería otra noche.

Muchas más noches, perdido en sus brazos, en sus caricias, sintiendo... bueno, un montón de cosas que no había sentido en mucho tiempo, y ni una sola de ellas tenía que ver con su trabajo.

—Tú también has terminado por hoy —besó a Sienne en la mejilla—. Vete con tu sexy esposo y cenad juntos, por una vez, antes de medianoche.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, visiblemente preocupada.

—Nada. Ya lo hemos hablado. Siempre me estás diciendo que debería tener una vida. Y eso estoy haciendo.

Caleb vio cómo la preocupación de su hermana se transformaba, en cero coma, en irritación.

—Si se trata de una cita —le advirtió—, no has esperado a que nadie la investigue —abrió la

aplicación de notas en su iPad—. ¿Es Sadie?

—No es asunto tuyo.

—¿Se supone que con eso debería sentirme mejor? —Sienne entornó los ojos.

—¡Vaya! —exclamó Kayla mientras entraba en el despacho, bamboleándose como un pato, seguida de Hannah—. La tensión es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo. ¿Qué está pasando aquí? ¿Estamos de bronca? ¿Y por qué nadie nos ha invitado?

—Yo me pido en el equipo de Sienne —se apresuró a decir Hannah—. Es la que pelea más sucio.

—¡Eh! —protestó Sienne—. Aunque es verdad...

«Perfecto», Caleb sacudió la cabeza.

—Aquí nadie va a pelear. Me marcho a casa.

—Estupendo —dijo Hannah—. Entonces vamos a celebrar noche de chicas disfrazada de reunión para poder cargarlo a la cuenta de la empresa.

—Necesito añadir algo a la agenda de la reunión —intervino Sienne—. El tema a tratar es Sadie Lane.

—No —les advirtió Caleb—. No lo vais a hacer.

—Sabes que por sistema siempre investigamos a cualquier chica con la que pretendas salir —Sienne rodeó a su hermano con un brazo—. Se llama protección, Caleb, y tenemos un buen motivo para hacerlo.

Esa mujer era la única de todo el planeta capaz de hacerle sentir de nuevo como un estúpido adolescente.

—Como quieras.

—Sabes que has ganado una discusión cuando la otra parte te dice «como quieras» —observó Hannah.

—Tú solías ser la buena —se quejó Caleb—. Y Sadie no se parece a ninguna con la que haya salido antes. Para empezar, no estamos saliendo —algo que tenía intención de arreglar, pero que tampoco era tema de discusión.

Sienne sacó la artillería y se acercó a su hermano, apoyando la cabeza sobre su hombro y mirándolo con ojos engañosamente dulces.

—Lo hacemos porque te queremos.

—Se me había olvidado lo sucio que juegas —murmuró él, aunque la rodeó con un brazo y la apretó con fuerza—. No os metáis en su vida personal. Fijaos que ni siquiera me he molestado en pedir os que no os metáis en la mía. Os veo mañana.

Condujo hasta el edificio Pacific Pier. La noche era oscura, pero el patio estaba iluminado con la suave luz de las farolas y las luces encadenadas.

Se dirigió directamente a la tienda Canvas, con el corazón acelerándosele al pensar en ver a Sadie.

Rocco estaba trabajando sobre el brazo de un cliente y ni siquiera levantó la cabeza cuando él entró.

—¿Has sido tú el que ha pagado sus facturas del gas y le ha llenado la nevera? —al no recibir respuesta alguna, Rocco al fin levantó la cabeza—. ¿Por qué?

Caleb hundió las manos en los bolsillos y basculó el peso de su cuerpo sobre los talones, algo sorprendido por mantener esa conversación. Por no mencionar el hecho de que la respuesta era complicada. Algo en la dura e impenetrable Sadie despertaba en él deseos de cuidarla. Era algo instintivo, muy parecido al impulso de cuidar de sus hermanas, aunque desde luego no se sentía como un hermano con Sadie.



–No me parece bien que alguien pase frío o hambre –contestó al fin.

Rocco lo taladró con la mirada y, de repente, esa mirada se suavizó ligeramente y él asintió.

–Solo para que lo sepas, ella no me dijo nada. La oí hablar consigo misma, algo que suele hacer cuando trabaja en los bocetos.

Eran más palabras de las que Caleb le había oído pronunciar a Rocco en una misma frase. Miró hacia el fondo de la tienda. La cortina que separaba la cabina donde Sadie trabajaba estaba echada.

–¿Está ahí dentro?

Y justo entonces, del otro lado de la cortina, surgió un furioso grito masculino.

–¡Jodido hijo de puta chupapollas!

Caleb echó a andar hacia la cortina, pero Rocco lo detuvo.

–No tiene problemas –le aseguró–. Mini Moe está completando un Príncipe Alberto.

Caleb sintió que sus ojos se abrían de par en par.

–¿Eso existe de verdad?

–Sip.

¡Mierda! Caleb contuvo el impulso de tomar la parte preferida de su anatomía entre las manos mientras se imaginaba el piercing «Príncipe Alberto».

–¿Por qué? –consiguió preguntar–. ¿Por qué iba a querer alguien hacer eso?

–Puede mejorar tu experiencia sexual –le explicó Rocco.

–¿Y tú...? –Caleb señaló la parte inferior del tronco de Rocco.

–Joder, pues claro que no.

–¿Dónde está Sadie? –preguntó él mientras rezaba para que Rocco no le contestara que estaba ahí dentro con Mini Moe y el cliente.

–Acaba de llevarse a Caga Todo El Rato a dar un paseo.

–Que Sadie no te oiga llamarla así –Caleb se rio–. No le gusta.

–¿Y por qué te crees que lo hago? –el jefe de Sadie sonrió inesperadamente–. Volverá enseguida. Si quieres sobrevivir te sugiero que pienses en un motivo para hacer lo que has hecho, un motivo que no tenga nada que ver con la piedad.

–No fue piedad –le aseguró Caleb–. Ella me importa.

–Mejor –contestó el otro hombre–. Pero sigues necesitando una razón mejor que esa. Te sugiero que mientas descaradamente.

–¿Sobre qué? –preguntó Sadie.

Al oír su voz, Rocco le hizo un gesto a Caleb del tipo «ahí te quedas», y volvió a inclinarse sobre su cliente, con la boca bien cerrada.

Estupendo. Haciéndose el hombrecito, Caleb se volvió hacia Sadie y Piruleta. Si pensaba que tenía el corazón encerrado y la llave en el fondo del mar, se equivocaba. Su corazón no estaba encerrado, ni para la perra ni, sobre todo, para la mujer.

–Hola.

–Hola –saludó Sadie con calma y expresión de desconfianza tras el fragmento de conversación que había oído.

Pero Piruleta no. La perra empezó a tironear de la correa en cuanto lo vio, gimoteando y llorando para acercarse a él, después de una semana entera sin verlo.

Sadie soltó la correa y Piruleta voló por los aires a su encuentro. Caleb la tomó en brazos y la abrazó con fuerza mientras la perra se retorció y lloraba de pura felicidad, lamiéndole la cara y cualquier otra parte de él que consiguiera alcanzar.

–Traidora –dijo Sadie mientras se cruzaba de brazos–. ¿Mentir sobre qué? –insistió.

Caleb ni se molestó en volverse hacia Rocco en busca de auxilio. Intentó calibrar cuáles eran sus mejores opciones en el preciso instante en que Mini Moe apareció desde la parte de atrás. El enorme samoano se quedó parado delante de la cortina, con los carnosos brazos cruzados sobre el pecho.

–Necesita un momento –explicó.

–Comprensible –murmuró Rocco.

Algo en la cara de Caleb debió de delatarlo porque Sadie enarcó las cejas y lo miró con expresión divertida.

–Si estás interesado, podemos hacerte un Príncipe Alberto. Yo no puedo, no poseo la titulación necesaria, pero sí podría ayudar a Mini Moe.

¿Era posible sentir cómo palidecía uno mismo? Porque Caleb estuvo bastante seguro de que así se sentía él.

–No –contestó mientras Mini Moe levantaba la vista hacia él con renovado interés–. No hace falta, gracias.

Mini Moe regresó con su cliente. Rocco acababa de terminar con el suyo y los dos hombres salieron al patio a tomar el aire, dejando a Caleb a solas con Sadie.

–Has vuelto –observó ella.

–Así es.

–Y estás aquí.

–Quería verte.

Sadie le sostuvo la mirada, los ojos azules alcanzaron su corazón, demonios, y su alma también, como nadie antes había sido capaz de hacer. Era a la vez emocionante e inquietante. Pues ella veía un aspecto de él distinto al que veían los demás. También era una de las pocas personas de su vida capaz de mirarlo frente a frente y señalarle sus gilipolleces.

Todavía no habían hablado de lo que él había hecho después de abandonar su cama. Ella no había sacado el tema durante la semana que había estado de viaje, ni en los mensajes ni en las llamadas. Caleb había tenido la impresión de que estaba reservando esa conversación para mantenerla cara a cara, y no tenía ni idea de si se sentía molesta o no. Pero Sadie no le hizo esperar.

–Gracias por lo que hiciste –dijo al fin–. Pero no hacía falta. Soy capaz de cuidar de mí misma.

–Lo sé –contestó él.

–¿Y por qué lo hiciste?

Con el consejo de Rocco fresco en su mente, Caleb optó por la verdad.

–Porque me importas –flexionó ligeramente las rodillas para situarse a la altura de sus ojos–. ¿Tan difícil de creer te resulta? Tú me importas, y la idea de que pases frío mientras intentas dormirte, o que te vayas a la cama con hambre, me vuelve loco. Me mantiene despierto por las noches, y por eso el gesto ha sido de lo más egoísta. Quería dormir.

–¿Y lo conseguiste? –los labios de Sadie se curvaron.

–No, no lo conseguí. Y estoy bastante seguro de que fue porque también me siento sexualmente frustrado.

–¿Y eso cómo es posible? –ella soltó una carcajada–. ¡Utilizamos toda la ristra de preservativos!

–Creo que es por ti –él sonrió al ver su expresión. Luego bajó el tono de voz y deslizó un dedo por su barbilla, deleitándose al ver que se quedaba sin aliento. Arriesgándose un poco más, se

pegó a ella—. Aún no he terminado contigo, Sadie —murmuró—. Quiero más. Sal conmigo.

Sadie se quedó paralizada.

—¿Te refieres a... como una cita?

—Quiero una cita —repitió él tozudamente con una sonrisa—. Una cita de adultos, sin utilizar a nuestro bebé como excusa para vernos. Solos tú y yo. ¿Qué dices?

—Yo no utilizo a Piruleta como excusa —ella seguía mirándolo fijamente.

—Los dos la utilizamos —aseguró Caleb—. ¿Sí o no, Sadie?

Ella miró a Rocco, que había vuelto a entrar, y que sacudió su greñuda cabezota.

—A mí no me mires, muñeca. Yo no me lo pensaría ni un segundo antes de aceptar. Pero me temo que él no va por ese camino.

—Esto es de locos —se quejó Sadie—. Ya nadie «sale».

—Pues demostrémosles lo que se están perdiendo —sugirió Caleb—. Sal conmigo esta noche.

—¿Esta noche?

—¿Demasiado pronto? Mañana entonces. Cuando tú quieras.

Sadie lo miró como si hubiese perdido la cabeza. Pero en realidad era todo lo contrario. Caleb se estaba dando cuenta de lo mucho que deseaba esa cita.

—¿Y qué haríamos? —preguntó ella.

—Cosas de citas —contestó él con una sonrisa porque, maldita fuera por lo mona que estaba ahí de pie con expresión de pánico ante la idea de pasar más tiempo con él.

—¿Por ejemplo ir a ver una película de terror para que yo me asuste y busque tu protección como una damisela?

—¿Me estás diciendo que te dan miedo las películas de terror?

—No —Sadie parpadeó mientras reflexionaba brevemente—, solo las motosierras.

—Bueno, eso es más bien sentido común —observó él—. ¿Lo hacemos, Sadie?

Sadie se mordió indecisa el labio inferior. Por un lado, tenía un aspecto adorablemente sexy mientras intentaba decidir si confiaba en él o no. Por otro lado, ya había recorrido su cuerpo con su boca tan sexy y, a pesar de ello, no era capaz de decidir si quería salir con él.

Las apuestas no estaban precisamente a su favor.

—¿Me das tiempo para pensármelo? —preguntó ella al fin.

Caleb miró a Rocco, que se encogió de hombros y lo miró con una expresión que decía: «Acéptalo, tío, no vas a conseguir nada mejor».

Y seguramente era cierto.

—Claro que te lo puedes pensar —contestó Caleb, consciente de que era la primera vez en su vida que alguien le pedía algo así.

No debería sorprenderle. Hasta ese momento, todo lo que le pasaba con Sadie Lane se parecía a una primera vez...

## Capítulo 17

#VienenBaches

Un minuto después, Caleb y Piruleta salieron de la tienda en dirección al pub.

Caleb quería salir con ella.

Antes de poder obsesionarse en exceso, su cliente llamó y canceló la cita. Sadie no supo si se sentía fastidiada o aliviada, pero se apresuró a agarrar su bolso.

–¿Huyendo a casa? –preguntó Rocco en tono suave.

–Debería –contestó ella, aunque se limitó a sonreír, sin asomo de arrepentimiento.

–Sería un buen hombre para ti –opinó su jefe.

Sadie puso los ojos en blanco y se marchó del trabajo, deteniéndose ante la mesa colocada en el patio donde las scout girls vendían sus galletas. En su opinión había cinco estaciones: invierno, estación de galletas de las scout girls, primavera, verano y otoño. Buscó la cartera y sacó diez dólares para comprar dos cajas de emergencia. Habría quien diría que comerse dos cajas de galletas era en sí mismo un grito de ayuda, pero Sadie lo consideraba un apoyo a unas jóvenes emprendedoras.

Abrió la caja y empezó a comer mientras pensaba en Caleb. Había pasado mucho tiempo evitando tener una cita. El que estuviese siquiera considerando la posibilidad de dar marcha atrás le hacía sentir que regresaba a su mundo anterior. Un mundo en el que no había significado nada para nadie, sin vínculos ni ataduras, sin encajar en ninguna parte... y eso casi la había matado. Tomó el móvil y envió un mensaje a sus amigas: «9-1-1».

No habían pasado ni cinco minutos cuando Ivy, Willa y Molly se reunieron con ella junto a la fuente del patio. Sadie les explicó la situación, intentando conservar la calma.

–Lo que quiero decir es que, ¿en qué está pensando? –preguntó-. ¿Una cita? ¿Connigo? ¿Se ha vuelto loco?

–No entiendo dónde está el problema –opinó Molly-. Te ha pedido salir. Es muy dulce. Deberías aceptar. Apuesto a que te lleva a algún sitio realmente bonito y podrás vestirme para matar y volverlo loco toda la noche.

–¿Y no te mueres de ganas de saber qué aspecto tiene debajo de esos trajes tan sexys? –Willa asintió.

Sadie se mordió el labio, porque ya sabía qué aspecto tenía debajo de esos trajes tan sexys.

Salvo que... en realidad no. Habían estado a oscuras, y hacía tanto frío que se habían dejado puesta bastante ropa. Había sido más una situación tipo braille, pero sus dedos y su lengua se conocían su cuerpo de memoria.

Ivy interpretó su expresión y enarcó las cejas. Era evidente que sabía que había mucho más que contar, pero, educadamente, prefirió no preguntar delante de tanto público.

–Sé que estoy con Lucas y todo eso –intervino Molly–. Y estoy locamente enamorada. Pero me lo he hecho con Caleb y deberías saber que es la bomba.

Sadie ya lo sabía.

–Y lo mejor de todo –continuó Molly–, es que para ser rico y algo famoso, es un buen tipo, realmente... normal.

Lo malo era que en el diccionario de Sadie, «normal», no era un punto a favor. Wes había sido el tipo «normal», de libro. Pero al final había resultado ser bastante cruel, y había intentado destrozarla.

No. Mejor borrar eso. Eso lo había hecho ella misma. Y por eso había optado por alejarse de los hombres una temporada. Pero la temporada se había convertido en tres años, y era muy posible que aún siguiera destrozada.

–No me fío de mi propio juicio –admitió.

Las chicas se miraron las unas a las otras. Fue Molly la que tomó a Sadie de la mano.

–Lo entiendo. Hubo un tiempo en que yo también era así.

–¿Cómo lo superaste? –preguntó Sadie.

–Seguí el dictado de mi corazón –contestó ella–. Y créeme, no fue un camino de rosas. Lo cierto es que lo recorrí pataleando y gritando. Pero lo hice. Y ha sido estupendo, a pesar de que anoche a última hora tuvimos que salir los dos de la cama y medir el colchón para asegurarnos de que los dos teníamos el mismo espacio.

–Yo tuve muchos problemas de confianza –admitió Willa–. Keane fue una apuesta muy arriesgada para mí, pero ahora míranos... –sacó el móvil del bolsillo–. Me envía fotos haciendo las tareas de casa porque sabe que eso me pone.

Todas contemplaron una foto de Keane limpiando el polvo de los muebles con un plumero, con una pose de gatita sexual provocadora. La siguiente foto era de él vestido únicamente con unos pantalones vaqueros, montado sobre el aspirador como si fuera un toro salvaje.

–¡Vaya! –exclamó Ivy mientras las demás murmuraban su acuerdo porque era verdad: ese hombre tenía un aspecto buenísimo haciendo la limpieza.

–Yo también pasé una época jodida –le contó Molly a Sadie–. Pero ahora estoy con Lucas, que ha resultado ser mi mejor amigo, y mi alma gemela. Y, confía en mí, si ha funcionado para nosotros, entonces cualquiera puede enamorarse... –se interrumpió ante la llegada de un mensaje al móvil–. ¡Mierda! Como te comas los restos de mi volcán de chocolate, morirás –murmuró mientras tecleaba–. Lo siento –guardó el móvil–. Era Lucas. ¿Qué estaba diciendo?

–Que estabas con tu mejor amigo y alma gemela –contestó Sadie secamente–. Fue lo último que dijiste antes de amenazarlo de muerte.

–¿Lo ves? –Willa sonrió–. El matrimonio es estupendo.

–¿Y qué te parece salir con Caleb solo por diversión y ver qué ocurre? –Ivy se dirigió a Sadie.

Y lo decía una persona tan empedernidamente soltera como ella. Pero ¿podría ser tan sencillo? Miró al sincero rostro de Ivy y luego al de las demás, todas asintiendo para animarla a ello. Al fin soltó el aire que estaba reteniendo y tomó el teléfono para enviar un mensaje.

*Mañana por la noche.*

Un minuto después, obtuvo respuesta:

*Te tomo la palabra.*

–Mierda –susurró.

–Un punto para él por no mostrarse esquivo y fingir que no sabía a qué estabas accediendo – observó Ivy–. Le pusiste una buena etiqueta. ¿Está funcionando?

«No».

–Sí.

–¿Lo ves? –intervino Molly–. Realmente es un buen tipo, Sadie.

Sadie respiró entrecortadamente y se dijo a sí misma que debería darle cerrojazo. Aún disponía de veinticuatro horas antes de entrar en pánico. Miró a sus amigas, y todas estuvieron de acuerdo en que Caleb era un buen tipo.

Y todo señalaba en esa dirección. Pero ya fuera por sus malas experiencias o quizás por su absoluta tozudez, no se sentía preparada para saltar a la piscina todavía. Lo cual era una estupidez. Ya se había acostado con él. ¿De qué se preocupaba?

El teléfono volvió a vibrar y todas las miradas se dirigieron hacia su móvil.

*Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo: Trae ropa de gimnasia.*

–¿Ropa de gimnasia?

–Bueno, de acuerdo –Molly hizo una mueca de desagrado–, hasta un buen tipo puede ser estúpido.

–No emitamos ningún juicio –propuso Ivy con calma–. Puede que esté haciendo una maniobra de distracción para aquí, la señorita Ansiedad.

Todas miraron a Sadie.

–¡Yo no sufro ansiedad! –protestó ella. Por supuesto, era una tremenda mentira. Apenas conseguía que le entrara aire en los pulmones. Tenía el rostro acalorado y se retorció nerviosamente. Ella nunca se retorció–. Dios mío, esto es ridículo. Debería anular... –buscó su móvil, pero Ivy se lo arrebató.

–Podrás con ello –le aseguró amablemente y con delicadeza–. Eres una chica grande.

–Una chica grande no estaría sudando a chorros en algunos sitios muy incómodos –observó Sadie.

Ivy soltó una carcajada y se volvió hacia las demás.

–Que levante la mano la que opine que debería salir con Caleb.

Todas levantaron la mano.

Sadie se sentía como una idiota. Eso sí, una idiota cuidada por sus amigas.

–De acuerdo, lo haré.

Seguidamente la reunión se dispersó, regresando todas a sus trabajos. Sola, Sadie contempló la fuente. No tenía ninguna moneda para lanzar y pedir un deseo, algo irrelevante ya que, aunque la hubiese tenido, no habría pedido amor.

¿O sí...?

–De acuerdo –admitió, dirigiéndose al agua–. Si creyera que fueras de verdad, me sentiría tentada.

Una moneda pasó volando por encima de su hombro y cayó en el agua con un «plop».

–Ahí tienes, cielo.

Sadie se volvió de golpe y miró horrorizada al viejo Eddie, allí de pie con su sudadera desteñida con la leyenda *SUMMER LOVE*, la capucha cubriendo el pelo de punta y las manos en

los bolsillos, luciendo una expresión complacida.

–¿Qué acabas de hacer? –preguntó ella.

Él sonrió.

–No –Sadie lo señaló con un dedo–. Retíralo.

–¿Retirar, el qué?

–El deseo que acabas de pedir por mí. El deseo de amor. No lo quiero.

–¿Y qué más te da si no crees en ello? –preguntó el anciano.

–¡Mierda! –exclamó ella sin apartar la mirada de Eddie.

–He oído que tienes una cita.

–Dios mío, este edificio es un manicomio. Voy a tener que cambiar de trabajos.

Eddie se limitó a sonreír.

–No, aquí encajas. Y no hace falta que vuelvas a hablarle a la fuente, tu deseo ya está pedido.

Ya no importa si crees o no, te va a encontrar.

El corazón de Sadie se estrelló contra su pecho.

–Sin ánimo de ofender, eso suena más a amenaza que a promesa.

Eddie basculó el peso de su cuerpo sobre los talones y sonrió.

–No te preocupes...

–Si terminas la frase con un «y sé feliz», puede que tenga que hacerte daño.

–Yo hago el amor, no la guerra –Eddie se rio–. Y, ¿sabes qué? Creo que tú también.

–De eso nada. Preferiría pelear a hacer el amor cualquier día de la semana.

–Bueno, técnicamente, por algunas cosas merece la pena pelear –observó él–. Y el amor, desde luego, es una de esas cosas.

Las palabras del anciano permanecieron grabadas en su mente durante toda la noche y también al día siguiente, mientras regresaba a casa del trabajo e intentaba prepararse para la cita con un hombre que le gustaba excesivamente, lo cual añadía mucha presión a la cita, una cita que, estaba convencida, debería ser muy capaz de fastidiar.

Caleb llamó a la puerta de Sadie, no muy seguro de qué esperar. No le habría sorprendido que hubiese huido, pero Sadie abrió la puerta y Piruleta perdió su adorable cabeza al comprender que sus dos personas favoritas estaban en el mismo lugar y al mismo tiempo. Literalmente, saltó de un lado a otro entre los dos, hasta que Caleb se agachó para acariciarla con el fin de que se calmara.

La perra rodó inmediatamente de espaldas para que le rascara la barriga y el corazón de Caleb también rodó. Estaba enamorado de la hembra de dos piernas que se encontraba ante él, y también de la hembra de tres patas a sus pies. Pero solo una de las dos meneaba el rabo de felicidad, encantada de verlo.

La otra necesitaba tiempo y, sospechaba él, paciencia. Menos mal que le sobraban las dos cosas. Lentamente se levantó y miró detenidamente a Sadie. Llevaba puesto un impresionantemente sexy vestido negro que marcaba sus curvas de manera que se le hizo la boca agua. También llevaba unas botas de cuero negro de tacón alto que ascendían por sus largas piernas y terminaban justo por encima de sus rodillas, y bastante por debajo de ese mortalmente sexy vestido. El maquillaje era suave y sensual, a juego con el vestido y las botas, contribuyendo al impacto global.

Verla lo dejó, literalmente, sin aire.

Ella sonrió ante su silencio.

–Sé que dijiste ropa de gimnasia, y la tengo preparada. El vestido fue idea de Ivy. Me envió un mensaje hace un rato, sugiriendo que te dejara sin habla desde el principio, para así hacerme con el control. De modo que rebusqué en el armario hasta encontrar un vestido merecedor de ese honor.

Caleb volvió a mirarla de arriba abajo y sacudió la cabeza. Desde luego se había quedado sin habla, y Sadie era lo más sexy que había visto en su vida. Le gustó su táctica, y la razón subyacente, y sonrió mientras la empujaba ligeramente para poder entrar en su apartamento. Una vez dentro, cerró la puerta de una patada y la empujó contra esa puerta, tomándole el rostro entre las manos ahuecadas.

Sadie respiró entrecortadamente y sus ojos se abrieron desmesuradamente de excitación.

Le gustaba la reacción de Caleb.

De manera que él le ofreció otra más. Se pegó a ella y permitió que su cuerpo hablara por él.

–¡Oh! –exclamó ella sin aliento ante la altura perfecta de esos tacones que le permitían arquearse contra él y que ambos quedaran perfectamente alineados–. Creo que te alegras de verme –murmuró con la mirada fija en su boca y mientras se mordía el labio inferior.

Quería que él la besara.

Y Caleb también lo quería, seguramente más de lo que quería respirar, pero antes iban a salir, aunque lo matara. No sabía muy bien por qué era tan importante para él, pero quería... bueno, seducirla, supuso. Quería demostrarle que entre ellos dos había más que esa atracción sexual fuera de lo normal.

Desde el momento que ella había aceptado la cita, Caleb supo algo que ella no sabía, que esa noche iba a revelarse ante ella de una manera que jamás habría hecho si ella se hubiese negado a salir con él. Agachó la cabeza y acercó sus labios a un milímetro de los de ella.

–Sadie...

–¿Sí? –ella cerró los ojos y hundió los dedos entre sus cabellos.

–No te hacía falta el vestido para tener el mando aquí. Solo con verte, demonios, solo con oír una de tus descaradas observaciones y estoy deshecho a tus pies.

–No deberías contarme esas cosas –ella lo miró–. Podría aprovecharme de ello.

–Por favor, hazlo –contestó él con una sonrisa cuando ella puso los ojos en blanco–. Y, ¿Sadie?

–¿Sí?

Caleb se apretó un poco más contra ella, queriendo ver oscurecerse su mirada de deseo por él, como había sucedido la otra noche.

–Vamos a hacer esto...

–Sí –susurró ella, asintiendo al mismo tiempo, agarrándolo con más fuerza.

–Y va a ser muy bueno.

–Lo sé –Sadie intentaba conseguir un poco de ese «bueno», en esos momentos, pero él se apartó y le tomó la mano antes de volver a abrir la puerta.

–¿Qué...? –ella abrió los ojos de golpe.

–Primero nuestra cita.

–¿Me estabas engañando para, qué, volverme loca de deseo? –Sadie lo miró fijamente.

–¿Ha funcionado?

–No.

–Mentirosa –Caleb vio cómo los pezones intentaban atravesar la tela del vestido.

Y ella bajó la mirada a la más que evidente erección.

–Eh, yo no estoy intentando negar lo que tú me haces –protestó él y, aunque seguía sonriendo, lo



había dicho totalmente en serio.

Tan serio como seria era la mirada de Sadie.

–Una cita entonces –dijo ella–. ¿Y luego...?

–Decididamente que «y luego».

Ella asintió y salió por la puerta, delante de él, ofreciéndole la visión de la inexistente espalda del vestido. A Caleb se le escapó un gemido.

–Va a ser una noche muy larga.

–La culpa es tuya –contestó ella mientras balanceaba ese delicioso culo por el pasillo.

## Capítulo 18

#Mamá

A Sadie no le sorprendió que Caleb detuviera el coche frente al gimnasio al que ella, siguiendo las recomendaciones de Molly, había acudido un par de veces. En algunas ocasiones se había encontrado allí con Caleb, pero prefería su propio gimnasio, mucho más cerca de su apartamento.

Tan conveniente como privado.

Tres años atrás, después de romper con Wes y perderse de nuevo, había sentido la necesidad de cambiar de vida. De aprender algo más sobre sí misma. Cosas como cuidar de ella misma. Para Sadie cuidar de ella misma significaba machacarse sin drogas para poder luchar contra la depresión y la ansiedad, y para encontrar un poco de paz mental.

Una paz mental que había necesitado desesperadamente.

También había encontrado la fuerza de su niña interior en una clase de *kickboxing* en la que se había dejado caer, y que le había hecho sacar sus emociones reprimidas como no lo había logrado ninguna otra cosa. Después de aquello había seguido con las clases, y también con algunos talleres de MMA. Había aprendido algunos movimientos de lucha realmente estupendos, que nunca había tenido que utilizar, pero que habían obrado maravillas en su trasero.

Doble ganancia.

Había renunciado al cine, a comer fuera y a comprarse ropa nueva a cambio de la cuota del gimnasio y ya llevaba unos dos años y medio yendo al menos dos veces por semana. Estaba a la vez orgullosa y bastante confiada en poder patear a alguien con fuerza si hiciera falta.

–Vas un poco demasiado bien vestido para esto –dijo ella mirando a Caleb–, sigues llevando tu armadura.

Caleb apagó el motor del coche y se volvió hacia ella. Habían dejado a Piruleta en casa de su hermana, Hannah, para que pasara allí la noche, marcando, al parecer, el comienzo oficial de la cita.

–Tú tampoco te has quedado corta con la armadura –contestó él–. La tuya. La mía...

Sadie no estaba segura de hacia dónde quería llegar, de modo que no contestó.

En el rostro de Caleb se dibujaba una sonrisa, pero su mirada era muy seria.

–Y tienes razón. Llevo una armadura, pero no es mi traje. Mi armadura es mi piel y es dura como el trasero de un elefante, nacida de una vida que no siempre ha sido fácil.

Si había alguien que lo supiera todo sobre la vida no fácil, esa era ella, pero no quiso interrumpirle porque quería que Caleb siguiera hablando eternamente. A pesar de su desenfadado encanto y carisma, no solía hablar mucho de sí mismo. Y ella sentía una insana curiosidad por averiguar más sobre él... una autorevelación que poco a poco empezaba a aceptar.

–Cuando vi que empezabas a ablandarte conmigo, tomé una decisión –le explicó él–. La

decisión de mostrarte al hombre que hay bajo la armadura.

La cosa de la revelación le llevó un momento para procesarla.

–¿Crees que me he ablandado contigo?

–Sé que lo has hecho –la mirada de Caleb la desafió a decirle lo contrario, a mentirle en la cara.

Podría haberlo hecho. Era una buena mentirosa cuando quería, pero Sadie no quería mentirle.

Él le sostuvo la mirada un instante más, dándole la oportunidad de detener aquello, fuera lo que fuera aquello. Al ver que no lo hacía, se bajó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta, tomándole la bolsa del gimnasio y cargándosela al hombro junto con la suya propia. Después le tomó la mano y juntos caminaron hacia el edificio.

Estaba situado entre Cow Hollow y el puerto, en la planta baja de un viejo almacén. La fachada estaba hecha de láminas de madera regenerada y patinada, pero Sadie apostaba a que el resultado se debía a la naturaleza, al desgaste del tiempo y el uso. Se notaban los años que tenía, pero también era evidente su personalidad, con ventanales que iban del techo al suelo, y una construcción con vigas vistas. Los edificios que había a ambos lados habían sido remodelados para darles un aspecto más moderno, pero ese había conservado su gloria original.

–Me pregunto por qué este no ha sido renovado.

–Puede que al dueño le guste como era.

–A mí también –dijo ella.

–Y a mí –Caleb se detuvo y el tono de voz empleado llamó la atención de Sadie.

Él echó la cabeza hacia atrás y, con las manos en los bolsillos y los hombros hacia atrás, relajado, contempló el cartel del gimnasio que colgaba de la ventana de la segunda planta. Sin embargo, había algo en su pose que no era descuidada ni relajada. Parecía estar muy lejos y se le notaba... reflexivo.

–Cuando empecé a venir aquí, este lugar era un *dojo* –le tomó la mano y la giró hacia la puerta de entrada.

–Está cerrada –observó ella con sorpresa.

–Sí, una vez a la semana cierra temprano, destinado a uso privado –Caleb sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

–¿Eres tú el que hace un uso privado? –preguntó ella.

–Así es.

–Debes de tener buenos contactos.

–Podría decirse.

Dado que ya había estado allí antes, Sadie sabía que la puerta de entrada se abría a una amplia estancia de grandes ventanales que daban a la calle y al puerto. La pared de enfrente estaba forrada de espejos y una gran variedad de material de gimnasio. Cerca de la puerta había un recibidor y un mostrador detrás del cual la pared estaba cubierta de fotos de personas que habían estado allí.

Al entrar, la alarma emitió un pitido. Caleb sacó el móvil del bolsillo y abrió una aplicación que detuvo la alarma.

–Menudos contactos –observó ella.

–Yo ideé la aplicación para la alarma de este edificio, y también la instalé –le informó él.

El teléfono del mostrador sonó y una voz de mujer llenó la estancia.

–¿Caleb?

–Sí –contestó él.

–Solo quería comprobarlo. ¿Te apetece hacer unos cuantos *rounds*? Niles está conmigo y dice que no le importaría patear ese culo de chico blanco tuyo. Podríamos estar allí en veinte minutos.

–Esta noche no –contestó Caleb–. Tendrá que aguantarse las ganas para otra ocasión. Buenas noches, Sienne –cortó la conexión que mantenían y, además, hizo otra cosa con la aplicación–. He desconectado las cámaras de seguridad –explicó.

–De acuerdo –Sadie ladeó la cabeza–. Es evidente que tienes algo más que unos buenos contactos aquí.

–Esa era mi hermana, Sienne. Su marido y yo entrenamos juntos a veces. Todos mis empleados tienen derecho a acudir a este gimnasio y disfrutar de todos los servicios.

–Eres el dueño del edificio entero –supuso Sadie.

–Así es –Caleb hizo una pausa como si esperara que ella añadiese algo más, pero al ver que no lo hacía, continuó–. Debo admitir que esperaba algún comentario de los tuyos.

–Me estaba controlando –ella levantó un hombro y sonrió–. Además, pareces haberte labrado una vida estupenda, a medida de tus fortalezas. En realidad, me parece estupendo.

–¿En serio? –preguntó él–. ¿Y cuáles son mis fortalezas?

–Como si necesitaras cumplidos o ayuda con tu ego –Sadie puso los ojos en blanco.

–Compláceme.

–De acuerdo –ella asintió–. Bueno, eres muy listo.

–¿Ya está? –Caleb sonrió–. ¿Soy listo?

–He empezado por lo más obvio –Sadie se encogió de hombros–. También eres un tontorrón cuando se trata de animales y mujeres que no siempre logran llegar a fin de mes...

Caleb abrió la boca, pero ella puso un dedo sobre sus labios, no queriendo oír nada.

–Y luego hay eso que no me esperaba.

Ante el contacto del dedo de Sadie sobre sus labios, los ojos de Caleb adquirieron el color del whisky.

–¿Te refieres a que soy maravilloso besando? –preguntó él.

A Sadie le gustó la sensación de sus labios bajo la yema del dedo y sonrió. También le gustó el hecho de que tenía razón, pues era maravilloso besando. Le gustaba mucho hacerlo y se notaba. Cuando se involucraba, y ella sospechaba que siempre lo hacía, era capaz de hacerle olvidar cosas como dónde estaba y quién era. Su lengua era mágica y quizás gimió ligeramente al recordarlo, aunque sacudió la cabeza, porque había más.

–Me refiero a que tú me ves –le explicó con voz suave.

Caleb le tomó una mano por la muñeca y la llevó a su pecho. Con la otra mano le retiró un mechón de cabellos del rostro y sonrió.

–Claro que te veo. Y me gusta lo que veo, pero me gustaría ver más, Sadie. Mucho más.

–Lo mismo digo –susurró ella.

No le había resultado fácil admitirlo, ni siquiera estaba segura de cuándo había sucedido. Incómoda con esa línea de pensamientos, se volvió para contemplar más de cerca el muro cubierto de fotografías.

Había muchas fotos antiguas, de cuando el lugar había sido un *dojo*, y mucho más pequeño. Por aquel entonces no abarcaba toda la planta baja del edificio, sino una pequeña esquina. El protagonista recurrente de las fotos era un hombre asiático que aparecía en distintas etapas del *dojo*. Sadie se fijó en un niño pequeño de cabellos oscuros, grandes ojos, delgado y torpe. A medida que el hombre asiático envejecía en las fotos, el niño crecía desde un crío hasta un adolescente y luego un...

–Eres tú –murmuró ella sorprendida mientras buscaba la mirada de Caleb.

Él la había estado observando mientras ella contemplaba las fotos y sonrió tímidamente al ser descubierto.

–Soy yo. Un escuálido, asmático y acosado crío de diez años, que no pesaría más de dieciocho kilos cuando estaba empapado.

Poco más de lo que pesaba Piruleta. Sadie asimiló la información e intentó imaginárselo distinto de ese hombre atlético, seguro de sí mismo, triunfador y carismático que estaba de pie frente a ella.

–Este sitio me salvó la vida –continuó él, tomándole de nuevo la mano y ofreciéndole una visita guiada del lugar.

Cuando llegaron al cuadrilátero de boxeo, Sadie se detuvo. Gracias a todo el tiempo que había pasado en un gimnasio no muy distinto de ese, aunque al otro lado de la ciudad, se sentía cómoda allí. Poderosa. Muy femenina y... sexy.

–¿Te apetece practicar unos cuantos *rounds*? –preguntó ella juguetona.

–Sí –la mirada de Caleb se llenó de fuego–. Me apetece unos cuantos *rounds*.

Había empleado su voz grave y sexy, y ella soltó una pequeña carcajada.

–Me refería en el cuadrilátero. A no ser que tengas miedo...

Era muy consciente de que le estaba provocando y los labios de Caleb se curvaron en una sonrisa que hizo que el cuerpo de Sadie se estremeciera de felicidad.

«Abajo, chica».

–¿Me estás desafiando? –preguntó él.

«Por supuesto».

–Seguramente debería advertirte que de vez en cuando practico kickboxing para hacer ejercicio –Sadie se encogió de hombros–. Me ayuda a canalizar mi agresividad.

–Hay otras maneras de lograrlo.

De nuevo esa voz. Las rodillas de Sadie temblaron.

–Prefiero el cuadrilátero. Pero si te pone nervioso...

–Cámbiate.

No era habitual que ella saltara ante una orden. De acuerdo, ella nunca saltaba cuando le daban una orden, pero en esa ocasión lo hizo. Aunque solo porque se moría de ganas de subir al cuadrilátero con él y su cuerpo vibraba de anticipación. En las ocasiones anteriores que había estado allí, lo había visto en el ring con su amiga Molly, y otra vez con su amigo Lucas. Se habían dado una paliza de muerte, por diversión.

Los hombres eran tan raros, aunque debía admitir que le había puesto ver cómo se manejaba Caleb. Lucas era un cabrón experto en seguridad, y también investigador, que trabajaba en el mismo edificio que ella. Caleb sería un inversor de capital de riesgo de enorme éxito, pero jamás lo habría imaginado capaz de hacerle frente a alguien cuyo trabajo requería saber patear culos.

Pero sí lo era.

Unos minutos más tarde, Sadie estaba vestida con una camiseta y pantalones cortos, ambas prendas muy ajustadas para permitirle libertad de movimientos sin tener que preocuparse por si se le veían cosas que no quería que fueran vistas. Se recogió el pelo y salió a la zona de gimnasio.

Caleb ya estaba en el cuadrilátero, esperándola vestido tal y como lo había visto la última vez que había ido a ese gimnasio: camiseta de manga larga y pantalones holgados de baloncesto.

–Estás estupenda –observó mientras su cálida mirada le recorría el cuerpo.

–No era mi intención tener buen aspecto –contestó ella–, sino dar la impresión de desear

patearte el culo.

Con una sonrisa capaz de provocar un infarto, Caleb levantó las cuerdas para que ella pudiera subir.

–Enséñame lo que tienes, chica dura.

Sadie sacudió la cabeza ante la arrogancia de Caleb y dio vueltas por el ring durante un minuto, con las venas tensas con una excitación que hacía mucho tiempo no sentía.

Caleb seguía con aspecto demasiado seguro de sí mismo, mientras esperaba a que ella realizara el primer movimiento.

–Muy seguro estás de ti mismo, ¿no? –murmuró.

Él se limitó a sonreír.

Desde luego, muy confiado se le veía. Y guapísimo, maldito fuera.

–Deberías prepararte –le advirtió ella.

–Adelante.

–¿No me crees capaz?

–Hasta ahora lo único que has hecho es hablar. Espera un momento.

Caleb se estiró y se quitó la camiseta.

Sadie se quedó de piedra. En efecto, su torso era atlético, musculado, perfecto y todo eso, tal y como ella ya sabía que era. Pero también...

Estaba tatuado.

¿Cómo no se había dado cuenta la noche que habían pasado juntos? Tenía tatuajes en la parte trasera de los hombros y alrededor de un bíceps. Otro más abajo sobre una cadera, y que desaparecía en el interior de los pantalones cortos, endemoniadamente sexy. Y luego estaban las palabras «*Carpe Diem*», escritas verticalmente en uno de los musculosos costados.

Sadie lo miraba con la boca abierta. No tenía ni idea. Lo único que se le ocurría era que, debido al frío que hacía en su apartamento, él no se había quitado la camisa en ningún momento. Todavía estaba allí de pie mirándolo estupefacta cuando él la tumbó en el suelo del ring.

–¿Decías? –preguntó mientras se tumbaba, sonriente, encima de ella.

–¡Eh! –protestó Sadie, con la respiración más entrecortada de lo que le hubiera gustado–. No estaba preparada. Me has distraído. ¡A propósito!

Caleb se levantó y le ofreció una mano para ayudarla a ponerse en pie.

–¿A qué te referes? –preguntó él con inocencia, sabiendo muy bien que se refería a sus tatuajes, y no solo al de la tortuga Ninja.

Sadie se moría de ganas de lamer el de su cadera... se moría de ganas de lamerlo a él entero. Si no fuera por lo satisfecho que se le veía consigo mismo...

–No los vi la otra noche, y lo sabes –le aclaró ella.

Caleb siguió sonriendo. De modo que así quería jugar. De acuerdo. Consciente de que podía dar tan bien como recibía, dibujó una expresión seductora sobre el rostro sonriente y se alejó lentamente hacia el borde del ring, agarrando las cuerdas, sacudiéndose el pelo sobre el hombro y sonriéndole.

–Tienes un bonito montaje aquí.

Caleb se acercó a ella por detrás y puso las manos sobre las suyas en las cuerdas. Agachó la cabeza hasta rozar el cuello de Sadie con sus labios y ella soltó un gruñido de placer mientras pegaba su cuerpo al de él.

La respiración de Caleb cambió, y ese fue el momento que eligió ella para golpear, con el pie sobre la corva, haciéndole doblarse. Utilizando su peso para impulsarse, Sadie lo tumbó sobre el

ring, rodando sobre él hasta quedar pecho contra pecho.

–No estaba preparado –la imitó Caleb mientras deslizaba las manos hasta su trasero y lo apretaba–. Tienes un culo estupendo.

–Tú también –respondió ella–. Y lo sabes.

Caleb rodó hasta que ella volvió a quedar aplastada contra el suelo. Tomándole el rostro con las manos ahuecadas, se agachó y ella arqueó el cuerpo, convencida de que iba a besarla. Sin embargo, él se apartó ligeramente y la miró a los ojos.

–¿Hay algo que quieras decirme?

–Eh... –ella se retorció–. Llevas algo en el bolsillo que se me está clavando.

Los ojos de Caleb se oscurecieron con calor y un brillo de desafío mientras el cerebro de Sadie pasaba de golpe de divertido a impresionantemente excitado.

Los dos sabían que en el bolsillo no había nada. Nada salvo Caleb. Las manos de Sadie se deslizaron hasta sus bíceps, donde clavó sus dedos mientras el deseo y el hambre de él la inundaban. Abrazándolo con fuerza, ella suspiró de placer porque lo notaba grande y ardiente y la sensación era impresionante y quería...

Una alarma pitó junto a la puerta del gimnasio y la puerta se abrió.

Sadie se quedó paralizada.

Aunque Caleb no. Tras besarle la punta de la nariz, se puso ágilmente de pie y la arrastró con él.

–Los empleados de la limpieza –le explicó.

El hombre que acababa de entrar era bajito, enjuto, y empujaba un carrito con material de limpieza.

–¡Hola, jefe! –saludó, pero al ver a Sadie se detuvo–. Huy, ¿necesita un momento?

Los labios de Caleb se curvaron y Sadie lo miró a los ojos. Iban a necesitar más que un momento.

–No pasa nada, Ken –contestó Caleb.

Ken asintió y permaneció en la entrada inclinado sobre el carrito, repasando los suministros, como si su idea fuese comenzar por la recepción.

Sadie se distrajo con el dibujo japonés del omóplato izquierdo de Caleb, justo debajo de un impresionante árbol, y deslizó un dedo sobre la tinta.

–¡Vaya! Qué bonito.

–¿El qué?

–Te has tatuado la palabra «mamá».

–Ahí no pone «mamá» –él giró el cuello para poder mirar el tatuaje.

–Sí que lo pone –insistió ella–. Lo sé porque Mini Moe le hizo este mismo tatuaje hace poco a un cliente.

Caleb se volvió hacia Ken, que se estaba colocando un cinturón de trabajo cargado con botellas de spray y demás material de limpieza. Tenía el cabello tieso y negro como el carbón, y llevaba unas pequeñas gafas redondas, al estilo de John Lennon.

–¿Qué pone aquí? –le preguntó mientras se señalaba el tatuaje.

–¿Se supone que porque sea asiático debería saberlo? –preguntó Ken.

–Mierda –Caleb soltó un suspiro–. No. Lo siento...

–Era broma, jefe –Ken soltó una carcajada–. Sé lo que pone porque me está obligando a estudiar ese elegante máster en historia y cultura japonesa. Pone «mamá».

–Hijo de perra –Caleb sacudió la cabeza–. Me dijo que significaba «vida».

–¿Quién? –preguntó Sadie.

Caleb la tomó de la mano, con expresión conmovida y a la vez divertida, y quizás también un poco como si no supiera muy bien cuál de las dos sentir.

–Ha llegado el momento de la segunda parada de nuestra cita.



## Capítulo 19

### #Prejuicios

Sadie entró en un edificio de estilo victoriano. Caleb había conducido hasta allí y aparcado en un hueco del callejón en el que ella jamás habría podido meter un coche, aunque él lo hizo con soltura, como un profesional.

Los dos se habían quitado la ropa de gimnasia y ella volvía a lucir el vestido. Caleb estaba impresionante con unos vaqueros y una camisa blanca abotonada. Casi daban ganas de comérselo.

–No paras de mirarme fijamente –murmuró él en la entrada del edificio.

–Llevas vaqueros.

–Lo habrás dicho al menos diez veces durante el trayecto hasta aquí.

–Sí –admitió Sadie–, pero es que... llevas vaqueros.

–Voy a tener que soportar esto el resto de mi vida, ¿verdad? –él sacudió ligeramente la cabeza.

–Sí. Vaqueros, Caleb –bromeó ella–. ¿Nos hemos vuelto barriobajeros?

–No me juzgues por la ropa –le advirtió él delicadamente. Tras introducir una clave, abrió la puerta y la sujetó para que ella entrara primero.

Sadie leyó la pequeña y discreta placa de latón en la que ponía: *CARAMEL CARE VILLAGE*. Entró y absorbió las cálidas y acogedoras vibraciones del lugar, y el hecho de que había tres ancianos, dos hombres y una mujer, los tres en silla de ruedas, en la habitación. Comprendió que se trataba de una residencia para asistidos y, por su aspecto, también era de lujo.

–Hola, Dee, ¿qué tal está hoy? –Caleb sonrió a la enfermera que estaba tras el mostrador.

–Ha estado viendo los vídeos de *Rocky* que le trajo la semana pasada –la mujer sonrió–. Siempre encuentra el modo de hacerle volver con nosotros.

–Hoy somos dos –Caleb se señaló a sí mismo y a Sadie.

–Ningún problema –aseguró Dee–. Diríjense al fondo. Está tomando el té de la tarde.

–Debo advertirte de una cosa –Caleb tomó la mano de Sadie–. O bien se alegrará de verme o se cabreará. Puede pasar cualquier cosa.

Antes de que ella pudiera empezar a formular el millón de preguntas que tenía en la punta de la lengua, Caleb abrió la puerta de una de las habitaciones del pasillo. Un anciano asiático estaba sentado a una mesa frente a un gran ventanal, con una manta sobre las piernas, mirando pensativamente hacia el exterior.

Al oírles entrar, se volvió hacia ellos y entornó los ojos.

–¿Quiénes sois?

–Yo soy Caleb, y esta es mi amiga, Sadie –Caleb sonrió.

La feroz expresión del anciano permaneció inalterada y su mirada negra no se suavizó.

–No te conozco –hizo una pausa–. ¿O sí?

–Sí, Naoki –contestó él sin abandonar su sonrisa, aunque a Sadie le pareció casi insoportablemente triste–, sí que me conoces –se acercó al anciano y comenzó a desabrocharse la camisa.

Naoki contempló atentamente cómo Caleb se quitaba la camisa y describía lentamente un círculo delante de él, cuya aguda vista estaba fija en los tatuajes.

Sadie hizo lo mismo y sintió que le faltaba el aire ante la visión de los anchos hombros de Caleb, y su fornida y fibrosa espalda. Completado el giro, la mirada de Sadie se posó en el torso y los definidos abdominales, y en cómo esos vaqueros colgaban peligrosamente bajos de las caderas, acunando amorosamente sus mejores partes. Se mordió el labio inferior ante la urgencia de mordisquearle desde la nuez hasta el cinturón, y más abajo.

Naoki terminó el examen de los tatuajes de Caleb y lo miró a los ojos.

Caleb permaneció allí de pie, inmóvil, buscando algo en la mirada del anciano. Sadie sabía que, en ocasiones, los tatuajes podían despertar el recuerdo y esperaba que Caleb encontrara lo que estaba buscando.

–¿Quién eres? –preguntó de nuevo Naoki.

Caleb soltó un suspiro y, claramente decepcionado, sacudió la cabeza.

–Da igual –volvió a ponerse la camisa–. ¿Necesitas algo?

–No, aquí estoy muy a gusto –el anciano miró fijamente a Caleb–. ¿Eres tú el que paga para que yo viva aquí rodeado de este impresionante confort?

–¿Quién te ha dicho que alguien paga para que vivas aquí?

Naoki se volvió, silencioso. Caleb no pareció sorprenderse ante ese comportamiento y, de nuevo, tomó la mano de Sadie.

–Que pases una buena noche.

Ya habían llegado a la puerta cuando el anciano volvió a hablar.

–Espera.

Caleb se volvió de nuevo con una expresión vulnerable grabada en el rostro, una expresión que Sadie no había visto nunca. Sentía tal opresión en el pecho que apenas lograba respirar. Había reconocido a Naoki de las fotos con Caleb en el gimnasio. Era evidente que ese hombre era muy importante para Caleb, y fuera cual fuera la relación que hubieran mantenido en el pasado, el hecho de que Naoki no lo reconociera resultaba insoportablemente triste.

–¿Qué pasa? –preguntó Caleb–. ¿Te has acordado de algo? –su voz era baja y uniforme. Calmada. Pero Sadie percibió la esperanza que encerraba, y le apretó la mano, deseando desesperadamente que Naoki dijera que sí, que se acordaba de Caleb.

Sin embargo, el anciano señaló con la cabeza hacia la taza de té.

–Se me ha enfriado el té.

–Me ocuparé de que te traigan más agua caliente –Caleb respiró hondo y asintió.

Abrió la puerta y le hizo un gesto a Sadie para que saliera ella primero.

Penando por él, Sadie dio un paso, pero Naoki volvió a hablar.

–Ese tatuaje –dijo el anciano.

Caleb se detuvo de nuevo y se volvió.

–El árbol de tu hombro –continuó Naoki–. Es idéntico al mío. Y también es mi nombre. Significa «árbol».

–Sí –Caleb asintió.

–¿Llevas ese tatuaje... por mí?

–Sí –Caleb volvió a entrar en la habitación y se agachó junto a Naoki–. Hace mucho tiempo, me

hiciste fuerte. Fuerte como un árbol.

–De acuerdo –el anciano lo observó durante unos segundos–. Pero es evidente que no compartimos la misma madre. ¿Por qué llevas el mismo tatuaje de «mamá»?

Por primera vez desde su llegada a la habitación de Naoki, la mirada de Caleb se tiñó de humor.

–Porque nunca me dijiste lo que significaba, solo que era muy importante para ti.

Naoki reflexionó sobre esas palabras.

–¿Y como era muy importante para mí, lo immortalizaste sobre tu cuerpo?

–Sí –de hecho, había sido el anciano quien había acompañado a Caleb a hacerse el tatuaje, algo que, por supuesto, no recordaba.

Los ojos de Naoki pasaron de tener una expresión apagada a brillar con humor.

–Menuda estupidez.

Caleb no pudo reprimir un suspiro.

–No estoy seguro de haberte enseñado gran cosa si no fui capaz de asegurarme de que siguieras tu propio camino y no el camino de otro.

–Como sueltes lo de «encerar, lustrar», ya puedes olvidarte del té caliente –le advirtió Caleb.

–Puedes volver a venir a verme –Naoki sonrió abiertamente.

–Lo haré –la sonrisa se borró del rostro de Caleb, aunque su mirada reflejaba el placer que le habían producido las palabras de ese hombre.

–Pero ahora debes irte. Me cansas –Naoki miró a Sadie–. No le permitas hacerse más tatuajes estúpidos. Solo tatuajes buenos.

–No soy responsable de él –contestó ella–. Él se ocupa de sí mismo, con o sin estupideces.

La sonrisa de Naoki se ensanchó mientras la señalaba con un dedo.

–Tú me gustas. Descarada. Malhumorada. Listilla. Cuidas de él, ¿verdad?

–Entonces sí que me recuerdas –observó Caleb casi sin aliento–. Recuerdas haberme salvado, recuerdas haberme cuidado.

–Eres el muchacho –Naoki asintió.

–Sí.

–Pequeño e indefenso como un pajarillo –recordó el anciano–. Un enclenque.

Algo asomó a la expresión de Caleb durante una fracción de segundo, y desapareció. Una inolvidable tristeza.

–Sí –contestó–. Yo soy el enclenque.

–Pero ya no lo eres –el anciano lo señaló de arriba abajo–. Ahora parece que hemos intercambiado el puesto.

–Tú nunca serás un debilucho –protestó Caleb–. ¿Qué más recuerdas?

–Tu gancho de derecha es fuerte. Tu punto débil es tu guardia, te olvidas de mantenerla alta.

Los labios de Caleb se curvaron y miró fugazmente a Sadie.

–Todo eso es cierto.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

–Hora de las medicinas.

Caleb se volvió de nuevo hacia Naoki, pero el anciano se había quedado dormido en la butaca. Tenía la cabeza hacia atrás, apoyada contra el reposacabezas, el pecho subía y bajaba suavemente y unos sonoros ronquidos salían de su boca.

Caleb sonrió nuevamente, aunque la mirada permanecía sombría.

–Cuídenle bien –le pidió a la enfermera.

–No se preocupe por eso, señor Parker.

Cinco minutos después, estaban de nuevo en el coche de Caleb.

–Naoki fue tu héroe –observó Sadie.

–No fue. Lo es.

De nuevo, ella sintió una opresión en el pecho.

–Parece un hombre muy dulce.

–No –Caleb soltó una carcajada–. Dulce no. Es duro como una roca, y cree que lo sabe todo, lo cual resulta muy irritante dado que, normalmente, es así. Ese hombre no ha tenido jamás una debilidad.

–Te equivocas –dijo ella con delicadeza mientras le tomaba la mano–. Es evidente que tú eres su debilidad.

Caleb la miró fugazmente antes de volver la vista hacia la carretera.

–¿Tienes hambre?

–Bonito cambio de tema –contestó ella–, pero sí, me muero de hambre. Aunque a pesar de mi vestido, no soy aficionada a las cenas románticas.

–¿Y qué te apetece? –preguntó él con una media sonrisa.

–¿Te digo la verdad?

–Sí.

–Una hamburguesería –admitió Sadie mordiéndose el labio.

Caleb ejecutó un cambio de sentido, impresionante en medio del tráfico en el centro de la ciudad de San Francisco, y la llevó hasta North Beach, cerca de Fisherman's Wharf. Parado en la fila del autoservicio, la miró y enarcó las cejas. Sadie se desabrochó el cinturón y apoyó las manos sobre el muslo de Caleb para poder leer el menú, que no le hacía falta leer, porque se lo sabía de memoria.

Pero sentía la necesidad de tocarlo. De consolarlo. De ahuyentar las oscuras sombras que aún persistían en su mirada.

Sus rostros apenas estaban separados por unos milímetros y, muy consciente del peso de su mirada, ella apartó la suya del menú y la posó sobre los ojos de Caleb, sin apartarla mientras hacía su pedido.

Sin interrumpir el contacto visual, Caleb pidió un par de hamburguesas para él y añadió una bebida grande y patatas fritas grandes.

–Es más barato si pides un menú completo –explicó ella.

–Lo sé –él jugueteó con un mechón de los cabellos de Sadie.

–¿Y por qué has...?

–Triplica la última parte del pedido –anunció al invisible camarero.

–De acuerdo, señor Parker –contestó una joven voz masculina–. Ah, y antes de que lo pregunte, sí, mis hermanas y yo hemos hecho las tareas que nos ha mandado.

–¿Y los deberes? –preguntó él.

–¿Ha dicho bebida grande?

Caleb puso los ojos en blanco y condujo hasta la primera ventanilla.

El crío que había tras la caja era un adolescente de cabellos y piel oscuros, y mirada recelosa.

–De acuerdo –admitió–. No he hecho todos los deberes, pero, la verdad, es una estupidez.

–Estupidez o no, tenemos un trato –le recordó Caleb mientras le pagaba la comida.

El chico tragó nerviosamente y le entregó dos grandes bolsas con el pedido. Caleb lo repasó todo e hizo unos cuantos ajustes antes de entregarle a Sadie una de las bolsas y devolverle la otra

al muchacho.

–¿Están tus hermanas en la parte de atrás haciendo sus deberes como les pedí? –preguntó.

–Sí.

–Pues hazles llegar esto. También hay suficiente para ti, para tu descanso.

El gesto sombrío del chico desapareció al oler las patatas fritas.

–Gracias.

–Todavía no me des las gracias. Envíame fotos de los deberes cuando estén hechos. Y...

¿Trenton?

–¿Sí?

–Será mejor que los deberes estén hechos, y tus hermanas sanas y salvas en casa, a las diez.

El chico abrió la boca y Caleb enarcó las cejas.

–De acuerdo –asintió el muchacho antes de volver a cerrar la boca.

–Envíame un mensaje.

–Lo haré.

Caleb asintió y movió el coche hacia un lado para abrir la bolsa de comida.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó Sadie, deteniéndolo–. ¿Tú haciendo de héroe?

–Más bien de idiota.

Ella sacudió lentamente la cabeza, se inclinó hacia él y lo besó. Caleb se quedó inmóvil durante un instante, pero enseguida se sumó y la atrajo hacia sí. El beso se volvió salvaje y, cuando por fin se apartaron, ambos sin aliento, la miró fijamente.

–¿A qué ha venido eso?

–Ayudas a la gente –Sadie se encogió de hombros–. Es un aspecto de ti que resulta muy sexy.

–Tengo otros aspectos más sexys que podría mostrarte...

Ella puso los ojos en blanco y empezó a comerse las patatas fritas.

–Tengo la sensación de que te preocupas mucho por las personas.

Caleb soltó una carcajada, aunque no dijo nada. No hasta que llegaron al barrio de Pacific Heights, donde las calles estaban bordeadas de casas grandes, carísimas e impresionantemente bonitas. Entró por el camino de entrada de una de ellas, pulsó un botón y la puerta del garaje se abrió. Condujo al interior y volvió a pulsar el botón para que la puerta se cerrara. En la oscuridad del garaje, se volvió hacia ella, colocando una mano sobre el reposacabezas del asiento de Sadie, jugueteando con su cabello.

–No sé qué tienes con mi pelo –observó ella.

–En realidad lo tengo contigo. ¿Te parece bien entrar? –preguntó.

–¿Por qué no iba a parecérmelo?

–Solo quería asegurarme.

Sadie bajó del coche y miró a su alrededor, sintiendo más que curiosidad por Caleb. El garaje era enorme. Una pared estaba cubierta de herramientas, y todas parecían haber sido usadas. En la siguiente plaza de aparcamiento había una camioneta y en la pared, a su lado, un par de tablas de *paddleboard*, una tabla de surf y unos esquiés.

Sin previo aviso se abrió una puerta interior y apareció un hombre, alto y grande como un árbol. Tenía la piel oscura al igual que sus ojos, aunque en su rostro brillaba una amplia sonrisa.

–Solo quería asegurarme de que no eras uno de los malos –dijo antes de girar la cabeza hacia el interior de la casa–. Es tu hermano y ha venido con compañía, de la clase que significa que nosotros nos vamos.

–¿Es una mujer? –quiso saber otra mujer.

El tipo alto y corpulento sonrió a Sadie, que de repente lo reconoció de haberlo visto en el pub la semana anterior. Estaba casado con una de las hermanas de Caleb.

–Pues sí.

–Pues date prisa y salgamos por la puerta antes de que nos vean.

–Demasiado tarde.

–Sadie –Caleb puso los ojos en blanco–, te presento a mi cuñado, Niles. Niles, esta es Sadie. Y te deberé una si sacas de aquí a las chicas en menos de un minuto.

Niles sonrió y los dos se dieron uno de esos abrazos llenos de palmaditas tan típicos de los hombres, seguido de una complicadísima maniobra para estrecharse la mano.

–He tenido noticias de mi sobrino –dijo Niles–. Gracias por enderezarlo. Estoy convencido de que aún no ha dejado de hacer gilipolleces, de manera que no te ablandes. Mi hermana dice que seas duro con él, y que te asegures de que la mera idea de robarte le produzca pánico. Quiere que crea que podría ir a un reformatorio en cualquier momento.

Caleb asintió.

–A todo esto, ¿qué hacéis aquí?

–Sienne y Kayla te están aprovisionando la nevera.

–¿Ya está Kayla con el síndrome del nido?

–Sí, pero necesita ayuda. Está enorme ya.

–¡Yo no tengo el síndrome del nido! –gritó, supuestamente, Kayla desde el interior de la casa–. Pero no quiero que mis seres queridos corran el riesgo de morir de hambre, o que coman comida basura, porque no se toman el tiempo necesario de cuidar de ellos mismos.

Caleb bajó la mirada a la bolsa de comida que llevaba en la mano y la escondió detrás de la espalda.

Niles hizo una mueca y pasó una enorme mano por su calva.

–Al parecer, está teniendo problemas para regular sus hormonas.

–¡No es verdad!

Niles volvió a hacer una mueca, chocó los puños con Caleb, asintió hacia Sadie y desapareció en el interior de la casa.

Unos segundos después, la puerta delantera se cerró de un portazo.

–Eran mis hermanas, Sienne y Kayla –le explicó Caleb a Sadie–. Y el marido de Sienne, Niles. Kayla se vuelve loca, literalmente, cuando está en el último trimestre de sus embarazos.

–Vosotros estáis realmente unidos.

–Así es –él asintió–. Para lo bueno y para lo malo. Y déjame que te diga, algunos días hay un montón de malo.

Sadie lo siguió, pasando por la puerta a una de las cocinas más enormes que hubiera visto en su vida.

–¡Madre mía! –exclamó, aunque su mente estaba realmente ocupada procesando lo que había averiguado de Caleb aquella noche.

En primer lugar, tenía tatuajes, algo que no había mencionado jamás desde que lo conocía. Y ya hacía un maldito año que se conocían.

Y lo peor era que lo había juzgado por ser... ¿qué? ¿Normal?

Ese hombre estaba lo más alejado de cualquiera de las personas «normales» que hubiera conocido ella jamás. Era condenadamente listo, y también condenadamente reservado, no de un modo negativo, pero como si tuviera que protegerse todo el rato.

Pero lo que había averiguado sobre él esa noche era más que el hecho de que tuviera tatuajes y

mantuviera una relación cercana con su familia. Había averiguado que él también había tenido una vida complicada, y eso la convertía en una persona terrible por asumir que había vivido una infancia de cuento de hadas.

Sadie suspiró, y justo entonces los vio, allí, sobre el brillante y limpísimo suelo de baldosas: los cuencos de la comida y el agua de Piruleta, la visión le provocó una ridícula punzada en el corazón.

–Lo siento –dijo delicadamente.

Él la miró.

–Soy imbécil –le explicó ella.

–Pues entonces eres la imbécil más bonita del planeta –contestó Caleb–, si te refieres a eso.

–No, no es eso –Sadie se metió unas cuantas patatas fritas en la boca–. Tengo algo que confesar.

–¿Va a ser una confesión guarra? –preguntó él con expresión esperanzada.

–¡No! De todos modos da igual.

Caleb se metió el último pedazo de la hamburguesa en la boca, arrugó el envoltorio y lo lanzó hacia atrás por encima del hombro, y directo al cubo de la basura, sin siquiera mirar.

–Vamos, cuéntamelo.

–No, olvídale. Lo has estropeado.

–De acuerdo –él asintió despreocupadamente–. Entonces te lo diré yo. Quieres confesar que eres la señorita Prejuicios.

## Capítulo 20

#LíoCaliente

–¿Qué? –Sadie lo miró boquiabierta. ¿Cómo demonios se había dado cuenta? –. No voy a confesar tal cosa –aseguró–. Ni siquiera se acerca a lo que yo... –se interrumpió, viéndolo allí de pie, tan tranquilo, cuando ella no estaba nada tranquila.

Porque era verdad. Era una prejuiciosa.

–Todo es culpa de tus trajes –sentenció.

Él la miró durante largo rato, la expresión era en parte divertida, pero también con algo de frustración.

–Te diré lo que pienso –dijo al fin–. Pienso que cuando te sientes incómoda buscas una salida. Conmigo te sentiste muy incómoda desde el principio, de la mejor manera posible. Y eso significa que te sientes atraída hacia mí. Y eso te asusta, de modo que llevas buscando una salida desde entonces –le sostuvo la mirada–. El traje es mi uniforme de trabajo, Sadie, nada más. Es mi negocio, y también tiene que ver con la profesionalidad y la madurez y, en menor medida, con la imagen. No voy a llevar camiseta y vaqueros a una reunión de negocios con la NASA, por ejemplo. Ni cuando voy a sentarme a hablar de proyectos futuros que podrían suponer miles de millones de dólares. No me escondo detrás de la ropa, pero tampoco estoy siendo inauténtico.

Tenía razón, peor aún, era auténtico como el que más, mientras que ella solía intentar escandalizar, algo que demostraba claramente su inmadurez. Se apoyó contra la encimera de la cocina y cruzó los brazos sobre el pecho, mirándolo a los ojos.

–Debe de ser duro ser tan perfecto.

Caleb se rio. Se rio.

–No sé qué te parece tan divertido –protestó ella–. ¿Y sabes qué más eres? Demasiado tranquilo, y eso me pone de los nervios.

–Es mi negro corazón.

–¿Y no hay nada que lo haga latir? –preguntó Sadie.

–Sabes muy bien qué hace que lata mi negro corazón.

Sadie sintió que le ardía la cara, y eso le molestaba seriamente. Cerró los ojos porque, sí, lo sabía. Cuando Caleb se había hundido profundamente dentro de ella, tanto que no había sentido otra cosa que no fuera él, su corazón había latido con fuerza contra su pecho, y había resultado excitante. Abrió los ojos y se lo encontró de pie frente a ella.

Listo, sexy, y se movía sin hacer ruido.

–Solo para tu información, ni siquiera me acerco a la perfección –le aclaró él–. Soy mandón, exigente, no sé cuándo rendirme, y...

–¿Y...? –lo animó Sadie a continuar cuando se interrumpió.



–No es algo de lo que esté especialmente orgulloso –Caleb deslizó un dedo por la sien de Sadie, recogiendo un mechón de cabellos detrás de su oreja–. También soy emocionalmente despegado.

–¿De...?

–De prácticamente todo el mundo –contestó él.

–Salvo de tu familia.

–A veces incluso de ellos. No se me da bien la vulnerabilidad. La tuve en exceso siendo niño. De modo que me contengo, sobre todo con las mujeres –Caleb le acarició el lóbulo de la oreja, siguiendo el movimiento con la mirada–. Mi última novia me abandonó por ello. Y la anterior también. Si no recuerdo mal, la opinión recurrente era «bastardo insensible».

Sadie asimiló sus palabras, observándolo observarla con la mirada entornada. No era la única de los dos que estaba hecha un asco. Comprenderlo debería haberla asustado, pero lo cierto fue que la consoló. Miró a su alrededor, a esa enorme casa a la que, estaba bastante segura, no había llevado a ninguno de sus amigos comunes... pero a ella sí.

–Me estás poniendo a prueba –comprendió súbitamente.

Él se limitó a mirarla.

–Eso estás haciendo –insistió ella con calma–. Me estás arrojando a la cara todo lo que tienes para que me dé cuenta de que estás tan jodido como yo y para que te dé una patada en el culo.

–Cuando pienso en nosotros dos manteniendo una relación –él sacudió lentamente la cabeza–, no aparece la parte en la que me das una patada en el culo.

Eso la mantuvo con la boca cerrada durante unos segundos.

–¿Pienzas en nosotros manteniendo una relación? –preguntó ella–. ¿Conmigo? Porque, seamos sinceros, tu corazón ni siquiera se acerca a ser negro, pero el mío sí.

–Me gusta tu negro corazón –le aseguró Caleb–. Y sí, pienso en mantener una relación contigo. ¿De qué te sorprendes?

–¡Soy un desastre en llamas!

–Eres ardiente –él sonrió–, pero no eres un desastre. Eres fuerte, decidida, resolutiva, impredecible... –sonrió al ver el gesto de desagrado de Sadie al oírlo.

Pero lo que le resultaba más impresionante era que lo recordaba todo sobre ella. La conocía, la conocía realmente. Tras vivir su vida rodeada de personas que apenas se fijaban en ella, estar con Caleb era una experiencia casi revolucionaria.

–Y –añadió él con calma–, al parecer, aún no te has dado cuenta de que todo eso me gusta, un montón.

–Y sigues poniéndome a prueba. ¿He aprobado o suspendido?

–Eso depende –contestó Caleb–, de lo que hagas a continuación.

Ella lo miró fijamente durante un segundo, batallando consigo misma. «No vuelvas a hacerlo», pensó. «No lo hagas». Sin embargo, dejó la bolsa vacía de patatas fritas, chupó la sal del pulgar y cruzó la cocina, directa hacia él.

Caleb no se movió ni un milímetro, limitándose a observarla mientras se acercaba a él, los ojos entrecerrados, el cuerpo fingiendo calma.

Intentaba no sentir nada por ella.

Pero lo sentía.

Y ella supo exactamente cómo se sentía. Avanzó hasta estar cara a cara con él y deslizó las manos por su torso, cerrando sus dedos sobre los cabellos. Sosteniéndole la mirada, tiró de su cabeza hacia ella y tomó posesión de su boca.

Durante un instante, él permaneció inmóvil, permitiéndole mordisquearle la comisura del labio por un lado y luego por el otro. No fue hasta que Sadie mordisqueó el carnoso labio inferior que él gruñó y la atrajo hacia sí con fuerza.

–Pensaba que a estas alturas ya habrías salido huyendo, gritando en medio de la noche – murmuró él.

–Mírame, Caleb –Sadie soltó una risa gutural–. Si hay alguien que debería huir despavorido, ese eres tú.

–Tú no me asustas, Sadie Lane.

–Bueno, pues debería.

–Me gustas –él volvió a sacudir la cabeza–, tal y como eres.

–Lo que te pasa es que estás intentando meterte en mis pantalones.

–Llevas vestido, y condenadamente sexy, por cierto.

–En mis braguitas, entonces –rectificó ella.

–Si estuviera intentando meterme en tus braguitas, haría esto...

Caleb la empujó contra la encimera y apretó su cálido y sexy cuerpo contra el suyo. Tomó su rostro entre las manos ahuecadas y la besó hasta dejarla sin sentido, hasta que ella se colgó de él, intentando trepar por él como si fuese un árbol. Sadie se ahogó en el beso, permitiendo que toda la pasión retenida fluyera por su cuerpo y tomara el control. La sensación de las manos de Caleb sobre su cuerpo era perfecta, y más cuando empezó a tocarla donde ella quería ser tocada. No entendía cómo podía conocerla ya tan bien, pero la conocía.

Por fin, cuando ambos estaban respirando agitadamente, él se apartó lo justo para mirarla a los ojos. Le había bajado los tirantes del vestido hasta los codos, dejando los pechos al descubierto, y le había subido el bajo del vestido. Sus dedos jugueteaban con el borde del tanga de encaje, dificultándole la respiración.

–Ya no me acuerdo de qué estábamos hablando –consiguió decir.

Caleb sonrió y ella lo miró fascinada, porque sabía lo que llegaría a continuación.

«Ella».

Había sabido lo que iba a suceder desde el instante en que había cruzado la cocina y se había pegado a él. Caleb la tomó en brazos, sentándola sobre la encimera, arrancándole un grito cuando entró en contacto con el gélido granito.

–Tienes razón –jadeó–, ni siquiera te acercas a la perfección.

–Pero soy bueno –protestó él, con el humor dando paso a algo más intenso.

Tenía sus manos sobre las costillas de Sadie, justo debajo de los pechos, con los pulgares jugueteando con los pezones, produciéndole una sensación de estar caminando por un acantilado, a punto de caer al vacío.

–Espera –se apresuró ella, no muy segura de por qué estaba dando largas, salvo por la mezcla de lo fácil que resultaba estar con él, y su innata sexualidad que la tenían descolocada y sin la oportunidad de subir las barreras–. No te has terminado la cena. ¿Ya no tienes hambre?

Sadie sintió la sonrisa de Caleb contra ella, las manos cálidas y familiares. Estaba dando largas y él lo sabía.

–Estoy hambriento –le aseguró él, con la voz amortiguada por el vestido. Las manos se deslizaron por sus muslos, separándole las piernas. Las eróticamente ásperas yemas de sus dedos apartaron el encaje a un lado y...

–¡Oh, Dios mío! –murmuró Sadie al sentir la lengua de Caleb sobre su temblorosa carne.

–No –contestó él–. Solo soy yo –y eso fue lo último que dijo.

No como Sadie. Ella dijo un montón de cosas. O más bien lloriqueó y gimió cosas como «¡Sí!», y, «¡Oh, por favor!», y «¡No pares!», y, cuando Caleb la torturó, manteniéndola al borde de la madre de todos los orgasmos, hubo más de un «¡Maldita sea, Caleb!». Y ahí estaba el secreto de Caleb. Era capaz de pulsar teclas que ella ni siquiera sabía que tenía. Y era evidente que se había leído el libro de instrucciones porque sabía exactamente cómo funcionaba ella, y lo que necesitaba para funcionar a plena capacidad.

Tras desarmarla concienzudamente, sorprendentemente, y volver a colocar las piezas juntas, Caleb le besó delicadamente la cara interna de un muslo y luego del otro, y por último los dos tatuajes.

Y la cicatriz que había debajo de los dos tatuajes.

Sadie permaneció inmóvil, pero Caleb no. Se irguió, apartó de una patada el taburete y sacó un preservativo.

Que no era de color rosa neón.

Inclinándose sobre ella, rozó sus labios con los suyos mientras Sadie cerraba los puños sobre su camisa y tiraba de ella para arrancársela. Los tatuajes de Caleb eran endemoniadamente sexys, y ella depositó ardientes besos en cada parte de su cuerpo que fue capaz de alcanzar, mientras deslizaba las manos por el interior de los pantalones, obligándolo a soltar algunos creativos juramentos.

Normalmente a Sadie no le resultaba difícil mantener bajo control su conexión emocional con un hombre, pero cada vez que ella y Caleb se ponían íntimos, le resultaba imposible controlarse, mucho menos controlar sus emociones. La delicadeza y evidente afecto con el que la tocaba siempre disolvía la mejor de sus intenciones.

—Sadie —llamó él con voz ronca.

—¿Sí?

—Echaba esto de menos.

—No ha pasado tanto tiempo —consiguió decir ella con voz ronca, agarrándose a Caleb porque, de repente, él era su única ancla en un mundo que giraba sin parar.

Y de pronto lo tuvo dentro de ella.

Sadie se quedó sin aire mientras él la llenaba, sujetándola por las caderas para deslizarla hasta el borde de la encimera y así poder hundirse más profundamente dentro de ella. Ella le mordió el hombro para contener un gemido.

—¡Ay! Veo que tú también me has echado de menos —dijo Caleb mientras empezaba a moverse.

Y así, sin más, como siempre sucedía con él, Sadie se perdió, arrastrada a su campo de fuerza por la pura presencia de su personalidad. Si además añadía a todo eso lo que el cuerpo de Caleb le hacía al suyo, y cómo la miraba ese hombre... Sadie nunca había experimentado nada parecido. Y, si aún le quedara alguna capacidad cerebral, seguramente la aterrorizaría, pero no era el caso, no con Caleb agarrándola como si ella fuera lo mejor que le hubiera sucedido nunca, con el cuerpo tenso, diciéndole que estaba cerca. Sin embargo, ella estaba más cerca aún, y mientras lo pensaba cayó en el abismo, arrastrándolo con ella.

La liberación de ambos fue seguida de un perfecto momento de contento mientras los besos de Caleb se volvían tiernos y de nuevo lentos. Cuando sus corazones regresaron a un ritmo parecido al normal, aunque ella no estaba muy segura de que el suyo fuese a recuperarse del todo, él la ayudó a colocarse la ropa. Todavía deslizaba las manos sobre ella cuando el teléfono vibró sobre la encimera. Caleb hundió la nariz en el cuello de Sadie.

—Contesta.

–Cielo –una voz de mujer se oyó en la habitación–. Las chicas van a venir a ver *Despedida de soltera* y voy a pedir una pizza. ¿Te pido una a ti también?

Sadie sintió el pecho de Caleb estremecerse de la risa contra el suyo.

–No me resulta fácil resistirme a *Despedida de soltera*, mamá, pero no, gracias.

–¿Y qué me dices de la pizza? Adoras la pizza. ¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?

Caleb hundió una mano en los cabellos de Sadie y la deslizó por la garganta hasta tomarle un pecho con la mano ahuecada, deslizando el pulgar por su pezón, que se tensó solo para él.

–Esta noche estoy... ocupado –murmuró él.

Se produjo un prolongado silencio, como si su madre no registrara las palabras de Caleb.

–Pero a estas horas siempre estás muerto de hambre. ¿Has cenado?

Un brillo travieso asomó a los ojos de Caleb mientras miraba a Sadie, que sintió arder sus mejillas.

–Ya he comido –dijo, provocando que el calor de Sadie se trasladara a otros lugares de su cuerpo–. Tengo que irme, mamá. Te quiero.

Sadie esperó hasta que estuvo segura de que la llamada se hubo cortado.

–Acabas de mentirle a tu madre.

–No he mentido. Es verdad que he comido –Caleb le dedicó una sonrisa lasciva, que a punto estuvo de provocarle otro orgasmo a Sadie, y le rodeó la cintura con un brazo mientras deslizaba el otro por un muslo, animándola a que lo rodeara con sus piernas.

Lo cual hizo ella, besándolo desde el cuello hasta el tatuaje del bíceps.

–Un buen artista.

–Mi prima –le explicó él mientras le daba una palmada en el trasero, sujetándola con facilidad contra él–. Al igual que tú, ella normalmente solo atiende a clientes femeninos, pero le di la lata hasta que cedió.

–¿Por qué solo a clientes femeninos?

–No es una entusiasta de los hombres –Caleb se encogió de hombros–. Dice que tienen menos tolerancia al dolor.

–Los hombres son como bebés grandes –ella se rio al ver la expresión sorprendida de Caleb que parecía incluso algo ofendido–. Y cuanto más alfa sean, menor es su umbral del dolor. Una vez tuve un cliente que quería que le hiciera un enorme y estúpido tatuaje de Metallica, pero no pudo soportarlo. Abandonó la tienda con una rayita que bajaba por la parte trasera de su hombro.

–Yo no era precisamente un tipo duro cuando me hice el primer tatuaje –Caleb sonrió.

–¿Te refieres a esa tortuga de dibujos animados? –bromeó ella.

–Ríete cuanto quieras, me lo merezco. Por aquel entonces, yo era idiota. Un idiota que necesitó un par de tragos de vodka para poder soportarlo.

–Podría haber sido peor –observó Sadie–. Por lo menos no te tatuaste el nombre de tu novia del instituto. Rocco gana un montón de dinero tapando antiguos tatuajes, sobre todo nombres de examantes. Si tienes pensado grabarte para siempre un nombre sobre el cuerpo, debería ser el de una mascota, un hijo, o...

–¿O... mamá? –preguntó él secamente.

–Eso es –a pesar de sus intentos, Sadie no consiguió reprimir una amplia sonrisa.

Que, al parecer, resultó contagiosa porque él hizo lo mismo antes de mirarse ambos a los ojos con expresión bobalicona, y luego no tan bobalicona... y la habitación empezó a caldearse.

Caleb la acompañó fuera de la cocina. A Sadie la anticipación casi la dejaba sin aliento.

–¿Vamos a intentar de nuevo demostrar que ninguno de los dos tiene miedo? –preguntó ella.

–Sí. Tantas veces como seas capaz de aguantarlo.

–Hasta las ocho de la mañana no tengo que estar en el trabajo –Sadie le mordisqueó el cuello.

–Eso nos proporciona ocho horas –Caleb soltó un gruñido y consultó la hora.

–¿Crees que bastará?

–No, pero intentaré aprovecharlas al máximo.

–Espero que en alguna parte de esta enorme casa haya una cama.

–Sí, la hay –contestó él mientras la conducía hasta un enorme salón–. Pero no vamos a hacerlo allí.

–¿Ah, no?

–No.

La voz grave y ronca y la expresión de su rostro excitó a Sadie más de lo que le hubiera gustado admitir. Caleb posó una rodilla sobre el sofá más enorme que ella hubiese visto jamás, y la tumbó sobre él.

–Pero esta vez vamos a quitarnos toda la ropa –le prometió mientras en menos de un segundo conseguía que ambos estuviesen completamente desnudos, y antes de arrastrarse sobre ella y empezar a sacarle el mayor partido a las ocho horas de que disponían.

Sadie supuso que la mañana siguiente resultaría incómoda. A fin de cuentas, las mañanas de «después», no eran su fuerte. Cuando Caleb la arrastró fuera de la cama antes de las primeras luces del amanecer, ella le dijo que se preparara para morir. Pero él se limitó a reír y a cargársela al hombro para llevarla al cuarto de baño.

Se le pasó por la mente darle un mordisco a ese bonito culo, pero, cuando entró con ella en esa deliciosamente ardiente ducha, decidió que le permitiría vivir otros cinco minutos más.

–Has estado a punto de morir –le advirtió después.

–Calla –murmuró él mientras la apretaba contra él–. Aún no he terminado contigo.

A continuación, Caleb se tomó su tiempo para asegurarse de que ella disfrutara tanto como él de las duchas mañaneras en compañía, y Sadie olvidó todo lo del asesinato.

Después ella le anunció que, quizás, sí podría tratarse de un hombre perfecto... suponiendo que fuera capaz de prepararle unas tortitas. Pero Caleb le recordó que no sabía cocinar una mierda. De modo que, menos mal, no era perfecto del todo.

Cuando salieron del cuarto de baño, preparados para ir a trabajar, Piruleta estaba en el salón atacando a un pobre cojín.

–¿Tu hermana está aquí? –Sadie se quedó helada.

–No, solo ha venido para dejar a Piruleta.

Recordando los últimos treinta minutos en la ducha, Sadie se mordió el labio inferior.

–¿Crees que nos habrá oído?

–¿Nos? –él la miró con humor.

Ella le propinó una fuerte palmada en el pecho, arrancándole una carcajada.

–No ha oído nada –le aseguró Caleb mientras le tomaba una mano–. Las paredes están muy bien construidas, prácticamente insonorizadas.

Aunque el «prácticamente», le preocupaba, Sadie lo apartó de su mente cuando Caleb le sirvió el desayuno de los campeones de McDonald's, y luego la llevó a ella al trabajo y a Piruleta a la guardería de mascotas de la tienda de animales. Antes de que Sadie y la perra se bajaran del coche, él la abrazó para darle un beso de despedida que hizo que se le encogieran los dedos de

los pies. Las caricias de Caleb eran en ocasiones juguetonas y otras veces cargadas de lujuria, pero siempre significativas.

–Que tengas una buena mañana –murmuró él mientras sonreía ante la indiscutiblemente vidriosa mirada de Sadie.

–Ya he tenido una buena mañana –le recordó ella–. ¿Te has lastimado las rodillas sobre ese duro suelo de loseta de la ducha?

Caleb le dedicó una sonrisa muy sexy, y muy cómplice, que devolvió a Sadie a la ardiente y humeante ducha, en la que él había caído de rodillas para deslizar las manos por sus muslos y acercado la boca para proporcionarle una de las experiencias más eróticas de su vida.

–¿Te preocupa que no sea capaz de volverlo a hacer? –preguntó él.

–Me preocupan más mis rodillas cuando te devuelva el favor.

La mirada de Caleb entró en combustión y la besó de nuevo. Cuando se apartó, ella tuvo que bajar la mirada para asegurarse de que aún estuviese vestida.

Tras lo que le pareció una larguísima jornada en el spa de día, Sadie se dirigió a la tienda Canvas. Tanto Mini Moe como Blue estaban allí, al igual que Cal, que hablaba con Rocco.

–Lo siento –ella se dirigió a Cal–. No te tengo hoy en mi agenda...

–Lo sé. He venido en un temprano descanso para cenar. Escucha, ¿puedo hablar contigo un momento?

–Claro –ella asintió–. Acompáñame mientras preparo la cabina para mi primer cliente.

Cal se apoyó contra el mostrador y empezó a sacar algo del bolsillo. Sadie lo señaló con un dedo.

–No sigas. No quiero oír nada más relacionado con sexo.

–Lo sé –él levantó las dos manos–. Y siento lo que pasó. Solo... –la miró a los ojos, muy serio–. Quiero enseñarte algo. El otro día estuve en el edificio, y también esta mañana. He tenido una entrevista para un puesto de trabajo con Hunt Investigations, en la segunda planta. Por cierto, es confidencial.

–De acuerdo. ¿Y por qué me lo estás contando?

–Porque... –Cal se interrumpió haciendo un gesto de desagrado y deslizando una mano por su cabeza–. Mierda.

–¿Qué sucede, Cal?

El detective abrió la carpeta de fotos del móvil y buscó hasta encontrar dos que le mostró.

Fotos de ella.

Una, cruzando el patio con una bolsa del McDonald's, lo que significaba que había sido tomada aquella misma mañana. La otra, saliendo de la tienda Canvas, llevando a Piruleta de la correa y que, dada la ropa que llevaba, había sido tomada la semana anterior.

–¿Qué demonios es esto? –preguntó Sadie.

Cal recuperó el móvil y regresó a la primera foto, que amplió al máximo. Había más gente al fondo de la imagen, normal dado que el patio solía estar lleno de gente. Pero una joven estaba sentada en un banco, con el móvil levantado y apuntando a Sadie.

Cal pasó a la siguiente foto. La misma mujer aparecía también al fondo.

–¿Qué demonios...? –Sadie sacudió la cabeza.

–O bien tienes una acosadora, o te están vigilando por algún motivo. ¿Quieres que yo...?

–No –lo interrumpió ella sombríamente. Había reconocido a la supuesta acosadora y eso había provocado que las emociones la recorrieran por dentro como un huracán de fuerza cinco–. Tengo que irme. Envíame esas fotos.

Cal asintió y la dejó sola. Sadie permaneció allí unos segundos, con los ojos cerrados, intentando controlar el repentino tsunami de emociones que rugía en su interior, vapuleándola de dentro afuera.

Porque su acosadora era una de las hermanas de Caleb. Y, a juzgar por la prominente barriga de embarazada que lucía, se trataba de Kayla, sin duda apoyada por el resto de la familia. La sangre le hervía ante tamaña violación de la intimidad. Pero también se sentía humillada, porque debería haberlo sabido. Por supuesto, para permitirle a una mujer la entrada en su vida, Caleb tenía que hacerla investigar. Debería habérselo figurado antes, pero Caleb había conseguido anular su sentido común desde aquella primera noche cuando había rescatado a Piruleta. El pobre perro, afortunadamente, vivía felizmente ignorante de que sus dos dueños estaban locos.

Caleb la estaba haciendo seguir.

Y seguramente también investigando a fondo su pasado, lo que significaba que iba a tener que enfrentarse a varios hechos. O bien ya le habían contado cosas de ella que no le gustaría que nadie supiera, o estaba a punto de averiguar esas cosas.

En cualquier caso, la mezcla de mal humor y humillación le hacía sentirse como una gata con la espalda contra la pared y las garras fuera. Envió un mensaje a su primer cliente, que estuvo de acuerdo en retrasar la cita una hora, y salió a la parte delantera de la tienda.

Mini Moe, Blue y Rocco se la quedaron mirando ante la expresión que lucía.

–Solo llevas aquí cinco minutos –observó su jefe–. ¿Quién ha logrado cagarse en tu día ya?

No podía decírselo. No podía decírselo a nadie.

–¿Por qué se dice eso? Porque es asqueroso. Quiero decir que, piénsalo, ¿alguien se ha cagado literalmente en alguien para convertirlo en un dicho?

–Bonita manera de esquivar la pregunta –dijo Rocco–. Supongo que eso quiere decir que me meta en mis asuntos.

–Sí –Sadie nunca se había sentido tan agradecida por la sincera amistad de ese hombre como en ese momento. Pero incluso la amistad sincera tenía sus limitaciones. Rocco sabía algo sobre su pasado, pero no lo sabía todo, como que sus padres la habían sacrificado involuntariamente. Y, si tenía algo que decir al respecto, él jamás lo sabría. Nadie lo sabría–. En un rato vuelvo.

–Parece como si fueras a patearle el culo a alguien.

–Porque eso es lo que voy a hacer –contestó ella.

–¿Necesitas ayuda?

Sadie se detuvo y se volvió hacia él, poniéndose de puntillas para besarle la rugosa barbilla.

–No, pero me encanta que me hayas preguntado. Gracias.

–Trajes la ha jodido, ¿a que sí?

Sadie tuvo que tragar con fuerza para hacer bajar el repentino nudo que se le había formado en la garganta. Nada fácil, dado que tenía el tamaño de un balón de fútbol reglamentario. Sin embargo, en su mal humor había grietas que estaban permitiendo que otras emociones, más descontroladas, se colaran, y no podía permitirlo. Aún no. No hasta haber tratado ese asunto y poder retirarse a algún lugar solitario donde lamerse las heridas.

–¿Hace falta que lo mate? –Rocco la contempló durante un segundo.

–Lo tengo controlado.

–Llámame si necesitas ayuda para ocultar el cuerpo –su jefe asintió. Y no era una sugerencia, sino una orden.

Y Sadie sintió cierto consuelo en el hecho de que sabía que lo decía en serio, al ciento por ciento.

## Capítulo 21

#CómoArruinarLaMañanaDespués

Caleb entró en su oficina y se reunió con Sienne mientras se servía un café.

–Hola –saludó–. Tú estudiaste japonés en la universidad.

–Si te refieres a esa única clase de cultura japonesa a la que asistí hace trillones de años, porque necesitaba los créditos y era la única clase que no estaba completa, entonces sí –ella lo miró perpleja–. Y estuve a punto de suspender, por cierto. ¿Por qué?

Él tironeó de la camisa y señaló el carácter japonés.

–Al parecer, significa «mamá». La versión de Naoki de una broma. Lo tumbaría sobre la lona si creyera que se acuerda de ello.

–Y la gente va diciendo por ahí que eres un genio –su hermana soltó una carcajada.

Él puso los ojos en blanco y se dirigió a su despacho.

–¿Dónde está el tatuaje de tus hermanas? –gritó Sienne–. ¿Por qué aún no estamos inmortalizadas sobre ti?

Caleb echó el cerrojo de la puerta del despacho.

Pasaron varias horas hasta que, estando en medio de una reunión, vio a Sadie aparecer frente a él. Detuvo el programa informático y se quitó las gafas de realidad virtual.

Todos los que estaban con él en la enorme sala, trabajando en su último proyecto, hicieron lo mismo. Spence, Sienne, los dos ingenieros de la NASA con los que había estado trabajando, y los tres programadores de mayor nivel.

–Luces –ordenó.

Las luces pasaron de tenues a brillantes.

Sadie estaba allí, vestida con la misma ropa que llevaba cuando la había dejado en el trabajo aquella mañana: unos ajustados vaqueros rotos, los agujeros mostrando retazos de sus sexys piernas. Llevaba un jersey negro recortado y botas negras de tacón alto que le permitían estar casi a la misma altura que él. Llevaba el pelo suelto y salvajemente sexy alrededor de la cara, y lucía suficientes pendientes y pulseras como para disparar un detector de metales.

Pero por sexy que fuera, y lo era, y mucho, cuando la miró a los ojos, Caleb sintió que le faltaba el aire. Había tanta ira en esa mirada que casi pasó por alto el desgarrador dolor.

Aunque no del todo.

–¿Qué sucede?

–¿Podemos hablar? –dijo ella.

–Malo –murmuró Spence por lo bajo–. Nada bueno puede surgir de esas dos palabras. ¿Has cometido alguna estupidez?

–Vamos a hacer un descanso de diez minutos –anunció Caleb a la sala, ignorando a Spence



mientras mantenía el contacto visual con una claramente molesta Sadie.

–Mejor treinta –le dijo Spence a Sadie con una sonrisa–. A veces, cuando una mujer tiene algo que decir, necesita tiempo para decirlo –se agachó y acercó una mano al hocico de Piruleta, que le permitió hacerle una caricia, aunque solo tenía ojos para Caleb y tironeaba de la correa para alcanzarlo.

Sadie incluso le devolvió la sonrisa a Spence, demostrando así que Spence tenía razón, que Caleb se había metido en un lío. La sala se vació y él alargó una mano hacia ella.

Pero Sadie se apartó y se cruzó de brazos. Se había cerrado en banda con fuerza, y eso no era bueno.

–Supongo que no se trata de una visita de cortesía –observó él mientras tomaba a Piruleta en brazos y la abrazaba antes de recibir un montón de besos por toda la cara. A continuación, dejó a la perra en el suelo y se concentró en Sadie.

Sin embargo, a Piruleta no le pareció nada bien. Se sentó sobre el pie de Caleb y lo miró con expresión de adoración mientras gemía diciéndole que aún estaba allí.

Más bien todo lo contrario que Sadie.

–Desde luego que no es una visita de cortesía –contestó ella–. Debería haber sabido que no tenía que bajar la guardia contigo, pero no sé por qué pensé que ibas a sorprenderme y ser diferente del resto. En cambio, has resultado ser peor que cualquier tipo con el que haya salido.

–Esa es una acusación muy grave –observó él delicadamente–. ¿Vas a explicarme qué he hecho?

–Has sido taimado y manipulador. Lo único que tenías que hacer era preguntarme directamente. Te habría contado cualquier cosa que quisieras saber. Soy un condenado libro abierto.

Eso era mentira. Caleb jamás había conocido a una mujer que se pareciera menos a un libro abierto. Pero desde luego no iba a ser él quien se lo señalara, cuando prácticamente le estaba saliendo vapor de las orejas.

–Sigo sin saber de qué demonios me estás hablando –insistió él.

–¡Por favor! Y lo realmente jodido es que no tiene ningún sentido. Yo no buscaba nada de ti ni... ni teníamos un asunto.

Caleb se tomó un segundo para asimilar esas palabras, comprendiendo la seriedad con que ella se lo estaba tomando.

–De acuerdo –dijo él al fin–. En primer lugar, sí que tenemos un asunto. Empezó la noche que rescatamos a Piruleta, aunque hasta anoche no conseguiste confiar en mí lo suficiente como para dejar caer algunas barreras y pasar la noche conmigo.

–Tener sexo no es lo mismo que tener una relación –ella lo fulminó con la mirada.

–Tienes razón –Caleb asintió–. Y por eso no he hecho alusión a la primera vez que nos acostamos. Aquello sí fue sexo. Un sexo estupendo, por cierto, pero lo de anoche fue diferente. Fue algo más, y lo sabes. Y lo estás utilizando para echarte atrás y huir asustada.

Sadie tuvo que hacer varios intentos para poder hablar.

–No vuelvas esto contra mí. No estoy huyendo asustada. Estoy furiosa. Y lo que hubiera anoche, ha terminado.

–¿Por...?

Ella respiró hondo como si lo necesitara para hablar en lugar de asesinarlo allí mismo.

–Porque has hecho que me sigan como si fuera alguna extraña a la que te apetece tirarte, pero a la que necesitas investigar primero. ¡Y ni siquiera te molestaste en hacerlo tú mismo! No sé qué estás buscando, pero no soy ninguna timadora. No voy a entrar a hurtadillas en tu casa para robarte, ni a hablar con la prensa para revelar tus secretos comerciales, ¿qué pensabas?

–Espera –Caleb sintió que su boca se quedaba abierta y agarró a Sadie del brazo cuando estaba a punto de volverse para marcharse–. Espera un maldito segundo. ¿De qué demonios estás hablando?

–En una ocasión me contaste que las mujeres con las que sales deben pasar una exhaustiva investigación y pasar por un proceso para ser declaradas aptas, un proceso gestionado por tu hermana.

–Sí, pero eso es una exageración.

–Eso es, a ti no te hace falta hacerlo porque para eso tienes a tu hermana, para hacerte el trabajo sucio –ella sacudió la cabeza–. Yo no quería esto, Caleb. No quería nada de esto.

No solía pronunciar su nombre con frecuencia, pero, cuando lo hacía, como la noche anterior cuando él se había hundido profundamente dentro de ella, siempre le producía placer. Salvo en esa ocasión. En esa ocasión, Sadie pronunció su nombre como si fuera una palabrota.

–No te estoy haciendo seguir. Te lo juro –insistió ante la expresión incrédula de Sadie–. Jamás te haría algo así –en el instante mismo de decirlo supo que era verdad. Él no le haría algo así, y por eso supo que se había enamorado.

Profundamente.

Excesivamente.

En algún momento, mientras su cerebro no prestaba la debida atención, su corazón se había hecho cargo. Había sido un lento proceso de despliegue, pero no tenía ningún sentido negarlo. Estaba haciendo cosas que no había hecho nunca, como utilizar las horas que estaba despierto para hacer algo que no fuera trabajar. Por ejemplo, abrirle su casa, y su corazón, a la mujer que tenía de pie frente a él, fulminándolo con la mirada, furiosa y cargada de desconfianza.

Lo cual significaba que iba a ser él quien confiara por los dos hasta que lograra hacerle comprender que jamás le haría daño, que era auténtico y que no iba a ir a ninguna parte.

–No te estoy haciendo seguir –repitió con calma–. Y... ¿yo te he convencido? Eso es mentira, pero voy a pasarlo por alto porque es evidente que estás muy disgustada y...

–Déjame que te diga dónde puedes meterte tu comprensión –lo interrumpió Sadie–. De lado –añadió mientras sacaba el móvil.

Había dos fotos, las dos de Sadie, aparentemente viviendo su vida en el edificio Pacific Pier, y en las dos se veía a la misma mujer al fondo.

Kayla, en todo su glorioso embarazo, desarrollando el papel del sagaz fotógrafo.

–¿Qué mierda es esta? –exclamó Caleb tras ver las fotos.

–Eso mismo me pregunto yo.

Caleb alzó la vista y se encontró con la furiosa, y dolida, mirada de Sadie.

–No sé qué está pasando aquí –dijo él–, pero voy a descubrirlo.

–Una vez me dijiste que los Parker actuáis en equipo –le recordó ella–, aunque se trate solo de uno de vosotros. Os apoyáis, os cuidáis. A lo mejor no dijiste nada para poner esto en marcha, pero sabías que podría suceder y, desde luego, podrías haberlo detenido.

Desde luego eso era cierto, y Caleb hizo un gesto de desagrado.

–Sadie...

–¿Insinúas que nunca has hecho investigar a tus parejas sexuales?

–Parejas sexuales, sí –contestó él–. Amantes, no.

Caleb la miró a los ojos para dejar claro que consideraba que eran amantes y no solo una pareja sexual, pero ella desvió la mirada. Ya fuera porque no quería reconocerlo, o porque no se lo creía, Caleb no estaba seguro.

–En el pasado –continuó–, antes de profundizar demasiado en una relación, se producía un proceso de investigación, pero siempre con mi permiso. Reconozco que he profundizado mucho contigo, pero aún no he informado a nadie al respecto.

–Incluyéndome a mí.

–Si dices eso es que no has estado prestando atención –Caleb se jugó el cuello acercándose a ella–. Esperaba que mis acciones hablaran por sí mismas.

–Sí, bueno, estoy aprendiendo mucho de tus acciones, y de las de los tuyos –le aseguró ella, seca, desconfiada–. Espero que lo que hayas descubierto de mí haya merecido la pena –se agachó y tomó a Piruleta en brazos–. Adiós, Caleb.

–Espera –Caleb le tomó una mano para evitar que se dirigiera hacia la puerta.

Pero Sadie se soltó y, cuando levantó la vista hacia él, el dolor que reflejaba su mirada era mayor que el enfado. Un dolor atormentado, profundo, desgarrador, que hizo que Caleb se quedara de piedra.

–Sadie –llamó con dulzura, deseando consolarla, aliviar lo que estuviera sintiendo. Porque allí estaba pasando algo más, era evidente que se estaba perdiendo algo.

–No –murmuró ella con la voz entrecortada–. No lo hagas.

Tomó a Piruleta y salió por la puerta. La perra volvió la cabeza para mirar por encima del hombro de mamá, para verlo a él.

–¡Guau!

Quería a su humano.

–Podría... –comenzó Caleb, pero la respuesta de Sadie fue hacer un gesto con el dedo anular. Correcto.

Podría haberla detenido, o haber avisado a seguridad para que la retuviesen en la entrada. Pero él jamás haría algo así. Sadie estaba enfadada y disgustada, y tenía derecho a estarlo.

Tenía que arreglarlo. En primer lugar, necesitaba averiguar qué demonios había sucedido y por qué. Le había dicho claramente a Sienne que se mantuviera al margen de su vida privada. Cuando tuviera la información que buscaba, encontraría a Sadie y le abriría su corazón.

El despacho de Sienne estaba vacío.

Probó con el de Hannah y acertó el pleno. Las tres estaban allí. Hannah, sentada sobre el escritorio con las piernas cruzadas, comiendo comida china con sus palillos. Kayla, sentada en el sillón de Hannah, el plato posado en equilibrio sobre su enorme barriga, comiendo con un tenedor porque jamás había tenido habilidad para el manejo de los palillos chinos. Sienne también comía, de pie, apoyada contra el escritorio, riéndose porque Kayla acababa de tirarse una empanadilla sobre el pecho.

–¡Hola! –saludó Kayla al ver entrar a su hermano, mientras se llevaba la camisa a la boca para comer la empanadilla directamente de la camisa.

Él cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

–Qué bien –comenzó–. Una reunión de El Clan. Hablemos.

Todo El Clan se quedó inmóvil al unísono, mirándose las unas a las otras con las cejas enarcadas.

–¿Estamos en esos días del mes? –preguntó Sienne.

–Sabes muy bien que he obligado a todos los hombres de esta empresa a realizar cursillos de sensibilidad –Caleb suspiró–. Quizás debería obligar a las mujeres a hacerlos también. Y no, no estamos en ese día del mes. Estamos en ese día del mes de «voy a tener que despediros a todas».

–¡Hala! –exclamó Hannah sin dejar de comer–. Parece que quisiera morirse.

–Siéntate –le ordenó Caleb a Sienne. Era evidente que no tenía ganas de bromas.

–Me gusta estar de pie.

–¿Y te gusta estar sin empleo? –preguntó él.

Sienne masticó la comida y la tragó, tomándose todo el tiempo del mundo, pero al final se sentó.

–¿Qué demonios te...?

–¿Cuál de las tres ha aprobado la investigación sobre Sadie después de que os dijera que no lo hicierais?

Las tres volvieron a mirarse con prudencia, los rostros inexpresivos, a la manera de los Parker de cerrar filas.

–Más vale que alguien empiece a hablar –insistió Caleb mientras miraba a Sienne a los ojos–. Te pago más a ti, empieza tú.

–¿La pagas más que a mí? –preguntó Hannah.

Sienne dejó a un lado el recipiente de comida china y se limpió las manos con una servilleta antes de sostenerle la mirada a su hermano.

–Yo lo aprobé.

–Después de que te dejara muy claro que no lo hicieras –observó Caleb, queriendo asegurarse de haberla entendido correctamente.

–Estabas, estás, comportándote de una manera rara –protestó ella–. Haces cosas que nunca habías hecho, como marcharte temprano del trabajo.

–Temprano no –puntualizó él–. Lo que estoy haciendo es trabajar una jornada normal en lugar de todo ese tiempo de más, algo que lleváis, por cierto, toda la vida insistiéndome para que haga.

–Sales de las reuniones para contestar llamadas privadas. Y te pasas todo el rato enviando mensajes. Y te muestras muy reservado al respecto, sobre ella.

–Porque es un asunto privado –señaló él.

–¿Un asunto?

–Sí, un asunto entre ella y yo, no es un asunto vuestro. No tiene nada que ver con el trabajo, de modo que dejadlo estar.

–Pero es que nosotras no somos solo compañeras de trabajo –intervino Hannah–. Somos tu familia. Lo llevamos haciendo desde hace, ¿cuántos años? ¿Por qué de repente te molestas? ¿Qué tiene esta vez que lo hace tan diferente? ¿Qué significa ella para ti?

Caleb acababa de empezar a entender la respuesta a esa última pregunta, y desde luego no iba a hablar de ello con sus entrometidas hermanas.

–¿Qué importancia tiene?

–Claro que la tiene –puntualizó Sienne–. Sabes que teníamos que hacer comprobaciones, quizás ahora más que nunca, por tu extraño comportamiento.

–Sienne –Hannah miró a su hermana y sacudió la cabeza. Luego miró a Caleb–. Hay más –dijo con calma–. Hemos encontrado... algo.

Él la fulminó con la mirada.

–Sé que estás molesto –continuó ella–, pero...

–En realidad, estoy furioso. Quizás podría entender que busquéis información sobre ella. En el pasado hemos tenido motivos para hacerlo –admitió Caleb de mala gana–, pero ¿hacer que Kayla la siguiera después de pedirnos que no lo hicierais?

–Nunca te habías quejado antes –protestó Hannah–. ¿Qué esperabas?

–Esperaba que me dejarais vivir mi vida y hacer mis propias elecciones –contestó él–. Habéis

ido demasiado lejos. Debería despediros a todas.

Los ojos de Kayla se llenaron de lágrimas y Caleb soltó un suspiro.

–No llores –la abrazó y besó su cabeza–. Habéis hecho muchos sacrificios por mí, lo sé. Y os agradezco todo lo que habéis hecho, más de lo que soy capaz de expresar. Y, sí, estáis a cargo de mi vida profesional. Pero aquí se trata de mi vida personal, y necesito que me escuchéis atentamente. Os adoro, pero tenéis que sacar vuestro culo de este asunto –las miró prolongadamente de una en una y se volvió hacia la puerta.

–De todos modos, te voy a enviar el fichero –le indicó Sienna.

–No lo hagas –le advirtió él.

–Bueno, te lo diré de otro modo –se corrigió ella–. Ya te lo he enviado. Deberías leerlo.

Caleb salió cerrando la puerta y respiró hondo. La cabeza le daba vueltas. Para horror de sus empleados, abandonó el edificio. Se dirigió hacia Cow Hollow, aunque hizo una pequeña parada de camino.

Tras aparcar consultó el móvil. Sienna le había enviado un archivo esa mañana. Caleb leyó el nombre del archivo: *Mercedes Lane, por favor, léelo*.

Pero no lo hizo. Lo que hizo fue entrar en la tienda Canvas. Tanto Rocco como Mini Moe estaban en el mostrador de la entrada, codo con codo, ocupando con su envergadura media tienda, hablando de la ensalada de rábano y uvas que estaban comiendo.

–Eh –saludó Mini Moe a la defensiva, señalando a Caleb con el tenedor–. No tiene gluten.

–No estoy juzgando –contestó Caleb.

–¿Estás seguro? Porque incluso yo nos estoy juzgando un poco.

Caleb reprimió una carcajada, consciente de que era lo mejor para su integridad física. Miró a Rocco, que no había dicho ni una palabra, ni lo había saludado.

–¿Está Sadie aquí?

–¿Por qué?

–Me gustaría hablar con ella.

–¿Por qué? –repitió Rocco, metiéndose un poco más de ensalada en la boca y masticando agresivamente.

–Te lo ha contado –Caleb soltó un suspiro.

–Me ha contado que la cosa se ha jodido.

–Sí –él asintió–. Y he venido para disculparme.

Rocco y Mini Moe se miraron sorprendidos.

–¿Qué? –preguntó Caleb–. ¿Qué os parece tan raro?

–Nada –contestó Rocco–. Salvo que, que yo recuerde, ni uno solo de los tipos con los que se ha relacionado sentía por ella lo suficiente como para disculparse por lo que fuera.

Caleb ya se lo había imaginado, pero oírlo hizo que se sintiera un poco más gilipollas.

–¿Significa eso que vais a decirme dónde está?

–Al parecer, ese te diría cualquier cosa que quisieras saber –anunció Sadie detrás de él.

Caleb se volvió y la vio en la entrada a las cabinas del fondo.

–Y –continuó ella, dirigiéndose a su jefe–, ¿sabes qué más cosas hay libres de gluten? Cerrar el pico –se volvió de nuevo hacia Caleb, fría y distante.

–Hola –saludó él en un susurro.

Sadie no le hizo caso, se limitó a fulminar con la mirada a Rocco y a Mini Moe.

Rocco le ofreció su tenedor, con una uva pinchada.

–Yo no tomo vino en forma de píldoras –Sadie sacudió la cabeza.

Rocco se encogió de hombros y siguió comiendo.

Caleb le ofreció el vaso que había comprado de camino, lleno de su café favorito.

Sadie contempló el vaso y leyó las palabras grabadas: *Me gusta el café negro como mi alma.*

Sonrió a regañadientes.

–¿Podemos hablar? –preguntó él, sintiendo un *déjà vu*, ya que hacía tan solo una hora ella le había dicho esas mismas palabras. Y la cosa no había ido bien. Esperaba que en esa ocasión fuera de distinta manera.

Sin embargo, ella titubeó, y Caleb temió que fuera a rechazarlo sin más, aunque por fin asintió y señaló con la barbilla hacia su cabina de trabajo. Apartó la cortina de golpe y se sentó sobre la encimera. Su lenguaje corporal decía «Cerrado», mientras bebía a sorbos el café que él le había comprado, mirándolo desde unos ojos que no desvelaban nada.

–Lo siento –comenzó él–. Tenías razón sobre lo que estaba sucediendo, pero quiero que sepas que yo no pedí que te investigaran. Jamás lo habría hecho sin avisarte primero. Mis hermanas van a abandonar la investigación y desistir, y te dejarán en paz. Si quieres terminar esto, terminar conmigo, lo entenderé, pero espero que me des otra oportunidad.

Sadie lo miró fijamente durante un buen rato y él le sostuvo la mirada, deseando tener un mínimo de idea de qué estaba pensando.

–¿Te informaron de lo que descubrieron sobre mí? –preguntó ella al fin.

–No –era la absoluta verdad y así seguiría siendo. No tenía ninguna intención de leer el mensaje sin abrir que había en su correo.

Sadie procesó la respuesta y asintió de nuevo.

–Sal conmigo –le pidió Caleb.

–Ya hemos tenido una cita –Sadie lo miró detenidamente.

–Pues procedamos con la segunda cita de la lista.

Ella tomó otro sorbo de café, no tan tranquila como le gustaría estar, ya que sus manos temblaban visiblemente.

–En mi lista no hay ninguna segunda cita.

–¿Y qué hay en tu lista?

–Un montón de cosas –ella las enumeró levantando los dedos–. Una: los hombres son un asco. Dos: deshazte de cualquier hombre en tu vida. Tres: los hombres son un asco. El resto de la lista no tiene importancia ahora mismo –soltó el vaso y se bajó de la encimera.

Él la tomó de la mano para que no se marchara.

–Entonces ¿hemos terminado, Sadie? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Ella lo miró a los ojos sin decir nada.

El corazón de Caleb dio un brinco, aunque asintió. Le había asegurado que lo entendería, y tenía intención de cumplir su palabra. Independientemente de cómo su corazón se estaba lanzando contra las costillas, le soltó la mano, se volvió, y se marchó.

## Capítulo 22

#BajoSuPiel

Sadie permaneció inmóvil varios segundos, indecisa, mientras veía marcharse a Caleb. Le había confesado que podría ser emocionalmente desaparegado, y ella lo había creído.

Pero apostaría todo lo que tenía a que a ella se le daba mejor. Salvo que... normalmente, cuando se desaparegaba y tomaba una decisión sobre alguien, nunca miraba atrás. A veces se trataba de una herida emocional, como le había sucedido con los hombres que había permitido anteriormente entrar en su vida. Habían tenido que marcharse para preservar su salud mental. Lo mismo que su familia. Aún los veía, participaba de las reuniones como un miembro de la familia, pero después de todo lo sucedido durante su difícil adolescencia, había logrado cortar por lo sano la capacidad de su familia para lastimarla.

El problema era que, desaparegarse emocionalmente en un aspecto de su vida había desangrado lentamente a otras áreas también, hasta que había terminado por estar emocionalmente desaparegada de casi todo.

Hasta la aparición de Caleb.

Caleb había aparecido y la había arrastrado hasta su vórtice, desnudándola emocionalmente mucho antes de hacerlo con su ropa. Lo cierto era que no quería desaparegarse emocionalmente de él. Pero la cosa era que no estaba segura de cómo ser distinta a como era. Y, en el fondo, no estaba segura de si lo que ella era sería, podría, ser suficiente.

Aun así, era una superviviente peleona y sabía cómo cambiar una situación a su favor cuando lo necesitaba. Y, desde luego, aquella era una situación que quería cambiar. Había exagerado y, peor aún, había dejado que Caleb se marchara pensando que ella no lo quería. De modo que agarró la mochila de Piruleta, la empujó a entrar y se la colocó. Después salió corriendo de la tienda, pasando por delante de unos sorprendidos Rocco, Mini Moe y Blue.

Rocco levantó una mano con el tenedor, a modo de saludo, pero Sadie continuó.

—¡Guau! —opinó una excitada Piruleta.

El teléfono de Sadie vibró y, esperando que se tratara de Caleb, ella contestó sin mirar primero la pantalla, y sin detenerse.

—Intento alcanzarte.

—¿De qué hablas? —preguntó su madre.

—De nada, olvídalo —«¡mierda!»—. Tengo que irme, te llamaré luego...

—Siempre dices lo mismo, pero no me llamas. Necesito que me confirmes que vendrás a cenar la semana que viene. Será el ensayo familiar del banquete de boda. Ya sabes, tenemos que practicar ser una familia amante, antes del momento verdadero.

«Mierda». ¿Solo faltaba una semana?

–No me digas que te habías olvidado –sugirió su madre–. Ya sabes lo importante que es este ensayo. Debemos mostrarnos sincronizados.

Pues buena suerte con eso...

–Claro que no lo he olvidado.

–Bien. ¿Con quién vas a venir?

–Eh...

–Me prometiste que tendrías un acompañante para la boda.

–Sí –afirmó Sadie–. Pero no se trata de la boda. Ni siquiera es el verdadero ensayo del banquete. Y, como bien has dicho, solo es para practicar.

–Y lo hacemos por ti.

Sadie no pudo contener una carcajada. Pues claro que lo hacían por ella.

–Porque, que Dios no permita que yo actúe como yo misma, ¿verdad?

–Cielo, no estoy de humor para tu descaro. Solo dime que estarás allí.

Sadie se subió a uno de los bancos de hierro forjado del patio para ver todo el espacio, buscando alguna señal de Caleb.

–Allí estaré.

–Con un acompañante.

–De acuerdo, con un acompañante –le concedió ella.

–¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica?

Sadie consiguió no estamparse el móvil contra la frente. Su madre no quería saber si era simpático, o si la trataba bien. Lo que quería saber era a qué se dedicaba. Le preocupaba que Sadie fuera a llevar a la boda a alguien que no fuera adecuado, y quería echar un vistazo primero al material.

–Es un multimillonario, un genio, y siempre viste trajes caros –contestó sin pensar.

–Bueno, tampoco hay necesidad de ser sarcástica.

–Mamá –ella se pellizcó el puente de la nariz–. Tengo que irme.

–Opinas que soy una mala madre.

Sadie estiró el cuello a un lado y al otro, buscando al tipo alto y fornido que se marchaba de su vida.

–¡Vaya! –exclamó su madre ante el silencio de Sadie–. Es verdad que lo piensas.

–Mamá...

–Tenías que irte, ¿no? –tras lo cual, su madre colgó.

Sadie quizás la habría llamado, pero justo entonces vio a Caleb al otro lado del patio. Echó a correr, para diversión de Piruleta, instalada sobre su espalda. Para cuando lo alcanzó, estaba sin aliento por la loca carrera.

De acuerdo, no era verdad. Estaba sin aliento porque había estado a punto de no alcanzarlo. Ese hombre se transformaba en humo cuando quería. Pero consiguió hacer frente a sus largas zancadas y colocarse delante de él.

Y entonces se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que quería hacer o decir. Por suerte, Piruleta tenía sus propias ideas.

–¡Guau! –exclamó con convicción al ver a su hombre preferido.

Sadie no estaba dispuesta a menear el rabo o descubrirse en ningún aspecto, pero había una cosa que sí sabía... quería creer en él. En ellos.

–Mount Diablo –dijo, todavía sin aliento.

Caleb alargó una mano hacia su rostro y a Sadie se le encogió el corazón. Porque todo iba a



salir bien, iba a acariciarla.

Sin embargo, a quien acarició Caleb fue a Piruleta, aunque no apartó la mirada de Sadie.

–¿Mount Diablo? –preguntó con calma, sin dejar traslucir ni una pista de lo que estaba pensando.

Una pregunta lógica.

–Me preguntaste qué había en mi lista –contestó ella–. Salir con alguien no está, porque es evidente que se me da fatal. Pero Mount Diablo sí está, porque llevo toda la vida viviendo en San Francisco, y nunca he estado allí.

–¿Alguna vez has faltado al trabajo por enfermedad? –preguntó Caleb tras titubear brevemente.

–Sí, pero en ninguna de las ocasiones estaba enferma de verdad –admitió Sadie.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Caleb.

Una hora después, llegaban al comienzo de la pista de Mount Diablo. Se sentaron en la cima de la ciudad de piedra, rodeados de una extensión de cuevas y formaciones de roca arenisca que le cortaron la respiración a Sadie.

Como le cortaba la respiración el hombre que la había llevado hasta allí. Era él quien cargaba con la mochila de Piruleta, liberando a Sadie del peso. La perra había caminado una parte del sendero, pero era evidente que prefería ir colgada de los hombros de Caleb.

Él ya había estado allí antes, por supuesto. Él había estado en todas partes, lo había hecho todo y, aunque a Sadie le gustaba considerarse a sí misma como mundana y cínica, no tenía datos sobre él.

–Me parece estar oliendo a quemado –él se volvió y la observó atentamente.

–No sé qué ves en mí –contestó ella mientras se esforzaba por no hacer una mueca ante la patética afirmación de Caleb. Pero lo cierto era que no tenía ni idea y, al parecer, necesitaba saberlo.

Y era evidente que Caleb estaba sorprendido.

–¿Sabes qué? Da igual –dijo ella rápidamente, girando la cabeza y fingiendo estudiar el paisaje.

Sadie lo oyó soltar a Piruleta para que pudiera correr, para gran felicidad del animal, y luego sentó a Sadie en su regazo. Rodeándola con sus brazos le besó un hombro, la nuca, y siguió hasta la oreja.

Ella se estremeció de los pies a la cabeza con un delicioso escalofrío.

–Me siento fascinado por ti desde el principio –murmuró él.

–Eso no es verdad –protestó Sadie–. A lo largo del año pasado nos cruzábamos muy a menudo, y jamás te mostraste fascinado.

–No te dabas cuenta porque estabas demasiado ocupada esforzándote en no sentirte fascinada por mí tampoco.

El puro ego masculino de la afirmación arrancó una carcajada de Sadie, carcajada que se interrumpió en seco en su garganta cuando los dientes de Caleb le arañaron el lóbulo de la oreja. Sus manos se deslizaron bajo la blusa y se detuvieron sobre la cintura.

–Te estás desviando del tema –observó ella.

–Sí, y se me da muy bien. Lo cierto es, Sadie, que me aterrorizas.

–¿Cómo puede ser eso? –ella lo miró fijamente.

–Cada vez que estoy cerca de ti, siento algo.

Sadie se retorció sobre su regazo, el culo sobre la verga, y también sintió algo.

–Sí –contestó mientras se reía bajito–. Se llama lujuria.

–Algo de eso hay –concedió él–, pero es más que eso. Antes de la llegada de Piruleta había

siempre algo en tus ojos que me hacía sentir... –respiró hondo–. Expuesto. Vulnerable. Y yo no suelo sentirme vulnerable. Y, por cierto, eso no cambió cuando empezamos a conocernos. Pero mi curiosidad y el deseo que sentía por ti, superaron mis miedos –sonrió, aunque su mirada era muy seria–. Pero, si la pregunta es realmente cuándo empecé a enamorarme de ti, yo diría que la noche en que rescatamos a Piruleta. Cuando te quedaste ahí, de pie bajo la helada lluvia, conmigo, tu ropa pegada al cuerpo, tus ojos llameantes. Al principio no me di cuenta de lo mucho que me atraías –Caleb sonrió al recordarlo–. Y entonces empezaste a discutir conmigo. Por todo –la carcajada fue ronca y grave–. Me entraron ganas de empujarte contra la pared y besarte hasta que me desearas la mitad de lo que yo te deseaba a ti, hasta que te derritieras por mí.

–¿Y entonces? –se oyó Sadie susurrar.

–Y entonces adoptaste a Piruleta a medias conmigo. Y no porque buscaras algo de mí, sino porque querías hacer lo mejor para la perra. Y ahí fue cuando supe que era más que lujuria, y tuve que alejarme de ti para planear mi estrategia.

–¿Siempre un inversor de riesgos? –murmuró ella.

–Algo así –Caleb extendió las manos sobre las costillas de Sadie, con las puntas de los dedos rozándole la parte inferior de los pechos–. No eres una mujer sencilla, Sadie.

–Soy bastante traviesa –admitió ella mientras se le disparaba el pulso–. Pero tú tienes recursos para eso.

Caleb ignoró el intento de Sadie de desdramatizar el momento.

–No eres sencilla –repitió–. Eres algo completamente distinto –mientras ella reflexionaba sobre sus palabras, él sonrió y la besó con dulzura–. Y me gusta –murmuró contra sus labios–. Me gustas mucho, Sadie Lane.

Sadie suspiró y se agarró a él con más fuerza.

–Tú también me gustas mucho, Caleb Parker. Y no quería que fuese así.

–Cuéntame –la apremió él con la voz cargada de humor.

Ella puso los ojos en blanco y se puso seria, mirándolo fijamente.

–Quiero decir que no quería para nada. Pero tú te escurriste bajo mis defensas cuando yo no miraba. Y ahora no soy capaz de sacudirte de encima.

–De lo cual me alegro enormemente –él le ofreció una dulce y cálida sonrisa.

Piruleta corría alrededor de los dos como una loca, de un lado a otro y de vuelta a ellos, tropezándose de vez en cuando sobre sus tres patas, pero levantándose de inmediato, sin la menor idea de que era minusválida.

Sadie sintió la necesidad de ponerse de pie y empezar a correr también. Correr de un lado a otro y... esconderse. Era un genio del escondite, lo llevaba haciendo toda su vida, tanto física como mentalmente. Pero lo cierto era que no quería esconderse de Caleb. Quería quedarse allí mismo, en sus brazos, mientras él la quisiera allí. Estiró el cuello y contempló el cielo nocturno. Estaba tormentoso y amenazaba lluvia, algo que ella adoraba. Cuando las primeras gotas empezaron a caer, sacó la lengua para atrapar una.

–Si hubiésemos venido hace una semana –Caleb habló con voz ronca mientras la observaba–, habríamos podido ver el lanzamiento de un cohete con cargamento para el espacio.

–¿Tuyo? –preguntó ella.

–Sí. Por lo menos la tecnología.

El mundo de Caleb era mucho más grande que el suyo. Ella ya lo sabía, pero nunca dejaba de impresionarla.

–Solías viajar mucho por motivos de trabajo, y pasabas mucho tiempo fuera –observó ella–.

Antes de que llegara Piruleta.

–No solo Piruleta. Hay muchos motivos por los que estoy utilizando San Francisco como mi campamento base estos días. Mi familia. Mis amigos –Caleb hizo una pausa y la miró a los ojos–. Tú.

Sadie se quedó audiblemente sin aliento, y una pequeña sonrisa curvó sus labios.

–Lo supe desde el día que te conocí –le aseguró él–. Más o menos hará un año.

–¿El qué supiste? –susurró ella.

–Que iba a enamorarme de ti, sin poder recuperarme jamás.

–No quiero ser la persona que retenga a alguien. Jamás –Sadie sintió una opresión en el pecho.

–Tú no me retienes. Haces que la vida sea más.

–¿Más qué? –preguntó ella.

–Más todo.

–¿Solo porque me acuesto contigo?

–Eso desde luego –Caleb sonrió.

Sadie puso los ojos en blanco y levantó la cabeza para contemplar caer las perezosas gotas de lluvia desde el cielo, pero él le tomó la barbilla y le hizo girar la cara.

–Y también porque me estoy enamorando de ti, Sadie. Hasta la médula.

Sadie posó sus dedos sobre los labios de Caleb para impedir que siguiera hablando.

–Eso no hará que sea menos verdad –consiguió decir él.

–Calla –Sadie cerró los ojos e intentó calmar su corazón–. Solo un minuto –sus pensamientos volaban en sintonía con una inminente embolia. A su alrededor todo era calma. Piruleta se había vuelto a acomodar a sus pies, resoplando tras el ejercicio.

De acuerdo, de modo que Caleb conocía un montón de palabras bonitas que la habían conmocionado. No era un hombre que jugara con los sentimientos de los demás, mucho menos con los de alguien por quien sintiera algo. Y sentía algo por ella. Al menos sentía algo por los aspectos de sí misma que le había permitido tener.

Y, sin embargo, había algo que no sabía. A pesar de la exhaustiva investigación de sus hermanas, que o bien no había concluido, o cuyos detalles aún no habían compartido con él, Caleb no conocía su pasado. Porque, de haberlo conocido, habría salido huyendo hacia el monte. De eso no le cabía la menor duda.

Lentamente, Caleb deslizó una mano hasta la nuca de Sadie, apremiándola para compartir un dulce y tierno beso que pronto dejó de ser dulce, dejándola con la misma sensación que tenía cuando ponía sus manos sobre ella.

Dejándola con sensación de hambre por él.

Unas pocas gotas de lluvia les golpearon, seguidas de unas cuantas más, dejando una impresionante sensación sobre la acalorada piel mientras el resto de luz diurna desaparecía poco a poco.

Caleb se levantó y le ofreció una mano acogiéndola a ella y a Piruleta bajo un saliente para protegerlas de la lluvia. Piruleta se metió en su mochila y bostezó.

Apretando a Sadie contra su cuerpo, Caleb le rodeó la cintura con un brazo, le tomó una mano y se la llevó al pecho.

–¿Qué estamos haciendo? –preguntó ella.

–Bailar bajo la lluvia.

El mero hecho de que recordara su pequeña fantasía secreta dejó a Sadie momentáneamente sin habla, aunque enseguida deslizó la otra mano por su torso y le rodeó la nuca, apretándose contra él

fornido y cálido cuerpo, dejándose llevar completamente por el momento.

Sadie le permitió guiarla, a pesar de que se limitaron a mover los pies y a contonearse ligeramente al son de la lluvia que golpeaba las rocas a su alrededor, y también al son de los pequeños ronquidos de Piruleta. Sadie apoyaba la cabeza contra el hombro de Caleb, la nariz pegada a su cuello. Cerró los ojos y aspiró su olor mientras oía el latido de su corazón.

–¿Caleb? –susurró.

–¿Sí?

–Llévame a casa.

La casa de Caleb era la que estaba más cerca. Apenas se había cerrado la puerta delantera cuando él la empujó contra ella para besarla con avidez.

–¡Guau!

–Espera un segundo –Caleb suspiró y se apartó de ella. Tomó a Piruleta en brazos y desapareció del salón. Dos minutos más tarde volvió solo–. Está en mi despacho con una chuche. De momento está contenta –volvió a tomarla en sus brazos–. ¿Dónde estábamos?

–¡Guau!

Sadie se volvió, y allí estaba Piruleta en la entrada, con los ojos brillantes, la lengua fuera y el rabo en movimiento. Atada a la silla del despacho de Caleb, que había arrastrado por todo el pasillo, parecía estar esperando pacientemente a recibir atención.

–Ahora no –murmuró Caleb contra la boca de Sadie–. Mamá y papá necesitan un momento.

–En realidad –intervino Sadie, mirando a Caleb a los ojos–, mamá necesita algo así como catorce minutos, y eso si eres muy, pero que muy, bueno.

–Creo que los dos sabemos que soy más que bueno –los ojos de Caleb se iluminaron ante el desafío mientras le mordisqueaba el labio inferior a Sadie–. Pero te diré una cosa, te concedo todos los minutos que quieras. Puedes tener toda la noche –soltó a Piruleta de la correa–. No te comas la casa –le advirtió antes de llevar a Sadie al dormitorio.

Ella le desabrochó la chaqueta y la deslizó por sus hombros. En menos de un minuto había desaparecido el resto de la ropa de Caleb y toda la de Sadie, que acabó amontonada en el suelo. Con la mirada oscura, cargada de un firme propósito, Caleb la empujó ligeramente. Las corvas de Sadie chocaron contra el borde del colchón y ella cayó sobre la cama, donde él la sujetó y comenzó a explorar cada milímetro de su cuerpo con las manos, la lengua, los dientes... demostrándoles a ambos que no eran necesarios catorce minutos.

Aunque de todos modos se los regaló. Y muchos más.

## Capítulo 23

#PeleaSucio

Caleb abrió los ojos poco después y encontró a Sadie pegada a él, la cara contra su pelo, y un brazo y una pierna sobre su cuerpo, como si lo estuviera reclamando.

Era evidente que su cuerpo participaba activamente en lo que su mente no.

Encajaban como dos piezas de un puzle.

Cuando sintió rugir su estómago, recordó que se habían saltado la cena. Lo más silenciosamente que pudo, se deshizo del abrazo y se dirigió a la cocina con Piruleta. En la nevera encontró unos restos de macarrones con queso que metió en el microondas. Mientras esperaba a que se calentaran, abrió el portátil, que siempre descansaba sobre la mesa de la cocina, y repasó sus mensajes.

Como de costumbre, había muchos más de los que le apetecía leer en ese momento, incluyendo el archivo de Sienne.

Piruleta lo contemplaba fijamente.

–Eh –se defendió él–. No lo he abierto, ¿a que no?

Había un mensaje de Kel en el que le decía que había visto en las noticias que una de las empresas de Caleb iba a enviar pasajeros al espacio en la siguiente década, y que esperaba tener un pasaje gratis. Caleb respondió que trato hecho, pues así podría decir que había conseguido al primer vaquero espacial. Kel respondió con el emoticono que tenía el dedo corazón en alto.

El timbre del microondas sonó y Caleb sacó el recipiente, tomó un tenedor y dos botellas de agua y regresó al dormitorio. No esperaba que Sadie estuviera despierta, pero lo estaba, tumbada de espaldas, contemplando pensativamente el techo.

–¿Qué hay? –Caleb dejó todo lo que llevaba sobre la mesilla de noche y se sentó pegado a su cadera.

–¿Qué es eso que estoy oliendo? –Sadie parpadeó–. ¿Macarrones con queso?

–Un poco de repostaje –él le ofreció el recipiente, junto con el tenedor.

–¿Para la segunda ronda? –ella sonrió.

Caleb le devolvió la sonrisa y abrió una botella de agua, entregándosela luego también.

–Para mí sí. Para ti será la... cuarta, ¿o es la quinta?

Sadie soltó un bufido y tomó un largo trago de agua. Sin embargo, había algo en su mirada. Caleb esperó a que hubiese terminado de comer antes de retirarlo todo, apagar de nuevo la luz y deslizarse bajo las mantas. A continuación la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza, besándole la sien.

–Se te da muy bien el interrogatorio silencioso –Sadie suspiró–. Creo que es así porque estás desnudo. Cuando estás desnudo eres una condenada distracción. Haces que me olvide de mí

misma.

–Me parece justo, dado que cuando tú estás desnuda yo ni siquiera soy capaz de recordar mi nombre.

Ella sonrió, aunque solo fugazmente.

–Háblame, Sadie.

Durante unos segundos, ella permaneció en silencio, pero él esperó pacientemente. Era su superpoder por excelencia, un poder que le había sido concedido por demasiadas hermanas y una madre fuerte como un demonio.

–¿Alguna vez has estado tumbado en la cama, reviviendo cada cosa horrible que has hecho o dicho? –preguntó ella.

–Continuamente. ¿Qué estás reviviendo esta noche?

–Hoy, por teléfono –Sadie suspiró–, he permitido que mi madre crea que considero que fue una mala madre.

–¿Y lo fue? –preguntó él.

–No. No lo sé –Sadie hizo una pausa–. Yo era una mala hija.

–Eso no me lo creo –Caleb sacudió la cabeza–. Y las madres son resilientes.

–¿En serio? ¿Qué es la cosa más horrible que le has dicho a tu madre jamás?

–Le dije que no podía salir con una cita porque era fea –él soltó una carcajada.

–¡No puedes haberle dicho eso! –Sadie soltó un respingo.

–Oye, que no me siento nada orgulloso –contestó Caleb–, pero en mi defensa diré que tenía cinco años y no quería que ella se marchara. Quería que se quedara en casa conmigo.

–Razonable, entonces –claudicó ella.

–Egoísta –la corrigió él.

–No te imagino siendo egoísta –Sadie sacudió la cabeza–. Si quieres oír hablar de egoísmo... – se interrumpió antes de proseguir a gran velocidad, como si quisiera soltarlo todo antes de perder los nervios–. Cuando yo era adolescente, mis padres me dijeron que estaban hartos de mi mal humor, mis enfados y de que vistiera siempre de negro de pies a cabeza. Me dijeron que tenía que parecerme más a mi hermana. Yo tenía trece años y Clara quince y, para mi fastidio, aún no me había desarrollado. De modo que le robé un sujetador y lo rellené con unas bolsitas de dulces que tenía escondidas bajo mi cama, y lo llevé puesto bajo uno de los vestidos favoritos de mi hermana... también robado. Se trataba de un vestido de verano, blanco, que le quedaba estupendo a ella y a sus curvas. Celosa como nunca, me puse un abrigo por encima y salí a hurtadillas de casa para ir al colegio. En clase de inglés me llamaron para que saliera a la pizarra y me puse nerviosa, y, cuando me pongo nerviosa, empiezo a sudar.

–Y los dulces se cayeron del sujetador –supuso Caleb.

–Sí –ella soltó una risa cargada de arrepentimiento–, pero antes de eso se derritieron y calaron el vestido, haciéndome parecer un arcoíris con olor a chocolate, algo que no estaba permitido en clase. Me mandaron al despacho del director. Llamaron a mis padres y todos, por turnos, me hicieron saber que había dado un espectáculo de mierda, y que era una gran decepción para ellos. Como castigo, cuando volví a casa, me obligaron a lavar el vestido a mano en el fregadero de la cocina.

Caleb se imaginó a Sadie con trece años, inclinada sobre el fregadero con el sujetador que era demasiado grande para ella, frotando el vestido blanco para quitarle las manchas pegadas, sabiendo que era imposible de conseguir.

Ni de complacer a su familia.

Lo cierto era que le enfurecía, y la fuerza de ese sentimiento lo dejó momentáneamente sin habla.

–Lo cierto es que no me esforcé demasiado por limpiar el vestido –continuó ella, mirando de nuevo al techo–. La verdad es que yo era una imbécil, desmesurada, dramática y exageradamente sensible, que se negaba a entender a mi familia, o el hecho de que solo querían que me pareciera más a ellos –sacudió la cabeza–. Pero con el paso del tiempo, la cosa mejoró.

–Me alegro –consiguió decir Caleb en tono desenfadado, no queriendo que ella siguiera rememorando malos recuerdos que le hacían sentir mal, cuando, en su opinión, no había nada por lo que sentirse mal en lo sucedido–. Cuando yo tenía trece años, también le robé algo a mi hermana mayor.

–Sí, claro –respondió ella, claramente incrédula.

–Sí que lo hice –él se rio–. Le robé el coche.

Sadie se quedó sin aliento y se volvió para mirarlo. Caleb aprovechó la ocasión para besarla lenta y apasionadamente, hasta que ella gimió y lo abrazó con fuerza, una postura que se había convertido rápidamente en su favorita.

–¿Te pillaron? –preguntó ella al apartarse.

–Sí, porque mi madre llamó a la policía.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Sadie boquiabierta.

–Bueno, de acuerdo, llamó a mi tío Des, que era agente del condado, pero suficiente. Y, cuando él me llevó a rastras a casa y me dejó delante de mi madre y de mi hermana para que me disculpara, no lo hice. Les dije que ya era mayor, que era el hombre de la casa y, por tanto, podía hacer cuanto quisiera y cuando quisiera.

Sadie se mordió el labio inferior, mientras sus ojos, esos hermosos ojos, brillaban con genuina diversión.

–Dime que no lo hiciste.

–Es que tenía trece años y tenía un rollo.

–¿Qué pasó? –preguntó Sadie–. ¿Te dio tu madre una paliza de muerte?

Esperando que no fuera eso lo habitual durante la infancia de Sadie, Caleb rodó de espaldas y la atrajo hacia sí para colocarla encima de él. Deslizó las manos arriba y abajo por su espalda y sonrió tímidamente.

–Mi madre me dijo que, si quería ser mayor, ella estaba totalmente de acuerdo. Me hizo una factura por el alquiler y la comida y me anunció que en cuanto pagara la factura recuperaría mi habitación –Caleb la besó delicadamente–. Dormí en el sofá durante una semana con los seis gatos chiflados de mi madre. Y una mañana me levanté temprano y preparé el desayuno para toda la familia, y les supliqué perdón.

–Tú no sabes cocinar –Sadie enarcó las cejas.

–Yo no he dicho que el desayuno estuviera rico.

–Y no siendo alérgico a los gatos, ¿seguías creyendo que lo eras a los perros? –ella sonrió.

–Un niño tiende a creer lo que le dicen sus seres queridos, ¿sabes?

–Sí, lo sé –Sadie asintió lentamente.

Y por eso había crecido convencida de que era un desastre, porque eso era lo que le habían dicho. Caleb odiaba que hubiera vivido aquello.

–¿Has descubierto por qué te mintieron tus hermanas sobre lo de la perra? –preguntó ella.

–Sí –Caleb apartó un mechón de cabellos del rostro de Sadie, deslizó un dedo por su oreja y sonrió ante el escalofrío que le provocó. A Sadie le encantaba que él la tocara.

Y a él le encantaba tocarla.

–Me mintieron porque no podíamos permitirnos tener un perro –le explicó–. Trabajaban hasta la extenuación para darnos de comer y vestirnos, y vivíamos en un apartamento que era demasiado pequeño para los que ya estábamos allí.

–¿Y por qué no te lo dijeron sin más? –la expresión de Sadie se dulcificó.

–No querían que yo supiera que éramos pobres.

–Tienes una gran familia, Caleb –ella lo miró fijamente.

–Lo sé.

–Ellas te mantuvieron, y ahora tú las mantienes a ellas.

–¿Quién te ha contado eso? –él ladeó la cabeza.

–Tú –Sadie se agachó para posar los labios sobre los suyos–. Acabas de hacerlo. Caleb... ¿esto te asusta alguna vez?

–¿Te refieres a lo nuestro?

–Sí.

Caleb se preguntó cuál sería la respuesta correcta. Y como no tenía ni idea, optó por la sinceridad.

–Sí.

–A mí también –Sadie respiró hondo–. A veces me gustas tanto que no lo puedo soportar. Mi corazón late desbocado cuando sé que voy a verte, y luego, cuando me miras, siento...

–¿Qué? –susurró él–. ¿Qué sientes?

–Siento que soy afortunada –contestó ella dubitativa–. Me gustas tanto que no sé cómo gestionarlo. Y, cuando sucede algo, como lo que hicieron tus hermanas, es la excusa perfecta para echarme atrás. Pero ya no quiero hacerlo. No quiero echarme atrás, Caleb.

Las palabras de Sadie actuaron como un bálsamo para las heridas del alma de Caleb, unas heridas que ni siquiera sabía que existían.

–Y yo no quiero que te echas atrás –le aseguró–. No estás sola en todo esto. Yo siento lo mismo –soltó una ronca carcajada–. Solo con recordar cómo me miras y sonríes... consigue hacerme olvidar lo que esté haciendo. Y, cuando sé que voy a verte, despliego tanta energía que incluso pongo nerviosa a Piruleta.

Sadie se rio y él volvió a rodar sobre la cama, colocándose encima de ella, acomodándose entre sus piernas. La deseaba otra vez, todavía, y sospechaba que la desearía siempre. Lo que compartían ambos en esa cama era mucho más íntimo que cualquier otra cosa que hubiera tenido en su vida. Unas pocas semanas atrás habría asegurado que los miembros de su familia eran los únicos que importaban realmente. Sus amigos también, por supuesto, pero con su familia él seguía siendo el bebé y siempre lo sería, y con sus amigos era el tipo que conocía el truco para convertir el polvo en oro.

Pero con Sadie se sentía como... un compañero, un igual.

Ella sonrió y se deslizó fuera de la cama.

–¿Adónde vas?

–Con la lluvia se me ha encrespado el pelo, y necesito darme una ducha y lavármelo antes de irme a dormir. Enseguida vuelvo.

Un minuto después, Caleb oyó la ducha. Con una sonrisa, entró en el cuarto de baño y encontró a la mujer más sexy que hubiera conocido jamás, de pie en medio de la ducha de lluvia tropical, con el vapor saliendo de su delicioso cuerpo y la cabeza echada hacia atrás de puro placer.

–Creo que estoy celoso –admitió él.



–Deberías estarlo –ella gimió–. Estoy enamorada. Espero que tu ducha esté soltera.

Él observó cómo las manos de Sadie se deslizaban por su cuerpo mojado y enjabonado, y tomó una tajante decisión.

–Apártate, es evidente que necesitas ayuda para...

Un buen rato después, de nuevo en el dormitorio, Sadie dejó caer la toalla y empezó a recoger su ropa. Se arrodilló en el suelo y levantó el trasero para buscar algo debajo de la cama, y todo pensamiento abandonó la cabeza de Caleb.

Por fin se incorporó, con las braguitas en la mano.

–No tienes por qué marcharte –le aseguró él–. Es tarde. Quédate.

Ella se levantó y se puso la ropa interior.

Él le hizo un gesto con el índice para que se acercara.

Sadie enarcó una ceja y siguió recogiendo el resto de su ropa.

–No sé si eres consciente, pero no es políticamente correcto flexionar un dedo de esa manera tan sexy ante una mujer y luego esperar que ella acuda a ti.

–Tomo nota –Caleb sonrió y se levantó de la cama para ser él quien se acercara a ella–. Pero para que lo sepas, tú puedes flexionar el dedo siempre que quieras, y yo acudiré a toda prisa.

–Eso no va a pasar –le aseguró ella. Por algún motivo, ya no se sentía juguetona y se dio la vuelta–. Voy a dejarte tranquilo, a concederte tu espacio.

Pero, cuando sintió la dura erección contra el trasero, dejó de vestirse.

–¿Cómo es posible? –preguntó casi sin aliento, con voz ronca.

–Estabas desnuda, arrodillada en el suelo y con el culo para arriba –le explicó él–. Es uno de mis paisajes preferidos.

Ella puso los ojos en blanco y echó a andar hacia la puerta.

–Quédate –le pidió él de nuevo mientras le tomaba el rostro entre las manos ahuecadas–. Es tarde y hace frío. Si no quieres, no hace falta que te despiertes a mi lado. Aquí hay un montón de habitaciones y estarás calentita en cualquiera de ellas.

–¿Estás sugiriendo que me quede a dormir en tu casa de manera platónica? –los labios de Sadie se curvaron–. ¿Nos haremos trencitas, nos pintaremos las uñas de los pies y luego celebraremos una pelea de almohadones?

–Me apunto a lo de la pelea de almohadones –murmuró él mientras deslizaba sus labios sobre la sien de Sadie–. Pero tengo que advertirte que peleo sucio.

–Haces un montón de cosas sucias –ella lo empujó mientras se reía.

–Ya, y te encanta.

Sadie se rio antes de ponerse seria y mirarlo a los ojos.

–¿En serio?

–Siempre.

–Todavía no sé qué hacer contigo –ella sacudió la cabeza.

–¿Y qué te parece si lo consultas con la almohada? –Caleb hundió los dedos en los cabellos mojados de Sadie.

–Solo con la condición de que me dejes volver a ducharme en tu cuarto de baño por la mañana.

Aunque no sabía qué hacer con él, sí se sentía capaz de tomar lo que deseara. La ducha, la ropa de Caleb, su cama... cualquier cosa. Porque su corazón y su alma ya los tenía.

## Capítulo 24

#NoLaCagues

Una semana después, Sadie trabajaba con una cliente, una funcionaria de correos llamada Irene, a la que le estaba tatuando una pulsera de calaveras y huesos, disfrutando con su trabajo.

—¿Te das cuenta de que llevas una hora sonriendo para ti misma? —preguntó Irene—. Resulta adorable.

Lo cierto era que Sadie ya se había fijado en esa sonrisa al mirarse al espejo por la mañana. Al espejo de Caleb, ya que esa semana había pasado todas las noches en su casa.

Y la sonrisa se negaba a desaparecer.

Al principio no le había importado. Pero ¿por qué demonios seguía aún sonriendo todo el tiempo?

Claro que lo sabía.

Se sentía... diferente. Más plena, desde el interior, una sensación que se irradiaba desde la zona de su pecho. Ivy le había explicado que esa sensación tan poco familiar para ella se llamaba felicidad.

El teléfono zumbó sobre la mesita auxiliar y ella miró la pantalla. Su madre. Había intentado casi de todo para deshacerse de esa sonrisa permanente, pero nada había funcionado.

La llamada de su madre lo consiguió.

Decidió ignorar la llamada porque estaba trabajando, además no necesitaba contestarla porque ya sabía lo que quería su madre.

Recordarle que el fin de semana celebrarían la gran cena de ensayo familiar en casa de sus padres. Tenía que ir con una cita. La misma cita que se suponía iba a llevar a la boda a la semana siguiente.

De algún modo, y a pesar de ello, siguió sonriendo durante el resto de la jornada, sin duda gracias a los orgasmos que había disfrutado esa mañana en la cama de Caleb. Y en la ducha. Y en la cocina...

Terminada la jornada, Sadie se marchó de la tienda Canvas. Por fin había recuperado su coche esa mañana, gracias en parte a un cheque con algunas cifras de más en él, y al hecho de que Caleb había pagado sus gastos de la casa para todo el año. Ya no necesitaría un bono para el autobús, lo cual le suponía un gran alivio.

Se detuvo junto a la fuente del patio, atraída por el musical sonido del agua que caía sobre el cuenco de cobre. Más de una y más de dos personas, de entre las que trabajaban en ese edificio, habían pedido un deseo a esa fuente, deseos de amor. Y esos deseos se habían hecho realidad, algo a la vez fascinante y completamente aterrador.

—¿Pensando en pedir un deseo?

Sadie se volvió y encontró a Ivy observándola. Su amiga hundió la mano en el bolsillo y sacó una moneda.

–No me hace falta –contestó ella–. El viejo Eddie ya pidió un deseo por mí. Estuve a punto de zambullirme en la fuente para recuperar la moneda.

–¿Tenías miedo de que el deseo no se hiciera realidad si no lo pedías tú misma?

–Más bien me aterrorizaba que el deseo se hiciera realidad.

Ivy sonrió, aunque parecía apagada.

–Quizás deberías pedir tú un deseo –sugirió Sadie.

–Yo me paso todo el tiempo pidiendo deseos.

–¿Deseos de... amor? –preguntó Sadie, sorprendida.

–Al parecer, es lo que hace girar el mundo –Ivy se encogió de hombros.

–Si eso es lo que crees –Sadie se rio–, tengo una bonita ciénaga para venderte.

Ivy la fulminó con la mirada.

–¿Te has visto a ti misma últimamente? Sonríes. Todo el tiempo.

–Pero no por amor. Por orgasmos.

–Apuesto a que se debe a ambas cosas –insistió Ivy.

–Muérdete la lengua –sin embargo, a Sadie le preocupaba que su amiga tuviera razón–. ¿En serio quieres amor en tu vida?

–El año pasado, el día que cumplí veintiocho años –Ivy se encogió de hombros–, me di cuenta de que estaba sola. Supuse que se debía a que nunca había vivido más de seis meses seguidos en un mismo lugar. Nunca había estado en un lugar que sintiera como mi hogar, ni con una persona en mi vida que me durara de un cumpleaños al siguiente. Pero esto me encanta y voy a quedarme.

–Y quieres a alguien con quien compartir esta vida.

–Así es –su amiga asintió–. ¿Nunca has deseado algo así, ni siquiera una vez? Si Caleb se marchara y tu vida volviera a ser solo tuya, ¿te gustaría?

Sadie no se lo había planteado, pero durante el resto de la noche no fue capaz de pensar en otra cosa.

Porque ya no se imaginaba su vida volviendo a ser como había sido cuando Caleb no formaba parte de ella.

A la mañana siguiente, Sadie se despertó con el sonido del despertador de Caleb, antes del amanecer. Mientras su mente se esforzaba por despertar, un largo brazo se estiró sobre ella para apagar la alarma y luego, la mano que pertenecía a ese brazo, se deslizó por su espalda para cerrarse sobre su trasero, recordándole que estaba desnuda.

Caleb también dormía desnudo, le gustaba la sensación de piel con piel. Y Sadie tenía que admitir que se estaba aficionando muy deprisa a la sensación de su cálido abrazo, toda la noche, y su cuerpo pegado al fornido y duro cuerpo de Caleb.

Además, tenía razón en una cosa. No era perfecto. Ningún hombre perfecto madrugaba por gusto para ir al gimnasio, donde se reunía con amigos solo para darse una buena paliza.

Por diversión.

A veces regresaba a su casa después del gimnasio y antes de ir al trabajo y, si ella seguía en la cama, celebraba otra sesión de entrenamiento en la que, sinceramente, ella era más la receptora dispuesta que la participante activa, porque ella no era de mañanas.

Aunque poco a poco empezaba a compartir el modo de pensar de Caleb.

Esa mañana regresó. Sadie lo oyó meterse en la cama y permaneció muy quieta, fingiendo dormir mientras él colocaba una mano a cada lado de su cuerpo y se inclinaba sobre ella.

–Espabila y levántate, chica dura –murmuró.

Habían pasado las largas y oscuras horas de la noche destrozándose mutuamente, y Sadie seguía sintiéndose deliciosamente saciada y floja, como una muñeca de trapo. Necesitaba una hora más de sueño.

O, más bien, ocho.

–Umm –fue lo único que fue capaz de decir.

–Anoche dijiste que debería volver esta mañana porque habías decidido que comenzar el día con varios orgasmos era la única manera de comenzar.

Era verdad, pero Sadie siguió inmóvil, sin abrir los ojos. A lo mejor, si se hacía la muerta, él la dejaría dormir un poco más.

Aunque debería haberse figurado que no. Caleb agarró las mantas y las apartó de golpe.

–Al parecer, tienes ganas de morir –murmuró ella contra la almohada de Caleb.

Él se rio y le dio un cachete.

–Tendrás que levantarte para eso.

Ella rodó y lo vio vestido con su ropa habitual para el gimnasio: camiseta de deporte estampada de manga larga y pantalones cortos, el cuerpo brillante de sudor.

Las buenas partes de Sadie se sentaron de golpe y se pusieron a bailar porque, por Dios bendito, qué guapo era ese hombre. De repente, ya no estaba cansada. Se sentó en la cama y flexionó el dedo índice mientras que, con una amplia sonrisa, él la levantaba de la cama. Mientras él se deshacía de la camiseta, ella le quitaba los pantalones. Antes de poder siquiera lanzarle un mordisquito, Caleb se la echó al hombro y se dirigió hacia la ducha.

–¡Oye!

Él giró la cabeza y le mordió el trasero, arrancándole un grito. Después la soltó en la ducha. Lo único que consiguió que Caleb salvara la vida aquella mañana fue que el agua estaba ardiendo.

Y que a continuación le proporcionó la mejor ducha de su vida.

Treinta minutos después, Caleb se vestía para ir a trabajar mientras ella permanecía tumbada, boca abajo, despatarrada, sobre la cama, con intención de no volver a moverse en su vida.

–Quiero casarme con tu ducha y tener hijos con ella –aseguró, arrancándole a Caleb una carcajada.

–¿Cenamos juntos? –propuso.

–No puedo –murmuró ella contra las sábanas. Consiguió girar la cabeza y mirarlo a través de los revueltos cabellos que le tapaban la cara–. Tengo una cosa familiar. Se supone que debería llevar a un acompañante.

Había temido ese momento, porque Caleb sería el acompañante perfecto. Representaba el tipo de hombre con el que sus padres soñaban que acabara: listo, triunfador, rico. Y, menuda ironía, ella había pasado toda su vida yendo contra el sistema, pero ahí estaba, no solo acostándose con el tipo que ellos adorarían, sino secretamente deseando más.

Si lo llevaba con ella a la cena, sus padres le echarían un vistazo y dejarían de molestarla con el asunto de buscarse a alguien. Y después de la cena, todos irían al recientemente remodelado y mejorado jacuzzi del que tan orgullosos se sentían, y eso significaba que Caleb se quitaría la camisa. Todo el mundo vería sus tatuajes y se tragarían la lengua. Cambiarían de opinión sobre él, solo por su aspecto, y ella podría arrojarles a la cara que eran unos prejuiciosos.

Sería impresionante.

Caleb se puso una corbata, pero la dejó suelta mientras se metía la camisa por los pantalones y se recolocaba. La escena le produjo un estremecimiento a Sadie, totalmente ridículo. ¿Desde cuándo era ella una maniaca sexual? Y, de repente, se dio cuenta de que él no había dicho nada.

–No me has contestado –señaló, sentándose en la cama.

–No he oído ninguna pregunta.

Ella lo miró fijamente, peleándose con su orgullo. ¿Por qué era tan difícil pedirle a ese hermoso, increíblemente listo e increíblemente fuera de su alcance, hombre que saliera con ella?

Caleb se acercó a la cama luciendo una pequeña sonrisa y se sentó a su lado, apartándole los húmedos cabellos del rostro.

–Yo te gusto –aseguró con no poco placer.

–Así es.

–Un montón.

–Puede –ella puso los ojos en blanco.

–Tú también me gustas, Sadie. Un montón.

–¿Por qué? –la pregunta escapó de sus labios antes de poder evitarlo.

–¿Por qué me gustas?

–Bórralo –Sadie hizo una mueca–. No pretendía volver a preguntarte eso.

–Me gustas –contestó él, ignorando la inseguridad de Sadie–, porque eres...

–¿Rara? ¿Impulsiva? ¿Chiflada?

–Bueno, sí –asintió él con una sonrisa–. Pero también porque eres lista y descarada, y sexy y adorable...

–Muy bien –ella levantó un dedo–, vas a tener que retirar eso último. Yo no soy adorable.

–Perdona, pero no tienes derecho a corregir mis opiniones –le aseguró Caleb–. También eres gruñona por las mañanas.

–Se suponía que estabas enumerando las cosas que te gustaban de mí.

–Y eso hago. Por si lo has olvidado, tú no eres la única que está hecha un lío. De todos modos, también eres increíblemente hermosa y...

–De acuerdo, para –ella cerró los ojos–. Ya sé que he preguntado yo, pero no estoy emocionalmente preparada para recibir tantos adjetivos.

Caleb se acercó un poco más y esperó a que ella abriera los ojos.

–Pienso en ti –murmuró–. Pienso en ti prácticamente todo el condenado día. Ayer me pasé horas pensando en lo que me habías hecho en la ducha por la mañana, y me puse duro. En una reunión de trabajo sobre presupuestos.

–Todavía me duelen las rodillas –admitió ella.

–Estoy trabajando en un nuevo producto: una baldosa suave y flexible.

Sadie soltó una carcajada y él sonrió.

–Haría prácticamente cualquier cosa por ti –murmuró de nuevo Caleb–. Cosas que aún no se te han ocurrido. Pídeme eso que quieres pedirme.

Ella soltó un suspiro.

–¿Vendrás conmigo a la cena de ensayo de la familia esta noche?

–Me encantaría –Caleb la besó, tomándose su tiempo. Sadie estaba a punto de llevárselo a la cama cuando él echó a andar hacia la puerta–. Mándame un mensaje con los detalles y la hora a la que quieres que te recoja.

Y sin más se marchó. Ella encendió el móvil y cambió el nombre del contacto: Ni Se Te Ocurra Enamorarte De Este Tipo por... Demasiado Tarde Ya Ha Sucedido.

Antes de recoger a Sadie para pasar la velada en casa de su familia, Caleb hizo varias paradas, la última en el ático de Spence en el edificio Pacific Pier.

Su amigo estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo del salón que compartía con Colbie, rodeado de herramientas y piezas de un dron. Colbie estaba sentada en el sofá con un portátil sobre las rodillas, los dedos volaban sobre el teclado mientras, sin duda, trabajaba en su siguiente novela.

–Siento interrumpir –se excusó Caleb, aunque ella se limitó a agitar una mano hacia él.

–No te preocupes –le dijo–. Con este tío... –señaló a su prometido, Spence, con una sacudida de la barbilla –me he acostumbrado a trabajar aunque se estrelle un dron en mi salón, literalmente –añadió secamente mientras seguía tecleando.

–Pensaba que ya habíamos resuelto tus problemas con el dron –Caleb se volvió hacia Spence–. De hecho, ganamos una pasta con la venta del programa informático.

–Así es –admitió Spence antes de arrojar a un lado dos piezas que tenía en la mano–. Estoy haciendo mejoras. O, por lo menos, lo intento. Y también estoy fracasando –al fin levantó la vista y miró fijamente a Caleb, deteniéndose en su expresión–. Oye, cielo –se dirigió a Colbie, aunque sin apartar la mirada de su amigo–. Necesito tomar una cerveza. Voy a por unas latas. Enseguida volvemos.

–¿Cuántas cervezas vamos a tomar para que tengamos que ir dos a por ellas? –preguntó Caleb mientras lo seguía fuera del apartamento, y subían las escaleras hasta la azotea, en lugar de bajar a la planta baja–. ¿Y desde cuándo guardas las cervezas en la azotea?

Spence lo volvió a mirar fijamente antes de cruzar la azotea y sentarse tranquilamente en el borde.

Caleb, no tan tranquilo ante la posible caída de cinco plantas, permaneció unos pocos metros más retrasado. O, más bien, bastantes metros.

–Olvida la cerveza. ¿Qué te pasa? –preguntó Spence.

–Nada.

–Y una mierda. La última vez que vi esa expresión de pánico en tu cara fue cuando conseguiste enganchar a la NASA para tu vanguardista propuesta del software sobre carga útil. Ellos querían pagarte más dinero del que habías visto en tu vida, por un programa que aún no estaba terminado y que ni siquiera estabas seguro de poder terminar.

Caleb soltó el aire de los pulmones y hundió las manos en los bolsillos, con la mirada fija sobre los zapatos.

Spence esperó, pero no tenía tanta paciencia como Caleb.

–Tío, que tengo hambre, suéltalo.

Caleb sacó una mano del bolsillo y le lanzó una cajita negra.

Spence la atrapó y la abrió. Un enorme anillo con un diamante rodeado de un remolino de diamantes negros y otro de diamantes blancos lo saludaron desde un cojín de terciopelo.

–Bueno, esto es un poco incómodo –Spence enarcó una ceja–. Yo ya estoy comprometido... más o menos.

–Eres un gilipollas –dijo Caleb.

Lo cual Spence ni siquiera se molestó en discutir.

–¿Y?

Caleb cerró la cajita y la volvió a guardar en el bolsillo.

–¿No vas a intentar quitarme la idea de la cabeza?

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Ha sido muy repentino.

–Llevas ya un año enamorado de Sadie –su amigo sacudió la cabeza–. Y ella de ti. Todos, salvo vosotros dos, lo sabíamos.

Caleb lo miró sorprendido.

–¿Y quién soy yo para decir nada? –continuó Spence–. Me enamoré de Colbie en menos de tres semanas. Demonios, me enamoré de ella el primer día, cuando la empujé por accidente a la fuente –le dio una palmada a Caleb en el hombro–. ¿Cuándo vas a pedírselo?

–No lo sé –Caleb sacudió la cabeza–. Quizá después de que la haya convencido para que me corresponda con su amor, lo cual podría tardar aún un tiempo.

–En una ocasión te vi convencer a Google para un trato multimillonario en cinco minutos – Spence soltó una carcajada–. Apuesto por ti.

–Esto no es un negocio.

–No, así es –asintió Spence–. Es mejor. De modo que no la cagues.

## Capítulo 25

#PásameElAsadoPorFavor

Sadie no sintió ansiedad o nervios hasta que Caleb y ella se detuvieron delante de la casa de sus padres, en Outer Sunset. El repentino golpeteo del corazón, y las sudorosas manos resultaban irritantes. Hacía mucho que se había enseñado a sí misma a apartarse mentalmente de su familia y tratarlos como... como un entretenimiento. Ya no formaba parte de ese circo y solo era un espectador más.

Pero esa noche, Caleb iba a ver la función.

Estupendo, había empezado a sudar en otros puntos más creativos de su cuerpo.

–Te has traído el traje de baño, ¿verdad? –preguntó ella–. Para el jacuzzi.

–Ya me lo has preguntado cinco veces –él la contempló fugazmente–, y sí, lo he traído. Dijiste que era una tradición, después de cenar todos salís fuera para coceros un rato.

–Y para contemplar las estrellas –su madre era profesora de Ciencias. Y su padre había hecho lo mismo hasta pasar a ejercer un cargo administrativo. Eran unos chiflados de la astronomía. Lo cual, por supuesto, no tenía nada que ver con las ganas que tenía Sadie de que se quitara ese maravilloso traje... mientras lo pensaba sintió un ramalazo de duda, y su ansiedad se redobló. Intentó sacudir discretamente la camisa para refrescar su ardiente piel.

Caleb volvió a mirarla y ella recordó que siempre se daba cuenta cuando algo iba mal.

–¿Estás bien?

–¿Quién, yo? Estupendamente.

–Ya... –le tomó una mano y se la apretó, a continuación le derritió el corazón al llevarse esa mano a los labios y besarle la palma–. Todo va a ir bien –le aseguró–. Los padres me adoran.

–¿Por lo arrogante que eres? –ella no pudo evitar reírse.

–Iba a decir porque soy tranquilo y amistoso.

–Pues anoche en la cama no fuiste ninguna de esas dos cosas –Sadie volvió a reírse–. De hecho, fuiste descaradamente exigente y mandón.

Caleb le dedicó una sonrisa traviesa que hizo que las partes buenas del cuerpo de Sadie se estremecieran.

–¿Acaso te quejas?

Desde luego que no. No era la primera vez que disfrutaba de buen sexo, pero incluso el buen sexo tenía algo de predecible. Pero con Caleb nunca sabía qué esperar. Tenía la rara habilidad de hacerle el amor mientras añadía cierta dosis de guarrería que mantenía las cosas... emocionantes. Sadie nunca sabía si iba a ir directo al grano o si iba a dedicar largos minutos deleitándose con su cuerpo.

Resultaba... adictivo.



–¿Preparada? –preguntó él.

No. Pero eran las seis en punto.

El barrio estaba formado por filas de casas victorianas idénticas, en las que vivían personas trabajadoras, y que se habían deteriorado con los estragos del tiempo y los altibajos económicos de sus dueños. Caleb aparcó con facilidad en un hueco en el que ella jamás habría conseguido meter el coche.

–¿Aquí te criaste? –preguntó él.

–Sí –ella miró la casa–. Todavía no es demasiado tarde para salir corriendo.

Caleb rodeó el coche y le ofreció una mano para ayudarla a salir, atrayéndola hacia él. Le tomó la barbilla y, levantándole la cara, la miró a los ojos.

–Respira, nena. Lo tenemos controlado.

Sadie se alegraba de que Caleb pensara así. Su madre abrió la puerta, con su hermana pegada detrás de ella. Las dos iban vestidas para la cena, con vestidos de cóctel del mismo color que el de boda, rosa pálido. Sadie se había imaginado que sería así y por eso ella también se había vestido, aunque no de rosa. Llevaba el bonito vestido negro que se había puesto para la primera cita con Caleb, básicamente porque le gustaba cómo ardía la mirada de Caleb cada vez que la miraba.

Tras las presentaciones se unieron a ellos el padre de Sadie con el prometido de Clara, Greg. Todos parecieron fascinados al instante por Caleb que, en un momento dado, miró a Sadie a los ojos con una expresión que decía: «¿Lo ves?».

Ella puso los ojos en blanco.

–Caleb Parker –dijo su padre–. Hace poco vi el programa de *Shark Tank* en que estuviste de estrella invitada.

–Y, ¡madre mía! –intervino su madre–, esa nueva app que acabas de sacar, va a revolucionar la manera de enseñar la asignatura de ciencias en las clases. Qué pena que no se te ocurra nada para que los chicos no pierdan el arte de escribir en cursiva.

Su madre apenas era capaz de encender el portátil sin que le entraran seis virus o transfiriese la mitad de su plan de pensiones a algún príncipe nigeriano, pero lo único que le preocupaba era el arte de la cursiva. Por suerte, Sadie consiguió no verbalizar en voz alta sus pensamientos. ¡Toma ya! Cómo estaba madurando.

A continuación su madre se volvió hacia Sadie, con la expresión confusa por cómo había conseguido su hija atrapar a un tipo tan fuera de su alcance. Clara también miraba fijamente a Caleb, que parecía tan tranquilo ante toda esa atención.

–Estás babeando –susurró Sadie a su hermana.

Clara sonrió descaradamente.

–Lo siento, pero es que es el tipo más sexy con el que has salido nunca. Puede que sea el tipo más sexy de todo el planeta.

Detrás de Clara, Greg se aclaró la garganta.

–Después de ti, cariño –Clara dio un respingo–, por supuesto.

–Por supuesto –la mirada de Greg estaba cargada de humor–. ¿Le has contado ya a Sadie la última noticia sobre el vestido de dama de honor?

«Oh, Dios, ¿ahora qué?».

Clara sacó el móvil del bolsillo y buscó entre sus imágenes. Eligió una de Sadie con el vestido de dama de honor que habían elegido.

–¿Ves lo mismo que yo?

–Eh... esa es una pregunta trampa.

–En realidad es lo que no veo –le explicó Clara–. No veo a mi hermana.

Sadie se quedó inmóvil y levantó la vista hacia Clara, cuya mirada era sospechosamente chispeante.

–Lo siento, Sadie –dijo con dulzura–. Siento no haberme dado cuenta en la tienda. No eres tú. Y yo quiero que parezcas tú. De modo que te he encargado el otro vestido. El de color champán de encaje, el que te gustaba.

–Pero entonces se van a ver los tatuajes de mis hombros y el del tobillo...

–Es que quiero que se vean. Forman parte de ti. Quiero que seas tú misma.

Sadie se quedó sin aliento, sorprendida por una oleada de emoción.

–Mamá se va a poner furiosa.

–Es mi boda –sentenció Clara antes de abrazar a Sadie.

Era el momento más agradable que habían vivido en años.

Durante la cena, los primeros minutos se dedicaron a conversaciones insustanciales mientras se pasaban los platos. A diferencia de Sadie, Caleb no sufría en las reuniones sociales. Era capaz de hablarle a un perro asustado, a un bicho de mujer, a un viejo que vivía en un callejón... Era capaz de hablarle a cualquiera, y que todos se enamorasen de él en los primeros diez segundos.

Sadie admiraba un montón esa habilidad, aunque no la deseaba para ella.

–¿Me pasas el asado, por favor?

Su madre levantó la bandeja, titubeó y retiró el afilado cuchillo antes de pasarlo.

Sadie la miró espantada y, de golpe, la tensión se apoderó de la mesa. No miró a Caleb. No podía.

–¿En serio, mamá? –preguntó Clara al fin, rompiendo el incómodo silencio.

–¿Qué pasa? Sí, se la ve feliz y tranquila, pero solo estoy tomando precauciones. Eso hacen las madres, por si no lo sabías.

–La terapeuta de Sadie te pidió que terminaras con esa agresividad pasiva –Clara sacudió la cabeza–. ¿Recuerdas?

–Hace años que no he tenido que acudir a ningún terapeuta –anunció Sadie, sin mirar a nadie.

Todos la ignoraron.

–Ni siquiera sé qué significa agresividad pasiva –le dijo su madre a Clara–. Y no era esa mi intención.

–¿Y cuál era tu intención? –preguntó Clara.

–Mi intención era la de siempre –contestó su madre.

Caleb deslizó una mano bajo la mesa hasta el muslo de Sadie y se lo apretó en un gesto de consuelo, de solidaridad. Todo un detalle, pero ella seguía sin poder mirarlo. En su lugar, apuñaló varios pedazos de carne con el tenedor y se llenó el plato. Hacía años que su familia había averiguado lo de los cortes, y decidido tomar el control de su vida por ella. La pesadilla de la reacción exagerada de sus padres, aplicándole el decreto 5585: tomar el control de un menor en situación de riesgo, casi la había destrozado.

Había sobrevivido. Apenas. Y aunque habían pasado años, sus padres seguían haciendo cosas como esconder todas las tijeras de la casa y guardar bajo llave los cuchillos cuando ella iba de visita. Su padre había vendido su colección de armas. Su madre había dejado de tricotar y tirado todas las agujas.

–Pero ¿qué pasa con Sadie? –preguntó su madre.

Estupendo, se había perdido algo.

–¿Qué pasa con Sadie, qué?

–Necesitamos que todos se comporten impecablemente durante la boda –señaló su madre, aunque sin mirar a Sadie.

–Yo lo haré si tú lo haces –contestó ella.

Su padre empezó a reírse, pero transformó la carcajada en un ataque de tos ante la fulminante mirada de su esposa. Su madre se tragó la copa de champán de golpe y volvió a llenársela, vaciando la botella.

Sadie se levantó de la mesa y agarró la botella vacía.

–Traeré otra.

Se dirigió a la cocina y metió la cabeza en la nevera para refrescarse un poco. Sabía que su madre la quería, sabía que su neurosis por ella se debía al profundamente asentado temor de que su hija no estuviera del todo fuera de peligro. Su madre había vivido una infancia horrible, con un padre borracho y malo, y una madre que se automedicaba con alcohol y pastillas, hasta que había tocado fondo. El miedo a que Sadie hiciera lo mismo estaba muy presente, y ella lo entendía. Pero, maldita fuera, estaba harta de que su madre siempre estuviese de los nervios, esperando a que Sadie cayera.

Porque no iba a hacerlo.

Agarró otra botella de champán y al dirigirse de nuevo al salón oyó el murmullo de la voz de Caleb, aunque no consiguió identificar las palabras. Al entrar, todo el mundo guardó silencio.

Sadie miró a Caleb mientras se sentaba.

Él sonrió fugazmente, aunque la sonrisa no alcanzó a sus ojos, un efecto que solían producir sus padres en las personas, pero de nuevo alargó la mano bajo la mesa. En esa ocasión tomó su mano con fuerza.

Un pequeño gesto, pero que ella recibió como un salvavidas.

Su padre le hizo a Caleb toda clase de preguntas sobre su trabajo y él las contestó con infinita paciencia y buen humor, hasta que su madre soltó una carcajada y posó una mano sobre el brazo de su marido.

–Cielo, estoy segura de que no tiene ganas de hablar sobre su trabajo durante toda la noche –aseguró–. A mí me gustaría saber cómo ha conseguido Sadie una cita con él, y que tengamos la suerte de que fuera esta noche.

Porque, por supuesto, su madre daba por hecho que era su primera cita.

–Lo chantajeé –contestó Sadie–. ¿Me pasas el pan?

Su madre dio un respingo con expresión horrorizada.

Caleb tomó el cestillo del pan y se lo ofreció a Sadie, retirándolo ligeramente cuando ella intentó tomar un trozo, mirándola con la ceja enarcada.

–De acuerdo –cedió ella al fin, dirigiéndose al resto–. Era broma. No lo he chantajeado. Simplemente no le dije a dónde íbamos hasta que aparcamos delante de casa, por si había riesgo de fuga.

Caleb puso los ojos en blanco de manera bastante impresionante y sacudió la cabeza.

–Esta no es nuestra primera cita. Hace tiempo ya que nos conocemos. Rescatamos a un perro.

Su madre se sorprendió aún más.

–¿Tienes un perro? –le preguntó a Sadie.

–Sí.

–Pero tu estilo de vida no se presta a tener un perro.

«Ya estamos».

–¿Lo dices porque soy tatuadora?

–Lo digo porque trabajas toda la mañana en el spa, y luego toda la tarde en la tienda de tatuajes –contestó su madre, sorprendiéndola a ella–. Son muchas horas. La mayoría de las personas de tu edad no se preocupan tanto por sus carreras como haces tú. No sé de dónde sacas el tiempo para cuidar de un perro con lo mucho que trabajas.

Decir que Sadie estaba impresionada era decir muy poco.

–No creía que te hubieras dado cuenta.

–Pues claro que me doy cuenta –su madre titubeó y miró a su marido–. Me han hecho comprender que puedo llegar a ser un poco dura con mis seres queridos.

–Lo que quiere decir es que papá la está obligando a acudir a terapia –explicó Clara.

–Ya basta de hablar de mí –su madre agitó las manos en el aire y rellenó las copas de todos–. Brindemos por más citas de vosotros dos –alzó su copa–. Por muchas, muchísimas más citas.

Sadie, todavía un poco aturdida por la admisión de su madre, levantó su copa.

–¿Y qué tal si brindamos por la felicidad de Clara y Greg? Y por que disfruten de una larga vida juntos. Greg, no olvides que cualquier discusión termina con tres sencillas palabras: «tienes razón, cariño».

–Podrías haberme dado ese consejo antes –Clara señaló a Greg.

–¿Lo dices por lo de antes, cuando amenazaste con matarme mientras yo preparaba unos brownies? –preguntó él.

–Me dijiste que estaba gorda.

–No –protestó Greg–. Yo solo sugerí que redujeras tu ingesta de chocolate porque parece olvidar siempre que la cocina de tu madre te sienta mal y yo no quería que la cosa empeorara.

–¿De modo que ahora soy gorda y también estúpida? –Clara agarró con fuerza la servilleta de su regazo y la arrojó sobre la mesa mientras se ponía de pie–. ¿Por qué nos casamos, entonces?

Greg la agarró con calma.

–Ya estás otra vez. Permites que las hormonas del embarazo te vuelvan loca.

–¿Hormonas del embarazo? –la madre de Sadie se quedó sin aliento, se levantó lentamente y posó la mirada sobre el estómago de Clara–. ¿Por eso estás engordando últimamente? ¿Estás embarazada?

–¡Sí! –los ojos de Clara se llenaron de lágrimas y empezó a sollozar mientras se arrojaba en brazos de Greg–. Siento estar fuera de control ahora mismo. No sé qué me pasa.

–Yo sí –él la abrazó con ternura–. Estás aguantando demasiada presión. Trabajas, organizas la boda, crías a un ser humano, te enfrentas a tu desquiciada familia...

–¡Oye! –protestó Sadie.

–¡Oye! –protestaron sus padres.

–¿Qué tal si nos centramos en la buena noticia? –sugirió Caleb delicadamente, reduciendo la tensión mientras alzaba su copa con una mano y le pasaba a Clara un vaso de agua–. Por el nuevo miembro de la familia Lane...

–Por supuesto –la madre de Sadie asintió–. Y por no hablarle a nadie del embarazo hasta después de la boda. ¿De acuerdo, Henry?

El padre de Sadie se tomó la copa de champán de un solo trago.

–De acuerdo. ¿Por qué arruinar una estupenda boda que va a costar un pastón?

Clara soltó una llorosa carcajada y miró a Sadie.

–¿Cómo te sientes hoy, no siendo tú la que la ha cagado?

–No seas tonta –intervino la madre de Sadie soltando una risita muy falsa–. Tú no la has

cagado. Todavía vas a casarte, ¿verdad? –miró a Greg–. ¿Verdad? Que alguien me lo confirme antes de que me beba la botella entera y luego me lance por un acantilado.

–Relájate, mamá. No vamos a arruinar tu boda –le aseguró Clara.

–Querrás decir, «tu» boda. Todo esto es por ti. ¿Tengo o no tengo razón, Henry?

–Lo siento –Henry titubeó antes de contestar–, me he perdido. ¿Estoy de acuerdo o en desacuerdo contigo?

Su madre lo fulminó con la mirada, pero ambos se pusieron en pie y abrazaron a Clara y a Greg, declarándose exultantes de felicidad por el futuro nieto.

Todos ayudaron a recoger la mesa. En la cocina, Caleb se arremangó y, para horror de su madre, empezó a aclarar los platos.

–Los invitados no friegan los platos –dijo ella mientras intentaba apartarlo a un lado–. Y, de todos modos, le toca a Sadie.

–Ella puede llenar el lavavajillas mientras yo los aclaro –declaró Caleb.

–No, no puede –insistió su madre–. Siempre lo hace mal.

–De acuerdo –Caleb se dirigió a Sadie–. Nos cambiaremos. Tú aclaras los platos y yo lleno el lavavajillas.

–Eso también lo hace mal.

Sadie se fijó en un pequeño tic que apareció en el párpado de Caleb. Consultó el reloj. Había pasado una hora, un tiempo razonable. Al terminar la velada, ambos estarían a punto de sufrir una apoplejía.

–Eres un encanto –dijo su madre cuando Caleb insistió en terminar de aclarar los platos–. Si terminas casándote con Sadie, es una suerte que te manejes tan bien en la cocina. No estoy segura de que ella sepa siquiera encender el horno.

–Claro que sé, mamá –intervino Sadie–. Lo cual es una suerte, porque después de salir de aquí, me iré a mi casa, encenderé el horno y meteré la cabeza dentro. ¿Ya es la hora del jacuzzi, Clara?

–Por Dios, sí –contestó su hermana–, aunque, maldita sea, yo solo puedo meter las piernas.

Diez minutos después, Clara y Greg salieron al jardín para comprobar la temperatura del agua mientras Sadie y Caleb se cambiaban. Cuando ella salió del cuarto de baño, Caleb la esperaba en el pasillo.

–Gracias por sobrevivir a la cena –dijo ella cuando la abrazó. Estaban rodeados de un montón de fotografías familiares de varios años, incluyendo las fotos de Clara con sus galardones académicos y sus bandas, y de Sadie vestida de manera poco afortunada, con aspecto de intentar conseguir un papel en una película apocalíptica de zombis–. Manejaste su interrogatorio mejor que la mayoría.

–¿Cuántos han sobrevivido? –preguntó él.

Sadie se soltó y lo condujo al exterior de la casa, pero él le agarró la mano y volvió a atraerla hacia sí, apartándole delicadamente los cabellos del rostro.

–¿Demasiado personal? –preguntó.

–Demasiado vergonzoso –ella suspiró–. Cero. Nunca había traído a nadie a casa. Te toca.

–Mi familia ha conocido a dos mujeres –él sostuvo dos dedos en alto–. Espantaron a una, y yo solito espanté a la otra.

Sadie lo miró. Quería saber más, pero no era el momento.

–¿Qué les dijiste a mis padres mientras estaba yo en la cocina?

Caleb no fingió ignorar de qué hablaba.

–Le pregunté a tu madre si era consciente de haberte herido con sus comentarios y preguntas.

–¿Y...?

–Y ella contestó que a ti nada te hace daño.

Sadie buscó su mirada, consciente de que había más.

–¿Y?

–Y... le pregunté si estaba segura.

El corazón de Sadie se detuvo en seco. En realidad sus huesos se derritieron, convirtiéndola en un charco. Maldita fuera. Y, como siempre que se sentía insoportablemente conmovida y no sabía cómo gestionarlo, su reacción fue equivocada.

–No necesito que luches mis batallas por mí, Caleb. Yo lucho mis propias batallas.

–Soy muy consciente de ello –Caleb la miró a los ojos–. Pero siempre voy a darte mi apoyo, Sadie.

Sadie continuó mirándolo fijamente, comprendiendo que él no iba a intentar arreglar su vida. Lo que intentaba era estar allí del único modo que sabía hacerlo.

Dado que estaba descalza, tuvo que ponerse de puntillas para poder besarle la mandíbula. Antes de que pudiera reaccionar, él giró la cabeza y sus bocas se encontraron, después deslizó una mano hasta su nuca para que el beso fuera más intenso.

Cuando se apartaron, ella sacudió la cabeza.

–¿Y eso por qué?

–Por confiar en mí lo bastante como para dejarme venir esta noche.

–Tenía que traer a alguien –le explicó ella–. Y pensé que podrías ser tú.

Él le dedicó una sonrisa de complicidad, en absoluto sintiéndose insultado.

–Querías que fuera yo.

Y porque era cierto, y también porque le hacía sentirse un poco violenta, ella le tomó la mano y lo arrastró por el pasillo.

Caleb se fijó en una foto de ella, de cuando tendría unos ocho años, en la que se parecía a la niña pequeña de la familia Addams.

–Qué mona.

–No, no era mona. Insistía en ponerme lo que yo quería y estaba siempre rabiosa.

–¿No lo están todos los niños? –preguntó él con despreocupación–. Recuérdame que te enseñe una foto de cuando yo tenía ocho años. Yo también elegía mi ropa. Me encantaba llevar un sombrero de vaquero con mi camiseta de Superman y una capa hecha con el echarpe preferido de mi madre, y completaba el conjunto con unas botas de agua y unos pantalones vaqueros tan grandes que tenía que usar una cuerda para sujetármelos. Era lo único que me ponía. Cada vez que mi madre lavaba la ropa, yo insistía en quedarme desnudo, como un arrendajo, delante de la lavadora y la secadora, esperando a que terminaran.

–Eso no es ser rabioso, sino chiflado.

–Aun así, esta noche soy tu cita –él sonrió.

–Los chiflados se atraen mutuamente.

–A mí me lo vas a decir –él le rodeó el cuello con un brazo.

Salieron juntos y el corazón de Sadie comenzó a latir aceleradamente al comprender que casi había llegado el momento, el que llevaba esperando toda la noche. Dejó caer la toalla y se metió en el jacuzzi, volviéndose para no perderse el espectáculo.

Caleb llevaba unos pantalones cortos de color azul marino y una camiseta de manga larga. En el típico gesto masculino, agarró la camiseta por la parte de los hombros y se la quitó de un tirón, quedándose con los pantalones de cintura baja. Sadie se fijó en el plano de las caderas, en esos

músculos que hacían que las mujeres se sintieran tontas, pero era muy consciente de que los demás miraban a otra parte.

A sus tatuajes.

Mientras observaba a sus padres asimilar la visión de la tinta y contener una respiración cargada de prejuicios, esperó pacientemente a sentir la diversión. A fin de cuentas, para eso lo había llevado allí esa noche, ¿verdad? Por el escándalo. Por el espectáculo. Sabía que Caleb enamoraría a sus padres, que se los ganaría incluso más deprisa que a ella, y que lo considerarían todo lo que querían para ella. Y sabía que todo se basaría en el superficial conocimiento que tenían de él, y en su aspecto.

Y por fin iba a poder decir: «¡Os pillé!». Ese hombre no era lo que parecía ser. De hecho, era mejor de lo que parecía ser.

Pero la alegría del momento no llegaba.

En cambio, Sadie sintió que algo se revolvía en sus entrañas, haciéndole sentirse mal. Estaba convencida de que, desde lo de Wes, había empezado de nuevo, que había conseguido llegar a alguna parte, que quizás no estaba tan perjudicada y jodida como había estado.

Pero, al parecer, no había evolucionado tanto como pensaba. Porque su madre había reaccionado tal y como esperaba. Había respirado hondo con fuerza y mirado a Sadie a los ojos. Y lo que ella vio en los ojos de su madre fue la habitual decepción.

Si había ido allí para eso, ¿por qué no sentía satisfacción o triunfo?

Porque solo sentía vergüenza.

## Capítulo 26

#MacarronesConQueso

Después de salir de casa de los padres de Sadie, Caleb se dirigió con ella hasta el coche, mordiéndose la lengua. Lo cual no le resultaba fácil. Estaba más que cabreado. Sadie lo había llevado allí, no para presentarles al novio a sus padres, sino para pasearlo ante ellos como una nueva mala elección.

Lo que le recordaba que, para empezar, había sido un completo idiota por darle ese poder. Había llegado a creer que quería presumir del hombre de su vida.

Menuda broma le había gastado.

Peor aún, lo que ella había hecho esa noche decía muchísimo de su nivel de implicación en la relación, en él.

Le sujetó la puerta delantera mientras ella se ponía el cinturón de seguridad. Sadie levantó el rostro, con los ojos cargados de culpa. Abrió la boca para decir algo, pero él cerró la puerta en su monísima nariz.

Respiró hondo y rodeó el coche por la parte trasera, y no por la delantera, aprovechando los diez segundos de más para componer la expresión hasta conseguir un gesto vacío, el que a menudo utilizaba en las salas de reuniones cuando no quería mostrar su jugada.

También lo usaba en las noches de póquer con Kel, y solo perdía cuando Kel contaba las cartas, algo que hacía para fastidiar a Caleb. Era difícil ganarle a un tramposo, pero Sadie lo había logrado esa noche sin siquiera esforzarse. Y, desde luego, había hecho trampas. Había hecho trampas al no advertirle con tiempo de qué iría esa velada. De haberlo hecho, podrían incluso haber entrado en casa de sus padres como compinches.

Pero ella no había querido eso. Ella había querido arrojarlo a la cara de su madre y, en cuanto Caleb lo comprendió, también comprendió otra cosa: lo suyo no iba a funcionar, así no.

–Caleb –susurró ella–. Yo...

–No digas nada –no estaba de humor para oír una disculpa por algo que había hecho con toda la intención del mundo.

Sadie lo miró con expresión indescifrable.

–Entiendo que, cuando dices eso, con tu voz tan seria y autoritaria, en el trabajo la gente seguramente se callará. Pero, por si no te habías dado cuenta, tengo un pequeño problema con la autoridad.

Él soltó un bufido ante la verdad de la afirmación, y ella se volvió en el asiento para mirarlo de frente, apoyando una mano sobre la de él antes de que pudiera arrancar el coche.

–Y, en segundo lugar –continuó ella–, lo siento de verdad.

–¿Por? –preguntó él educadamente.



–Por utilizarte esta noche. No sé por qué lo hice.

Él la miró con una expresión que demandaba la verdad y ella suspiró.

–De acuerdo, muy bien. Sí lo sé –admitió Sadie–. Quería que mis padres se enamorasen de ti y pensarán que eras su sueño hecho realidad, y que luego, cuando vieran tus tatuajes, supusieran que yo seguía yendo por el mismo camino hacia la perdición.

–¿Y por qué ibas a querer que ellos pensarán así?

–Porque van a pensarlo de todos modos –ella sacudió la cabeza–. Pero comprendí que cometí un error táctico. Debería haberlo hecho al revés. Si te hubiesen visto desde el principio con esos pantalones cortos, y si yo no les hubiese dicho tu nombre, te habrían juzgado de inmediato. Y no muy favorablemente. Después, tras conocerte, se habrían dado cuenta de lo prejuiciosos que son.

–¡Madre mía! –exclamó Caleb mientras la miraba fijamente.

–Lo sé –ella se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos–. Lo comprendí al escucharme a mí misma. Y ahora ya sabes lo loca que estoy realmente.

–Lo cierto es que eso ya lo sabía.

Sadie abrió los ojos y se encontró con su mirada y también encontró una pequeña cantidad de diversión, que le dio ciertas esperanzas.

–Bueno, es que eres más listo que el oso común –murmuró ella.

–Y ahora explícame por qué te he visto elevar tu locura a un nuevo nivel esta noche. ¿Por qué te importa tanto lo que piensan?

–Porque son mi familia.

Él la miró y comprendió algo nuevo, comprendió que esa noche no había intentado restregárselo a sus padres en absoluto. Había sido más bien una cuestión de: «¿Lo veis? Estoy bien, incluso alguien como Caleb Parker lo piensa», y, al verlo de esa manera, Sadie le rompió el corazón. Dejó escapar el aire, tomó su mano y se la llevó a los labios, mordisqueándole la palma hasta que ella lo miró de nuevo.

–Para tu información, de cara al futuro –le advirtió él–, cuando mantienes una relación con alguien, cuentas con el apoyo de ese alguien. Y eso significa que, si nos encontramos en una situación en la que uno de los dos se vuelve loco con nuestras respectivas e igualmente locas familias, podemos utilizar al otro a modo de escudo. Es un comodín. Un beneficio adicional.

–¿Estás diciendo que, si mantuviésemos una relación, esta noche habría sido un comodín y no estarías enfadado conmigo? –preguntó ella con aspecto de sentirse aturdida.

–Así es. Y, ¿Sadie?

–¿Sí? –preguntó ella con cautela.

–Estamos manteniendo una relación, al menos según mi definición de relación.

–¿Y cuál es esa definición?

–A lo largo de esta semana, varias mañanas me he despertado encontrándome tus braguitas en mi suelo.

–¿Unas braguitas en tu suelo constituyen una relación?

–Si sucede en más de una ocasión, sí.

–Pero sigues enfadado. ¿No convierte eso la relación en nula de pleno derecho?

–Tengo la sensación de que nos vamos a enfadar a menudo –contestó él–. Pero no, eso no anula la relación de pleno derecho. Eso se llama vida real, Sadie. La mierda existe. Yo te cabrearé. Tú me cabrearás. Hablaremos. Lo solucionaremos.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque eso es lo que hace la gente que está junta.

Ella reflexionó unos momentos sobre sus palabras.

–Entonces, ¿cuáles son las reglas de esta supuesta relación?

Había formulado la pregunta en tono desenfadado, pero su expresión reflejaba preocupación.

–Es muy sencillo –contestó Caleb–. Seguimos con la relación mientras nos haga sentir bien.

–Siento muchísimo lo de esta noche –repitió ella tras mirarlo fijamente un buen rato.

–Lo sé.

–No debería... –Sadie cerró los ojos–. Lo siento realmente, y ya está. Yo...

–Lo sé –repitió Caleb mientras se inclinaba y la besaba–, y gracias. Pero yo no soy como tu madre. No tienes que volver a decirlo –puso en marcha el coche y salió a la carretera, sintiéndose agradecido y honrado por tener la familia que tenía, y también con el corazón un poco roto por Sadie, porque ella no contaba con el mismo nivel de apoyo y amor incondicional–. ¿Dónde quieres ir? –preguntó–. ¿A tu casa? –sabía que a ella le gustaba retirarse a su rincón y estar sola para lamerse las heridas.

Y por eso la respuesta le sorprendió.

–No, a la tuya.

Caleb sonrió y ella puso los ojos en blanco.

–No te pongas tan engreído –le advirtió ella–. Es por tu ducha, no por ti.

Pero él sabía que también era un poco por él.

Unos cuantos días más tarde, Sadie trabajó ocho horas en el spa de día y luego tres más en la tienda Canvas. Para cuando salió al patio al final de la jornada ya eran las ocho y media de la tarde, estaba muerta, y famélica.

Había esperado que apareciera Caleb entre los dos turnos de trabajo, como solía hacer últimamente, pero no lo había hecho. Por décima vez consultó el móvil. No había mensajes.

Siempre era él el que daba el primer paso y se ponía en contacto con ella, el que hacía planes para verla. Sadie comprendió que había estado desempeñando un papel pasivo, y eso le sorprendió. Porque ella no era pasiva.

De modo que acudió a él. Piruleta y ella aparecieron en su edificio y tomaron el ascensor hasta la última planta, donde tenía su despacho. Había un chico tras el mostrador, joven, veintitantos años. Llevaba cascos en las orejas y hablaba por teléfono con alguien, explicándole que Caleb no estaba ese día, pero que podría dejarle un mensaje.

–¿Sadie?

Al volverse vio a una de las hermanas de Caleb, en la puerta de uno de los despachos.

–Sienne –se presentó su hermana–. Soy la hermana mayor.

–Hola –Sadie se estaba esforzando en no preguntarse cuánto había descubierto Sienne de ella durante la investigación a la que la habían sometido–. Buscaba a Caleb.

–Hoy no ha venido.

Aquella mañana, Sadie se había despertado al sonar el despertador, a las todavía de noche y media. Tras una sesión que los había dejado jadeantes y enredados en un amasijo de sudorosas sábanas, Caleb se había levantado de la cama y se había dirigido al gimnasio y luego a comenzar su jornada de trabajo. Había estado bien. Más que bien, si su descarada y saciada sonrisa significaba algo.

–¿Está enfermo?

–Él no –Sienne dudó antes de continuar–. Lo está su anciano *sensei*.

–¿Naoki?

–¿Lo conoces? –preguntó su hermana, sorprendida.

–Sí, Caleb me llevó a que lo conociera.

Sienne se mordió el interior de la mejilla mientras observaba atentamente a Sadie. A continuación, sacó el móvil del bolsillo, marcó un número y esperó.

–Te debo veinte pavos –dicho lo cual, colgó–. Y a ti te debo una disculpa –le dijo a Sadie.

–¿Por qué?

–No pensé que fueras la persona.

–¿La persona? –preguntó Sadie con desconfianza.

–La persona capaz de convencer a Caleb de que no tenía que ser una isla. Al parecer, tú eres su langosta.

Sadie parpadeó y abrió la boca, pero terminó por cerrarla de nuevo porque no se le ocurría nada que decir. Estaba completamente sin habla.

–Maldita sea –exclamó una mujer que surgió detrás de Sienne. Otra hermana–. Tienes que dejar de asustar a la gente diciéndoles cosas que aún no han reconocido ante sí mismos –tomó la mano de Sadie y la apretó–. Yo soy Hannah, la hermana simpática. No le hagas caso a mi entrometida hermana, ¿de acuerdo? Ya lo descubrirás todo a su debido tiempo. Y, cuando lo hagas, estaremos aquí para ayudarte con toda la información que jamás querrías tener sobre nuestro hermano pequeño, incluyendo la vez aquella en que hizo explotar nuestro único retrete mientras se estaba enseñando a sí mismo química y física avanzada. Tenía ocho años.

Sadie seguía incapaz de pronunciar palabra. Ni siquiera estaba segura de estar respirando.

–¿En serio? –preguntó una mujer en avanzado estado de gestación y que acababa de salir del ascensor–. ¿Qué os pasa? ¿Por qué estáis aterrorizando mortalmente a la novia de Caleb? –agitó una mano delante de los ojos de Sadie, que se sintió parpadear–. Bueno puede que solo mortalmente a medias –se corrigió–. Parece que ya vuelve en sí. Hola, soy Kayla. La hermana eternamente embarazada.

–Hola. Yo... –Sadie agitó una mano en dirección al ascensor–, tengo que irme.

–Espera –Sienne hizo una mueca–. Lo siento. Por favor, dime que no lo vas a abandonar porque acabas de descubrir que viene de una familia que da miedo.

Aquello consiguió que Sadie se relajara lo suficiente para poder sonreír.

–Confíad en mí, chicas, ni siquiera llegáis a puntuar en mi escala del miedo.

–Entonces... ¿no vas a abandonarlo? –preguntó Hannah.

–Voy a ver si necesita algo, o si puedo hacer algo por él, o por Naoki –Sadie se volvió hacia el ascensor, pero miró hacia atrás–. ¿Cuál de vosotras le prepara esos macarrones con queso caseros cuando ha tenido un día duro?

–Soy yo –admitió Sienne.

–¿Te importaría pasarme la receta?

Las hermanas se miraron y, al parecer, llegaron a alguna conclusión silenciosa porque Sienne volvió a sacar el móvil.

–Te la enviaré.

Sadie ya tenía la receta de Sienne antes siquiera de llegar al coche. Seguramente, lo mejor sería que no empezara a darle vueltas a cómo había conseguido la hermana de Caleb su número. Porque sin duda su hermana lo había averiguado, y no solo eso, durante su investigación. Aunque era

evidente que no lo había descubierto todo, o Caleb no seguiría interesado en ella.

Y por algún extraño milagro, seguía interesado en ella. Más que eso. Según él, mantenían una relación, y eso significaba que era su novio. La palabra parecía incluso inocente comparada con lo que ella sentía por él.

Hizo una rápida incursión en la tienda y siguió hasta su casa para preparar los macarrones con queso. Una hora más tarde, Piruleta y ella estaban de nuevo en el coche, camino de la casa de Caleb, con una cacerola. Sadie no pudo evitar reírse de sí misma. Nadie que la viera en esos momentos la reconocería.

Al llegar a casa de Caleb, deslizó la mano en el bolsillo y sacó el llavero que él le había dado la semana anterior.

–Úsalo –le había dicho.

En su momento se había sentido incómoda con eso, con el empeño de Caleb en que se sintiera cómoda en su casa. Pero luego se había enamorado.

De su ducha.

A pesar de tener las llaves, se debatió entre llamar o no a la puerta, pero al final abrió con la llave y entró con Piruleta.

La casa estaba a oscuras.

Pero no vacía.

Sentía su presencia en forma de cosquilleo por todo el cuerpo. Sobre todo en los pezones. Cruzó el salón, y estaba a medio camino de la cocina, cuando se detuvo y se dio la vuelta.

Piruleta soltó un ladrido de emoción y arrancó en el mismo instante en que Sadie se daba cuenta de que Caleb estaba sentado en uno de los dos grandes sillones frente al enorme televisor apagado. Llevaba unos pantalones de chándal, y nada más. Sin camisa, los pies descalzos. La cabeza hacia atrás. Los ojos cerrados.

Dado que nada solía pasarle desapercibido, ella supo que se había dado cuenta de su presencia. De hecho, atrapó a Piruleta en el aire.

Sadie dejó sus cosas en el suelo y lo observó acariciar al feliz animal, que le dio un último lametón antes de saltar al suelo y correr a la cocina para comprobar el estado de sus cuencos.

Sadie se acercó y se arrodilló entre las piernas de Caleb, apoyando las manos sobre sus muslos. Estudió atentamente su rostro, buscando alguna pista acerca de sus sentimientos. Estaba agotado, lo veía en las finas arrugas que siempre aparecían alrededor de sus ojos cuando estaba cansado. Trabajaba muchas horas y asumía la responsabilidad de muchas empresas y personas. No se atrevía a imaginarse el estrés que sentiría a diario.

–Hola –susurró.

Él no contestó, pero sus manos abandonaron los brazos del sillón y se colocaron sobre las de ella.

–¿Cómo está Naoki?

La pregunta hizo que Caleb levantara la cabeza y la mirara a los ojos con expresión inquisitiva.

–Tus hermanas –le informó ella.

–El Clan –él suspiró y volvió a dejar caer las manos–. Viven para interferir.

–Querían ayudar. Y yo también.

Caleb deslizó las manos por los brazos de Sadie y las hundió en sus cabellos.

–Bueno, pues ahora mismo estás colocada en una de mis posturas favoritas...

Sadie se agachó y le mordisqueó el interior de los muslos a través de la tela de los pantalones de chándal. Caleb siseó.

–Un trabajo duro.

–Después –le prometió ella–. Háblame de Naoki, y después...

–¿Y después? –él volvió a mirarla a los ojos, los suyos estaban atormentados, hundidos y muy oscuros.

–Lo que tú quieras –le prometió Sadie, con intención de cumplirlo.

–Naoki está ingresado en el hospital. Se cayó y se golpeó la cabeza.

–¡Oh, no! –exclamó ella–. ¿Es grave?

–Lo encontraron enseguida, pero creo que sufrió un pequeño ictus. No es el primero. Cada vez los padece con más frecuencia, y no parece que haya posibilidad de detenerlos. Ahora mismo es una bomba de relojería.

–Caleb... –Sadie sintió una punzada en el corazón–. Cuánto lo siento. ¿Lo has visto?

–Estuvo lúcido durante unos segundos. Estaba tranquilo y dijo que su hora había llegado –la voz de Caleb se volvió ronca. Espesa–. Dijo que estaba preparado para marcharse –hizo una pausa–. Pero yo no lo estoy. ¿No te parece egoísta por mi parte?

Sadie sacudió la cabeza y lo abrazó, apoyando la cabeza sobre su pecho.

–Lo amas. El amor es egoísta.

–Yo pensaba que no sabías una mierda de amor.

Sadie ignoró el comentario y levantó la cabeza.

–¿Cuándo has comido por última vez?

Él se encogió de hombros.

Sadie se dirigió a la cocina y regresó con un cuenco lleno de macarrones con queso. Piruleta se había acurrucado en su camita junto al sillón, pero, al oler la comida, levantó la cabeza.

Caleb contempló la comida que Sadie le ofrecía y sonrió fugazmente.

–Sí que has hablado con mis hermanas.

Ella esperó a que lo hubiese probado antes de admitir la verdad.

–Los he hecho yo –le explicó, plenamente consciente de que no podían estar tan ricos como los que él solía comer–. He seguido al pie de la letra la receta de Sienne. Bueno, salvo por la parte en que hay que esperar unos minutos para que la salsa de queso espese. No tuve suficiente paciencia para ello. Y puede que haya empleado más mantequilla de la que pone en la receta, porque, sí, claro, comprendo que las arterias son importantes, pero también lo es la mantequilla.

Caleb le sostuvo la mirada mientras tomaba otro poco. Y luego otro, y otro más, hasta terminar con el plato. Dejó el cuenco a un lado, alargó los brazos hacia ella y la sentó sobre su regazo.

–Creía que no te gustaba cocinar.

–Puede que al final resulte que sí sé un poquito de amor. O que estoy aprendiendo.

Sus miradas se fundieron durante un instante, antes de que Caleb la abrazara contra su cuerpo y hundiera el rostro en su cuello. Sadie sintió el calor de su torso desnudo y la suave y musculosa espalda, y aspiró su olor innato, mucho mejor que cualquier cosa que hubiera experimentado jamás. Cuando sintió que su pecho se estremecía, lo abrazó con más fuerza, intentando darle todo lo que tenía. Permanecieron de ese modo, muy apretados, por una vez siendo él quien recibía el calor y la fuerza de Sadie, en lugar de al revés. Ella no quería soltarlo.

Desde la noche en que habían adoptado a Piruleta, quizás incluso mucho antes, ella había encontrado consuelo en su presencia. Mucho consuelo. Y por fin era capaz de devolverle una parte.

–Lo siento mucho, Caleb –susurró mientras las lágrimas le irritaban los ojos.

Él asintió y se agarró con fuerza a ella, y Sadie supo con certeza que se dirigían hacia algo

bastante impresionante, algo que ella jamás se había imaginado para sí misma.

–Háblame –le pidió él bruscamente–. Sácame de mi propia cabeza.

–De acuerdo... –pero a Sadie no se le ocurría nada–. ¿De qué quieres que te hable?

–De ti. Cuéntame algo sobre ti que nadie más sepa.

Caleb nunca le había preguntado nada sobre ella, jamás. Y quizás fue el hecho de que ese hombre tan fuerte y poderoso se mostrara vulnerable ante ella, que le hiciera sentir que la necesitaba, lo que marcó la diferencia. Sadie respiró hondo en un intento de hacer lo mismo. Ya era hora, hacía tiempo ya, de darse un poco, incluso de revelar algunos aspectos oscuros que se había esforzado por mantener ocultos.

De modo que miró hacia la negra noche por encima de la cabeza de Caleb y comenzó a hablar.

–Me preguntaste que por qué no llevaba un montón de tatuajes –él se lo había preguntado varias veces y ella siempre evitaba responder–. Me encanta crear tatuajes –continuó–. También me encanta aplicar mi arte a las personas y darle voz a su piel. Y me encantan los pocos tatuajes que tengo, mucho. Cada uno representa para mí mucho más que arte y, debido a ello, quería honrarlos siendo los únicos que llevo –titubeó un instante–. Dos de ellos cubren cicatrices.

–Los del muslo –Caleb alzó la mirada, seria, oscura y penetrante, y buscó sus ojos.

–Sí –contestó ella–. Y, como bien sabes, hay una tercera cicatriz, más reciente, que no he ocultado.

La confesión le resultaba dura, mucho más dura de lo que se había imaginado, y Sadie se levantó del regazo de Caleb y se acercó a la ventana. La habitación seguía a oscuras y la única luz provenía de la cocina, mientras ella miraba hacia la noche, de espaldas a Caleb.

–Me hacía cortes –murmuró–. Lo que quiero decir es que...

Caleb deslizó las manos delicadamente por sus caderas. Se había acercado silenciosamente, invadiendo su espacio. Su calor le calentó la espalda antes de que la tocara con el torso, y sus brazos la rodearon lentamente.

–Sé lo que quiere decir.

Sadie no se volvió. No podía. Había pasado muchos años avergonzándose de sí misma aunque, al final, lo había superado. Pero todavía le costaba hablar de ello.

–Empecé de joven. Es difícil explicar por qué, porque ya no soy esa adolescente asustada, solitaria, frustrada, lastimada, pero...

–No hace falta que me lo expliques, Sadie. Nunca.

El alivio hizo que bajara los hombros. La emoción ante su comprensión le produjo un nudo en la garganta.

–Lo sé –consiguió decir–. Y gracias. Pero tú te has abierto a mí y yo me he contenido. Has sido muy paciente, y eso significa más de lo que puedo expresar. No me has metido prisa. Pero... –cerró los ojos–. Hay un lado oscuro en mí, Caleb. Compartirlo es duro, pero siento que deberías saberlo –había más, por supuesto, pero aún no estaba preparada para revelarlo. No sabía si lo estaría alguna vez–. Me estuve cortando de manera intermitente durante cuatro años –le explicó con calma.

Un sonido sordo de pesar escapó de las profundidades del pecho de Caleb.

–¿Nadie lo sabía? –preguntó–. ¿No había nadie allí para ti?

Sadie se volvió. Al posar su mirada en los ojos de él, vio auténtica preocupación, y una ira cuidadosamente controlada que, sabía, no estaba dirigida a ella.

–No –contestó–, pero para ser justa con mi familia, se me daba muy bien ocultarlo. Y se me daba aún mejor apartarlos de mi lado y mantenerlos alejados de mí. Yo no era una suicida –

necesitaba que él lo supiera—. Era casi todo lo contrario. Estaba muy triste y enfadada, y sufría mucho, pero no tenía ningún sitio en el que volcar todo eso. Cortarme era... como liberar mis emociones. No puedo explicarlo mejor. Me cortaba en el mismo punto del muslo para poder esconderlo. Y no se lo contaba a nadie porque sabía que nadie me entendería, que pensarían que quería terminar con todo –sacudió la cabeza—. Pero entonces, lentamente, todas esas terribles y negativas emociones de mi interior se consumieron lo bastante como para permitirme respirar, y dejé de hacerlo. Y, cuando supe que había superado la necesidad de volver a hacerlo, cubrí las cicatrices con los dos tatuajes que has visto. Corazón sobre mente, valor sobre miedo. Era como darme a mí misma una nueva oportunidad. Partir de cero, sin recuerdos de lo que había sido tiempo atrás.

–Me gustaron esos tatuajes en cuanto los vi –le aseguró Caleb mientras la atraía hacia sí—. Pero ahora que conozco su significado, me gustan aún más –la besó suavemente en el punto sensible detrás de la oreja—. ¿Vas a hablarme de la tercera cicatriz? La que no tapaste...

Vuelta a otro lugar oscuro de su interior más profundo.

–Tuve una recaída –admitió tras respirar hondo.

Del pecho de Caleb escapó otro ronco sonido y la apretó un poco más contra él, como si pudiera protegerla a partir de ese momento y para siempre de los fantasmas de su pasado.

–¿Cuándo?

–Hace tres años.

–¿Tiene eso algo que ver con el hecho de que hacía tres años que no salías con nadie? –él le tomó delicadamente el rostro entre las manos ahuecadas.

–Sí –Sadie quería apartar la mirada, pero no era capaz de arrancarla de la firme y tranquila de Caleb—. Conocí a alguien –le explicó—. A través de mi madre, por cierto. Wes era abogado –consiguió sonreír fugazmente—. Era normal, al menos comparado con los tipos de mi pasado, los que habían sido tan mala influencia para mí. De modo que decidí darle una oportunidad. Era divertido, encantador, dulce... Llevaba siempre trajes –hizo una mueca y soltó una carcajada—. Mis padres lo adoraban.

–¿Qué pasó? –preguntó Caleb tras respirar hondo.

–Él... –Sadie cerró los ojos—. Esto resulta realmente embarazoso.

–Sadie, soy yo –sus manos seguían cálidas y tiernas sobre el rostro de Sadie—. Puedes contarme lo que sea.

Era verdad, empezaba a comprenderlo. Pero aún no se imaginaba capaz de contarle toda la historia.

–Cuando vio los tatuajes del muslo se mostró fascinado, y yo admití que cubrían mis cicatrices autoinfligidas –sacudió la cabeza al recordar cómo había reaccionado Wes.

–Dime que no le importó –suplicó Caleb—. Dime que no te abandonó por ello.

–No –Sadie incluso fue capaz de reírse—. No dijo nada en absoluto. Pero resultó que le gustaba mi lado oscuro, un poco demasiado.

–¿Qué quieres decir?

–Él, pues... quería mirar.

–¿Te refieres a que quería mirar mientras tú te cortabas? –Caleb se puso rígido.

–Sí, supongo que sería algún rollo fetichista.

–¡Jesús! –él apoyó la frente contra la suya—. ¿Y tú...?

–No –Sadie tragó nerviosamente—. A propósito no. Una noche, después de una pelea, yo... fue algo íntimo, me sentía triste y vulnerable, y de bajón, pero, cuando me di cuenta de que estaba

mirando, y entusiasmado, me entró el pánico. Lo abandoné –cerró los ojos–. Pero le permití hacerme caer de nuevo –sacudió la cabeza–. No, eso no es justo. Yo me lo permití. De ahí proviene la tercera cicatriz. Volví a caer en ese patrón de conducta durante unos meses, hasta que me di cuenta de que le había dado a un tipo el poder para devolverme a ese lugar. Y paré. Eso fue hace tres años y toda una vida. O eso me parece.

–¿Por eso te especializaste en tatuajes para mujeres y en tapar cicatrices? –preguntó Caleb.

–No es fácil hacer un tatuaje encima de una cicatriz –Sadie se encogió de hombros–. Yo solo quería hacer lo mismo para otras mujeres que lo necesitaran.

Caleb susurró su nombre con dulzura y la besó, solo los cálidos labios, sin lengua.

–Gracias por confiar en mí tanto como para compartir ese aspecto de ti –le dijo delicadamente–. Jamás traicionaré esa confianza. Sé que aún no te sientes segura con respecto a lo nuestro, pero yo tengo seguridad suficiente por los dos. Cuando quieras, puedes contarme lo demás. No pienso irme a ninguna parte.

–¿Cómo sabes que hay más que contar?

–Porque lo veo en tus ojos.

Y no la iba a presionar. No tenía ningún problema con su lado oscuro. No tenía ningún problema con el hecho de que se lo guardara para sí misma, si era eso lo que necesitaba. Sadie nunca había conocido a nadie como él. Se puso de puntillas y lo besó. Otro beso sin lengua. La clase de beso que llevaba a suaves gemidos y manos ardientes, y a perder la ropa y rodar sobre el colchón para su mutua satisfacción.

Una hora después, Caleb estaba tumbado de espaldas durmiendo profundamente, quizás incluso comatoso. Parecía saciado, cosa que ella sabía que estaba y... contento. Y por eso surgieron las dudas. Caleb aún no lo sabía, pero ella no era la persona adecuada para él. Era demasiado cínica, demasiado tozuda, estaba demasiado rota...

–Desde aquí oigo tus pensamientos –murmuró él mientras alargaba una mano hacia ella, sin abrir los ojos–. ¿Qué sucede? ¿Tienes hambre? ¿Quieres manosearme mientras duermo? Aquí me tienes, nena.

Una sonrisa se formó en el rostro de Sadie, sin su consentimiento, ante el perezoso tono de la gutural voz. Incluso medio dormido como estaba, seguía completamente sintonizado con ella, y eso derrotó su vacilante confianza.

–Estoy bien. Pero me voy a la otra habitación para no mantenerte despierto.

–De eso nada –Caleb ya la había rodeado con sus brazos y la apretó con más fuerza, hundiendo la cara en su cuello, besándole ese cuello antes de volverse a dormir.

Sadie esperó a que él estuviera totalmente fuera de juego. Y, no sin cierto orgullo femenino por haberlo puesto en ese estado, salió silenciosamente de la cama.

Su intención había sido la de tomarse unos pocos macarrones con queso, pero se detuvo ante la mesa de la cocina, porque el portátil de Caleb estaba encendido, iluminando la habitación con su brillo.

No tenía intención de invadir su intimidad, pero su mirada se posó en la pantalla. Tenía abierto el programa de correo electrónico y no pudo evitarlo. El asunto de uno de los mensajes le saltó a los ojos y se atascó en su garganta. Se quedó helada hasta el punto de que ni siquiera respiraba. ¡Qué narices! Sus pies la acercaron hasta colocarla junto a la mesa, contemplando la línea: *Mercedes Lane, por favor, léelo.*



## Capítulo 27

#DimeQueNoLoHaHecho

Caleb no supo qué lo despertó a la mañana siguiente, pero al estirar un brazo y sentir las frías sábanas a su alrededor, supo que estaba solo. Se sentó y agudizó el oído. La casa estaba en silencio.

Incluso Piruleta se había marchado.

¿Qué demonios? Pensaba que ya habían superado eso, superado que Sadie huyera asustada. La noche anterior habían compartido más de sí mismos de lo que habían hecho jamás, y cuando se habían ido a la cama... Bueno, los sensuales y eróticos recuerdos iban a alimentar sus sueños durante mucho tiempo.

Entonces, ¿por qué se había marchado sin decir nada? Y, se preguntó al levantarse de la cama y ver su ropa tirada por el suelo, ¿por qué se había marchado sin su ropa? ¿Qué demonios? ¿Había recibido una llamada? ¿Se había producido una emergencia? Agarró el móvil de la mesilla de noche y encendió la pantalla. No había nada de ella, ni una llamada, ni un mensaje, ni un correo. Nada más que trabajo, un mensaje de Kel, y un correo electrónico de la enfermera del turno de noche de Naoki, informándole de que no se había producido ningún cambio en su estado.

Caleb recorrió la casa, pero su intuición demostró ser acertada. Sadie se había marchado. Regresó rápidamente a su dormitorio, se puso los pantalones de chándal de la noche anterior y una camiseta, y se calzó las zapatillas de correr. Agarró las llaves y corrió tras ella.

Era demasiado temprano para que estuviese ya en el spa de día, de modo que fue directamente a su casa. Se detuvo ante su puerta y llamó.

Desde el interior surgió el ladrido de Piruleta, que estaba fuera de sí. La perra sabía que era él.

Pero Sadie no abrió la puerta. Seguramente, porque ella también sabía que era él.

¿Qué narices?

Volvió a llamar, consciente de que los ladridos volverían loca a Sadie.

Por fin la puerta se abrió de golpe y allí estaba, el misterio de cómo había regresado a su casa sin ropa, resuelto. Llevaba el abrigo de Caleb fuertemente sujeto con el cinturón alrededor de la cintura, las piernas desnudas, los pies descalzos. Su pelo salvaje, como todas las mañanas, como tanto le gustaba a él porque le recordaba cómo había cerrado sus manos sobre esos cabellos unas pocas horas antes. Estaba bastante seguro de que lucía un sarpullido en el cuello, producido por su barba, pero, cuando ella se dio cuenta de la dirección que tomaba su mirada, se cerró el abrigo con fuerza.

—¿Cómo puede alguien dormir con este ruido? —se quejó.

—Duermen después de abrir la puerta.

Ella la cerró con fuerza.

De acuerdo, quizás estuviera un poco lento de reflejos, pero empezaba a darse cuenta de que no se había producido ninguna emergencia, y que ella no se había asustado por que la noche anterior se hubieran acercado demasiado el uno al otro. Para nada. Estaba cabreada con él por otra cosa, pero a saber por qué. Esa mujer sacudía su mundo de un modo que jamás habría creído posible, pero también lo sacaba de quicio hasta límites insospechados. Harto del juegucito, sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta... topándose con la cadena.

–Sadie. Déjame entrar.

–Lo siento, pero el infierno aún no se ha congelado. De modo que va a ser que no.

–¿Vas a explicarme qué está pasando?

–Como si no lo supieras.

–¡Guau!

Caleb bajó la mirada y vio a Piruleta mirándolo con sus ojillos brillantes y felices, meneando el rabo. Por lo menos, había una hembra allí que estaba contenta de verlo.

Pero alguien tomó a la perra en brazos y la apartó de su vista.

–Sadie.

–Márchate.

–Espera –Caleb metió el pie en el preciso instante en que Sadie intentaba cerrar la puerta. Agradeció llevar puestas las zapatillas de correr que él mismo había diseñado para los astronautas pues, gracias a ello, Sadie no le aplastó el pie y le permitió mantenerse firme—. Háblame –suplicó–. ¿Qué pasa? Hace unas horas estabas en mi cama, jadeando mi nombre y...

–De ninguna manera jadeaba tu nombre.

–Sí que lo hacías. Y también me suplicabas, con mucha dulzura.

El ojo que se veía al otro lado de la puerta se entornó.

–Oye –dijo ella–, tú también suplicaste un poco, ¿sabes?

–Así es –concedió él–. Y después, nos dormimos abrazados. Pero me he despertado solo, lo cual me resulta extraño porque tú nunca te despiertas antes que yo, y mucho menos eres capaz de funcionar lo bastante como para levantarte y salir de mi casa... y sin ropa, además. Y eso significa, básicamente, que saliste corriendo, como si se te hubiera prendido fuego el culo. Y por eso te lo voy a preguntar otra vez, ¿qué pasa?

–He visto lo que hiciste –Sadie soltó la cadena y abrió la puerta del todo para poder mirarlo, vestida con su abrigo y, por lo que él pudo intuir, una de sus camisetas, que le llegaba a medio muslo.

Había tanta emoción en los ojos de Sadie que Caleb se quedó sin aliento. Había ira, pero también dolor, y él sintió que lo mataba.

–Sadie –dijo con voz suave–. Cuéntame qué viste, ¿qué he hecho?

–Tienes un correo electrónico. El asunto dice: «Mercedes. Lane, por favor, léelo».

Caleb se quedó inmóvil. No tenía ni idea de cómo había podido ella ver el correo sin abrir... hasta que recordó que el portátil estaba sobre la mesa de la cocina.

–De modo que es verdad –confirmó ella, que no le quitaba ojo de encima.

–No es lo que piensas –contestó él–. Yo...

–No. No te atrevas a intentar explicarlo. Y ahora mueve el maldito pie antes de que llame a la policía.

No fue la amenaza lo que le hizo mover el pie, sino la mirada de Sadie, sospechosamente brillante, y la respiración entrecortada. Caleb sabía que estaba a punto de derrumbarse y no quería sentirse intimidado mientras lo veía suceder.

–De acuerdo –asintió al fin mientras levantaba las manos y recuperaba su pie–. Pero...

Pero nada, porque la puerta volvió a cerrarse en su cara.

Antes de poder decidir qué hacer, la puerta se abrió de nuevo y su camiseta y el abrigo lo golpearon en la cara. Tras ofrecerle la fugaz visión de un delicioso trasero desnudo, con sus correspondientes curvas, Sadie volvió a cerrar de un portazo.

Sadie se fue directa a su dormitorio para ponerse algo de ropa. Era muy difícil mantener el control cuando tus mejores partes estaban expuestas al aire. Se puso lo primero que encontró, un par de mallas grises y negras, y una camisola, y luego añadió una chaqueta vaquera porque de repente sintió que el frío le llegaba hasta los huesos.

Piruleta corrió hacia ella y el ruido de los inciertos pasitos en el suelo acercándose a ella hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Su preciosa perrita se sentó a sus pies y la miró con gesto muy serio, los enormes ojos perrunos estaban cargados de preocupación.

–No te preocupes –le aclaró ella–. Solo porque haya roto con él no significa que tú también lo hayas hecho. Para ti no va a cambiar nada. Te lo prometo.

El golpe de nudillos en la puerta le hizo dar un brinco.

–¡Vaya! Me pregunto quién puede ser –se asomó a la mirilla y suspiró.

–Nunca abrí el archivo –le aseguró él desde el otro lado de la puerta.

–Pero lo tienes. No te fiabas de mí lo bastante como para creerte lo que yo te contara de mí misma –Sadie abrió la puerta–. Me juzgaste por las apariencias.

–Espera un momento –protestó Caleb–. ¿Vas a decirme que tú nunca me has juzgado por las apariencias?

–Así es.

–Me estuviste llamando Trajes durante todo un año –él la miró prolongadamente.

Y aunque tenía razón, Sadie se enfureció aún más, porque nunca había sido capaz de gestionar el hecho de que alguien le arrojara su propia mierda a la cara. El que estaba equivocado allí tenía que ser él, maldito fuera.

–Sadie –insistió él con más calma–. Sabías que mis hermanas llevan años investigando a las personas que aparecen en mi vida. Esto fue algo automático, pero lo detuve en cuanto me enteré, cuando me mostraste las fotos de Kayla acosándote. Ya lo hemos hablado. Yo jamás vi el contenido del archivo. No quiero verlo.

–Pero el caso es que tienes ese archivo y nunca me lo dijiste.

–Y debería haberlo hecho, lo sé –él asintió–. Siento mucho no haberlo hecho. Jamás volveré a cometer este error. Pero no lo he leído, Sadie –la miró a los ojos y sus labios se tensaron en una fina línea–. Necesito que me creas.

Le estaba pidiendo demasiado.

–Me juraste que no me estabas haciendo seguir –insistió ella–. Y te creí.

Era para partirse de risa. Había sido lo bastante estúpida como para fiarse de él cuando sabía que no debería. Impresionada al descubrir de repente que sus sentimientos hacia él no eran tan buenos, una sensación que no había experimentado en mucho tiempo, se calzó las botas, se colgó el bolso del hombro y le entregó a Caleb la correa de Piruleta.

–Hoy te toca a ti y no voy a privarte de tus derechos –le aseguró mientras se agachaba y acariciaba a la perra–. Te veré mañana, preciosa –susurró antes de ponerse de pie–. Adiós, Caleb.

–¿Adónde vas?

–Me marchó.

–Pero estás en tu casa.

–Así es. De modo que, si no te importa, cierra cuando te vayas, por favor. Y procura no estar aquí cuando yo vuelva.

## Capítulo 28

#JugándoseloTodo

Caleb se esforzaba mucho en su vida para evitar tomar malas decisiones y ser activamente estúpido.

Pero la había cagado y lo sabía.

Sinceramente, no había pensado en lo que parecería a ojos de Sadie el que él tuviera ese archivo. No lo había pensado porque no tenía ninguna intención de leerlo jamás. Pero al no decirle nada le había hecho daño.

Había cometido un error, uno muy malo, y tenía que solucionarlo. Sin saber muy bien cómo, y queriendo respetar la petición de Sadie de no estar cuando ella regresara a su casa, Caleb se dirigió a su oficina. Su idea era cancelar los compromisos del día y pensar en cómo solucionarlo con Sadie. De algún modo necesitaba convencerla de que, aunque fuera idiota, merecía la pena apostar por él.

Salía del ascensor en la planta superior de sus oficinas cuando el móvil vibró con una llamada entrante.

«Sadie».

–Sadie –Caleb contestó a tal velocidad que la cabeza empezó a darle vueltas–. ¿Estás bien? –preguntó, visiblemente aliviado.

Al otro lado de la línea se oyó un suave suspiro.

–De acuerdo –dijo él–. No lo estás. ¿Dónde estás? Iré a buscarte y...

–No, no lo hagas. Estoy... bien, pero no quería hacer esto. No quería mantener esta discusión contigo, pero ahora me doy cuenta de que tenía que hacerlo.

El mal presagio que sintió Caleb hizo que le fallaran las rodillas.

–Sadie...

–Necesito que sepas que no soy la misma persona que solía ser –continuó ella–. He madurado mucho y he pasado página, y no quiero ser etiquetada por lo que fui.

A Caleb le costaba mucho oír su voz tan baja mientras lo seguían dos administrativas y una hermana desde el ascensor hasta su despacho. Todas querían un pedazo de él antes del comienzo de la jornada. Él sacudió la cabeza en su dirección, haciendo un gesto con la mano para indicarles que necesitaba un momento, y luego se encerró en su despacho.

–Nadie debería ser etiquetado por quien solía ser –estuvo de acuerdo.

–Eso es fácil decirlo cuando no sabes quién solía ser yo –le contradujo Sadie–. El archivo que tienes... sin duda revelará cosas que yo jamás querría que se revelaran, cosas que podrían cambiar la opinión que tiene la gente de mí. La opinión que tienes tú de mí.

Sienne abrió la puerta del despacho de Caleb e intentó entrar, pero él le hizo un gesto para que

se marchara y echó el cerrojo. Sin duda lo pagaría caro después, pero en ese momento le daba igual.

–Sadie, para mí nunca has sido, y nunca serás, lo que ese maldito archivo contenga –le aseguró–. Lo he borrado de mi ordenador, en realidad de mi servidor –al menos lo primero era cierto–. Nadie podrá verlo jamás, incluyéndome a mí, te lo prometo.

Se produjo una pausa durante la cual, con suerte, ella estaría reconsiderando el hecho de su sinceridad, de que nunca había leído ese archivo y nunca lo leería.

–Pero al menos una de tus hermanas conoce su contenido –señaló ella.

Caleb cerró los ojos. Era cierto. Y le había prometido no mentirle.

–Sí. Pero...

–Verás, el tema es que los secretos no funcionan –continuó Sadie–. No podemos... no podemos hacer lo que estamos haciendo si tu hermana sabe cosas de mí que tú no sabes.

–Eso me da igual –le aseguró él.

–Pero a mí sí me importa –dijo ella–. Los secretos duelen, Caleb. No voy a ser el motivo de que quizás suceda algo en tu relación con tu familia. Te conté lo de los cortes. Te conté cómo mis padres me hicieron su prisionera cuando yo tenía dieciséis años. Cómo se asustaron –respiró entrecortadamente–. Te conté cómo me obligaron a recibir ayuda.

Era la segunda vez que utilizaba el término, «obligaron», cuando hablaba de ese momento de su vida, y Caleb se sentó, de nuevo, porque comprendió que ella iba a contarle lo que aún no sabía, y que no le iba a gustar.

–Lo que no te conté era que fui retenida bajo el decreto 5585 –continuó–. Es una normativa psiquiátrica...

–Que se aplica a menores –la interrumpió él con calma, aunque sentía de todo menos calma.

El decreto 5585 permitía la retención involuntaria durante un mínimo de setenta y dos horas, y podía llevarse a cabo en contra de la voluntad del menor. Se suponía que era bueno para alguien en riesgo o peligro para sí mismo. Pero para una adolescente que no había manifestado intenciones suicidas, que solo estaba confusa e intentaba descubrir cómo navegar en medio de una familia que no la comprendía, debió de haber sido... Dios mío. Ni siquiera era capaz de imaginárselo. «Aterrorizada» seguramente ni se aproximaba a la descripción.

–¿Durante cuánto tiempo te retuvieron? –preguntó, incapaz de contener la emoción en su voz.

–Las primeras setenta y dos horas fueron para evaluar mi supuesta crisis de salud mental –contestó ella–. Pero dado que yo era... –soltó una risa sin un ápice de alegría– cabezota, por decirlo suavemente, y me negaba a ser comunicativa, me retuvieron otros catorce días más antes de que pudiera convencer a los profesionales médicos que me atendían de que podían soltarme bajo mi palabra sin que fuera un peligro para mí misma.

Dos semanas en un lugar extraño con unos profesionales médicos decidiendo sobre cada uno de tus movimientos, sin tener opinión ni control sobre nada. Para cualquiera habría sido una pesadilla. Para una niña como Sadie, que pensaba y se comportaba fuera de las normas, que había sido malentendida toda su vida, y que tenía la sensación de que no había nadie de su parte, habría sido casi la muerte.

–Si no estaba loca antes –continuó ella–, desde luego me acerqué mucho después de aquello.

Su voz sonaba vacía y Caleb se sintió furioso, y también desolado, por ella. Y asqueado por haber devuelto todo eso a su vida.

–Sadie...

–Me imagino que son estas cosas las que tu gente debe arrancar de tu vida, ¿verdad? –preguntó

Sadie—. De modo que considérame arrancada de tu vida, Caleb.

Tras lo cual colgó la llamada.

Por Dios bendito, él había hecho aquello. Había cavado una zanja entre ambos, haciéndole sentir que no era digna de que él confiara en ella. Y Caleb debía pagar un precio por ello. Abrió la puerta de su despacho y, tal y como sospechaba, Sienne prácticamente cayó dentro.

Echó un vistazo al rostro de su hermano y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué pasa?

Él se pellizcó el puente de la nariz y respiró hondo.

—¿Tan malo es que intentas encontrar el modo de contármelo? —insistió Sienne.

—No, lo que intento es encontrar el modo de matarte y salir libre.

Sienne consultó con mucho teatro la agenda.

—Lo siento. Hoy no tengo ningún hueco para ser asesinada. ¿Te gustaría programarlo para la semana que viene?

—No sigas.

Ante el tono de voz de Caleb, su hermana abandonó el tono humorístico y lo miró.

—¿Qué ha pasado?

—Misión cumplida.

—¿De qué hablas?

—Lo conseguiste. Querías asegurarte de que yo estuviera protegido, y lo hiciste. Porque, cuando Sadie descubrió el archivo que me enviaste, abandonó mi patético mundo.

—¡Mierda! —Sienne se adentró un poco más en la habitación y se dejó caer en una silla frente al escritorio—. ¿Qué hacía mirando tu correo electrónico?

—Tenía el portátil abierto sobre la mesa de la cocina.

—¿Estás de coña? —preguntó ella—. ¿Hemos levantado todas estas defensas para mantenerte protegido y tú haces una estupidez como dejarte el portátil abierto cuando cualquiera podría poner sus manos en él? ¿En serio, Caleb?

—No era cualquiera, Sienne. Era Sadie.

—De acuerdo —Sienne asintió—. No es bueno, pero sin duda si le explicas...

—¿Explicarle qué exactamente? ¿Explicarle que investigaste su vida pasada con más precisión que un militar, a pesar de que yo le había prometido que no haría eso?

—Bueno, pues esa fue una promesa muy estúpida.

—El archivo despertó unos recuerdos muy malos de su pasado, muy, muy malos. Como me imagino que ya sabrás.

—¿Te lo ha dicho? —la expresión de Sienne se suavizó.

—Se sintió obligada a hacerlo. No quería que fuese un secreto entre tú y yo.

—Maldita sea —Sienne suspiró y sacudió la cabeza—. Me gusta. Me gusta mucho.

—Ha cortado conmigo.

—Caleb, ¡lo siento mucho! Quizás si la llamara...

—Ni se te ocurra —la interrumpió él—. Lo que yo necesito de ti es lo que ya te he pedido: que no te metas —su teléfono vibró de nuevo. Llevaba toda la mañana sonando, nada nuevo para él—. Hoy anulo todos los compromisos. Solo he venido para poder gritarte. Voy a salir...

—No puedes cancelar todo el día. Por lo menos, no puedes cancelar la mañana. Los tipos de la NASA ya están preparados en la sala de conferencias A. Tienes que asegurarte ese acuerdo. Luego podrás ocuparte de Sadie.

—No. Desde este preciso instante, tú estás a cargo.

–¿De la reunión? –Siene lo miró boquiabierta.

–De todo el proyecto. Querías más responsabilidad, pues ya la tienes –Caleb echó a andar hacia la puerta–. No la cagues.

–Pero...

Pero nada. Caleb cerró la puerta y se dirigió al ascensor. Iba a encontrar a Sadie y a hacer lo que fuera necesario para recuperarla.

Después de colgar la llamada, Sadie abandonó el spa de día y cruzó el patio. Disponía de una hora antes de recibir a sus clientes, necesarios para asegurar su sustento, la única cura que ella conocía para su corazón roto.

En realidad, no había cura para el corazón roto, pero al menos la ayudaría a sobrevivirla.

Se dirigió al camión de tacos de Ivy. Le había enviado un mensaje y su amiga la esperaba. El Taco Truck funcionaba desde primera hora de la mañana, sirviendo desayunos, hasta la tarde. Cuando llegó Sadie, Ivy terminó de atender a los dos clientes que iban delante de ella y luego le entregó a Sadie un taco de huevos, patatas y chorizo.

Su preferido. Sadie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

–¡Mierda! –exclamó su amiga–. Esto es más serio de lo que pensaba –añadió un segundo taco–. Invita la casa –salió del camión y limpió las dos mesas de picnic en las que sus clientes se sentaban a menudo a comer–. Cuéntamelo todo.

–Me ha engañado.

–¿Qué? –Ivy la miró espantada, claramente sorprendida–. ¿Caleb?

–No, el Ratoncito Pérez. ¡Pues claro que Caleb!

Ivy no necesitó saber más para ponerse de inmediato de su parte, como una buena amiga.

–¡Ese bastardo sin escrúpulos! –exclamó furiosa–. ¿Por qué necesitan los hombres acostarse siempre con más de una mujer? Nunca lo he entendido...

–No –Sadie sacudió la cabeza–. No se ha estado acostando con otra.

–De acuerdo –Ivy la miró confusa–. Entonces, ¿qué ha hecho?

–Permitió que sus hermanas investigaran mi pasado. A fondo.

–No lo entiendo –su amiga dejó de limpiar la mesa y la miró.

–Me investigaron como si les hubiera pedido un crédito, solo que no era por ningún crédito, sino para comprobar si era digna de salir con Caleb Parker –Sadie hablaba, se llenaba la boca de tacos y lloraba a la vez–. Estoy tan furiosa...

Ivy le ofreció un montón de servilletas y le concedió un minuto.

–Cielo, supongo que sabes quién es, ¿verdad? Es como... Elon Musk. Y con un hombre así hay muchas cosas en juego. Sin duda comprenderás por qué su gente se muestra muy cuidadosa.

Sadie seguía comiendo.

Tras observarla un minuto más, Ivy se sentó.

–Sadie...

–¡Eh! –llamó un hombre desde el camión–. Necesito tacos.

–Y yo necesito un millón de dólares –contestó Ivy.

–Lo digo en serio –el hombre apoyó las manos sobre las caderas–. Soy incapaz de trabajar si no como antes tus tacos de huevos, aguacate y queso fresco, con un chorrito de tu impresionante crema chipotle. No hay otro lugar donde conseguirlo, no como lo prepararás tú.

Ivy asintió. Le sucedía a menudo.



–Enseguida voy, y te prometo que la espera merecerá la pena –le aseguró al cliente antes de volverse hacia Sadie–. Muy bien –continuó rápidamente y con calma–. Quiero que me escuches, sin reaccionar, durante un minuto. ¿Podrás hacerlo?

Dado que no estaba segura del todo, Sadie le dio otro mordisco al taco.

–¿Podría ser que estuvieras realmente asustada y que busques una huida? –preguntó Ivy.

–No –Sadie soltó el taco, ya con el estómago lleno. Pero rápidamente dejó caer la cabeza sobre la mesa–. Puede que sí.

–¡Vaya! –Ivy le acarició la espalda–. Nos pasa a todos.

–A todos no –Sadie levantó la cabeza–. Caleb lo tiene todo claro. Se ha enfrentado a sus demonios y los ha vencido. No permite que la oscuridad lo engulla, y no se angustia. Vive. Solo hay una cosa equivocada en él.

–¿Qué?

–Creo que me ama –Sadie sintió de nuevo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Ivy la miró boquiabierta y se volvió al cliente que la esperaba junto al camión.

–¿Sabes qué? Vas a tener que darme cinco minutos –se volvió hacia Sadie.

–Cállate –le dijo Sadie.

–No he dicho nada.

–Lo has dicho, con tu mirada.

–De acuerdo –Ivy sonrió–, ya que eres tan lista, ¿qué he dicho?

–Que estoy exagerando y, sin duda, utilizando esto como excusa para huir de la mejor cosa que me ha pasado jamás.

–¡Eh! –su amiga levantó las manos–. Eso lo has dicho tú.

–No me estás ayudando –de nuevo, Sadie dejó caer la cabeza sobre la mesa, dándose varios golpes contra ella.

–Deja de hacer eso, se te va a soltar algo ahí dentro –Ivy deslizó una mano entre la mesa y la frente de Sadie–. Escucha, las dos sabemos que no necesitamos a alguien en nuestra vida para hacerla completa, pero seamos sinceras, tener a alguien que conoce tu lado oscuro y angustioso, y que aun así no se asusta... –sacudió la cabeza–. Es el mejor regalo del mundo.

–¿Lo dices por experiencia? –preguntó Sadie, sabiendo que no era así.

Ivy no había tenido un pasado fácil ni bueno, y seguramente tenía un lado mucho más oscuro y angustioso que la propia Sadie, y eso ya era decir mucho.

–No lo digo por experiencia personal –admitió Ivy–, lo digo después de haber leído un montón de novelas románticas. Pero eso no hace que sea menos cierto.

–Tiene razón –intervino el tipo que esperaba su chorrillo de crema chipotle–. Mi esposa lee novelas románticas todo el tiempo. Saca muy buenas ideas de ellas. Sobre todo ideas para el dormitorio.

–Me alegro por ti –Ivy lo miró divertida antes de volverse hacia Sadie–. Tienes que seguir los dictados de tu corazón.

–Y de tus buenas partes –añadió el cliente.

–Eso es verdad –Ivy asintió–. Sabes muy bien lo que tienes que hacer, ¿verdad?

–No.

Su amiga apoyó las manos sobre las caderas.

–De acuerdo –admitió Sadie–. Sé lo que tengo que hacer.

–¿De verdad? –Ivy entornó los ojos.

–Seguro.

–No tienes ni idea –Ivy sacudió la cabeza–, ¿a que no?

–No –susurró Sadie mientras los ojos se le llenaban de lágrimas otra vez.

–Sigue a tu corazón.

–Y a tus buenas partes –repitió el cliente–. Eso también es importante.

Sadie se levantó y abrazó a Ivy en agradecimiento. No abrazó al tipo de la crema chipotle, pero, cuando él alargó un puño cerrado, ella se lo chocó con el suyo en solidaridad.

–Buena suerte –le dijo el hombre con una dulce sinceridad.

Y la iba a necesitar, porque lo cierto era que no tenía ni idea de cómo demonios seguir a su corazón, un órgano al que no le había dado mucho uso, y al que ciertamente nunca había escuchado.

Caleb estaba atrapado en un atasco producido por un corte de carretera, por culpa de una obra de construcción, camino del edificio Pacific Pier. Habría recorrido los seis kilómetros más deprisa andando que en coche. Para cuando por fin entró en el patio, en dirección al spa de día, había pasado hora y media de su conversación telefónica con Sadie.

No solía permitir que las emociones lo dominaran. Resultaba contraproducente, y una pérdida de energía. Pero sus emociones, todas, lo estaban desbordando en ese momento.

Entró en el spa y unas quince cabezas de mujer se volvieron al unísono hacia él, tanto empleadas como clientas, algunas de las cuales conocía de vista. Las mujeres estaban sentadas en los mullidos sillones, bebiendo champán a sorbos bajo unos globos colgados en los que podía leerse: *¡FELIZ CUMPLEAÑOS, ELLE!*

Estupendo.

Sadie estaba en el grupo. Llevaba el folleto del spa en una mano y una botella de champán en la otra, y estaba llenando las copas de las mujeres mientras les explicaba en qué iba a consistir su día en el spa. Al verlo, se detuvo en mitad de una frase y lo miró a los ojos, visiblemente sorprendida.

Aunque no felizmente sorprendida.

–¿Qué haces aquí? –preguntó.

Él titubeó, básicamente porque aún no había desarrollado su estrategia para el «Proyecto Arrastrarme», y en medio del silencio se oyeron varios susurros desde el gallinero.

–Parece que tiene problemas...

–Cuando vienen en ese envoltorio, siempre tienen problemas.

–Yo siempre pensé que era tan listo...

Caleb las ignoró a todas. Solo tenía ojos para Sadie.

–¿Podemos hablar?

Todas dirigieron sus miradas hacia Sadie.

–Estoy trabajando –contestó ella mientras señalaba el folleto y el champán.

–Puedo esperar.

Sadie sacudió lentamente la cabeza.

–Cuando salga de aquí tengo que ir a trabajar a la tienda Canvas.

–Puedo llevarte a casa después.

–Ya he recuperado mi coche, ¿recuerdas?

Sadie podría evitarlo eternamente si quería. Ambos sabían que era lo bastante terca como para hacerlo. Y cuanto más tiempo consiguiera darle largas, más fácil le resultaría olvidar lo que eran

el uno para el otro. Y eso significaba que tenía que llegar a ella allí mismo, y asegurarse de que supiera que era la número uno en su vida, sin importar su pasado. Sin importar su futuro.

Aunque fuera delante de un público en directo.

–Cometí un error –Caleb respiró hondo–. Uno muy grande. Y seguramente voy a cometer muchos más porque... bueno, soy un hombre y a veces también soy idiota. Pero lo siento muchísimo, y, si pudiera retirar lo sucedido, lo haría. Te amo, Sadie. Ridículamente. Y creo que tú también me amas.

–Estoy de acuerdo –susurró alguien del público.

–Demonios, yo también lo amo, y eso que estoy felizmente casada –susurró otra.

Pero Caleb se concentró únicamente en Sadie.

–Lo que tenemos es demasiado importante para perderlo por mi estúpido error –continuó–. No quiero perderte.

Nadie se movía. Nadie pestañeaba. Ni siquiera Sadie.

–Quizás deberías repetir eso de que eres un idiota –sugirió amablemente alguien. Tina, le pareció a Caleb.

Sadie se mordió el labio inferior, aunque no estaba claro si para contener su diversión o para mostrarse de acuerdo, pero al menos se levantó del sillón.

–Disculpadnos un momento.

–Vaya, qué fastidio, se lo lleva fuera –se quejó alguien–. Nos lo vamos a perder.

–No hay problema, las ventanas están abiertas –anunció otra clienta.

Sadie cerró las ventanas de golpe y le señaló a Caleb con la barbilla la puerta de entrada. Él la siguió y lo último que oyó del interior antes de que se cerrara la puerta fue:

–Diez contra uno a que no encuentran el cuerpo jamás.

Sadie llevaba toda la vida practicando una pose de calma, asegurándose de que nadie supiera que estaba alterada, mucho menos abatida, pero todas sus habilidades la habían abandonado.

Caleb no solo había admitido haber cometido un error, disculpándose por él, sino que quería hacer las paces con ella. Pero incluso eso había quedado eclipsado por otra cosa que también había dicho.

La amaba.

Y lo había admitido delante de un montón de personas. No temía a la emoción ni a que lo supiera todo el mundo.

La magnitud de aquello... ¡la había elegido a ella!, le había desbordado el corazón hasta el punto de que apenas podía respirar, mucho menos hablar, pero al menos debía intentarlo.

–En primer lugar –dijo–, tú no eres el único que ha cometido errores.

No había duda de que contaba con la plena atención de Caleb. Sus ojos la tenían cautiva, su cuerpo inmóvil.

–¿No lo soy?

–Utilicé lo sucedido como excusa para huir –ella sacudió la cabeza–. Y, lo cierto es que mi error es mucho mayor que el tuyo. Porque tu error me demostró tu fe en mí. El mío demostró una clara falta de fe. Y por eso es tan malo, porque no se ajusta a la realidad. Tengo fe en ti, en nosotros. Pero estaba asustada.

–Sadie –Caleb respiró lentamente, pidiéndole una mano para estrecharla contra su cuerpo–. Entiendo lo de estar asustada. Lo que tenemos nos ha pillado a ambos por sorpresa, no estás sola

en eso. Pero debes saber que lo que me has contado de ti, de tu pasado, lo que no me has contado de tu pasado... nada de eso cambiaría la opinión que tengo de ti. Si acaso, lo que has tenido que soportar hace que sienta aún más por ti. Eres una de las personas más fuertes que he conocido jamás.

Ella lo miró, temerosa de sentir esperanza.

–Estoy bastante segura de que yo también voy a cometer un montón de errores más. Así estoy programada...

–Adoro cómo estás programada –él la abrazó y Sadie miró por encima de su hombro hacia Piruleta, tumbada en un rincón soleado, con aspecto de no tener ninguna intención de moverse a no ser que fuera físicamente relocalizada, o hasta que estallara en llamas.

Y Sadie sentía exactamente lo mismo en brazos de Caleb.

–¿Tienes idea de lo que significas para mí? –preguntó él mientras deslizaba una mano hasta su nuca y le acariciaba la mejilla con el pulgar extendido–. Todo –se contestó él mismo con una voz capaz de provocar un infarto–. Lo significas todo para mí. No sabía cómo enfrentarme al hecho de que, quizás, te había espantado para siempre.

Un nudo, nada despreciable, se formó en la garganta de Sadie. Había pasado mucho tiempo ignorando sus sentimientos hacia él y, al parecer, también había conseguido ignorar los sentimientos de Caleb hacia ella. Se había convencido a sí misma de que aquello no era más que diversión, pero era mucho más. Sacudió la cabeza, maravillada ante el hecho de tener a ese hombre en su vida.

–No me puedo creer que haya estado a punto de permitir que el tipo al que amo salga de mi vida.

–¿Tú me amas? –él se quedó inmóvil y se apartó para poder verle el rostro.

Sadie se quedó paralizada del susto por haber pronunciado esas palabras, y luego sonrió.

–Es verdad –él suspiró–. Me amas.

Sadie apoyó la frente contra su pecho.

–Puede que un poquitín.

–Me amas –Caleb la levantó del suelo.

–Sí –susurró ella, todavía aterrorizada, rodeándole el cuello con los brazos–. Te amo, ¿de acuerdo? No quería hacerlo, pero me daba cuenta de que todos los pedacitos de mi roto corazón se entregaban a ti. Resulta aterrador, Caleb –susurró contra su sonrisa–. Hasta ahora nunca había entregado mis pedacitos realmente, al menos no a alguien que pudiera protegerlos y cuidarlos.

–Yo te cuidaré, Sadie –Caleb la besó con dulzura–, te lo prometo. Dame todos tus pedacitos, podré con ellos –volvió a besarla, más intensamente, hasta que ella se apartó respirando con dificultad.

–Ahora vamos a tener que celebrar una ronda de sexo de reconciliación, ¿verdad? –preguntó ella esperanzada.

–Sadie, esto nos está llevando a mucho más que una ronda de sexo de reconciliación –contestó él con una voz seductoramente ronca.

–¿Dos rondas de sexo de reconciliación? –el corazón de Sadie falló un latido.

–Más –Caleb sonrió.

Ella se mordió el labio inferior y lo miró fijamente, asimilando el afecto y el humor de su mirada. Y el amor. Tanto amor. Jamás podría cansarse de ello.

–¿Tanto sexo de reconciliación como yo quiera?

–Sí –contestó él con una carcajada muy sexy–. Pero dime que quieres de mí algo más que sexo

de reconciliación.

–Así es –contestó Sadie, de repente muy seria, mientras deslizaba sus dedos en los cabellos de Caleb para tirar de su cabeza hacia abajo–. Lo quiero todo.

## Epílogo

### *Unas semanas después*

La celebración de la boda seguía en pleno apogeo. Diez minutos antes, Sadie observaba desde el borde de la pista de baile a Clara y a Greg que bailaban abrazados. Su madre se había colocado a su lado y, juntas, habían seguido mirando a la pareja.

–Estás muy guapa hoy.

Sadie se volvió sorprendida hacia su madre.

Sintió a Caleb acercarse por detrás de ella, y sus brazos rodearla mientras le mordisqueaba una oreja.

Todo el cuerpo de Sadie se estremeció y lo siguiente que supo fue que se estaba tomando un descanso de la boda.

Sin dejar de sujetarla firmemente por las caderas, Caleb la pegó contra su cuerpo.

–Sabía que algún día acabaríamos aquí –dijo él cuando por fin pudieron respirar sin jadear.

–¿Desnudos y sudorosos en el asiento trasero de tu Audi?

–Sí –Caleb soltó una carcajada–, pero yo me refería a otra cosa –le apartó los húmedos cabellos del rostro mientras la música del banquete, no muy lejos de allí, se oía más alta–. ¿Te gustaría algo así, Sadie?

–¿Un Audi?

–Un banquete de boda –él volvió a reírse–. Aunque no me importaría añadirle el coche que tú prefieras.

El corazón de Sadie empezaba a galopar alocadamente en su pecho mientras buscaba la mirada de Caleb, muy seria a pesar de la cálida sonrisa que curvaba sus labios.

–¿Acabas de preguntarme si quiero casarme?

–Podría ser divertido –opinó él.

–¿Te has vuelto loco?

–Es evidente que sí –Caleb volvió a sonreír mientras sacaba una cajita de terciopelo negro de un bolsillo y se la ofrecía–. Pero no sé por qué debería eso detenernos.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó ella boquiabierta.

Sus dedos, que funcionaban independientemente de su cerebro, tomaron la cajita y la abrieron, y ella contempló el hermoso anillo de diamantes blancos y, que su corazón se parara allí mismo, también negros.

–¿Te encaja bien el anillo? –Caleb deslizó el anillo lentamente en su dedo.

–Tú me encajas bien –ella lo miró fijamente.

–¿Eso ha sido un «sí»? –él sonrió y la besó con ternura.

–Sí –en cuanto la palabra salió de sus labios, Sadie se sintió inundada de una inmensa calidez.

Calidez, y la esperanza de poder mantenerse a raya—. Supongo que eres consciente de que deberías sentirte preocupado —insistió ante la sonrisa bobalicona de Caleb.

—Estoy todo lo contrario de preocupado. Estoy más tranquilo y feliz de lo que he estado en mi vida —la abrazó con fuerza contra él para que ella también pudiera sentir el tranquilo latido de su corazón. El suyo pegaba brincos por todo el pecho, pero la calma de Caleb se le contagió y la tranquilizó.

Pasaron varios minutos hasta que Caleb se movió el primero.

—¿Te he dicho alguna vez que aquella noche, cuando Piruleta nos adoptó, supe que serías mía?

—¿Has dicho que sería tuya? —ella se apartó y lo miró con expresión ofendida.

—No te preocupes —él volvió a besarla—. Yo también soy tuyo. De hecho, he sido tuyo desde antes de aquella noche.

—Pero yo me portaba fatal contigo antes de aquella noche.

—¿Solo antes? —Caleb sonrió cuando ella puso los ojos en blanco, y le tomó el rostro entre las manos ahuecadas—. Lo sabía —insistió con absoluta certeza.

Por culpa de la emoción que le taponaba la garganta, a Sadie le llevó un buen rato recuperar la voz. Porque ella no lo había sabido. Ni siquiera se había atrevido a soñar con que acabarían allí y, siendo sincera, todavía le costaba creérselo.

—¿En serio? —susurró mientras deslizaba los labios desde la barbilla de Caleb hasta su boca—. ¿Siempre lo supiste?

—Siempre, Sadie —insistió él de nuevo—. Para mí siempre fuiste tú.

—Y para mí siempre serás tú —respondió ella con los ojos llenos de lágrimas.

Se sonrieron mutuamente y él volvió a alargar una mano hacia ella. Pero Sadie lo detuvo mientras se esforzaba por alisar el vestido de dama de honor.

—Tenemos que volver antes de que Clara me mate. ¿Qué aspecto tengo?

—Perfecto —le aseguró Caleb sin apartar la mirada de sus ojos—. Como el resto de mi vida.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)





# Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

*"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".*

## **The Romance Reader**

*"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".*

## **Aff aire de Coeur**

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

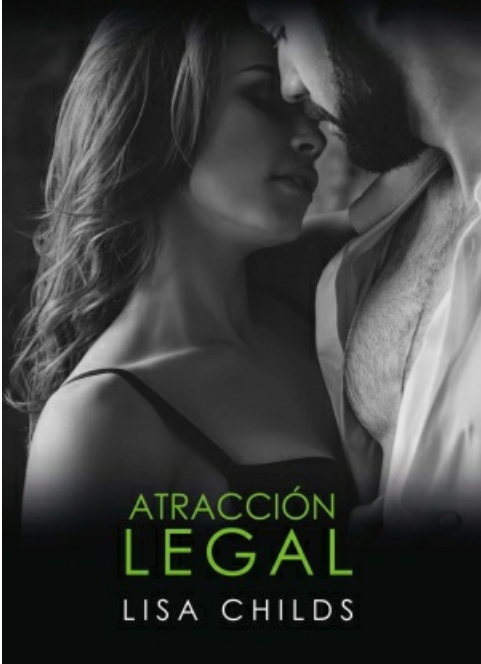
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL

LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

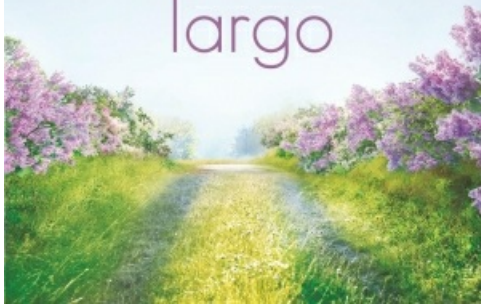
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

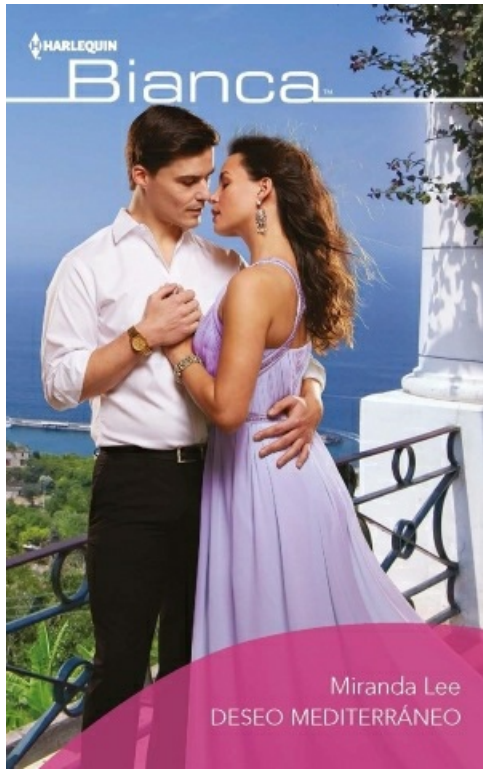
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)





Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)